

IN SAMUELEM PROPHETAM ALLEGORICA EXPOSITIO. (C)

Prólogo.

El Apóstol, recomendándonos el estudio y la frecuencia de leer y meditar las Sagradas Escrituras, dice: "Todo lo que fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito; para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza". Y en otro lugar: "Todo les sucedía en figura". Fueron escritas para nuestra corrección, en quienes han llegado los fines de los siglos. Pero también el bienaventurado apóstol Pedro, recordando los tiempos de la encarnación, pasión y posterior gloria del Señor, dice entre otras cosas: "Y todos los profetas desde Samuel, y en adelante, que hablaron, también anunciaron estos días". Pues si todo fue escrito para nuestra corrección, enseñanza o consolación, no solo Jeremías e Isaías, y otros semejantes, que significaron el futuro con palabras, sino también Samuel, Jonás y Esdras, y otros semejantes, que escribieron los hechos o dichos pasados, ya sean propios o de otros, insinúan estos días, es decir, los iluminados por la nueva gracia; debemos insistir con gran empeño, y esforzarnos cada uno según su capacidad, con la gracia de Cristo ayudando, para que lo que fue escrito para nosotros no nos pase desapercibido por nuestra pereza o negligencia como si fuera ajeno. Pero con qué sentido en estos obtenemos corrección, de qué manera enseñanza, con qué entendimiento consolación, cómo todo habla y anuncia estos días, debemos atender con diligencia y vigilancia; imitando, según la capacidad de nuestro pequeño ingenio, a aquel escriba instruido en el reino de los cielos, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Pues si solo nos preocupamos por sacar del tesoro de las Escrituras lo viejo, es decir, seguir solo las figuras de la letra al modo judío, ¿qué corrección obtenemos entre los pecados cotidianos, qué consolación entre las crecientes tribulaciones del mundo, qué enseñanza espiritual al leer o escuchar entre tantos errores de esta vida, cuando al abrir el libro, por ejemplo, del bienaventurado Samuel, encontramos que Elcaná, un hombre, tenía dos esposas; nosotros, sobre todo, a quienes la costumbre de la vida eclesiástica nos ha alejado del abrazo de la esposa, y se nos ha propuesto permanecer célibes; si no sabemos también extraer de estos y semejantes dichos un sentido alegórico, que nos restaure vivamente castigándonos, instruyéndonos y consolándonos interiormente? Por lo cual, provocado por tu frecuente exhortación, amadísimo y más deseado de todos los obispos que habitan en la tierra, Acca, confiando en tus oraciones, revisando los escritos del profeta mencionado, que entonces era llamado Vidente, si algo espiritual y místico puedo contemplar, con la ayuda de aquel que le dio ver muchas cosas espirituales, me esforzaré por consignarlo por escrito. Y después de cualquier exposición de los dichos del bienaventurado Lucas, en los que describe los actos evangélicos, ya sean del mismo Señor o de sus apóstoles, también intentaré demostrar que este santísimo Nazareo del Señor desde el vientre de su madre, no menos en sus escritos cumplió la función de evangelista que de historiador; pues él mismo designó todos los sacramentos del mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, con un lenguaje fiel de historia figurada, pero plenísimo. Finalmente, para no hablar de los demás, si consideras correctamente el lugar de nacimiento de David, el oficio de pastor, el rubor y la belleza de su aspecto, el modo de su unción, el distintivo de sus virtudes, el peso de sus tribulaciones, y la gloria del reino prometido desde antiguo, verás cuántos misterios de fe y verdad evangélica están acumulados en cada uno de estos. Pero esto más claramente en su lugar; ahora, siguiendo el orden de la obra encomendada, confiando solo en la ayuda divina y siguiendo las huellas de los padres, me embarcaré. Y si mi esfuerzo, como deseo, ha sido útil y provechoso para muchos, espero del Señor ser recompensado con gran recompensa junto con ellos; pero si no, sin embargo, mi diligencia, que no me permite estar ocioso durante tanto tiempo de este trabajo, ni entregar mi mente a cosas superfluas, no podrá resultar infructuosa para mí. Así que veamos, profeta Samuel, que habló y anunció estos días,

cuál fue el comienzo de su misma locución y anuncio; y discutiendo en orden, con la ayuda del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, que enseñó cómo deben adaptarse todas las cosas a los días, busquemos cómo deben adaptarse cada una de ellas a esos mismos días.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Elcaná, un hombre en Ramataim, tiene dos esposas: Fenena, abundante en hijos, y Ana, lamentando las afrentas de la esterilidad.

CAP. 1. Hubo un hombre de Ramataim Sofim... Elcaná, etc. La primera lectura del bienaventurado Samuel designa típicamente al único y mismo Señor Cristo, que debe ser creído siempre como Redentor y Gobernador tanto de la Sinagoga como de la Iglesia; de una, jactándose de la justicia de la ley y de la abundancia de su prole crédula; de la otra, lamentando las injurias de su larga desolación con humilde devoción ante la misericordia de su mismo Redentor, y por eso respirando con la sublime consolación del Redentor que la ama. Ramataim, como encontramos en los libros de lugares, es una ciudad en la región de Tanit, cerca de Diospolis, de donde fue José, que en los Evangelios se escribe de Arimatea. Sofim, sin embargo, es un monte de Efraín en el lugar de Ramataim, que la antigua edición puso Armathem. Ramataim se interpreta como "los altos de ellos": Sofim, "atalaya": Efraín, "fructífero" o "creciente": Elcaná, "posesión de Dios". Hubo, por tanto, un hombre de los altos de ellos, es decir, de la atalaya de los hombres, del monte fructífero y creciente, y su nombre es Posesión de Dios. Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios (Efesios IV), que siempre tiene como amada y consagra su morada en los corazones espirituales de los fieles. Que, trascendiendo la conversación terrena, desean contemplar con todo el esfuerzo de la mente la luz suprema de la sabiduría, poseyendo aquel monte, que, destruida la pompa del imperio mundano, creció con el fruto de los pueblos creyentes, y llenó toda la tierra. De lo cual el salmista: "Y me oyó", dice, "desde su monte santo" (Salmo III), es decir, me redimió por el hombre, que singularmente santo asumió. Este hombre único, es decir, el hombre Cristo, exponiendo su propio nombre, dice: "El Señor me poseyó al principio de sus caminos" (Proverbios VIII). Pero esto también debe notarse según la letra, porque no está escrito en vano, ni superfluamente, "Hubo un hombre"; cuando podría parecer suficiente decir, "Hubo un hombre de Ramataim": o podría haberse dicho más congruentemente, "Hubo un hombre cualquiera"; como también algunos se han atrevido a interpretar contra la fe de la verdad hebrea. Pero esto que se añade, "Un hombre", se refiere al título de alabanza de Elcaná, que, según las advertencias del Apóstol (Efesios IV), existiendo estable e inamovible, abundante en la obra del Señor, nunca fue llevado por todo viento de doctrina. Porque el sabio permanece como el sol. Pues el necio se cambia como la luna (Eclesiástico XXVII). A tales hombres también les conviene muy bien esto, que, colocados en la atalaya de la mente elevada, y gozando de la cumbre fructífera de las virtudes, sean llamados Posesión de Dios. Y no solo cualquier uno de los perfectos en Cristo es llamado correctamente un hombre único; sino que la multitud de creyentes tenía un corazón y un alma (Hechos IV), imitando según su medida a aquel a quien se dice: "Pero tú eres el mismo" (Salmo CI). Por el contrario, los reprobos no solo son muchos en personas diversas, o pecando en error diverso; sino que cada uno de ellos, por el movimiento multivoluble del alma cambiante, es múltiple. Porque el corazón de los necios será disímil, y el hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos (Proverbios XI; Santiago I). De donde también las mismas ciudades en las que militan, Una confusión; y esta de los caldeos, es decir, de los feroces, o como de los demonios; la otra se llama visión de paz, cuyo artífice y constructor es aquel hombre único, de quien se dice: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno" (Deuteronomio VI). El coro, es decir, aquel de un solo modo en la casa, que canta: "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida" (Salmo XXVI).

Y su nombre, dice, Elcaná, etc. Los nombres de los padres de Elcaná revelan la vida, fe, virtudes y sublimidad de aquellos en quienes y por quienes el Señor suele nacer espiritualmente, es decir, en cuyo acto o inspiración la fe y el amor de él se infunden en los corazones donde antes no estaba. Hieroam, en efecto, significa misericordioso: Heliu, mi Dios de él: Thau, signo: Suph, vigilante: Efrateo, fértil o polvoriento. Y enseñó que la vida de los santos se fortalece mucho por la misericordia, quien dice: "Dad limosna, y he aquí todo será limpio para vosotros" (Lucas XI). Los que creen que fueron redimidos por la encarnación de Cristo, confiesen correctamente a Dios como su Dios, porque el eterno Padre de él, Señor del cielo y de la tierra, desde el tiempo de la humanidad asumida, también comenzó a ser Dios de él; de donde dice: "Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios" (Salmo XXI). También las virtudes y obras de los santos, que fueron signo del venidero, del que enseñaría y haría lo que convenía en la carne de Cristo, lo testifica, cuando él mismo dice: "Y en manos de los profetas me asemejé" (Juan V). Y hablando de Moisés en el Evangelio: "Porque de mí", dice, "él escribió". Si se lee hijos de Thau, es decir, del testamento, o errante, y este nombre también conviene a las virtudes de aquellos que saben decir; "Porque si nos salimos de la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros; y nosotros somos necios por Cristo. Pero lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres" (II Corintios V: I Corintios I). Finalmente, Pablo, estando encadenado ante los jueces del siglo, porque, habiendo recibido la facultad de hablar, no de las cadenas con las que estaba cargado exteriormente, sino de la confianza de las virtudes, de las que se gloriaba interiormente, peroraba, oyó: "Estás loco, Pablo, muchas letras te llevan a la locura" (Hechos XXVI). Y el mismo Salvador habla al Padre: "Dios, tú conoces mi insensatez" (Salmo LXVIII). A quien en el Evangelio, tanto los parientes como impotente de mente querían atar, y los adversarios lo acusaban de tener demonio (Juan XVII). Pero el vigilante de los gozos celestiales, que es el alma de los elegidos, solo lo es, y no sabe especular nada del gozo de esa vida, quien no ha aprendido a especular. En el pecho de tales, y de la boca u obra de tales, siempre nacido en fe, esperanza y caridad, el Salvador, digno de ser llamado y aparecer a la vez polvoriento y fértil, al asumir la fragilidad de la carne, llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Y con la singular fertilidad de su misma víctima, destruyendo el reino de la muerte, nos abrió la entrada a la vida para siempre. Pero según la historia, debe observarse que Elcaná se llama Efrateo, no porque sea de la estirpe de Efraín, sino porque nació en la ciudad de esa suerte. Pues los libros de los días narran que él era levita, es decir, de los hijos de Isaac, hijo de Caath, hijo de Leví (II Crónicas VI).

Y tenía dos esposas, etc. Ana, que significa su gracia, representa a la Iglesia: Fenena, que significa conversión, representa a la sinagoga. Y bien Ana primero, Fenena segunda; porque los primeros tiempos del mundo tuvieron santos, que viviendo una vida similar a la nuestra, sin ceremonias de sacrificios legales, sábados, novilunios, circuncisión y diversas purificaciones, agradaban a Dios solo por la justicia de la fe, y esperaban ser salvados solo por la gracia de Cristo, desde que su encarnación fue mostrada a los padres. Así finalmente la conversión de la Sinagoga a Dios fue celebrada desde Egipto.

Y Fenena tenía hijos, etc. La sinagoga siempre, desde que fue desposada con el Señor, no deja de engendrarle hijos espirituales enseñando. La gentilidad, sin embargo, aunque ella misma en algunos, aunque pocos, nunca dejó de someterse a su gracia, no pudo engendrarle hijos que vivieran espiritualmente predicando; porque ni su testamento abiertamente, ni las profecías, ni los oráculos de los ángeles mereció recibir.

Y subía aquel hombre de su ciudad en los días señalados, etc. Subía el Señor de la vida común de los fieles; esta es la ciudad de nuestro Dios en su monte santo (Salmo XXVII): en

sus santos progresando, y subiendo de virtud en virtud, para que en los días señalados, es decir, por cada incremento de conocimiento divino, encendiera su corazón para ofrecer libaciones de adoración y buena obra; y esto en la custodia de la ley divina, en la cual solo los pecados de los humildes pueden ser perdonados todos, y sus pies ser arrancados del lazo, que siempre tienen sus ojos hacia el Señor; donde solo debe buscarse, y puede encontrarse aquel que dice: Yo soy el que soy. De donde bien Silo se interpreta como avulsión, o dimisión, o donde está él; significando la misma ley, que a los que progresan bien en su justicia les ordena: "Buscad su rostro siempre" (Salmo CIV).

Estaban allí dos hijos de Elí, etc. Elí, mi Dios: Ofni, descalzo: Finees, boca muda se dice. Había, por tanto, consagrados al Señor sacerdotes, en la ley de buen sacerdocio, y rectamente hijos de sacerdotes creyentes: pero desprovistos de la gracia de la acción y predicación debida; ni tenían el oficio abierto de la boca para la doctrina, ni el ornamento recto de los pasos para caminar en el camino inmaculado.

Vino, pues, el día, y Elcaná inmoló. Vino, pasada la sombra de la ley, la luz de la nueva gracia, y la posesión de Dios, es decir, Cristo visible en la carne; enseñó a los hombres a amar, esperar y creer en las cosas celestiales. Porque lo que concede a los suyos hacer, él mismo se dice hacer, testigo el Apóstol, que dice: "Porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Y el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables" (Filipenses II; Romanos VIII); es decir, porque nos hace pedir y gemir con su gracia. De donde también arriba no sin razón en el que sube, adora y sacrifica Elcaná, entendimos a aquel que dispuso ascensos en el corazón de los bienaventurados en el valle de lágrimas, y les enseña a adorar y a insistir en las buenas obras.

Y dio a Fenena su esposa, etc. Dio el Señor en la carne sufriendo humana, y provocando a las cosas divinas, a la Sinagoga y a todos los que en ella creían y temían, pequeños con grandes, diversas operaciones de virtudes, y divisiones de gracias. A la Iglesia de los gentiles, que en pocos aún creían, por ejemplo, en el Centurión y la mujer sirofenicia, también a aquellos que subiendo para adorar en el templo en el día festivo, dijeron a Felipe: "Señor, queremos ver a Jesús" (Juan II); y a otros tales, les concedió solo dones de fe. Pero la gracia de los carismas se abstuvo de dar por el momento. Y ella actuaba triste, porque amaba a la iglesia que sabía que sería, y había alabado en la fe del centurión o de la mujer mencionada, aunque aún por el consejo de la bondad suprema dilatada de recibir los sacramentos de la misma fe. De donde, al acercarse la hora de la pasión, "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mateo XXVI; Marcos XIV); no dijo, triste por la muerte, sino hasta la muerte; porque sabía que por esa misma muerte destruiría al que tenía el imperio de la muerte, y después de la muerte se alegraba de llegar a la salvación de los gentiles.

También la afligía su rival, etc. La Sinagoga afligía a la gentilidad, reprochándole que había sido desechada por Dios por sus enormes crímenes, y que no había podido merecer ni la conversación de Dios, ni los oráculos de los profetas, por los cuales se engendraría una prole de almas aceptable a Dios; y por eso su vientre de mente estaba privado de la semilla espiritual de las virtudes celestiales o de los pueblos creyentes.

Y así lo hacía cada año, etc. Llama templo del Señor al tabernáculo del testimonio, que permaneció hasta estos tiempos en Silo. Toma cada año o cada virtud, por las cuales la Sinagoga progresaba en la casa del Señor; y provocaba a los gentiles, reprochándoles que estaban lejos de ella, a llorar. O ciertamente entiende los largos tiempos de la ley dada. Leyendo la Sagrada Escritura, encontrarás que al salir Israel de Egipto, cuando comenzó a llegar el tiempo de desposar a la Sinagoga con Dios, también vino con él un gran número de

extranjeros, para ser consagrados y unidos al Señor con los misterios legales; y desde entonces hasta el tiempo de la encarnación del Señor, nunca faltaron allí quienes creyeran con la derecha. Pero eran de tal pequeñez y pobreza en todo, como habitantes, peregrinos y despreciados, en comparación con el pueblo entero, y morando en su tierra natal, que llorando a los pies del Señor, y menos capaces de recibir el alimento de la alegría espiritual, y el pan vivo que descendió del cielo, al menos caídos de la mesa del Señor, se contentaban con esperar y pedir las migajas, como los cachorros.

Dijo, pues, Elcaná su marido: Ana, ¿por qué lloras? etc. Diez hijos significan a los aceptores u observadores del decálogo de la ley. Consola, pues, el Señor a la Iglesia, para que no le pese que no le fue dada la legislación, ni las promesas, ni el testamento, ni le fueron confiados los oráculos de Dios como a la Sinagoga; sino que se recree y exulte con el mayor gozo, porque a todos estos dones ha merecido recibir ya el mayor don y mejor gracia, el mismo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, cuya venida no sabía esperar ni esperar. No solo esta lectura expresa figurativamente el diverso estado de ambos pueblos, sino también los diversos méritos de las personas disidentes en cada uno de esos pueblos, y las diversas recompensas de los méritos. Porque siempre Cristo ha amado, y amará más las lágrimas humildes de los penitentes que la rígida justicia de los soberbios; y despreciando la arrogancia del fariseo, que se exalta como fecundo con la prole de diez hijos por los mandamientos legales cumplidos, se digna mirar más bien los lamentos del publicano curvado.

CAPÍTULO II. Ana entre oraciones y lágrimas promete a su hijo, si lo recibe, como nazareo al Señor; y con la bendición del sacerdote Elí, regresa a casa con los suyos.

Se levantó Ana, etc. Esta lectura muestra típicamente la devota humildad de la santa Iglesia, que a los doctores de los judíos, en parte insultantes, en parte asintiendo a la fe, desea que Cristo nazca espiritualmente en su pueblo por la fe, o que su pueblo renazca espiritualmente en Cristo.

Se levantó Ana, etc. Se levantó la Iglesia del largo dolor de su desolación, habiendo recibido ya la confianza de suplicar al Señor. Después de haber sido restaurada por su sacrosanto cuerpo y embriagada con el precioso cáliz de su sangre; y permaneciendo aún en el judaísmo, como en el suelo, los doctores y ministros del antiguo sacerdocio sobre la cátedra de Moisés, observando la entrada del reino celestial, para que ellos mismos entraran, y enseñaran a los que quisieran entrar; ella comenzó a buscar con lágrimas y oraciones al Señor los dones que antes, conocidos o percibidos los misterios de su encarnación, no había podido presumir.

Y Ana hizo un voto, etc. La Iglesia hace un voto, si se le confía la palabra a las naciones, y se les otorga la gracia de la fe, y de ellas surge un pueblo fuerte en virtudes, que servirá al Señor hasta que se cumplan los tiempos de las naciones, y nunca, a ejemplo de los judíos, doblará la rodilla ante Baal y Astarté, y otros portentos de las naciones. Pero si entiendes los días alegóricamente como virtudes, todos los días de su vida se le dan al Señor; todo lo que vive honestamente, todo lo que lleva de luz en mente o cuerpo, no se lo atribuye a sí mismo, sino que con el Apóstol protesta: Por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV).

Y la navaja no pasará sobre su cabeza. Y la reprensión del pecado no violará su conciencia; sino que, en la medida en que es posible para el hombre, se esfuerza por consagrar a Cristo todos sus pensamientos, palabras y acciones, que como si salieran del cerebro del corazón, poco a poco. Finalmente, los cabellos de los apóstoles, porque son santos, no pueden perecer

de su cabeza (Luc. XXI). Pero el leproso inmundo, y la mujer capturada por los enemigos, y otros tales, se les ordena afeitarse no solo todos los cabellos, sino también los vellos de todo el cuerpo, porque son malvados y contaminados; para que, cortada la superflua ligereza de las acciones mortales, todo lo que se encuentre en ellos de perfección viva, se consagre más libremente al autor. Sin embargo, decimos esto, no porque creamos que alguno de los santos haya pasado esta vida sin la mancha del pecado, o que a nadie, excepto a Cristo, le convenga lo que se dice: Y todo lo que haga prosperará (Sal. I); sino que todos debemos esforzarnos por servir al Señor en santidad y justicia ante Él todos nuestros días (Luc. I); según aquel que dijo: Juré y resolví guardar los juicios de tu justicia (Sal. CXVIII). Sin embargo, no se predica en vano en otro lugar, diciendo: Y no entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII). Por lo tanto, más verdaderamente estas palabras de Ana pueden entenderse dichas por la Iglesia sobre el mismo Señor; a quien ella siempre desea que en su pecho y en el de los suyos se genere con la gracia de una nueva virtud. Porque Él solo verdaderamente, porque vivió sin pecado en la carne, fue dado al Señor todos los días de su vida. No encontró en sí mismo nada que tuviera que cortar con arrepentimiento.

Sucedió, pues, que mientras ella multiplicaba las oraciones, etc. Sucedió que, cuando la Iglesia comenzó a multiplicarse por el mundo, se multiplicaron los nuevos signos de su devoción, cuya alabanza no es de los hombres sino de Dios, para que los sacerdotes de los judíos consideraran sus obras aparentes externamente, si vivía gentilmente o como judía. Pero ella, dejando poco a poco el judaísmo, siguiendo solo los misterios de la fe que purifican el corazón, se alegró de agradar a Cristo con la sabiduría de la fe invisible.

Y solo se movían sus labios, etc. Una operación claramente eclesiástica, y dignísima de la mirada divina, que precedió con devoción a las exhortaciones del Señor, diciendo: Entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto (Mat. VI).

Entonces Elí la consideró ebria, etc. La soberbia del sacerdocio judío consideró a la gentilidad convertida aún abrumada por la perturbación de los pecados, y le dijo: ¿Hasta cuándo serás retenida como culpable por el vínculo de la culpa original? Purifícate con la circuncisión, y así sálvate en el número de los prosélitos.

Respondiendo Ana, No, señor mío, dijo, etc. Respondiendo la Iglesia de entre los gentiles, No, dijo, oh sacerdote de Judea, pienses que estoy cargada de pecados, ya que, purificada ya por la fuente del bautismo y la participación del sagrado cuerpo y sangre, he sido hecha templo de Cristo en mi interior. Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior (Rom. VII); y ya no soy pecadora, pero sí una sierva tuya muy infeliz; a quien con razón llamo Señor, porque me precediste desde tan antiguo tiempo de elección. ¿Quién me liberó de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo (Ibid.); a cuyos sagrados pies, inclinada, derramé mi alma derretida por el fuego del amor en la presencia de su piedad a través de lágrimas.

No consideres a tu sierva como una de las hijas de Belial, etc. No me compares con las almas engañadas por el fraude diabólico; porque con todo mi corazón, haciendo penitencia de mis pecados, renuncié a Satanás, y a todas sus obras y pompas: además, he aceptado diligentemente el yugo suavísimo de Cristo, que él, en su soberbia, hace tiempo sacudió de su cuello, por lo cual mereció ser llamado Belial, es decir, sin yugo.

Entonces Elí le dijo: Ve en paz, etc. A quien antes había señalado por embriaguez, ahora, habiendo recibido la santificación de su acción, la bendice; y los príncipes de los sacerdotes,

envidiosos, despreciaban las saludables empresas de la Iglesia, considerándolas como cosas de ebrios. Sin embargo, algunos de ellos, después de conocer la voluntad divina sobre estas cosas, se inclinaban a los creyentes y procuraban prestar ayuda; pero también muchos de ellos, que decían que los apóstoles, hablando por el Espíritu Santo, estaban llenos de mosto (Hech. II); al escuchar la razón de la verdad, aceptaban creyendo lo que antes habían ridiculizado como misterio.

Y la mujer se fue por su camino, y comió, etc. Y la Iglesia progresaba en la esperanza de la piedad suprema, erguida en la fe y el amor de Cristo, que es el camino, la verdad y la vida; y, renovada por los manjares consoladores y confortadores de la Sagrada Escritura, no pudo ser cambiada en adelante por presiones o halagos de aquel Dios verdadero que una vez conoció, hacia los diversos errores. Porque preparaste, dice, en presencia de mis enemigos una mesa (Sal. XXII).

Y se levantaron por la mañana, y adoraron, etc. Se muestra el progreso de la Iglesia creciente. Primero, Ana se levanta sola para orar, y no se expresa la hora en que se oró; ahora, habiendo recibido la bendición del sacerdote, se levanta por la mañana, no sola, sino con su esposo y toda su familia, persevera en las oraciones. Al principio, la Iglesia buscaba al Señor en pocos, pero cuando había recibido de los doctores fieles de los judíos el incremento de la fe, disipadas ya las tinieblas de la gentilidad: Desde los confines, dice, de la tierra clamé a ti (Sal. LX); rebosante de tanta gracia del don celestial, que incluso al mismo Señor, es decir, a su esposo, orando, no se duda de tenerlo como abogado ante el Padre.

Y regresaron, y llegaron, etc. Ramá se interpreta como altura. Y nosotros, pues, completada la oración, para obtener lo solicitado, después de la estéril y dolorosa infructuosidad de la mente, podamos ofrecer a Dios los brotes de virtudes, no para llevarlos a cosas superfluas, sino que nos esforcemos por regresar a las moradas elevadas de nuestra conciencia con fe y verdad. Y que nuestro rostro no esté más cambiado hacia lo diverso, sino que en el mismo que concibió en la oración, incluso después de las lágrimas, persista en el ardor y devoción de la consumación.

CAPÍTULO III. Ana llama a su hijo nacido Samuel, a quien también, una vez destetado, con ofrendas y sacrificios lo acomoda al Señor para siempre.

Y Elcaná conoció a Ana su esposa, etc. En esta lectura, la Iglesia acomoda a sus hijos concebidos por la fe, nacidos por el bautismo, destetados por la doctrina, recomendados por el don de una conversación sincera, a la sociedad de la unidad católica, que tiene su origen en los judíos fieles, o más bien al mismo Señor, que gobierna la Iglesia, para que sirvan todos los días de su vida.

Conoció, pues, Elcaná a su esposa, etc. El Señor se compadeció de enriquecer por su gracia a la Iglesia de los gentiles, y enviando por los predicadores la semilla de su palabra, mandó recordar y convertir a sí todos los confines de la tierra.

Y sucedió que después del ciclo de los días concibió Ana, etc. Sucedió que después de la ilustración de mucha ciencia espiritual, y la manifestación de virtudes, con las que los apóstoles brillaron al mundo, la gentilidad concibió catequizando, y dio a luz bautizando a un pueblo creyente en Dios, o más bien a Dios creído en su pueblo. Porque ambos deben ser confesados correctamente, no solo la razón de la fe y la verdad, sino también el mismo nombre de Samuel lo indica. Se interpreta como: allí mismo Dios, o su nombre es Dios. Allí mismo Dios en el pueblo, que nacerá, que el Señor eligió. Su nombre es Dios, ¿de quién, si

no de aquel que para significar que siempre nacería en los suyos por gracia, dijo: Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, hermana y madre (Mat. VII). Y no debe parecer nuevo a nadie, que hayamos dicho que tanto el esposo como el hijo de esta misma Ana llevan el tipo de Cristo; porque ciertamente el mismo Mediador entre Dios y los hombres, es a la vez esposo e hijo de la santa Iglesia, que gobierna; esposo, siempre ayudándola para que crea, espere, ame; hijo, viniendo recientemente en los corazones de los creyentes, esperanzados, amantes, por gracia.

Subió, pues, el hombre Elcaná, etc. Cada uno abunde en su propio sentido (Rom. XIV). Subió el Señor y la Iglesia de los perfectos, que es su casa y sede, para ofrecer al Padre que está en los cielos, los votos de sus obras, y aún permanece en casa la iglesia en aquellos que aún no pueden usar el alimento sólido de la palabra. Algunos, habiendo recibido los rudimentos de la fe, aún son niños en sus sentidos (Hebr. V). Pero vendrá el tiempo, cuando también ellos, nutridos, y con la gracia de Cristo morando en ellos, comiencen a tener sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal; y digan con el Apóstol: Pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño (I Cor. XIII). Y ya sean tales dignos en la presencia del Señor, permaneciendo en la vocación en la que fueron llamados ante Dios, y puedan asistir a los sacerdotes, y comer de lo que es del altar, y puedan escuchar, leer y discernir los sacramentos de la suma divinidad. Tal es el progreso de todos los creyentes en Cristo: tales fueron los comienzos de la gentilidad convertida entre los doctos y doctores judíos, como los hijos de Fenena.

Y lo llevó consigo, después de haberlo destetado, etc. La Iglesia lleva a sus hijos, a quienes había alimentado con leche racional y sin engaño, y a quienes había elevado ya de los rudimentos infantiles del hombre nuevo a cosas más perfectas. Los lleva, digo, a aquellos a quienes, con la ayuda de la gracia de Cristo, había hecho fuertes en sentido para la sociedad de aquellos que ya habían sido hechos templo de Dios por la observancia de la ley divina. Los lleva, pues, en tres personas, a saber, de los casados, los continentes, y los doctores, que con la pureza de su vida, aptos para los sacrificios divinos, tienen sus cuerpos preparados para morir por Cristo, poseen un corazón contrito y humillado por la muela del temor y la esperanza, y con el cáliz sobrio ya de la embriaguez, abrazan con mente íntegra el ferviente amor de la gracia espiritual. Porque la ánfora es un tipo de medida, indica la moderación del amor, con el que cada uno está mandado a amar al prójimo como a sí mismo. Y porque contiene tres medidas, se adapta con razón a las tres personas mencionadas, de las cuales consta toda la Iglesia.

El niño, sin embargo, era aún pequeño, etc. El pueblo de los gentiles era recién convertido a la fe, y dieron no pocos mártires, que con devoción unánime derramaron su sangre por Cristo, e injertaron el olivo silvestre en el buen olivo; esto lo hicieron los ministros de la palabra.

Y adoraron allí al Señor. Lo que el Señor manda orar sin cesar y no desmayar (I Tes. V) lo lleva a cabo la Iglesia bajo la figura de Ana, que en los inicios de sus votos, en los progresos, y en la misma conclusión no cesa de suplicar al Señor.

CAPÍTULO IV. Ana, adorando con su esposo en el tabernáculo, dice un himno de gracias al Señor.

Exultó mi corazón en el Señor, etc. La Iglesia, antes estéril, ahora fecunda, gozándose en la alabanza de Dios, entona un cántico triunfal por el cambio del Antiguo Testamento o sacerdocio al Nuevo, en el cual también ella fue consagrada. Pero debe preguntarse según la letra, cómo se recuerda que Ana dijo esto orando, cuando en todo su cántico no parece haber

orado en absoluto, ni siquiera haber dirigido palabras a Dios, excepto en dos lugares solamente, es decir: Porque me he alegrado en tu salvación; y más adelante: Porque no hay otro fuera de ti, y demás, parece pronunciar todo enseñando o profetizando, o alabando al Señor. Y debe entenderse claramente, que todos sus actos, que se ocupan en el oficio divino, y todo lo que hace o dice según Dios, deben considerarse adoración. Porque si solo se entiende por oración lo que comúnmente sabemos; ni Ana parecerá haber orado con estas palabras, ni ninguno de los justos, según el mandato del Apóstol, orará sin cesar. Pero si todos los actos del justo, que vive según Dios, se consideran oraciones, porque el justo sin cesar hace lo que es justo; por esto orará sin cesar lo que el justo, y nunca cesará de orar, a menos que deje de ser justo; por eso no se dice en vano que la madre de Samuel adoró incluso en estas cosas que rectamente dice a los hombres. Cante, pues, con boca dilatada la madre alegre, que antes hablaba con amargura de alma; y mientras narra su presente, preanuncie los futuros gozos de toda la Iglesia.

Exultó mi corazón en el Señor, etc. Verdaderamente corazón exultante, verdaderamente tiene exaltado el cuerno del reino espiritual, que no se gloria en sí misma, no en cosas caducas y frágiles, sino que se gloria en el Señor su Dios; según aquel que dice: Alégrense, justos, en el Señor, y quebraré todos los cuernos de los pecadores, y se exaltarán los cuernos de los justos (Sal. LXXIV). No dice, Él quebrará, Él exaltó; sino, Yo quebraré, y así se exaltarán.

Se ha dilatado mi boca sobre mis enemigos, etc. Mientras se dilata mi corazón para exultar en Jesús, es decir, en tu salvación, se dilata también mi boca sobre todos los enemigos de la fe y la verdad, para confesar y predicar su nombre; porque incluso en las angustias de las presiones, tu palabra no está atada, ni en los pregoneros está atada.

No hay santo como el Señor, etc. Leemos que hay santos y fuertes, tanto ángeles como hombres; pero por mucho que progrese en santidad, por mucho que adquiera perfección, no puede ser la criatura tan santa y fuerte como el Creador; porque Él es el dador de fortaleza y santidad, esta es la receptora. Pero lo que dice, Porque no hay otro fuera de ti, y no añade, Creador, o Señor, o algo así; singularmente designa su eterna existencia, que distinguiendo de la fragilidad de la criatura, el Salmista dice: Los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Sal. CVIII).

No multipliquen palabras altivas, gloriándose, etc. Se dice a judíos y gentiles: Basta ya de haber presumido hasta ahora de vuestra gloria casi singular, ahora, trascendida por la gracia la letra de la ley, pisoteados ya los errores de la gentilidad por la verdad del Evangelio, reciban ambos el Nuevo Testamento de Cristo, de la fe, y el mandamiento del amor. Pero también se nos manda hablar cosas sublimes, pero no multiplicar palabras altivas, gloriándose; esto es, buscar y desear las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra; pero no saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad (Col. III; Rom. XII). Se manda a los gentiles hablar cosas sublimes, predicando los misterios del único Dios verdadero, y no multiplicar palabras altivas, errando por muchos nombres de engañados.

Porque el Señor es el Dios de las ciencias, etc. Por eso es necesario que no busquen cosas más altas de lo que les conviene, ni escudriñen cosas más fuertes de lo que les conviene (Ecle. III); porque el Señor, fuente y tesoro de sabiduría y ciencia, que enseña al hombre la ciencia: El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XCIII).

El arco de los fuertes fue vencido, etc. La intención soberbia de los judíos, que siempre presumían que las obras de la ley podían salvar, ha fallado; el ejercicio del arte dialéctico, y como si fuera la loquacidad de la filosofía secular, curvada para burlarse de la simplicidad de

la fe, ha sido debilitada; finalmente, todas las flechas encendidas de los espíritus malignos han sido embotadas por las armas de la verdad invicta; porque lo necio del mundo eligió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil del mundo eligió Dios, para confundir a lo más fuerte (I Cor. II).

Los que antes se llenaban por pan se alquilaron, etc. Los judíos, antes alimentados con el pan vivo de las Escrituras, ahora, disimulando entre las espirituales viandas de la iglesia, necesitan, y los huéspedes de los testamentos, ahora gustando ven, que el Señor es bueno.

Hasta que la estéril dio a luz muchos, etc. Isaías lo expone, porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tenía marido (Is. LIV). Los Setenta Intérpretes pusieron, Porque la estéril dio a luz siete. Saba, de hecho, la palabra hebrea, designa tanto siete como muchos. Pero también el sentido de esa edición se hace claro, reconociendo el número septenario, en el que está significada toda la perfección de la iglesia. Por lo cual también el apóstol Juan escribe a siete iglesias (Apoc. I), mostrando de este modo que escribe a la plenitud de una; y en los Proverbios de Salomón, prefigurando esto antes: La sabiduría edificó su casa, talló sus siete columnas (Prov. IX).

El Señor mata y da vida, etc. Mata a la Sinagoga, da vida a la Iglesia; o vivifica a los mismos que mata; para que consideremos, que estamos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. (Efe. II). O ciertamente debe entenderse según aquello que dice el Apóstol: Porque siempre nosotros que vivimos, somos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (II Cor. IV). Pero mejor y sin ninguna controversia confesamos cumplido en el Señor, que muerto revivió, descendiendo a los infiernos resucitó.

El Señor empobrece y enriquece, etc. A los que en el presente hace pobres y humildes de espíritu por su causa, a esos mismos en el futuro los enriquece en sí, y los eleva.

Levanta del polvo al pobre, etc. Levanta de entre los muertos a Cristo, para que su carne no vea corrupción; y lo eleva a los cielos, para que no sea vencido por los perseguidores judíos, cuyas tradiciones el Apóstol considera como estiércol (Col. III). Porque Él mismo fue pobre, Él mismo se hizo pobre por nosotros, para que nosotros fuéramos enriquecidos por su pobreza (II Cor. VIII).

Para que se sienta con los príncipes, etc. Este versículo lo expone Él mismo, cuando a los que hacía pobres para enriquecerlos; los humillaba en la tierra, para elevarlos en los cielos; cuando le preguntaron qué recompensa tendrían en el futuro; respondió: Cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, se sentarán también ustedes sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX). Y Salomón en la alabanza de la mujer fuerte, es decir, de la Iglesia, o de cualquier alma elegida: Su marido es noble en las puertas, cuando se sienta con los senadores de la tierra (Prov. XXXI).

Porque del Señor son los cimientos de la tierra, etc. No solo colocó promontorios y rocas altísimas para defender el mundo terrenal contra el furor de la tempestad marina, sino que mucho más, para conservar el estado de su Iglesia, colocó corazones firmes y valientes de sus fieles, para que ninguna ola de turbulenta persecución la derribara. A estos mismos cimientos que sostienen el mundo, los llama príncipes sentados en tronos. Y con razón; porque cuanto más humildemente ahora sostienen y defienden, tanto más sublimes serán al juzgar. De estos cimientos, que no están fortalecidos por su propia virtud, también habla el bienaventurado

Job, diciendo del Señor: Bajo el cual se inclinan los que sostienen el mundo. Para que puedan sostener firmemente las cargas de los débiles, no cesan de someter humildemente sus cuellos a la fortaleza invicta (Job IX).

Guardó los pies de sus santos, etc. Los actos y pensamientos de los piadosos, con los cuales progresan gradualmente hacia la perfección, los defiende de las insidias de los impíos; y esos mismos impíos perecerán en las maquinaciones tenebrosas que tienden a los buenos. De ahí que uno de los santos, agradeciendo al Salvador por sus pies, canta: Me regocijaré en tu salvación, las naciones han caído en el hoyo que hicieron, etc. (Salmo IX).

Porque no se fortalecerá el hombre en su propia fuerza. Mira hacia lo alto. Por eso, los impíos, que confiando en su propia fuerza desprecian buscar la ayuda divina, deben finalmente callar en las tinieblas, es decir, condenados por su ciega impiedad; porque no en su propia fuerza, sino en la gracia de su Creador se fortalecerá, quienquiera que desee ser llamado hombre con justicia.

Temerán al Señor sus adversarios, etc. Anuncia abiertamente el día temible del juicio final y definitivo; en el cual, porque los adversarios temerán al Señor, ya ahora es necesario que, aún no visto, lo temamos humildemente, para que entonces, al ver su majestad, nos regocijemos. Pero también hoy el Señor, para construir la contumacia de los perversos, truenas desde las altas y luminosas páginas de la Sagrada Escritura, adornadas por su Espíritu.

El Señor juzgará los confines de la tierra. Es cierto que el Señor no solo juzgará los confines de la tierra, sino también las regiones interiores. Así se ha dicho: Juzgará los confines de la tierra; como si se dijera, También los confines de la tierra; porque no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII). Pero mejor se entiende que los confines de la tierra se refieren a los tiempos extremos de cada hombre o del mundo entero; porque tal como alguien salga del cuerpo, así será presentado al examen del juez estricto.

Y dará el imperio a su rey, etc. Después de la prueba del último examen, el reino de Cristo, que ahora los infieles desprecian, mostrará su gloria divina y majestad de manera sublime. El cuerno de Cristo no solo se refiere al unigénito Hijo de Dios, sino también a cada uno de sus elegidos. De ahí que al inicio de este himno, en el cual, según su nombre, maravillosamente encomia la gracia de Dios, dice: Mi cuerno ha sido exaltado en mi Dios. A todos los ungidos con su crisma, correctamente los llamamos cristos, aunque todo el cuerpo con su cabeza es un solo Cristo; ahora en parte peregrino en la tierra, pero entonces todo será elevado en la patria celestial. Recuerda el himno de la bienaventurada María (Lucas I), y ve qué cosas similares sobre los juicios y la gracia de Dios sintieron los profetas, la madre del Señor, mujer y virgen.

CAPÍTULO V. Profanando los hijos de Elí el oficio sacerdotal, el niño Samuel ministra ante el Señor, ceñido con un efod de lino, y con la bendición de Elí, Ana es fecundada con hijos.

Y Elcana se fue a Ramá a su casa, etc. Esta lectura enseña que, tras la encarnación del Señor, los doctores judíos se desviaron hacia lo peor, y que las maravillas del mismo Señor y Salvador en la Iglesia deben ser difundidas por todo el mundo.

Por tanto, Elcana se fue a Ramá a su casa, etc. La Iglesia de los gentiles, recién llamada a la fe, lo que dijimos que significaba el nacimiento del bienaventurado Samuel, se fue la posesión de Dios, que es su sabiduría coeterna, Cristo, para iluminar, como siempre, los altos corazones de sus santos fieles y de los ángeles y hombres, que son su casa, erigida sobre la roca de la fe firmemente contra las puertas del infierno. Pero el pueblo llamado a la fe,

incluso con el sacerdocio judío observando y admirando, servía humildemente a las órdenes de Cristo, como si siempre lo estuvieran viendo.

Pero los hijos de Elí, hijos de Belial, etc. Los hijos del sacerdocio judío, hijos de la luz ciega, o sin yugo (pues ambos significados tiene Belial o Beliar) fueron, todos los que desconocían la doctrina de Cristo; no siguiendo los mandatos de la ley divina, sino los estatutos de sus propias tradiciones.

Pero cualquiera que ofreciera un sacrificio, venía el siervo del sacerdote, etc. Cualquiera que en ese tiempo hubiera decidido consagrar su vida al Señor, venían los discípulos de los escribas, fariseos y príncipes de los sacerdotes, mientras las costumbres carnales comenzaban a ser cocidas en el fuego de la devoción celestial, y tenían la codicia rapaz del mundo en sus obras; cuyo tridente mordaz describe el apóstol Juan diciendo: Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (1 Juan II). Y enviaban ejemplos o incluso doctrinas de codicia terrenal al corazón de cualquier oyente, es decir, ya sea dócil, o de ingenio más lento y estrecho, o débil y frágil, o paciente de adversidad, o eficaz en el hablar, o rústico y menos sonoro, lo cual se distingue por la variedad de vasijas de hierro, bronce o barro; contaminando con su mal contacto el pequeño calor de amor divino que alguien había concebido recientemente, no esperaban la recompensa de la predicación que la ley establecía, sino que, en contra de lo que se debía a Dios, obligaban a que se les hiciera a ellos el tributo de obediencia; con este tridente perversísimo también ahora en la iglesia tocan las sagradas ofrendas, cualquiera que, habiendo recibido el misterio de la fe, o incluso el ministerio de la palabra, busca lo suyo, no lo de Jesucristo.

Incluso antes de que quemaran la grasa, etc. Tanto progresó la iniquidad de la decepción farisaica, que incluso antes de que enseñaran a ofrecer el grato don de la dilección a Dios, que debe ser inmolado singularmente en el altar del corazón antes que las demás ofrendas de virtudes, preferían su servicio al culto divino; diciendo a los miserables oyentes, que cada uno no consumiera las lujurias de su concupiscencia carnal con la llama de la caridad celestial digna de Dios, sino que, en injuria del Creador, menos castigadas, las gastaran según el capricho de los preceptos carnales. Pero estos impíos no decían estas cosas a sus oyentes con palabras, sino con hechos mismos. Ojalá no supiéramos que cosas muy similares se hacen hoy en día por maestros y sacerdotes de la Iglesia.

Por tanto, el pecado de los jóvenes era muy grande, etc. Era el pecado de los escribas y fariseos muy grande ante el Señor, aunque ante los hombres se justificaban por hipocresía (Lucas XI); porque siendo hombres, rompían el mandamiento de Dios por sus tradiciones; o ciertamente, quitando la llave del conocimiento, ni ellos entraban, ni dejaban entrar a los que querían. Si, pues, el pecado de los jóvenes que trataban indignamente las carnes de las víctimas pecuarias era muy grande ante el Señor: ¿qué crees que merecen de castigo aquellos que con necedad pueril han pisoteado al Hijo de Dios, y han tenido por profano el pacto eterno (Hebreos X)? Quienes, habiendo recibido, no disciernen el cuerpo del Señor (1 Corintios XI), es decir, no distinguen el misterio de la vida celestial de la percepción de las comidas comunes y viles.

Pero Samuel ministraba ante la faz de Dios, etc. Efod en hebreo, en latín se dice superhumeral o sobrevestidura; cuyo nombre de vestidura, tejida de oro, jacinto, púrpura, escarlata teñida dos veces, y lino torcido, se menciona en la Escritura del Éxodo como concedida solo a los pontífices (Éxodo XXV). Sin embargo, el mismo lino era usable por sacerdotes, levitas y otros cualesquiera, y aquí los ejemplos de Samuel, que fue levita, y más

adelante de los sacerdotes que Saúl mató, y de David danzando ante el arca del Señor, lo atestiguan. Pues no pudo una sola edad tener ochenta y cinco pontífices, sino que pudo haber sacerdotes de menor grado. Típicamente, el efod de varios colores muestra la gracia de las virtudes en el hombre santo. El lino, que es producido de la tierra, y ya con largo ejercicio llega a su decoro, designa la mortificación castísima de la carne casta. Ministraba, pues, Samuel ante la faz del Señor, niño ceñido con efod de lino; ministraba Cristo a nuestra debilidad humilde en el hombre, llevando siempre un cuerpo y alma purísimos de toda mancha de vicios. No pecó, ni hizo mal ante el Señor: Quien fue concebido sin iniquidades, y sin delitos lo dio a luz su madre. El pueblo cristiano ministra a Cristo, crucificando su carne con vicios y concupiscencias, castigando su cuerpo y sometiénolo a servidumbre.

Y su madre le hacía una túnica pequeña. No solo casta y libre de todo pecado, sino también humilde en todo, el Señor asumió la carne; que le hace la Iglesia, o quien así lo cree recta y saludablemente, o porque no es un miembro ignoble de la Iglesia la virgen, de la cual él mismo nació, resplandece.

Que traía en los días señalados, etc. Y la Iglesia nunca abandonada por Cristo, a quien tiene consigo en secreto todos los días hasta la consumación del siglo, subiendo en los días solemnes de las misas para inmolar, lleva consigo los misterios de su carne y sangre en vino y pan. Pero también al pueblo que la Iglesia engendra para Cristo, le hace el hábito de humildad, que lleva consigo a través de los incrementos de cada virtud, progresando con la gracia de Cristo hacia lo más alto, para rendir votos de gracias al Padre de las luces. Esta es la vestidura nupcial, que según la parábola del Evangelio (Mateo XXII), todo el que entre en las solemnidades del reino celestial necesita. Esta misma túnica, pequeña en apariencia pero grande en virtud, ni siquiera en el momento de su muerte permitió que la rompieran aquellos de quienes sufrió la muerte; porque el ejemplo de humildad hasta la muerte, lo conservó incluso en la muerte.

Y Elí bendijo a Elcana y a su esposa, etc. Bendijeron a Cristo en la Iglesia, los sacerdotes judíos convertidos a la fe, de quienes está escrito: También una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe. La bendición en Cristo de la Iglesia, y la multiplicación de la semilla por las naciones gentiles, el sacerdocio antiguo lo significó en muchos de sus tipos, y como en tropo habla a Cristo: Que Dios Padre te devuelva creyentes de entre los gentiles; pues ellos son la semilla a la que el Señor bendijo. Por el interés que prestaste al Señor, es decir, por aquel hombre singularmente santo, que asumido de la virgen, quiso tener contigo una sola persona de Cristo, es decir, el nombre de Dios. Pues si no hubiera recibido el Señor el interés del santo, nadie esperaría que la semilla de una mujer estéril fuera esperada. Esto es, si el hombre glorificado por Dios no estuviera sentado a la derecha del Padre, de ninguna manera la miserable gentilidad, consciente de su transgresión, podría haber alcanzado la multiplicación de la semilla de Abraham. Pero mientras Cristo, las primicias del género humano, fue prestado a Dios Padre, se da a los fieles la esperanza de ser salvados por él, de vivir en él, de morir por él, de ser resucitados por él, y de reinar eternamente con él. También se puede decir que la Iglesia, por el interés que prestó al Señor, mereció de él la semilla, cuando por el pueblo que ofreció fiel y devoto al Señor, recibió dones más abundantes de fe y devoción, enviados por el mundo a través de los predicadores; que en cualesquiera naciones que, habiendo oído la palabra de Dios, descuidaron obedecer, por no haber dado el interés de la palabra al Señor, rechazando a los doctores, no pudo tener la multiplicación de la semilla santa.

Por tanto, el Señor enriqueció a Ana, etc. El Señor dio a la Iglesia el Espíritu de su gracia, por el cual ella, fecundada, le engendró descendencia espiritual, en parte poderosa para investigar

o predicar los sacramentos de la santa Trinidad, en parte despreciada por su simplicidad con el perfecto amor de Dios y del prójimo; porque la humildad de la encarnación asumida por Cristo, fue tenida en gran estima por el Padre; de quien todo el que se humilla, será exaltado (Lucas XIV). De ahí que su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo XVIII).

CAPÍTULO VI. Aumentan los hijos de Elí el pecado, despreciando incluso las advertencias de su padre; y Samuel, progresando, agrada tanto a Dios como a los hombres.

Elí era muy anciano, etc. En esta lectura, mística y simbólicamente, el judaísmo envejece y está por desaparecer, mientras la fama de Cristo crece a través del Evangelio. La vejez de Elí insinúa el tiempo cercano al fin del sacerdocio legal. Porque lo que se envejece y se hace viejo, está cerca de su desaparición.

Y oyó todo lo que hacían sus hijos, etc. No es pequeña ni uniforme la transgresión de los hijos de Elí, que no temieron manchar tanto la religión divina como el amor al prójimo. Pues se lee arriba que de las carnes santas, no lo que estaba establecido en la ley, sino lo que les era lícito, presumieron; que antes de que se quemara la grasa para Dios, presumieron de tomar para sí la mejor parte de la víctima para comer; que cruda la carne de los oferentes, para prepararla más cuidadosamente para sí, la arrebataron; que hicieron transgredir al pueblo del Señor: y, lo que es más horrendo, que todo lo que dijimos lo hicieron en desprecio del Creador. Pero ahora se añade lo que heriría a la fraternidad, que contaminaron a las mujeres del pueblo que acudían a orar; y más adelante, lo que es la suma de todos los males, se añade, que ni siquiera corregidos por su padre se arrepintieron. Hemos dicho esto más detalladamente, para que, lector, recuerdes lo que debes evitar. Pero lo que resta en la parte típica, es de los sacerdotes y doctores, y vigilar en el Señor, y despertar a los demás a vigilar, diciendo: Despierten, justos, y no pequen (1 Corintios XXV). Pero también los malos doctores duermen, y esto con las mujeres que observan en la puerta del tabernáculo, cuando seduciendo a las almas inestables, ni ellos entran, ni permiten entrar a los que quieren entrar por la puerta de la vida. Tal era en otro tiempo el crimen de la facción farisaica destinada a perecer; tal es ahora en los falsos profesores de la religión cristiana.

Y les dijo: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? etc. Corrigió a los hijos delincuentes Elí, pero no escucharon. Y la misma institución del sacerdocio antiguo, ordena a sus ministros ser perfectos; pero los escribas, fariseos y príncipes sacerdotales impíos, despreciaban la voz paterna de su ley y sacerdocio, destinados a perecer. Pero según la letra, no debe pasarse por alto que corrigió a los hijos de Elí; pero porque, despreciando la corrección, no los rechazó como debía, pereció junto con ellos. ¿Qué, pues, merecen los miserables como nosotros, y los semejantes a nosotros, que se alegran en los vicios, que no se atreven a corregir, que temen su propia conciencia; y lo que todo el pueblo clama, fingen ignorarlo?

Si un hombre peca contra otro hombre, etc. Ambos se refieren a los hijos de Elí. Pecó contra un hombre, cuando el sacerdote violó a la esposa de otro hombre que venía por motivos religiosos; pero esto, seguido de un digno arrepentimiento, Dios podía perdonar. Pero no solo esto sucedió, sino que con mayor miseria pecó el hombre contra el Señor, cuando el mismo sacerdote, contaminado por la fornicación, no solo indignamente trató de acercarse a los sagrados misterios del altar, sino que lo hizo indigno. Y ciertamente la terrible sentencia de Elí resuena contra tales presuntuosos, pero mucho más terrible es la palabra del mismo juez, que dice: Cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero (Mateo XII; Lucas XII).

Pero el niño Samuel crecía y se fortalecía, etc. Mientras Elí envejecía y declinaba, el niño Samuel crecía y se fortalecía; porque ciertamente se hace la reprobación del mandamiento anterior por su debilidad e inutilidad; pues la ley no llevó nada a la perfección, pero la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.

CAPÍTULO VII. Viene un profeta a Elí, y le anuncia lo que sucederá a su casa por el pecado del desprecio.

Vino un hombre de Dios a Elí, etc. Esta lectura no con figuras de cosas, sino con palabras claras de profecía, enseña que todo aquel sacerdocio antiguo, que era de la descendencia de Aarón, debe ser cambiado por el nuevo sacerdocio de Cristo, que ahora se lleva a cabo en la Iglesia.

¿No me revelé claramente? etc. No habla de un padre cercano de Elí, que no pudo ser en aquella servidumbre egipcia; sino de Aarón mismo, a cuya casa se reveló en Egipto, y a la cual, enseñada desde allí, prefirió con el derecho del sacerdocio sobre todas las tribus de Israel.

Y di a la casa de tu padre todo, etc. Todo de los sacrificios del pueblo, cuanto convenía que los sacerdotes recibieran, lo proveí a los hijos de Aarón, tu padre, porque los elegí para el sacerdocio.

Y honraste más a tus hijos que a mí, etc. No contentos con la parte que os concedí, también intentasteis tomar las primicias que me debían; lo cual puede entenderse tanto del tiempo como de la porción de los sacrificios; porque antes de que se quemara la grasa, presumían de tomar para sí lo mejor de la víctima para comer, como se leyó arriba.

Por eso dice el Señor Dios de Israel: Hablando hablé, etc. Se pregunta de qué manera se cambia lo que se prometió que sería perpetuo; pero recuerda que el sacerdocio de Aarón era una sombra del sacerdocio eterno, y la promesa de eternidad; entiende que no se refiere a la sombra, sino a la verdad sombreada. Para que no pensaras que la sombra y figura eran eternas, también debía profetizarse su cambio. Así como también debe entenderse del reino de Saúl lo que se dijo: Que si no lo hubieras hecho, ya ahora el Señor prepararía tu reino sobre Israel para siempre (1 Samuel XIII). De lo cual se tratará más oportunamente en su lugar.

Ahora dice el Señor. Lejos esté esto de mí, etc. Cambiando los tiempos, no cambiando los consejos el Señor, y eligiendo de entre las naciones gentiles para sí un sacerdocio espiritual, y privando a los hijos de Aarón que lo desprecian de todo el orden del oficio sacerdotal.

He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, etc. Están presentes estos días, ya no se elige sacerdote de la descendencia de Aarón; sino que se ha cortado la gloria del sacerdocio legal, no solo en Elí, sino en toda la sucesión de la tribu levítica; tanto que ni siquiera un sacerdote de menor orden, que en griego se llaman presbíteros, es decir, ancianos, se considera que debe buscarse allí. De donde más claramente los Setenta Intérpretes tradujeron: Y no habrá para ti anciano en mi casa, porque ciertamente envejecen en edad corporal innumerables de esa tribu, pero en la casa del Señor no son dotados con el grado de presbítero.

Y verás a tu rival en el templo, etc. Verán tus descendientes al pueblo de los gentiles, en la fe que es, amado usando espiritualmente las Escrituras y promesas de Israel en el templo.

Verumtamen non auferam penitus virum ex te, etc. No se les negó a los hijos de Aarón, aunque pecaron gravemente en la muerte del Señor, el lugar para la penitencia; pero si algunos de ellos quieren, que vengan penitentes a la iglesia, participen del altar de Cristo, mientras los demás permanecen en la ceguera de su perfidia y envidia, en cuyo ejemplo de piadosa dispensación, pereciendo con los hijos de Elí, no fue completamente quitado de él un hombre del altar del Señor. Pues incluso en los días de Saúl, se escribe que Abías, nieto de Finees su hijo, ejerció el sacerdocio (III Reyes XIII).

Y gran parte de tu casa morirá, etc. Gran parte de la casa de Elí, al llegar a la edad viril, murió cuando, delatados por Doeg el edomita, ochenta y cinco sacerdotes fueron cruelmente asesinados por la furia de Saúl (I Reyes XXII). Pero incluso hoy, la mayor parte de esa casa, al llegar a la edad de la razón, pierde las recompensas de la vida por el filo de su perfidia.

Esto te será por señal, etc. Estas palabras se refieren a Elí y a Samuel, porque tanto la muerte de los hijos de este, como la elección de aquel, no del linaje de Aarón, para el sacerdocio, significan no la muerte de hombres, sino del mismo sacerdocio antiguo, y la sustitución del nuevo, en el cual Cristo es en la iglesia sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Pero lo que dice el Señor, que haga según mi corazón y mi alma; no pienses que Dios tiene alma, siendo el creador del alma; sino que esto se dice de Dios de manera figurada, no propiamente, como la mano y el pie, y otros miembros del cuerpo. Y para que no se crea que el hombre fue hecho a imagen de Dios según la figura de su carne, se añaden otras cosas que ciertamente el hombre no tiene, y dice a Dios: Protégeme bajo la sombra de tus alas (Salmo XVI); para que los hombres entiendan que de esa naturaleza inefable se dice esto no con palabras propias, sino con vocablos trasladados de las cosas.

Y le edificaré una casa fiel, etc. La casa fiel, que se construye sobre el fundamento de la roca por el hombre sabio para el sacerdote fiel, es la Iglesia; que caminó ante Cristo todos los días de la vida presente, y nunca las puertas del infierno podrán detener su mejor avance. Y se dice bellamente, Caminó todos los días; porque cuando, al pasar el curso de los días que se deslizan, venga, un día mejor en sus atrios sobre miles, y dé la bendición, quien dio la ley, esta casa no tiene nada más que avanzar, caminando de virtud en virtud; porque verá al Dios de los dioses en Sion, y lo alabará bienaventurada en su casa, o más bien, la misma casa para siempre. Pues no fácilmente se puede entender que a Samuel se le edificó una casa fiel, cuyos hijos se dice que se desviaron tras la avaricia, y no caminaron en sus caminos, a menos que se piense que su casa es el pueblo que gobernaba, del cual está escrito: Y toda la casa de Israel descansó tras el Señor (I Reyes VII). Y que caminó ante Cristo del Señor, o el mismo Señor ante Samuel, o el mismo Samuel, se interprete Saúl o David.

Será, pues, que cualquiera que quede en tu casa, etc. Y algunos cada día no solo de la tribu sacerdotal, sino de toda la tribu de Israel, y todas las reliquias de esa nación al final del mundo, para poder reconciliarse con Dios, vienen a la iglesia; y, rechazadas las carnes de las víctimas, ofrecen la palabra que consume y acorte la confesión salvífica, y el pan del sacrificio espiritual. Pues la plata es la palabra de la confesión de fe, y el dinero expresa la brevedad de esa confesión, que se contiene en el Símbolo. Pero este hombre de Dios, que se muestra profeta por su oficio, dice: Cualquiera que quede en tu casa, esto es lo que dice Isaías: Las reliquias serán salvas (Romanos XII). Y el apóstol recordando las palabras de Elías: Así también, dice, en este tiempo las reliquias según la elección de la gracia han sido salvas (Isaías XI).

Y dirá: Déjame, te ruego, a una parte sacerdotal. Se refiere al mismo pueblo, ilustre por el sacerdote Cristo; a quien Pedro dice: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro II). Pero lo que añade: Para que coma un bocado de pan, también expresa elegantemente el mismo tipo de sacrificio, del cual dice el mismo sacerdote: El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo (Juan VI). Porque había dicho anteriormente, que dio alimentos a la casa de Aarón de las víctimas del Antiguo Testamento, que eran los sacrificios de los judíos, por eso aquí dijo: Se debe pedir para comer un bocado de pan, que es en el Nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.

CAPÍTULO VIII. Con los ojos de Elí oscurecidos, Samuel duerme en el templo del Señor, y respondiendo a la cuarta llamada del Señor, conoce lo que le sucederá a Elí, y se lo repite por la mañana, también por segunda vez divinamente revelado.

(I Reyes III.) Pero el joven Samuel ministraba al Señor ante Elí, etc. En esta lectura el Señor muestra que las ceremonias del sacerdocio legal, y antes de que él mismo las consumara con su pasión, ya corrompidas por las tradiciones de los fariseos, deben ser cambiadas de todas las maneras, creyendo pronto en él y confesando Judea, porque Dios ha visitado a su pueblo.

Pero el joven Samuel ministraba al Señor ante Elí, etc. El niño que nos nació en la carne, a la vista de los sacerdotes judíos, por sí mismo y por sus discípulos evangelizadores ministraba sus dones a la iglesia primitiva. Y la palabra del Señor era en ese tiempo preciosa por su rareza, porque la mies era mucha, pero los obreros eran pocos (Mateo IX). Ni había fariseo, escriba, o sacerdote, que revelara al pueblo las visiones ocultas y las palabras manifiestas de los profetas con exposición.

Sucedió un día que Elí yacía en su lugar, etc. Llama lámpara de Dios a la dignidad del grado de Elí. Pero por significación, correctamente entendemos la lámpara como el sacerdocio antiguo, necesario en la noche bajo la sombra del pueblo sirviente, pero que al amanecer del día de la nueva gracia será removido. Porque la lámpara, que solo brilla en las casas cerradas por la noche, no puede esparcir más ampliamente los rayos de su fulgor, pero el sol al salir ilumina tanto todo dentro y fuera, que incluso el resplandor de la lámpara se vuelve menos útil, o incluso se apaga; no sin razón se compara esto a la ciencia legal, que brillaba como encerrada solo para la casa de Judea, mientras las demás naciones fuera estaban como oprimidas por el horror ciego de la noche, y se compara al Evangelio, que después de iluminar a Judea, también disiparía las largas sombras de la gentilidad. Cómo la lámpara sería ocultada o incluso extinguida por el sol naciente, lo muestra el apóstol, que hablando de la letra y el espíritu dice: Porque ni siquiera fue glorificado lo que resplandeció en esta parte, por la gloria excelente. Porque si lo que se evacua es por gloria, mucho más lo que permanece es en gloria (I Corintios III). Elí, pues, yacía en su lugar, y sus ojos se oscurecieron, y no podía ver la lámpara de Dios, antes de que se extinguiera la dignidad del sacerdocio antiguo y de la ley a la que servía; que debía vigilar, estar firme en la fe, actuar virilmente, y fortalecerse en el tiempo ya de la Encarnación del Señor, degenerando de la primera alegría de su estado, como por el cansancio de la vejez languidecía; ni aún lo que fue consumado por la sangre de Cristo, ya en gran parte por las segundas interpretaciones de los fariseos estaba privado de la luz del verdadero sentido.

Pero Samuel dormía en el templo del Señor, etc. El Señor, mientras predicaba y ministraba las cosas espirituales a los mortales, suspendía el ojo de la mente de las cosas exteriores en la contemplación de la luz suprema e íntima. Pues dicen que el templo, de contemplar, donde también los sacramentos divinos y celestiales, se llama; donde está el arca de Dios, es decir, la gloria de la suma Trinidad, sola consciente del secreto divino total. De donde habla en el

Salmo: Siempre veía al Señor delante de mí; porque está a mi derecha, para que no sea conmovido (Salmo XIII).

Y llamó el Señor a Samuel, etc. Un género arduo de decir, cómo llama el Padre al Hijo en el tiempo para conocer los secretos de su juicio; y él responde que está presente, quien antes del tiempo nacido del Padre dice: Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre (Mateo XI). Y: Todas las cosas que tiene el Padre son mías (Juan XVI). Pero a menudo la Escritura habla de Dios, o más bien Dios mismo de sí mismo en las Escrituras, al modo humano, según aquello del Evangelio: Porque no hablo de mí mismo, sino que como oigo juzgo; y todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer (Juan XV). Asimismo en el Génesis dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I). Llamado, pues, Samuel por el Señor, respondió: Aquí estoy.

Y corrió a Elí, etc. Llamado por el Padre Cristo, quien siempre estaba en él, para contemplar los milagros de su majestad perpetua, responde que permanecerá divinamente con el Padre en presencia eterna; y entre estas cosas, de repente apareciendo la humanidad en la carne, habla a los maestros de los judíos: Y él mismo, a quien tanto tiempo buscabais, y deseabais que viniera en la carne, quien con las oraciones y votos de los fieles a menudo era llamado para la salvación del mundo, he venido yo mismo, quien hablaba, aquí estoy.

Quien dijo: No te he llamado, etc. Niegan los escribas y fariseos haber buscado la venida de Cristo; cuya natividad, al ser escuchada, no solo Herodes el rey se turbó, sino toda Jerusalén con él. Y le ordenan volver a dormir en el templo, a quien, rechazado por su incredulidad, lo envían de nuevo a contemplar los secretos del padre. Pero lo entienden como joven, es decir, después del trigésimo año de edad, que algunos de su número creen que es el Hijo de Dios. Y esto es que Elí, después de la tercera venida de Samuel a él, entendió que el Señor lo llamaba; después de la tercera década de sus años, los judíos entendieron y creyeron que Jesús es el Cristo Hijo de Dios.

Y añadió el Señor a llamar de nuevo a Samuel, etc. No nos cansemos de repetir tratando, lo que ni al Señor le cansó repetir hablando, ni al historiador le cansó repetir escribiendo. Llama Dios Padre a Dios Hijo, no como un hombre llama a otro hombre, golpeando el aire con palabras de un lugar a otro; sino que a este, que permanece perpetuamente en él por presencia invisible, incluso cuando llevaba al hombre en la tierra, lo mostró con signos visibles. Y porque Samuel allí, el mismo Dios, o su nombre significa Dios, podemos decir correctamente también esto, que el Señor llamó a Samuel, cuando el Padre mostró al Hijo encarnado, con milagros como verdadero Dios, y él respondió: Aquí estoy. A quien el mismo Hijo dijo: Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV).

Y dijo: Aquí estoy, etc. Note el lector diligente, que no siempre es el mismo el orden de la interpretación alegórica que el de la verdad histórica, sino que a veces se establece de manera igual, a veces desigual, a veces contraria entre sí. Igual, pues, como la simplicidad de la infancia de Samuel, y la ceguera torpe de Elí, significan la humildad del Señor Salvador y la estulticia páfida de los judíos. Desigual, pues, como las palabras dudosas de Samuel diciendo: Aquí estoy, porque me llamaste, preanuncian la verdadera y cierta encarnación de Cristo. Contrario, como más abajo, el pecado de David en el asunto de Urías insinúa la misericordiosa gracia de Cristo, que se dignó salvar a las naciones.

Por lo demás, Samuel aún no conocía al Señor, etc. Por lo demás, el Salvador, cuyo nombre es Dios, aún no fue conocido por los carnales como siempre conocedor de todos los secretos del Padre, ni antes de ser bautizado, vio y dio testimonio Juan de que los cielos se abrieron

para él, y que la voz del Padre se hizo sobre él desde lo alto. Así, pues, al modo de la santa Escritura, la ignorancia infantil del bienaventurado Samuel oculta en la infancia de la carne del Hijo de Dios demuestra la sabiduría. Pues no en vano se dijo: Porque en él están todos los tesoros de la sabiduría escondidos (Colosenses II), es decir, en los fieles, manifestados a los creyentes.

Y añadió el Señor, y llamó aún a Samuel por tercera vez. El Señor llama a Samuel por tercera vez, él mismo se levanta y viene a Elí, y dice quién lo ha llamado. El Señor mostró al Hijo en carne visible, con signos como Dios invisible, por tercera vez; en la infancia, en la niñez, y en la juventud. En la infancia, pues, cuando brilló a los pastores y magos por el ángel y la estrella. En la niñez, cuando, hecho de doce años, en el templo mostró estar dotado de sabiduría divina, donde él mismo dijo entre otras cosas: Porque en las cosas de mi Padre me es necesario estar (Lucas II). Pero en la juventud, cuando el Padre mismo lo señaló con su voz desde los cielos, diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Marcos I). Pero en cada una de estas en las que el Hijo de Dios es declarado por Dios Padre, el mismo Hijo, ofreciendo a los hombres en carne mortal, indica que está presente, quien fue buscado, esperado, y deseado por mucho tiempo.

Entendió, pues, Elí que el Señor llamaba al joven, etc. Finalmente, después de muchas maravillas hechas y dichas por el Señor, después de cumplidas las proclamaciones de Juan el Bautista, entienden los sacerdotes, escribas y fariseos, que Jesús, quien en verdad de carne nació para nosotros, él mismo en verdad de deidad sempiterna es contemplador de los secretos paternos; y enseguida, asintiendo a la fe reconocida, desean que él busque los gozos supremos, de los cuales nunca está ausente, y que debe narrar humanamente a los hombres, desean divinamente escuchar de Dios Padre, y, al modo de los amantes que saben lo que debe hacerse, ellos mismos para que se haga lo amonestan, como nosotros a menudo tanto a Dios mismo como a los ángeles lo que sabemos que harán, para mostrar la devoción de nuestra mente, para que lo hagan pronto e instantáneamente, como asintiendo los exhortamos. Decimos, pues, hombres de la tierra: Levántate, Dios, y juzga tu causa (Salmo LXXIII). Despierta tu poder, y ven (Salmo LXXIX). Bendecid a Dios, todos sus ángeles (Salmo CII); y innumerables cosas de este tipo.

Y dijo el Señor a Samuel: He aquí que hago una cosa en Israel, etc. Lo que el profeta predijo anteriormente a Elí sobre juzgar su casa, es decir, sobre rechazar la de él, y sustituir el sacerdocio de Samuel, lo mismo el mismo Samuel, por el oráculo de Dios hecho a él, lo conoce, y se lo anuncia a Elí; porque lo que los pregones de los profetas definieron sobre el sacerdocio antiguo y la introducción del nuevo, es decir, la iglesia de Cristo, lo mismo el mismo Cristo en la carne conversando, escuchado más ciertamente del Padre en lo oculto, donde no hay acceso de mortales, lo revela abiertamente a los principales de los judíos y con voz clara.

Por eso juré a la casa de Elí, etc. La casa de Elí según la letra no pudo ser expiada por la sangre de las víctimas, que la iniquidad de sus hijos contaminaba, pero sin embargo fue expiada por la sangre del martirio, cuando tantos sacerdotes de esa estirpe en la ciudad de Nob, por la gracia de la hospitalidad paterna, fueron inocentes exterminados (I Reyes XXII). Según la consecuencia de la alegoría, la iniquidad de la casa de Elí, o más bien de toda la casa de Israel, no pudo ser limpiada completamente por ningún género de hostias o de buenas acciones, hasta que viniera el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Solo la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de toda iniquidad (Juan I).

Pero Samuel durmió hasta la mañana, etc. El Señor permanecía en secreta quietud con el Padre, con quien invisiblemente no cesa de disponer y gobernar todas las cosas, esperando cuando, disipada la noche de los vicios, abriera la puerta de las virtudes, cuando, al desaparecer la sombra de la ley, se revelaran las luces de la verdad evangélica, y enseguida donde, en el corazón de alguien al soplar el Sol de justicia, veía surgir el resplandor de la fe, abriendo dones más amplios de su Espíritu, prometía la entrada esperada de la casa perpetua en los cielos. Lo cual no solo entonces en los judíos, sino también en nosotros hasta hoy se lleva a cabo; pues cualquiera que no ha recibido la gracia de Cristo o la ha rechazado por los méritos de sus culpas, a este, puesto en la noche de la ceguera, Cristo, que siempre vigila en los santos, duerme, y le cierra el acceso al reino celestial. Pero cuando recibe la luz de la esperanza y la búsqueda del perdón, enseguida el Señor, como despertado de su sueño, abre las puertas de las virtudes, que había cerrado al caer la tarde de la perfidia. A este sentido se ajusta, aunque bajo otro tropo, lo que bellamente concuerda, que el mismo Señor mientras duerme, los marineros están en peligro; mientras despierta, son liberados (Mateo VIII).

Pero Samuel creció, etc. Creció la predicación del Evangelio, y Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo. Creció la fama de Jesús, y se extendió por toda Siria. De donde Juan dice: Es necesario que él crezca (Juan III); y sobre el deceso de la ley antigua como de Elí, inmediatamente añade: Pero yo, dice, debo disminuir.

Y no cayó ninguna de sus palabras en tierra. No encontrarás nada terrenal en las palabras del Señor, o ninguno de aquellos que piensan en cosas terrenales comprendió sus dichos espirituales. O ciertamente se debe decir así, que el Señor, permaneciendo en la carne, se abstuvo de confiar la palabra a los gentiles, que en comparación con los judíos eran como tierra al cielo, a quienes sin embargo después se dignó llamar a la fe por medio de los apóstoles.

Y conoció todo Israel desde Dan hasta Beerseba, etc. Y conoció la Iglesia católica, es decir, universal, el Israel espiritual, que se ha congregado desde los comienzos de renunciar al diablo hasta llegar a la fuente del bautismo, que Jesús Cristo era el predicador de la fe, quien es llamado Dios con nosotros. Dan, en efecto, se interpreta como juicio. Insinúa aquel tiempo de la Iglesia, del cual se ha dicho: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan XII). Beerseba, que se interpreta como pozo del juramento, o pozo séptimo, o pozo de la saciedad, designa la plena percepción del bautismo, cuando, exorcizado, renunciado y expulsado el diablo del corazón, cada uno entra en la fuente de la regeneración del Espíritu de la gracia septiforme para ser consagrado y saciado con la abundancia de los dones celestiales. Pero también la misma ubicación de los lugares alude no poco a los sacramentos de la Iglesia, porque el término de la tierra de Judea era Dan al norte, y al sur estaba Beerseba, cuya distancia mística de las regiones bien conoció quien sabe cantar con el esposo: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas (Cantar de los Cantares IV). Dan es una aldea a cuatro millas de Paneas para los que van a Tiro, de donde también el río Jordán, brotando del lugar, tomó su nombre. Jor, en efecto, los hebreos llaman al río o arroyo; lo cual también mira no ignobilmente a significar el inicio del bautismo. Por otra parte, la ciudad o aldea de Beerseba está en la tribu de Judá, inclinándose hacia el sur, como hemos dicho. Conoció, pues, todo Israel, es decir, el pueblo cristiano atento a la visión de Dios, desde Dan hasta Beerseba, desde el norte hasta el sur, es decir, desde el catecúmeno hasta los fieles, desde aquellos que recientemente habían expulsado de sí los durísimos soplos del antiguo enemigo, hasta aquellos que ya han sido influidos por el clarísimo calor del Espíritu Santo, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que los creyentes tienen vida eterna en su nombre. En esta lectura, la persona del

bienaventurado Samuel puede referirse también a los mismos miembros de Cristo, sublimes por el mérito de la pura humildad, de los cuales él mismo dice: Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos (Mateo XVIII). A quienes, durmiendo en el templo del Señor, es decir, apartados de las preocupaciones exteriores del mundo, convertidos con toda la luz del corazón a contemplar solo la voluntad suprema, cómo se les revelan los secretos de los juicios celestiales que el anciano ciego y reprobado Elí no vio, lo enseña el mismo Señor, quien habla en el Evangelio: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños (Mateo X). Donde también, como ejemplo del lugar presente, se propone la humildad de los penitentes para ser coronada, y la impiedad de los soberbios para ser condenada, para que por estas cosas se manifieste lo que dijo que revela los secretos ocultos a los sabios del mundo y los hace patentes a los humildes.

CAPÍTULO IX. Derrotado y huido Israel por los filisteos, y también muertos los hijos de Elí, el arca de Dios es capturada; al oír esto, él mismo cae hacia atrás y muere, y su nuera, después de dar a luz a su hijo Icabod, que se interpreta como sin gloria.

Y aconteció la palabra de Samuel a todo Israel, etc. En esta lectura, Israel, a menudo engañado por los ejemplos de las naciones, finalmente, habiendo aceptado la fe del Evangelio por un tiempo, se señala que poco después perdería tanto a ella como a los doctores de la verdad. Y al ser trasladado el testamento de Dios a las naciones, se muestra la perdición del sacerdocio legal junto con la sinagoga unida a él.

(1 Samuel IV) Porque salió Israel al encuentro de los filisteos, etc. Salió el pueblo, es decir, después de recibir el conocimiento de la ley, a realizar abiertamente las buenas obras que aprendió; y a combatir, en la medida de lo posible, el error del paganismo, por el cual los corazones de los impíos, embriagados, se inclinaban hacia la muerte eterna. De ahí que bien se diga que los filisteos caen por la bebida. Sin embargo, en esta contienda, Israel no tanto se preocupaba por revocar a las naciones extranjeras de la contaminación de los crímenes, como por observarse a sí mismo para no perecer por el ejemplo de ellas.

Y acampó junto a la piedra del Auxilio. Y puso toda la confianza de su guerra espiritual en la ayuda de aquel de quien decía: Cuando mi corazón estaba angustiado, me elevaste sobre la roca (Salmo LX). Y en otro lugar: El Señor es mi roca y mi fortaleza (2 Samuel XXI).

Por otra parte, los filisteos vinieron a Afec, etc. Progresando en el verdadero Dios, Israel, los adoradores de muchos y falsos dioses fueron inmediatamente tomados por un nuevo furor de envidia y depravación; y esto es que los filisteos dispusieron su ejército en Afec, es decir, en un nuevo furor contra Israel, mostrando a todas las naciones vecinas, enseñadas por espíritus inmundos, ejemplos de religión o acción perversa para escandalizar al pueblo de Dios, lo cual nunca dejaron de hacer desde el tiempo de la ley recibida hasta que la gracia de Cristo hizo de ambos uno.

Pero al comenzar la batalla, Israel dio la espalda a los filisteos, etc. Surgido el conflicto entre Israel y los pueblos gentiles sobre las cosas de la verdadera religión, y esto por el culto del único y verdadero Dios, ellos luchando por la defensa de los ídolos, la fe de Israel falló, y más fácilmente él pudo convertirse al error de las naciones que las naciones a seguir su fe. Sin embargo, una porción no pequeña de él, aunque los demás pecaran, persistía en regresar a los campamentos de las virtudes espirituales para defenderlos. Y no pienses que estas cosas interpretadas alegóricamente sobre el estado del antiguo pueblo de Dios no te convienen también a ti de manera tropológica. Pues tú mismo, cada vez que te esfuerzas en una

expedición espiritual por combatir a los espíritus inmundos, no confiando en tu propia virtud, sino confiando en aquella piedra que fue cortada del monte sin manos (Daniel II), que solo sabe derribar los reinos del diablo, inmediatamente los mismos enemigos de la verdad te oponen un nuevo furor de atrios por cada comienzo de buena obra. Sin embargo, ten cuidado de no dar la espalda a los enemigos que te hieren pecando, sino más bien, según lo que advierte el apóstol Santiago: Resiste al diablo, y huirá de ti (Santiago IV). Pero porque está escrito: El resultado de la guerra es variable, y ahora consume a este, ahora a aquel la espada (2 Samuel II), si por casualidad te sucediera ceder por un tiempo y el enemigo vencer, si incluso devastara los campos fructíferos de tu buena conversación, y se jactara de haber derribado la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, como los cuatro más excelentes líderes seguidos por toda la multitud de virtudes, no debes abandonar el campamento de tu mejor propósito, que has acampado junto a la firme roca, sino más bien, con el remedio de la humildad y la penitencia, debes restaurar las filas de virtudes perdidas con una nueva milicia; según aquel que dijo: Si el espíritu de los que tienen poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar, porque la curación hará cesar los grandes pecados (Eclesiastés X). Por lo tanto, ante el peligro del combate que se avecina por parte de los adversarios, ofrece el arca de la fe ferventísima como ayuda. Pero si también esa, por un momento, los más malvados la han mezclado con herejía, o la han atacado con cualquier otro tipo de fraude, y la han sustraído, tampoco te faltará la ayuda de la piedad celestial, que a menudo permite que los suyos caigan por un momento, para que, reconociendo su propia debilidad, los conserve más cautelosos en las virtudes y más perfectos para las recompensas. Finalmente, el arca regresa alegremente después de un poco de tiempo a casa, y permanece en la fortaleza de la ciudad durante veinte años, porque a menudo la virtud recuperada por la penitencia llena el alma con más ardor que antes del torbellino de la tentación, y la acompaña hasta el cumplimiento del decálogo de la ley divina perfecta, y para recibir el gozo perpetuo del denario celestial. Pero habiendo anticipado estas cosas con una exposición moral, volvamos al orden de la lectura, y busquemos en el antiquísimo bosque de la letra los nuevos frutos de la alegoría espiritual.

¿Por qué nos ha herido hoy el Señor delante de los filisteos? etc. Se consultaron a sí mismos para encontrar el camino de la salvación los más doctos de aquel tiempo en el pueblo de Israel, preguntando, en efecto, por qué, recibiendo la ley y queriendo cumplirla, no pudieron perfeccionarla o cumplirla, por qué fueron heridos por el Señor delante de los filisteos, es decir, por qué, permitiéndolo el Señor, y no ayudándolos con su gracia, codiciaron, leyendo y amando la ley, que dice: No codiciarás (Éxodo XX). Y finalmente encontraron un consejo útil, que buscando la gracia de Cristo, que en la Escritura de la ley (Deuteronomio V) a los padres se prometió a menudo que vendría, encontrar la gracia de Cristo señalada en la ley, por quien deseaban ser liberados, esto es, recordar el arca del testamento colocada en Silo dentro del velo del tabernáculo, y ser llevada por el pueblo para obtener la ayuda de la salvación. Hemos dicho antes por qué razón Silo tiene el tipo de la ley.

Envió, pues, el pueblo a Silo, etc. Envío el pueblo en la futura devoción de su fe; y asumieron como ayudante la gracia de Dios sobre todo excelente, que aprendieron por ocasión de la ley. Y es de notar que durante todo el tiempo de buscar y traer el arca, los campamentos de Israel permanecieron tranquilos; pero cuando llegó, fueron turbados por el enemigo, porque el mismo pueblo, la fe de la Encarnación del Señor, que ansiosamente buscaba que viniera, ya venida, no dudaba en rechazarla, e incluso en algunos de sus miembros perseguirla y odiarla.

Y estaban los dos hijos de Elí con el arca del pacto del Señor, etc. Tanto por nombre como por mérito, los hijos de Elí designan que el pueblo no creer en Cristo en la carne también fue ayudado no poco por la culpa de los sacerdotes de aquel tiempo. Ofni, en efecto, se interpreta como descalzo, como se ha dicho antes; Finees, como boca muda. De los cuales el primero

significa la disolución de los actos, el segundo incluso la inercia de enseñar, cuando incluso los sacerdotes perfectos deben ser adornados con el paso de la buena obra y libres en la voz de la predicación.

Y cuando llegó el arca del pacto del Señor al campamento, etc. Nacido en la carne el Señor, todo Israel se turbó, y al predicar, unos se movían a creer, otros a contradecir; y la conciencia terrena primero resonó las alabanzas del cielo.

Y oyeron los filisteos la voz del clamor. Y hasta el conocimiento de los gentiles llegó la fama de la predicación del Señor.

Y temieron los filisteos, diciendo: Ha venido Dios al campamento, etc. Temieron los paganos, reconociendo la venida del verdadero Dios al mundo, para fortificar los campamentos espirituales de sus fieles; y los adoradores de muchos y falsos dioses, junto con sus cultos, gemían por ser destruidos, y se confortaban mutuamente en su perfidia para combatir el ejército de la fe y la verdad.

No hubo tanta exultación ayer y anteayer. Ni en la ley, ni antes de la ley, fueron tan prontas las mentes de los creyentes para todo por el deseo del reino celestial, ya sea para soportar lo que en la tierra horrorizan, o para despreciar lo que desean.

Lucharon, pues, los filisteos, y fue derrotado Israel, etc. Lucharon los adversarios de la verdad, ya sean hombres o sus rectores, los espíritus inmundos, contra los creyentes en Cristo; de los cuales, ya sea abiertamente atacando, o secretamente persuadiendo, o presentando ejemplos de depravación, unos fueron derrotados, ya sea por negación o martirio, otros fueron repelidos a abandonar más intensamente los tabernáculos de su firme fe.

Y fue una gran plaga, etc. Más cayeron con la venida del arca que antes: Porque si no hubiera venido, dice, y les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa por su pecado (Juan XV). Podemos, sin embargo, según la interpretación mística del número, decir que Israel perdió cuatro mil hombres antes de la venida del arca, en aquellos que antes del tiempo de la Encarnación del Señor, menos perfectamente creyendo, esperando, amando y obrando, despreciaban los mandatos de la ley; pero con el arca traída, treinta mil infantes perecieron con una mayor plaga, quienes rehusaban recibir el misterio de la santa Trinidad del Evangelio, con la promesa del denario celestial.

Y fue capturada el arca de Dios, etc. Y el reino fue quitado a los judíos, y fue dado a una nación que produce sus frutos. También el orden del sacerdocio, que no se había comportado correctamente, fue trasladado por el juicio del Señor.

Corriendo, pues, un hombre de Benjamín desde el campo de batalla, etc. Corriendo y cuidando diligentemente de su salvación el pueblo que, al perecer los judíos por su infidelidad, permaneció, oyendo de los apóstoles: Sálvense de esta generación perversa (Hechos II), vino a instruir a aquellos que, vacíos de Cristo, aún se gloriaban en la ley, y como si guardaran el tabernáculo del Señor en Silo sin el arca del testamento; y para provocar más fácilmente a los oyentes a la penitencia, rasgando completamente todo el viejo hábito, y toda su confianza antigua de fortaleza despreciada por nada, apareció enlutado. Quien bien se dice que descendió de Benjamín, es decir, hijo de la derecha, porque ciertamente la Iglesia, en comparación con la sinagoga, porque la Jerusalén celestial, es decir, nuestra madre, en comparación con la presente, preeminente como la derecha a la izquierda. Este hombre

benjaminita insinúa ya sea al pueblo de la Iglesia primitiva, o a algún doctor de aquella época, hijo de la derecha de la fe, o ciertamente al apóstol Pablo, quien también descendió de la tribu de Benjamín, quien, aunque es el último de los apóstoles, trabajó más que todos en la predicación (1 Corintios XV).

Y cuando él llegó, Elí estaba sentado, etc. Cuando el doctor del Nuevo Testamento, apareciendo con el vestido de la letra rasgado, apareció en Judea, el sacerdocio antiguo aún, aunque habiendo perdido la luz, estaba sentado en la cátedra de Moisés; pero contra Cristo, quien es el camino, la verdad y la vida. Temía, en efecto, lo que sucedió, que quizás, siendo él reprobado, la gracia de Cristo pasara a las naciones.

Pero aquel hombre, después de haber entrado, anunció a la ciudad, etc. Evangelizó el doctor, y el oyente se arrepintió. Al oír el crimen que habían cometido en la muerte del Salvador, los judíos fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué haremos, hermanos? (Hechos II).

Y oyó Elí el sonido del clamor, etc. Y hasta los mismos oídos de los príncipes de los sacerdotes llegó la fama del pueblo arrepentido a la exhortación de los apóstoles, y no fue bien recibida. De hecho, mientras ellos hablaban al pueblo, sobrevinieron los sacerdotes, el magistrado del templo, y los saduceos, dolidos porque enseñaban al pueblo, y anunciaban en Jesús la resurrección de los muertos. Y no tardaron los apóstoles en evangelizar también a ellos.

Elí, sin embargo, tenía noventa y ocho años, etc. El sacerdocio legal en aquel tiempo había tenido dos cosas menos de perfección, que conducen a la vida, a saber, la fe y las obras. Por lo tanto, sus ojos, es decir, sus pregoneros, habían oscurecido en sentido, y no podían ver a Cristo en la ley. Porque había un velo sobre su corazón, que en Cristo se quita.

Y fue capturada el arca de Dios, etc. Y creciendo ampliamente la predicación de los apóstoles y la fe de los pueblos arrepentidos, la gracia de Dios fue arrebatada a los judíos, y aquel sacerdocio de los juicios legales, glorioso por mucho tiempo en el trono del juicio, porque cayó hacia atrás, es decir, retrocedió, y no temió repetir los pecados que una vez dejó, pereció con el cuello de la soberbia singular roto, y esto junto a aquella puerta, es decir, que dice: Por mí si alguno entra, será salvo (Juan X): cuyo misterio de figuras estaba sentado junto, pero por el mérito de la perfidia no entraba.

Era un hombre anciano y de muchos años, etc. Aquel sacerdocio en ese tiempo estaba envejecido, una vez glorioso por su virtud opima, y él mismo, por los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, los escribas y fariseos, quienes también fueron llamados doctores de la ley, en el tiempo oportuno mostraba al pueblo de Israel los juicios de la ley, que se comprenden en el decálogo. Pero también según la tropología de la ley, cada uno de nosotros debe guardar el arca del testamento dentro del tabernáculo interior, y, cuando sea el tiempo, al salir a luchar contra los filisteos, ofrecerla consigo; esto es, siempre mantener la fe y la conciencia firme y casta; y, cuando la ocasión lo requiera, llevarla como ayuda en la guerra espiritual contra los inmundos, ya sean hombres o demonios, que tenga dos sacerdotes guardianes, los sentidos solícitos de la doble caridad. Porque el Apóstol no considera digna de alabanza cualquier fe, sino aquella que obra por el amor (Gálatas V). Y si acaso, luchando nosotros, los espíritus inmundos o los herejes nos arrebatan el arca de la fe, y matan a los sacerdotes y sentidos piadosos, es necesario que inmediatamente venga un hombre benjaminita, señalado por su hábito de luto, es decir, el alma elevada por la esperanza de la piedad celestial, suplicante y penitente, nos recuerde nuestros pecados y provoque a toda la

ciudad de nuestro rector a llanto y lágrimas, hasta que, por la misericordia de Dios, regrese el arca que fue capturada, y un mejor sacerdote en lugar de los perdidos, es decir, un sentido más castigado y cauteloso después de los sudores de la penitencia, nos sea dado. Ni el tiempo de siete meses, durante el cual los filisteos retuvieron el arca, se aparta de significar la forma de la penitencia. Porque la gracia del Espíritu Santo, que se dice septiforme, se sabe que es para llevar a cabo la penitencia de los pecados cometidos y obtener el perdón; y la misma piedad se declara que debe ser impetrada de siete maneras, según la sentencia de los Padres. Finalmente, los expositores del Salterio, enseñan siete salmos de penitencia, con los cuales se debe implorar la piedad celestial para obtener el perdón de los pecados. Sin embargo, hay quienes convierten la memoria, el reconocimiento y el dolor de los pecados, no para pedir remedio, sino al modo de Judas para aumentar los crímenes anteriores. Quienes, envejecidos entre todos sus enemigos, con el ojo de la mente turbado por la ira de Dios, también pierden la luz de la fe, y dejando repentinamente el asiento de la discreción judicial, retroceden y pronto perecen; y aunque por algún tiempo parecieron haber vivido discretamente y haberse comportado bien según los preceptos de la ley y del Evangelio (esto es, haber juzgado a Israel durante cuarenta años), sin embargo, al sobrevenir el artículo de la tentación, sucumben a una miserable muerte.

Pero su nuera, la esposa de Finees, estaba embarazada, etc. La sinagoga, encomendada a los hijos del sacerdocio legal para gobernar, había recibido la semilla de la palabra de los doctores, y estaba cercana a dar fruto de fe, que buscaba desde hace mucho tiempo, al predicar el Señor. Sin embargo, ella misma, después de la ruina de los maestros, se inclinó de la rectitud de vivir, y aunque dio a luz a una multitud no pequeña del pueblo, ella misma, porque mató al Autor de la vida, debía ser castigada con la muerte.

Y llamó al niño Icabod, etc. Icabod se interpreta como ¡Ay de la gloria!, o Cayó la gloria, lo cual nadie casi duda que este nombre conviene muy bien a los judíos de este tiempo. Sin embargo, la gloria de la fe fue trasladada de Israel a las naciones, de la sinagoga a la Iglesia; pero al final del mundo volverá a Israel. Alegrémonos de que haya sido trasladada a nosotros; temamos que sea transferida de nosotros a la patria, que en el carro de la nueva conversación será devuelta.

CAPÍTULO X. Llevando los filisteos el arca de Dios al templo de Dagón, primero el mismo Dagón, luego también el pueblo y la tierra son castigados con justa venganza, y el arca permanece con ellos siete meses.

(1 Samuel V) Los filisteos, sin embargo, llevaron el arca de Dios, etc. Esta lectura, mística, al recibir el testamento de la fe el prepucio, insinúa que primero deben ser humillados los ídolos, y sin demora ser derribados por completo, y que aquellos que después de conocer la fe se vuelven atrás, deben ser castigados con justa venganza.

Los filisteos tomaron el arca de Dios, etc. Las naciones recibieron la palabra del Evangelio desde Judea, donde el Señor nació corporalmente, vivió y padeció, dejando hasta hoy lugares sagrados por los misterios de su dispensación. Y la llevaron con feliz fama hasta las provincias extranjeras del mundo, que hasta entonces, ardientes en la llama de los vicios, se disolvían en las seducciones de la carne. De ahí que Azoto, que en hebreo se llama Erdod, según su antiguo nombre, significa disolución o efusión, o incendio.

Y la introdujeron en el templo de Dagón. Introdujeron la fe en el mundo, que estaba puesto en el maligno, y del cual el Señor dijo: Cuando un hombre fuerte y armado guarda su atrio, en

paz están todas las cosas que posee; pero si uno más fuerte que él sobreviene y lo vence, le quitará todas sus armas en las que confiaba, y repartirá sus despojos (1 Juan V; Lucas XI). Dagón era fuerte cuando guardaba las armas necias de la gentilidad en su atrio. Más fuerte es el arca de la fe, que victoriosa le arrebató los despojos de la impiedad, y convirtió estos en armas y despojos de la piedad.

Y la colocaron junto a Dagón. Y erigieron iglesias de Cristo entre las naciones, permaneciendo aún en algunos lugares el culto a los ídolos. Dagón, que se interpreta como pez de tristeza, no solo en persona, sino también en nombre, significa a aquel que, siendo autor de nuestras miserias desde el principio, es llamado por el profeta rey de todos los que están en las aguas. De quien el Señor narra muchas cosas al bienaventurado Job bajo la figura de Leviatán (Job XL). Y a quien Tobías, que se interpreta como bueno de Dios, siguiendo el consejo del ángel guía, lo saca de las aguas, lo destripa, lo asa, lo come, lo sala, y lo lleva consigo como medicina y viático. Es decir, el Señor Salvador supera con su poder divino al diablo que apetece la carne de su cuerpo, lo arranca de las trampas de sus insidias; y cortados de él los miembros de la iniquidad, sazonados con la sal de la sabiduría y cocidos al fuego del Espíritu Santo, los traslada a los miembros de su cuerpo, que es la Iglesia, y a través de unos a otros proporciona ayudas de salvación. Pues mientras el Señor salva a los que arrebató al diablo, también salvará a los gentiles de la decepción de la idolatría, y a los judíos, de quienes tomó carne, del error de su perfidia al final del mundo, queda claro lo que significa Tobías, cuando a través de las entrañas del pez descuartizado, libera tanto a su esposa del demonio como a su padre de la ceguera.

Y cuando se levantaron al amanecer en Azoto al día siguiente, etc. Con los signos de los milagros brillando a través de los predicadores de la fe, cayó el culto a la idolatría en aquellos que pudieron convertirse a Cristo; pero aunque traicionado y descubierto, lo que es vanidad, fue recuperado en aquellos que movieron armas de perfidia contra la verdad.

Y de nuevo al amanecer del otro día, etc. A medida que crecía poco a poco la luz de los signos celestiales, la cara de la idolatría, confundida ante los fieles de Cristo, caía en todo lo terrenal y caduco que hasta entonces habían hecho o creído.

Pero la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos, etc. La cabeza de todo pecado, la soberbia del diablo, y la obra de la idolatría; que como con dos palmas, por la profesión de impiedad, se realizaba con ceremonias de alabanzas y víctimas, ya cortada del cuerpo afín, es decir, de las multitudes de seducidos que le eran adherentes, y ya para ser arrojada fuera, con el triunfo creciente de Cristo, se preparaba; quien como cabeza y manos de Dagón mostraba que yacían en el umbral, cuando dijo: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan XII).

Pero el tronco de Dagón solo, etc. Pero el pueblo, con la profesión de idolatría rechazada y eliminada, y la operación demoníaca, entre aquellos que habían avanzado en la fe, prefería permanecer humilde y sumiso junto al arca de Dios, que ser arrojado fuera con el diablo, es decir, ser anatematizado de los miembros de la Iglesia. Y no se afirma que el estado de Dagón haya sido restaurado como antes, porque después de muchas luchas de la Iglesia, sin embargo, se cesó de la defensa de los falsos dioses, y la victoria fue dada al único Dios verdadero, Cristo.

Por esta causa no pisan los sacerdotes de Dagón, etc. Por la causa por la cual el diablo será echado fuera y condenado al final, todos los que lo siguen perversamente, ya sea enseñando o actuando, por su instigación, se niegan a considerar y evitar el tiempo de su expulsión y

condenación. Y antes de que sus adoradores se arrepientan de la iniquidad, él, solícito, suspende su sentido, como el paso de la mente, de prever el futuro, o su propia perdición. Y esto hasta el día de hoy, es decir, hasta que cada uno de ellos reconozca la luz de la verdad, quien lo sigue presente perpetuamente, no caminará en tinieblas. Ni teme pisar sobre el umbral de Dagón en Azoto, porque contempla y teme con mente diligente el castigo de los perversos, que arden en deseos terrenales, y además, convertido a mejores cosas, se esfuerza por asperjar su umbral con la sangre del cordero pascual, es decir, proteger su entrada y salida con el misterio de la pasión del Señor. Por lo tanto, la cabeza y los pies truncados de Dagón disuaden a los suyos del contacto de ese umbral. Pero la sangre del cordero inmaculado siempre hará seguros a los suyos que se recuerdan de él, porque el diablo les quita a aquellos que engaña la consideración del fin, que los lleva a los impíos infiernos, tanto de ellos como de él mismo. Pero el Señor, a quienes redimió, con el ejemplo de su pasión y resurrección, siempre les enseña a esperar la vida después de la muerte.

Pero la mano del Señor se agravó sobre los azoteos, etc. Quienes, habiendo recibido el arca de Dios, se duelen por la muerte de Dagón y levantan su ruina, son heridos en sus partes posteriores, y su tierra es devastada por ratones, porque quienes, habiendo sido imbuidos del conocimiento de la fe o incluso de sus misterios, no toleran que se derriben los ídolos o se les prohíban los vicios, porque miran hacia atrás, no abandonan la inmundicia de la vida antigua, y repiten las cosas posteriores, que con el Apóstol (Filipenses III) debieron olvidar y considerar como estiércol. De estas cosas, sin duda, que eligen, son castigados, y la misma causa de su miseria es el castigo, que era la delectación de su culpa. Pero incluso si parecen germinar algo bueno, quienes mantienen los ojos de la mente hacia atrás, la raíz de su pensamiento es corroída por los espíritus inmundos y el fruto de su operación. Pero el Señor no solo golpeó a Azoto, donde estaba Dagón, sino también a todos los confines de Azoto, porque no solo los incendios capitales de los crímenes, en los que la obra abierta del diablo es clara, sino también cualquier cosa pequeña, y que a los hombres les parecen pecados extremos o leves, son reprobados y condenados por la sentencia del juez estricto. De hecho, toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio (Mateo XII).

Pero viendo los hombres de Azoto tal plaga, etc. Viendo los amantes de la idolatría el poder de Cristo contra sus dioses, no quieren recibir su fe, para no verse obligados por esta sola razón a renunciar a toda la multitud de sus dioses. Viendo los falsos cristianos que por la fe de Cristo se les prohíben los pecados que aman, detestan en cuanto pueden la misma religión de la fe, para no ser obligados por esta ocasión a extinguir los deseos a los que sirven en lugar de a Dios. Los azoteos en todo, es decir, dignos del nombre de efusión, disolución e incendios, son aquellos que no quieren conocer los preceptos de la Sagrada Escritura, para no tener que hacer lo que han aprendido; y por la sentencia del Señor, que dice que los que no conocen su voluntad serán castigados menos, no quieren saber lo que deben hacer: no entendiendo que hay una gran diferencia entre no saber simplemente, y no haber querido saber lo que debías aprender. Y estos, sintiendo duro para sus voluntades, impudicamente rechazan de sí el arca del conocimiento celestial.

Y respondieron los de Gat: Que se lleve el arca de Dios de Israel, etc. Y esta conducción del arca se ajusta al tiempo de la presente era, donde cada uno de los perezosos desea más que las duras palabras del Señor sean cumplidas por otro que por sí mismo. Pero también las naciones bárbaras, lo cual es bastante grave, si han recibido recientemente la fe de Cristo, pronto debilitadas por deseos blandos, consideran que esta debe ser dada más a otros que ejercida por más tiempo entre ellas.

Pero mientras la llevaban, la mano del Señor se hacía, etc. Quienes reciben la fe de manera transitoria y sin intención fija, no solo no merecen ningún beneficio creyendo, sino que también, miserables, merecen el castigo eterno por el precio de la salvación.

Y se pudrían sus prominentes entrañas. Y la meditación interior de su corazón, ciega e inmunda, recaída en las cosas posteriores de la vida presente, llena de estiércol y sangre fétida de vicios, aparecía afuera; a este tipo de castigo se compara la locura de los herejes, y la misma muerte de Arrio lo enseña; quien, derramando sus entrañas por las partes posteriores, encontró miserablemente el fin de su enseñanza herética, y el principio de los castigos dignos para los herejes.

Entonces enviaron y reunieron a todos los príncipes de los filisteos, etc. Muchos de los que hoy son hechos creyentes de las naciones, aunque no con palabras, dicen: Dejad la fe, y que vuelva a los hijos de Israel, para que finalmente, cortados nosotros, ellos sean injertados según la naturaleza en su propio olivo. Pues es mejor perecer ignorantes, que ser condenados por la transgresión de la fe, que no podemos guardar, junto con los demás pecados.

Y subía el lamento de cada ciudad al cielo. Y el murmullo y la impaciencia y el clamor sodomítico de los falsamente fieles en cualquier lugar, o personas, o ciertamente en los sentidos del cuerpo, que son cinco como el número de las ciudades de los filisteos, nunca puede ocultarse al juez estricto, quien anunciando con sentencia temible el tiempo de tales cosas: Sin embargo, dice, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra? (Lucas XVIII).

(1 Samuel VI.) Así que el arca del Señor estuvo en la región de los filisteos siete meses. El número siete suele expresar la universalidad de cualquier cosa, ya sea de tiempo, o de número, o ciertamente la plenitud de la gracia espiritual. Pero el mes que varía con el aumento y disminución de la luz lunar, insinúa el estado de la Iglesia que trabaja entre prosperidades y adversidades, pero nunca carece del Sol de justicia. Así que el arca de la fe del Señor estuvo y estará en las naciones durante todo el tiempo del siglo, en el que la gracia del Espíritu Santo septiforme se dignará llenar a la Iglesia, e iluminar como luz a las tierras sujetas a ella. Pero también según la letra, la presente lectura, que narra que los filisteos fueron golpeados por la cercanía del arca del Señor, enseña que ningún impuro debe atreverse a acercarse a los santos; sino que cualquiera que desee recibir el cuerpo del Señor, o tratar sus santísimas palabras, pruebe a sí mismo, y así coma de ese pan, y beba del cáliz, castigue su cuerpo, y lo someta a servidumbre, no sea que predicando a otros, él mismo se haga réprobo (1 Corintios XI, 9).

CAPÍTULO XI. Instruidos por los sacerdotes y adivinos, los filisteos devuelven el arca de Dios con reverencia, la cual los habitantes de Bet-semes reciben primero, ofreciendo víctimas a Dios.

Y llamaron los filisteos a los sacerdotes y adivinos, etc. Esta lectura enseña típicamente que la fe del Evangelio, que ahora se celebra entre las naciones, volverá al final del mundo para salvar a las reliquias de Israel. Instruidos por las plagas, los filisteos preguntan a los sabios qué hacer con el arca de Dios, cómo devolverla a su lugar.

Pero ellos dijeron: Si devolvéis el arca de Dios de Israel a su lugar, etc. Y nosotros, viendo la venganza de los impíos, y lavando nuestras manos en la sangre de los pecadores, si disponemos devolver el arca de la gracia celestial a su lugar, es decir, a los corazones de los prójimos, que alguna vez la tuvieron y la perdieron errando, persuadiendo al arrepentimiento,

es sumamente importante que no busquemos hacer esto vacíos de virtudes, sino que según aquel que dijo: Y su gracia no fue en vano en mí (1 Corintios XV), primero nos apresuremos a actuar rectamente nosotros mismos, y así instruir a otros. De esta manera podremos evitar las plagas de aquellos que, habiendo recibido el don del conocimiento, no saben devolver al Dador de la gracia nada por los pecados que cometieron. Pero también universalmente la Iglesia debe prever que la gracia de la fe no sea vacía al final del siglo, es decir, que no encuentre más fruto de virtudes en las naciones, y sea devuelta para salvar a Israel; sino que como vino, regrese, la cual nos fue dada por grandes doctores, y por grandes sea devuelta a él.

Según el número de las provincias de los filisteos, etc. Según el número de los cinco sentidos del cuerpo, que contaminasteis mirando hacia atrás, cuyos frutos todos perdisteis tratando mal la fe, ya ahora por todo lo que hacéis viendo, oyendo, gustando, oliendo o tocando, pagad a Cristo las clarísimas deudas de paciencia, compunción, humildad y las demás virtudes.

Y daréis gloria al Dios de Israel, etc. Y confesad que solo Dios es veraz, y todo hombre mentiroso (Romanos III; Salmo CXV); si acaso aparta su rostro de vuestros pecados, y borra todas vuestras iniquidades, mientras el piadoso misericordioso os impone una carga muy ligera.

Ahora pues, tomad y haced un carro nuevo, etc. Ahora, dicen, apresuraos, y en vuestros corazones o en los de vuestros hermanos, despojándoos del hombre viejo con sus actos, vestíos del nuevo, que según Dios es creado en justicia y santidad y verdad (Efesios IV); y esto en la unidad de la paz católica, en la cual tanto para salvar aprovecha cualquier cosa buena que pueda hacerse, y a los nobles doctores con la doble, es decir, del amor de Dios y del prójimo, libres del yugo del pecado, gozando de la prole de fieles hijos espirituales, ya sea para la carga de predicar la fe, o de llevar la necesidad fraterna, someted. Pero a los pequeños y lactantes aún en Cristo, hasta que crezcan en hombre perfecto, mantenedlos dentro del límite de su lecho para ser educados.

Y tomaréis el arca del Señor, y la pondréis en el carro, etc. Imponed los secretos de los misterios celestiales en corazones imbuidos del nuevo mandamiento de Cristo, y también unid a todos para ser contemplados y seguidos con el ejemplo de vuestra corrección, y así adornada la Iglesia, es decir, cargada de los misterios de la fe y de ejemplos de virtudes, enviadla a buscar las reliquias del pueblo israelita, y nunca apartéis los ojos de vuestra mente de contemplar sus pasos.

Así lo hicieron ellos, y tomando dos vacas, etc. Los filisteos hicieron con el arca según el consejo de sus sacerdotes y adivinos. También los fieles dispensadores de ella harán y han de hacer con la Iglesia según las profecías o futuros de los sacerdotes y profetas precedentes; hagamos también nosotros con la corrección ya sea nuestra, o del prójimo, es decir, de los miembros de la Iglesia según el mandato de los maestros espirituales. No piense nadie que es absurdo que hayamos dicho que los actos de los adivinos y sacerdotes infieles sobre los profetas y doctores de la Iglesia redundan en misterio espiritual; sino que, reconociendo más bien el uso de la locución alegórica, vea quien lee que también las cosas que no solo los infieles, sino también los que abiertamente se oponen a Dios, hicieron, han sido relatadas típicamente por los expositores egregios para el servicio de la piedad más saludable. No menos sagrado o lleno de piedad mística es lo que el impío perseguidor hizo al Señor en la pasión, vistiéndolo con manto púrpura o blanco, coronándolo de espinas, dándole a beber vinagre, colgándolo en la cruz, escribiendo rey en latín, griego y hebreo, que lo que en el nacimiento la piadosa e inviolada madre lo envolvió en pañales, lo reclinó en el pesebre, los

pastores lo alabaron, los magos lo adoraron; que muerto, los discípulos elegidos lo ungieron con aromas, lo envolvieron en lienzos, lo pusieron en el sepulcro de piedra, lo cerraron con una gran piedra, y para que no dudes de aprender cosas útiles de hombres cualesquiera, aunque sean consortes de tu naturaleza. Escucha lo que dice Salomón: Ve a la hormiga, oh perezoso, considera sus caminos, y aprende sabiduría (Proverbios VI).

Pero las vacas iban en línea recta, etc. Iban en línea recta los doctores por Cristo, que conduce al reino de los cielos. Pues el camino de Bet-sembles, es decir, casa del sol, es el mismo que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). Y en otro lugar: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan VIII).

En un solo camino iban avanzando y mugiendo, etc. En un mismo camino de fe y verdad avanzaban gimiendo, como hombres, por separarse de aquellos a quienes aman; pero más bien, donde la necesidad apremia, que abandonando el camino de la justicia, ardientemente se apresuran a la víctima de la pasión por el arca del Señor, que consintiendo en deponer el arca por el llanto de los hijos. ¿Quieres probar lo que decimos? Mientras Pablo estaba en Cesarea, sobrevino un profeta de Judea, protestando que sería atado por los judíos en Jerusalén, y entregado en manos de los gentiles (Hechos XXI). He aquí que se profetiza la vaca portadora del arca del Señor para ser sacrificada; y lo que a estos terneros, ¿esperan con ojos secos la partida y muerte de la madre? Que el ternero más noble que los demás, y entre los cuatro grandes animales señalado con este nombre, narre lo que hicieron. Cuando lo oímos, dice, rogamos nosotros y los de aquel lugar que no subiera a Jerusalén; pero como no podía ser desviado ni por amor ni por lágrimas de los hijos a la derecha ni a la izquierda por la insistencia de la madre, ve lo que dice a los que lloran al partir: ¿Qué hacéis, llorando y turbando mi corazón? Pues yo no solo estoy dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Pero el llanto de los débiles, como de los terneros encerrados en casa, que conciben por la pérdida carnal de los padres espirituales, cesa poco a poco mientras ellos mismos también progresan. Dice el mismo Lucas: Y como no pudiéramos persuadirle, nos quedamos en silencio diciendo: Hágase la voluntad del Señor.

Pero los de Bet-sembles estaban cosechando trigo en el valle, etc. Pero los ciudadanos de la luz eterna, deseaban guardar en los gozos de la patria celestial los frutos maduros de las virtudes, que con corazón humilde habían producido; y levantando los ojos del corazón, dondequiera que vieran las cosas celestiales, se alegraban.

Y el carro llegó al campo de Josué de Bet-sembles, etc. Y la Iglesia, dondequiera que vea pechos que llevan fruto para Jesucristo, el Señor, es decir, el inventor de la claridad eterna y de la luz perpetua, inmediatamente allí, como encontrando descanso después del trabajo de buscar, se prepara para hacer morada; tal siempre fue el progreso de la Iglesia, tal fue su llegada a las naciones, tal será su regreso a Israel.

Erat autem ibi lapis magnus, etc. Había en el campo de la Iglesia aquella piedra singularmente grande, que cortada del monte sin manos creció en un gran monte, y llenó toda la tierra. Y de la cual el Salmista dice: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza de ángulo (Salmo CXVII); a saber, para hacer de ambos uno. Y los perseguidores de la Iglesia derribaron la estructura, que, erigida a ejemplo de la cruz del Señor, se regocijaba en el estado firmísimo de la nueva gracia. Además, a los maestros y a aquellos que podían soportar las cargas de los débiles, consumidos por la llama del martirio, los sacrificaron como una víctima muy grata al Señor, aunque sin saberlo. Pues los maderos

del nuevo carro que llevaba el arca del Señor fueron cortados, cuando, hecha la persecución en la Iglesia de Jerusalén, todos fueron dispersados por las regiones de Samaria y Judea, excepto los apóstoles. Las vacas sobre ella fueron hechas holocausto al Señor, cuando, todos compungidos por el ardor del amor íntimo y disueltos en llanto y lágrimas, Esteban fue apedreado y Jacobo, hermano de Juan, fue muerto a espada; y encontrarás innumerables cosas de este tipo, leyendo la historia eclesiástica y los infinitos hechos de los mártires. De todos los cuales no se duda que la más cruel destrucción de este carro, es decir, la perturbación de la Iglesia en los tiempos del Anticristo, está por venir. Ni nada impide interpretar estas dos vacas, que llevando el arca del Señor fueron dadas como holocausto al Señor por los israelitas, sobre Enoc y Elías, quienes entonces abrirán la gracia de la fe a los judíos, y sin demora se cree que sufrirán la muerte por el Anticristo. Y no te maravilles de que las buenas acciones de los habitantes de Bethsames sean interpretadas por nosotros en sentido contrario, porque es costumbre de la Sagrada Escritura figurar a veces el mal por el bien y el bien por el mal. Finalmente, cuántos tipos de víctimas en la ley, que, por mandato del Señor, fueron ofrecidas con devota mente, predicen típicamente la muerte del Salvador, que recibió de los impíos.

Los levitas, sin embargo, depositaron el arca de Dios, etc. Los ministros de la palabra, recibiendo la fe y los ejemplos de vida de los santos de aquellos que los precedieron en Cristo, no los colocaron en algún pecho vil, terreno y bajo, sino en aquellos que vieron firmes en Cristo. La gran piedra puede referirse no inadecuadamente al pueblo que se gloria en la ley (pues la ley está escrita en piedra), y entenderse que el arca está colocada sobre la piedra, cuando el pueblo emulador de la ley recibe la fe de la gracia.

Los hombres de Bethsames ofrecieron holocaustos, etc. Todos los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y deseos (Gálatas V). Y en otro lugar: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Romanos XII).

Y los cinco príncipes de los filisteos vieron, etc. Todos los que preceden en Cristo contemplan la fe y las acciones de aquellos que les suceden en Él como en un espejo, hasta que los reconocen firmes en la fe y bien progresando; y así, hechos más seguros de su salvación, recurren a sus moradas para cuidar de su propia conversación. También puede entenderse de los hipócritas, que aunque por un tiempo parecen imitar el camino de la vida, sin embargo, no merecen entrar por las puertas de Bethsames, es decir, del Sol de justicia, debido a la inestabilidad de su mente izquierda.

Estos son los ratones de oro, etc. Todos, por su delito ante el Señor, pequeños y grandes, fuertes e infirmos, deben pagar vasijas de oro, es decir, ofrecer dones espléndidos de compunción y humildad, mansedumbre y castidad, y otros frutos espirituales. ¿Quién está limpio de impurezas? ni aunque su vida en la tierra sea de un solo día. Y si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (Job XV; I Juan I; Job XX). ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro, que no se haya desviado en algo de los cinco sentidos más conocidos del camino de la verdad; o que no haya sido alguna vez su pensamiento o buena acción roída por el diente del antiguo insidiador, de modo que por estas cosas merecidamente deba implorar remedios de penitencia, y deba insistir más intensamente en ejercitar virtudes por los vicios que cometió, o por la memoria de las tentaciones que sufrió? Esto es, por los ratones y las úlceras, corruptores y corrompidos, en los que errando fue castigado, devolver cinco de oro al Señor corregido. Y es hermoso que se diga que la metrópoli de cada provincia, con las ciudades y aldeas adyacentes, devolvió un ratón y una úlcera de oro, porque entonces pagamos debidamente por el pecado cuando ricos, pobres, doctos e indoctos,

que la distancia de la ciudad amurallada y la aldea desprovista de muro significa, todos hechos uno en Cristo, nos esforzamos por ver una misma voluntad del Señor, percibir un mismo buen olor de Cristo, gustar juntos cuán suave es el Señor, y escuchar y hacer juntos sus mismas palabras. Pero aquellos que se niegan a convertirse y a pagar las deudas de penitencia por el pecado, tampoco ellos escaparán de la mano del Juez severo, sino que, arrojados a las tinieblas exteriores, no saldrán de allí hasta que paguen el último cuadrante. De los cuales, los sabios filisteos, sugiriendo cosas mejores, decían: ¿Por qué endurecéis vuestros corazones, como endureció Egipto y Faraón su corazón? ¿No fue después de que fue herido que los dejó ir y se fueron? Lo cual es decir claramente de los réprobos: ¿No fue después de que recibieron la sentencia de muerte eterna que primero dejaron de pecar y de hacer daño a los buenos?

Y hasta Abel, la gran piedra, etc. Incluso los fuertes en la fe, y que son suficientes para sostener y gobernar la devoción de la Iglesia vacilante, conscientes de su fragilidad, dicen: Porque en muchas cosas todos ofendemos (Santiago III). Más aún, el mismo sumo piedra angular, que no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II), habiendo sufrido por nosotros en su humanidad, dice: Lo que no robé, ahora debo devolver (Salmo LXVIII). A quien también en esto la gran piedra, sobre la cual está colocada el arca de Dios, significa, que era el confín de Israel y de los filisteos. Pues se muestra como un confín, del cual aquellos exigen tributos como si fueran suyos, y sobre el cual estos colocan el arca del Señor como si fuera suyo. Él, en efecto, con su singular piedad lleva la carga de la Iglesia, que es nuestra paz, y ha hecho de ambos uno.

Que estaba hasta ese día en el campo de Josué de Bethsames. El mismo Josué, que arriba es Jesús, y significa al mismo Señor. Pues ambos nombres se interpretan como Salvador.

Pero hirió a los hombres de Bethsames, etc. No a los sacerdotes y levitas, cuyo oficio era llevar el arca; sino al vulgo innoble, al cual ni siquiera le era lícito verla, hirió. Para que no sufriera esto, en Éxodo el pueblo estaba de lejos y oraba, y solo Moisés subió al Señor. Pues solo aquellos perfectos en ciencia y acción saben dirigir su mente a la contemplación celestial en esta vida. Pero si alguno menos perfecto aún en lo humano presume tratar lo divino, debe tener cuidado de que su temeridad inconsulta no sea golpeada por herejía, desesperación, o cualquier otro peligro. Pero tal vez mejor se tomará esta herida del pueblo que vio el arca del Señor en un sentido bueno; porque cuanto más alguien comienza a contemplar los secretos de la divina majestad, tanto más pronto, sintiendo humildemente de sí mismo, desfallece temeroso de toda su confianza en las virtudes. Con esta herida salubérrima se golpeaba quien decía: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Éxodo XVIII). Y también el Salmista, cuando dice: Mis ojos desfallecieron en tu salvación (Salmo CXVIII). Lo cual es decir: cuanto más alto contemplo los sacratísimos misterios de tu salvación, es decir, Jesús, tanto más pronto, herido por una herida vital, desprecio incluso las acciones que consideraba fuertes. No solo se congratula de haber sido golpeado por esta herida, sino también de haber muerto, quien dijo: Porque yo por la ley estoy muerto a la ley, para vivir para Dios: estoy crucificado con Cristo (Gálatas II). A este sentido también se adhiere el número de cincuenta o setenta de los golpeados, que principalmente se refiere a significar el descanso y la gracia del Espíritu Santo. Pues tanto el séptimo día como el séptimo y quincuagésimo año, la ley los consagró en descanso. Pero también el Espíritu Santo, cuya gracia septiforme escribe Isaías, descendió en la Iglesia primitiva el quincuagésimo día de la resurrección del Señor. Pues cuando ahora, teniendo en mente los años eternos, niegan consolar su alma, y se ejercitan deleitándose solo en la memoria de Dios, y su espíritu desfallece por un momento, entonces, sublimados por el Espíritu de Dios, tienden a un descanso eterno. A ambos sentidos se adapta lo que sigue:

Y el pueblo lloró porque el Señor había herido, etc. Porque tanto los miembros que flaquean o vacilan, para restaurarlos a su estado anterior, la Iglesia trabaja llorando; y encendida por los estudios de los miembros suyos que ve que han deseado y desfallecido en el atrio del Señor, derrama dulces lágrimas de compunción salvífica, y dice herida por la caridad: Yo soy, y mi alma se ha derretido, como ha dicho (Cantar de los Cantares V); y otras cosas semejantes, con las que innumerables lugares de las Escrituras, y todo el texto del salmo cuadragésimo primero está lleno.

Y dijeron los hombres de Bethsames: ¿Quién puede estar? etc. Los hombres de la casa del sol, es decir, los ciudadanos de la patria celestial, peregrinando en la tierra; y si algo pequeño, y esto arrebatado, de la luz eterna que desean, degustan, inmediatamente entienden cuán nada son de sí mismos, y con razón temerosos dicen: Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Salmo CXLII). Porque aunque alguien parezca estar firme en el juicio de los hombres, sin embargo, ya en la presencia de la Majestad divina se comprueba que yace; y con modesto y benigno consejo, después de aquel sublime ardor de amor conocido solo por ellos mismos y por Dios, también imparten a los menores próximos los dones de la ciencia espiritual que ellos pueden captar. Según lo que decía aquel gran ciudadano de Bethsames: Porque si estamos fuera de nosotros, es para Dios; si estamos cuerdos, es para vosotros (II Corintios V). Y esto es lo que sigue, diciendo los de Bethsames sobre el arca del Señor:

¿Y a quién subirá de nosotros? etc. Pues Cariatiarim, que se dice ciudad de los bosques, significa una gran perfección de vida, pero ciertamente menor que Bethsames, es decir, casa del sol. Pues esta muestra la sublimidad de la contemplación, porque los bienaventurados de corazón puro verán a Dios (Mateo V); aquella muestra la comunión de la conversación activa, en la cual también los frutos que llevan exultarán todos los árboles del bosque ante la faz del Señor, porque viene, y hace su morada entre ellos. Y el arca es enviada de Bethsames a Cariatiarim, porque la gracia divina ahora inflama los corazones de los grandes para que contemplen las cosas supremas por la fe, ahora ayuda a los humildes corazones de los principiantes para que produzcan como frutos de buenas obras diversas.

CAPÍTULO XII. Los Bethsamititas son en parte heridos, porque menos dignos presumieron ver el arca, los Cariatiaritas la reciben y la custodian durante veinte años. Luego, por la advertencia de Samuel, Israel deja los ídolos y sirve al Señor, ofreciendo él mismo holocausto. Los filisteos, aterrados por el trueno del Señor, huyen. Samuel juzga a Israel, y en Ramá construye un altar al Señor.

(I Samuel VII.) Vinieron, pues, los hombres de Cariatiarim, etc. Vinieron los fuertes de la Iglesia, fecundos en el múltiple germen de acciones espirituales, y llevaron a sí mismos y a los suyos el conocimiento de la voluntad divina recibido de los contempladores de la fe en las alturas, y lo colocaron en el alto corazón de aquellos que, por la gracia del Espíritu Santo que habita en ellos, merecieron ser templo de Dios, a quienes dio potestad de ser hechos hijos de Dios, creyendo en su nombre (Juan I), a quienes voluntariamente engendró con la palabra de verdad. Aminadab, que se dice mi padre espontáneo, designa a aquel que, siendo Señor del cielo y de la tierra, se hizo Padre nuestro por gracia. Gabaa, que se interpreta colina, y debe entenderse como algún lugar eminente en Cariatiarim, o ciertamente la fortaleza de esa ciudad, insinúa la altura de la acción perfecta. En la cual colina se introduce el arca del Señor, cuando se muestra la voluntad divina, estos son preordenados para la vida eterna. Nadie puede obtener la manifestación de la ciencia divina, sino el humilde, por lo que los Bethsamititas, que iban a recibir el arca, decían a los Cariatiaritas: Los filisteos devolvieron el arca del Señor; descendan y llévenla a ustedes. Lo cual es decir claramente a los judíos

creyentes al final del mundo, a los que deben ser llamados a la fe: Las naciones nos devolvieron el conocimiento de la gracia, que durante mucho tiempo, siendo nosotros incrédulos, disfrutaron de su don. Desciendan del largo orgullo de la soberbia, y humildes de corazón reciban el yugo humilde de la fe. Lo cual también, como el resto de la serie de esta lectura, puede aplicarse muy adecuadamente a nuestro estado cotidiano y a los méritos diversos de los diferentes.

Pero santificaron a Eleazar, su hijo, etc. Eligieron a los santos y doctos, y con el nombre de hijos de Dios, doctores que custodiaran el estado de la Iglesia. Eleazar, que se dice ayudante de Dios, expresa figurativamente la asamblea de aquellos que pueden decir con el apóstol: Porque somos colaboradores de Dios (I Corintios III). Y en otro lugar: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (Ibid.)

Y sucedió que desde el día en que el arca permaneció en Cariatirim, etc. Y aquí observa la diferencia entre la perfección activa y contemplativa. Pues el arca del Señor, que apenas pudo permanecer un día en el campo de Josué de Bethsames; y no solo no pudo ascender a Gabaa, es decir, a la fortaleza de Bethsames, sino que ni siquiera pudo entrar claramente por sus puertas. Pero llegando a Cariatirim, y llevada a su colina, permaneció allí hasta el vigésimo año, multiplicados los días de virtudes, porque la contemplación de la vida celestial, para los santos que viven en la carne, apenas puede ser saboreada por un momento. Porque el cuerpo que se corrompe, agobia el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX). Pero la vida activa puede celebrarse indefatigablemente con mucho más largo espacio de tiempo, y con la compañía de hermanos cooperantes, de modo que el decálogo de la ley, duplicado por la gracia del Evangelio, o ciertamente cumplido en cuerpo y mente, se pruebe que se cumple como el vigésimo año del arca que permanece con ellos, por los méritos de los buenos que progresan.

Y toda la casa de Israel descansó tras el Señor. Designa típicamente la última felicidad de la Judea convertida al final, a la cual toda la lectura anterior se refiere especialmente, aunque puede referirse generalmente a toda la iglesia. Donde también, según la letra, algunos piensan que por el número vicenario de años, durante los cuales el arca permaneció en Cariatirim, y descansó toda la casa de Israel tras el Señor, se muestra el modo y estado del tiempo en que Samuel presidió sobre Israel. Pues no debemos pensar, como algunos cronógrafos se turban en vano, que los veinte años en que el arca permaneció allí, se extienden hasta el octavo año del reinado de David, cuando fue trasladada por él a Jerusalén. Pues leemos más adelante, al principio del reinado de Saúl, que estaba en Gabaa de Benjamín, diciendo la Escritura: Y Saúl dijo a Ahías: Trae el arca de Dios. Pues el arca de Dios estaba allí en aquel día con los hijos de Israel (I Samuel XIV). Por lo tanto, debemos entender que, aunque la Escritura calle, fue devuelta después de esto de Gabaa de Benjamín, a Gabaa, es decir, la colina de Cariatirim, de donde fue trasladada a Jerusalén en el reinado de David. No sin significado de misterio creas que el arca del Señor fue así trasladada por varios lugares, para que ahora visite al Señor del sol, ahora entre en la ciudad de los bosques, ahora aparezca como ayudante entre los campamentos, ahora repita la ciudad de los bosques, y habiendo dejado Silo rechazó el tabernáculo de Silo (Salmo LXXVII), finalmente ascienda al monte Sion, que amó; pero también de allí no omita ser llevada y traída a los campamentos. Finalmente, Urías hablando con David, en tiempo de la guerra de Amón, la designó bajo tiendas (I Crónicas XVII). Y conoce que estas cosas no fueron hechas en vano, sino en tipo de la Iglesia, que en la diversidad multimodal, pero pacífica, de sus miembros, ahora disfruta de la dulcísima luz de la vida teórica, gustando y viendo cuán suave es el Señor, ahora entra en la densidad de la devoción activa, alimentada con menor ardor o luz de mente, pero no menos fecunda en el fruto de buena operación; ahora arma la milicia espiritual de virtudes contra los peligros del

mundo adverso; ni en resistir a los adversarios abandona lo apto de su fructífera conversación, y prevé diligentemente, no sea que, después de haber conocido los misterios de la vida espiritual, busque la observancia literal de la ley como el tabernáculo de Silo, por elección preposterosa; ahora en aquellos que ya han salido del cuerpo, han evadido los trabajos del mundo cambiante, asciende a la visión de la paz eterna. Ni por ellos mismos, ya reinando en la sede celestial, deja de luchar orando por sus miembros igualmente suyos que peregrinan en la tierra, y aún combaten contra el enemigo, hasta que, resplandeciendo la gloria de la resurrección, que es su feliz dedicación, sea llevada triunfante sobre la muerte a los santos de los santos celestiales perpetuamente.

Si de todo corazón os volvéis al Señor, etc. Aquí se muestra figuradamente cómo el Señor enseñando en Judea, y haciendo milagros, sufriendo y resucitando, ascendiendo al cielo y enviando la gracia del Espíritu Santo, no solo hizo partícipes de su misericordia a los judíos, sino también a los gentiles. Así pues, Samuel, habiendo recibido el sacerdocio después de la muerte de Elí, habla a toda la casa de Israel para que quiten de en medio de ellos los dioses ajenos.

Y preparad vuestros corazones al Señor, etc. El Señor, autor del nuevo sacerdocio, que es según el orden de Melquisedec, apareciendo en la carne, enseña a toda la casa de Israel, es decir, a la Iglesia que desea ver a Dios, a quitar de sí las tradiciones de los fariseos; y no solo a preparar las obras, lo que también enseñó la ley, sino incluso los corazones mismos para servir solo al Señor, diciendo: Oísteis que fue dicho a los antiguos: Pero yo os digo (Mateo V.) Pues así podrán ser liberados de todos los enemigos en la vida venidera.

Quitaron, pues, los hijos de Israel a los Baales y Astartes, etc. Estos son ídolos de los sidonios; de los cuales Baales significa superiores, o ascendentes, Astartes significa la obra de los exploradores. Por tanto, todos los hijos de Israel que sirvieron al verdadero Dios Padre a la predicación del Salvador, expulsaron todas las profanas cogitaciones, que, ascendiendo de lo bajo al corazón, y no descendiendo de lo alto del Padre de las luces, entre los dones perfectos y los dones perfectos, deseaban ser superiores a los buenos; quitaron toda máquina de espíritus inmundos de su pecho, que rodean los rediles de los fieles buscando a quién devorar.

Dijo entonces Samuel: Reunid a todo Israel en Masfat, etc. El Salvador dijo a los apóstoles que, al predicar la palabra del Evangelio, reunieran a todo el Israel espiritual en Masfat, es decir, en la atalaya de la nueva verdad y vida. De esta congregación universal, la Iglesia católica recibió su nombre en griego. En cuya unidad, el Salvador encomienda a los que están puestos, orando al Padre, quien antes de su pasión, orando por los apóstoles, dijo: No ruego solo por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno (Juan XVII). Y ahora el Apóstol enseña que hace lo mismo, diciendo: El que está a la derecha de Dios, el que también intercede por nosotros (Rom. VIII).

Y se reunieron en Masfat, y sacaron agua, etc. Que sacaran agua entre oraciones y ayunos y la ofrecieran al Señor, es indicio y ejecución de una devoción piadosa. Se reunieron, predicando el Señor, para escuchar la palabra del pueblo, y sacaron, compungidos desde lo más profundo del pecho, una fuente de lágrimas, que derramaron como una libación gratisíma a Dios, presentándola a través de los vasos de los ojos; y se abstuvieron de todas las tentaciones del mundo en aquella iluminación de la gracia celestial, confesando pecados pasados y clamando por la misericordia de Cristo.

Y Samuel juzgó a los hijos de Israel en Masfat. Los cielos no son puros a sus ojos (Job XV), y en sus elegidos encuentra perversidad. Y aquellos que, trascendiendo todas las cosas terrenales, se reunieron en la atalaya de lo celestial, que significa Masfat, hacia Cristo, quienes sobresalen con el nombre de hijos de Israel, es decir, hombres que ven a Dios, aún tienen muchas cosas por las que, como hombres, deben ser castigados por un juez estricto. De ahí lo que dice Isaías: Y juzgará con justicia a los pobres (Isa. XI). No hay duda de que a aquellos a quienes habla: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (Mat. V); a los mismos, juzgándolos, dice: ¿Aún estáis sin entendimiento? (Mat. XV).

Y oyeron los filisteos que los hijos de Israel se habían reunido en Masfat, etc. Oyeron los enemigos de la verdad que, al predicar el Señor el Evangelio del reino, todo el pueblo lo escuchaba con gusto; y ascendieron los espíritus inmundos, príncipes de los impíos [de donde también el Apóstol (Efes. VI) los llama rectores de las tinieblas] contra el estado de la Iglesia, o más bien contra cada uno de los fieles, con insidias nefandas. Sobre esta ascensión maligna de ellos, al explicar el nombre de Baalim, hemos tratado antes.

Cuando lo oyeron los hijos de Israel, temieron, etc. Temiendo los discípulos de Cristo ante la faz de los judíos perseguidores, velaron, por mandato de él, y oraron para no caer en tentación; y dijeron, sorprendidos por el repentino torbellino de tentaciones: Señor, sálvanos, perecemos. También después de su ascensión se recuerda que oraron frecuentemente en las tribulaciones (Mat. VIII). Lo mismo nos proporciona a nosotros, tentados, un auxilio muy saludable para que nuestra alma sea liberada del temor del enemigo.

Y Samuel tomó un cordero de leche, etc. El Señor tomó al inocente, al hombre único que había asumido para la salvación del mundo, y lo ofreció en el altar de la cruz como holocausto íntegro al Padre. Y bien se dice que lo ofreció como holocausto, es decir, todo quemado, bien íntegro, quien fue concebido sin iniquidad, nacido y habitado en la carne, todo lo que hizo como hombre, lo hizo digno del fuego del Espíritu Santo de Dios. Y el Señor oró al Padre por sus fieles, para que no desfalleciera su fe (Luc. XXII). Oró también por los que lo perseguían, para que se les perdonara la gran culpa de la perfidia, que incurrieron sin saberlo (Luc. XXIII). Y el Padre lo escuchó, fortaleciendo a estos en la fe que casi habían perdido; llamando a aquellos a la fe que completamente desconocían.

Sucedió, pues, que mientras Samuel ofrecía el holocausto, etc. Sucedió que mientras el Señor se ofrecía a sí mismo como víctima a Dios en olor de suavidad, sus perseguidores, incluso en la cruz, lo blasfemaban o se burlaban de él, y al ser sepultado intentaban obstruir el camino de la resurrección, para que, condenado él como si fuera a muerte eterna, arrebataran toda esperanza de salvación a sus fieles. Pero, con la tierra movida, las rocas partidas, los sepulcros abiertos, los muertos resucitando, y otros signos celestiales brillando en su cruz o sepultura, los enemigos se aterrorizaron y huyeron en diferentes direcciones. Finalmente, en el sepulcro, los guardias se aterrorizaron y quedaron como muertos. Y toda la multitud de los que estaban presentes en el espectáculo de la cruz, y veían lo que sucedía, golpeándose el pecho, regresaban. También en el día de Pentecostés, cuando el Señor tronó desde lo alto, y también a través de los apóstoles, sus nubes, resonando palabras celestiales, los enemigos de la fe fueron derribados, y algunos, al no arrepentirse, fueron destruidos al negar sus palabras.

Y salieron los hombres de Israel de Masfat, persiguieron a los filisteos, etc. Salieron los apóstoles de Masfat, es decir, de la atalaya de su tranquila conversación, persiguieron a los impíos reprendiéndolos; y los golpearon, removiéndolos poco a poco de la vida de impiedad antigua con la espada de la palabra, hasta llevarlos a la sociedad de la Iglesia, que está fundada sobre Cristo. Bethcar, que se interpreta como casa del cordero o casa del

conocimiento, significa a aquel que, muerto inocentemente en su humanidad, revela poderosamente los secretos del Padre en su divinidad. Sobre esta casa de conocimiento divino encuentra lugar de morada amada, quien dice: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Juan VI). Quien deseaba entrar, rogaba humildemente llamando: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV). Porque aprendieron de él que nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Luc. X). Y por eso se llama correctamente casa del conocimiento, por quien solo se revela tanto él como el Padre.

Y Samuel tomó una piedra, etc. Y arriba leímos sobre la piedra de ayuda, que en hebreo se llama Abenezzer; pero allí el historiador lo puso anticipadamente, aquí expresa el tiempo y la causa del nombre impuesto; quien, claro en el tipo del Mediador, bien se llama piedra única, porque uno es el Señor Jesucristo, quien justifica la circuncisión por la fe, y el prepucio por la fe; bien se coloca entre Masfat y Sen, es decir, entre el lugar donde se erigió el altar de la cruz del Señor y aquel cordero singular fue ofrecido que quita los pecados del mundo, y entre aquel donde la victoria de la palabra del Señor pudo extenderse por toda la tierra, que también ese lugar se encuentra bellamente sobre Bethcar, es decir, la casa del cordero o del conocimiento, porque la misma Iglesia de Cristo brilla en todo el orbe de la tierra. No en vano se dice que el mismo lugar se llama Sen, es decir, nombrado, porque el pueblo de los gentiles, que clama al Señor desde los confines de la tierra, y él mismo con Israel escucha: Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Luc. X). De los cuales también en otro lugar dice: Y llama a sus ovejas por nombre (Juan X). Así que el Señor tomó la piedra preciosa, angular, elegida, es decir, a sí mismo; y la puso entre el pueblo de los judíos y de los gentiles, quien con la poderosa ayuda de su Espíritu reunió a ambos en uno, y de todas las adversidades maravillosamente rescatado, hasta elevarlo a la contemplación de la gloria de su divina majestad; cuya visión, que no hay nada mejor (pues cuantos merezcamos contemplarla, no buscamos nada más grande), porque nos regocijaremos con el mayor bien, bien se dice: Porque hasta aquí nos ha ayudado el Señor. De donde también en el Evangelio el Señor, como prometiendo el bien supremo e incomparable al pueblo fiel, dice: Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV).

Y fueron humillados los filisteos, etc. Al llegar a esa piedra de ayuda, a la que el Salmista canta según la verdad hebrea: Sé para mí una piedra fortísima, y una casa fortificada, para salvarme, porque tú eres mi roca y mi fortaleza (Sal. XXX), serán humillados nuestros enemigos, y no volverán a atacar los límites de nuestras virtudes, cuando, glorificados nosotros ante el Señor, se vean derrotados. Pues en este mundo nuestro, mientras trabajamos, nunca faltarán las guerras de tentaciones.

Así que la mano del Señor estuvo sobre los filisteos, etc. La gracia de Cristo se hizo para aplastar a los enemigos de la Iglesia primitiva en todos aquellos en quienes la luz del Evangelio brilló en Judea, y aún no fue rechazada por la incredulidad y la persecución. Y fueron devueltas las almas que los inmundos, ya sean doctores o espíritus, habían engañado, y llevadas de nuevo a la sociedad de la Iglesia, desde aquellas que permanecieron estériles en buenas obras, hasta aquellas que no solo se mantenían infructuosas para sí mismas, sino que también se esforzaban por oprimir malamente a las fructíferas. Accaron se traduce en esterilidad, Geth en lagar. Y ciertamente de la esterilidad se entiende claramente, porque todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mat. III). El lagar, sin embargo, que también significa a los perseguidores de los buenos, lo demuestran tanto los Salmos inscritos para los lagares como la misma acción de los lagares. Son, en efecto, maderas cortadas de raíz, despojadas de hojas y corteza, y privadas de toda esperanza de fructificar, solo para la conclusión y presión de uvas o aceitunas. De las cuales, cuando, presionadas por

el peso, se han triturado las bayas y vaciado las hojas, fluyen los mostos más alegres y los más ricos flujos de aceite, el fruto del precioso licor se guarda en las bodegas, pero las cáscaras residuales se arrojan fuera. Los mismos lagares, vacíos de fruto como antes, solo esperan ansiosamente cuando comiencen a prensar algo, hasta que ellos mismos, después de una larga costumbre de presión, desgastados por la vejez, sean entregados para ser quemados en llamas. Así, ciertamente, así los torturadores de la Iglesia no solo carecen del verdor de la fe, de las hojas de la confesión y de los frutos de la buena obra; sino que también no cesan de fatigar hasta la disolución de la carne a las almas fructuosas en los estudios de la misericordia y el amor, y de las demás virtudes. Porque no tienen más que hacer después de esto, cuando el polvo haya vuelto a su tierra, de donde era, y el espíritu haya regresado a Dios, que lo dio, y ellos, siempre adversarios de los buenos, sean arrojados en el tiempo debido a los fuegos perpetuos del infierno. Pero porque de tales algunos reciben la salvación que perdieron en el primer hombre, por la misericordia de Cristo, se dice correctamente que las ciudades de Israel, desde Accaron hasta Geth, es decir, desde la esterilidad hasta el lagar, fueron devueltas. Pues el Accaronita Sergio Paulo procónsul, el Accaronita era Dionisio Areopagita. El Geteo era aquel joven aspirante a amenazas y muerte contra los discípulos de Cristo. Finalmente, aquel noble racimo coronado por grado, nombre y pasión, para ser ofrecido a Cristo en las primicias de la Iglesia, había despojado de la carga de la carne al triturar con la presión de las piedras. Pero mientras aquellos llegaron de la gentilidad a la fe, este de perseguidor incluso a la gracia del apostolado, ciertamente la esterilidad y el lagar, cuando fueron capturadas por el enemigo, fueron recuperadas por la Iglesia.

Y había paz entre Israel y el amorreo. Había, después de la ascensión del Señor, confirmadas las Iglesias en la fe, nuestra paz, que hizo de ambos uno, entre aquellos que eran de los judíos y aquellos que creyeron de los gentiles. Habrá también en ti, cuando vivas como un verdadero israelita, es decir, sin engaño, paz con el enemigo una vez amargo, que se interpreta como amorreo, cuando hayas enseñado a todas las virtudes a favorecer, y los miembros que fueron armas de iniquidad para el pecado, los hayas hecho armas de justicia para Dios. Pues también en tu mente, mientras la gracia del verdadero Samuel vive y reina, aunque no puedas carecer completamente de pecado como hombre, lo que las sucias manos de las cogitaciones, como insidiadoras de las virtudes espirituales, los filisteos te hayan quitado, lo recuperarás con su ayuda diaria, y en los límites de tus buenas obras también liberarás de la mano de los filisteos, porque la paciencia de los pobres no perecerá para siempre. Y aunque en medio de la batalla no puedas ser invulnerable, sin embargo, habiendo completado la carrera, serás coronado con la corona de la vida.

Y Samuel juzgaba a Israel, etc. El Señor juzga a la Iglesia en todo tiempo, mientras la vivifica con la luz de su divina presencia en su peregrinación en la tierra. Porque los días de Cristo son los mismos que los días de la Iglesia. De los cuales en el Evangelio habla: Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo (Juan IX). Que en otro lugar determina claramente, diciendo: Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII). Pero la juzga, ya sea instruyéndola con adversidades, iluminándola con dones, liberándola de la gente no santa, o llevándola a los reinos celestiales. Así que, examinando ocultamente a través de cada uno de los elegidos, la esperanza, la fe y el amor de ellos, y cuánto ha progresado cada uno en las virtudes antes mencionadas, ya sea él mismo que conoce los secretos del corazón, o a través de los maestros espirituales, los examina diariamente. Pues que el año figurativamente anuncie al hombre, lo prueba también el hecho de que los cuatro humores más conocidos, con los que se vegeta el cuerpo humano, se asocian con igual razón de cualidades a las cuatro estaciones del año: la sangre a la primavera, la bilis roja al verano, el otoño a la bilis negra, la flema al invierno. Que las

ciudades mencionadas se comparen correctamente con las virtudes antes mencionadas, lo indican sus nombres, de las cuales Bethel se traduce como casa de Dios, Galgal como rueda, Masfat se traduce como atalaya. La casa de Dios señala a aquellos que, recién recibidos en el misterio de la fe, ya son hechos templo de su Creador. El tipo de rueda alude a aquellos que, confirmados en la certeza de la esperanza, han tomado el rápido curso de la mente para trasladarse de este mundo. El término atalaya expresa a aquellos que, perfeccionados en la excelencia del amor, aunque aún viviendo en la carne, han aprendido a trascender los límites de la carne contemplando lo eterno. Y ciertamente arriba se narra que Samuel reunió a Israel en Masfat, y allí juzgó, y subió contra los filisteos para derrotarlos, pero, mientras él ofrecía el holocausto, fueron vencidos y huyeron. Ahora, sin embargo, se dice que recorrió también otras dos ciudades, como compañeras de aquella, porque la principal virtud que reúne a la Iglesia y la protege de todo enemigo es el amor. Pero para que se pueda llegar dignamente a esta, es necesario que primero se cuiden los dones de la fe, que purifica los corazones, y de la esperanza, que eleva a lo alto.

Y regresaba a Ramá, etc. El Señor regresó al cielo en cuerpo una vez ascendiendo, habiendo cumplido su oficio de dispensación; regresa diariamente con su presencia divina, con la cual siempre y en todo lugar llega desde un extremo hasta el otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad. Porque allí está la carne que asumió por nosotros y glorificó; allí está la corte de los bienaventurados, tanto ángeles como hombres; allí está la morada prometida a nosotros por Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. De donde bien se dice que Ramá es su altura; y allí, colocado en cuerpo, él juzga a la Iglesia, ya sea castigando a los que aún peregrinan en la tierra, hasta llevarlos a los cielos, o distribuyendo dignas sedes a cada uno según sus méritos, donde en la casa de su Padre tiene muchas moradas (Juan XIII), sabiendo que el Padre le ha dado todas las cosas en sus manos, y le ha dado poder para hacer juicio (Juan V). Allí también, dentro del velo del cielo, y en el eterno santo de los santos, edifica un altar en los corazones de los ciudadanos celestiales. Desde el cual, encendido con el fuego de su amor, se ofrece el incienso de la alabanza perpetua diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria (Isa. VI). Y de nuevo: La salvación a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero (Apoc. VII); y otras cosas semejantes, que allí, llevado en el Espíritu, el amado discípulo escuchó para ser repetidas a menudo, siempre recordadas. Hasta aquí, sobre el cambio del sacerdocio antiguo al nuevo, bajo la figura de Elí y Samuel, basta con haber esbozado en el primer libro de nuestra exposición, para que también podamos investigar más libremente los misterios más amplios del reino que ha de cambiar, que fueron prefigurados por Saúl y David, desde otro principio, no confiando en nuestro ingenio, sino apoyándonos en la ayuda de aquel a quien toda la Escritura profética sirve, cuyo reino no tendrá fin, y es sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

LIBRO SEGUNDO

PRÓLOGO.

Dado que en este librito, es decir, en la segunda parte de nuestra exposición alegórica sobre el bienaventurado profeta Samuel, con la ayuda del Señor, vamos a hablar, según nuestra capacidad, sobre el final del liderazgo de Samuel y el inicio del reinado de Saúl, nos ha parecido oportuno, a modo de prólogo, tratar algo sobre el tiempo en que cada uno de ellos gobernó al pueblo de Dios. Y como la Sagrada Escritura parece guardar silencio sobre este asunto, investigaremos con diligencia lo que más verosímelmente se pueda estimar. Y, de hecho, no faltaron quienes dijeran que ambos no gobernaron más de trece años, porque está

escrito: "Y sucedió que desde el día en que el arca permaneció en Cariatiarim, se multiplicaron los días; ya era el año veinte" (1 Sam. VII). Pensando que el arca permaneció veinte años en Cariatiarim, y que estos deben contarse desde el principio de Samuel hasta después del séptimo año de David, cuando, comenzando a reinar en Jerusalén, la llevó allí, aunque la Escritura testifica claramente que en tiempos de Saúl, cuando Israel luchaba contra los filisteos, estaba con el pueblo en los campamentos. Y podría parecer más veraz que los veinte años mencionados, si designan el tiempo de permanencia del arca en Cariatiarim, deben contarse hasta este tiempo, más que cuando David la llevó de allí. Hay quienes piensan que Samuel debe ser completamente omitido en las Crónicas. Hay quienes le asignan setenta años, y a Saúl treinta. Hay quienes, sumando el tiempo de ambos, afirman que gobernaron al pueblo durante cuarenta años. Pero no podemos encontrar de dónde se debe afirmar algo de esto. Sin embargo, es fácil ver de dónde se pueden refutar y destruir todas estas afirmaciones. Porque la Escritura dice claramente: "Y sucedió en el año cuatrocientos ochenta de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el cuarto año, en el mes de Ziv, que es el segundo mes del reinado de Salomón sobre Israel, y comenzó a edificar la casa del Señor" (1 Reyes VI). Repasa entonces los tiempos de los Jueces, y encontrarás que Otoniel gobernó al pueblo durante cuarenta años, Aod ochenta, Débora cuarenta, Gedeón cuarenta, Abimelec tres, Tolá veintitrés, Jair veintidós, Jefté seis, Abesán siete, Ailón diez, que no se encuentra en los Setenta Intérpretes: Labdón ocho, Sansón veinte, Elí cuarenta, que juntos hacen trescientos treinta y nueve años: a los que se suman cuarenta años del viaje desde Egipto, otros tantos del reinado de David, cuatro de Salomón, suman cuatrocientos veintitrés: es decir, cincuenta y siete menos de cuatrocientos ochenta, que necesariamente deben ser distribuidos entre los tiempos de Josué, Samuel y Saúl; pero cómo dividirlos, la Escritura no lo enseña. Si seguimos la autoridad de las crónicas, damos veinticuatro a Josué, los otros dos no tienen más de treinta. Si a Saúl le damos cuarenta, los otros dos no tienen más de diez y siete. Por lo tanto, para que se abra algún camino de búsqueda, revisemos los escritos de Josefo, quien es el más docto en tales asuntos, aparte de las palabras divinas, y encontraremos en su historia de las Antigüedades que Josué gobernó veintiséis años, Samuel doce, Saúl veinte; que juntos hacen cincuenta y ocho años. Y no debe perturbarnos que uno sobrepase los cuatrocientos ochenta. Porque ya sea que la Escritura, según su costumbre, al poner la suma total, no se preocupó por añadir el uno que sobraba: o, lo que es más creíble, que la escritura de Josefo, por descuido de la larga edad, añadió uno en algún lugar, como suele suceder. Porque no se debe pensar que se cometió un error en las letras de la Sagrada Escritura; que aunque disuena en muchos otros lugares, en el catálogo de los Jueces, sin embargo, concuerda en todo con la verdad hebrea y la edición de los Setenta Intérpretes, excepto por un solo Ailón, que ellos omitieron por completo. La omisión de este obligó a los cronógrafos griegos, ignorantes de la verdad hebrea, a dar cuarenta años a Samuel y Saúl, y veintisiete a Josué, descuidando los escritos de Josefo. Pues veían que de otro modo no podían llegar al número cuatrocientos ochenta, que no sabían completar con los años de Ailón: a quienes les fue permitido añadir nueve años a Josefo, a quien de ninguna manera podían ignorar, para satisfacer a la Escritura. ¿Por qué no se nos permite también a nosotros, concluidos por una necesidad similar, restar al menos un año del cómputo de aquel, y anotar veinticinco años a Josué, y treinta y dos a Samuel y Saúl? para que no parezcamos resolver la Escritura creyendo más de lo justo a los historiadores: que afirma absolutamente que el año cuatrocientos ochenta de la salida de Egipto es el cuarto de Salomón. Si estuviera escrito así: "Y sucedió después de 480 años de la salida de Egipto, en el cuarto año del reinado de Salomón", no habría ninguna controversia, porque el año superfluo sería el cuarto de Salomón. Y para que nadie diga que seguimos una regla falsa de cuatrocientos ochenta años, como si más bien debieran computarse 580 según algunos ejemplares, el mismo intérprete de la historia sagrada, cuando tradujo el libro de los Tiempos al latín, al llegar al cuarto año de

Salomón, donde menciona que el templo comenzó a edificarse en él: inmediatamente, ya sea por su propia erudición que había recogido en las Escrituras sagradas, o por la autoridad griega, añadió y dijo: "Se recoge que todo el tiempo desde Moisés, y la salida de Israel de Egipto, hasta el presente año, son 480 años". Ciertamente, para que nadie se turbe en el cómputo del tiempo, porque está escrito, y lo hemos mencionado antes, que desde el día en que el arca permaneció en Cariatiarim, se multiplicaron los días: ya era el año 20, y toda la casa de Israel descansó tras el Señor. Este versículo también puede entenderse de tal manera que no designa que el arca permaneció veinte años en Cariatiarim, sino que desde el día en que el arca permaneció allí, toda la casa de Israel descansó tras el Señor durante 20 años, alegrándose, sin duda, por el regreso a ellos del arca que habían perdido por sus pecados, pero después, compartiendo los pecados de Saúl, se desviaron gradualmente de sus caminos. Pero como el prefacio se ha extendido mucho, comencemos ya el orden de la Escritura que estamos investigando.

CAPÍTULO PRIMERO. Samuel, envejeciendo, pone a sus hijos como jueces de Israel. Pero al desviarse estos del camino recto, se pide que se constituya un rey; a quien, por mandato del Señor, exponiendo el derecho del rey, no pudo así reducirlo de su mala intención.

(1 Sam. VIII.) "Y sucedió que cuando Samuel envejeció", etc., hasta "Vaya cada uno a su ciudad", etc. Esta lectura, entendida literalmente y de manera típica, reprende a aquellos que, descuidando el santo mandato que aprendieron, desean servir más bien a sus propias concupiscencias: lo cual puede entenderse tanto de todos los falsos fieles en general, como de los judíos en particular; quienes, ya sea después de la encarnación del Salvador, por amor al reino terrenal, rechazaron a los predicadores del reino celestial; o, despreciando en otro tiempo los regímenes de los jueces más pacíficos, contra el consejo del Señor, anhelaron ser elevados por el linaje del cetro real. "Y sucedió", dice, "que cuando Samuel envejeció, puso a sus hijos como jueces de Israel". El nombre de vejez en las Escrituras, cuando se pone mística, a veces significa madurez de sabiduría y gravedad de consejo, y a veces torpeza de mente enfriada por el nuevo fervor de la virtud incipiente. Pues se ha dicho del justo juez, cuya sabiduría ninguna conciencia puede engañar: "Y el Anciano de Días se sentó". Y se ha dicho de sus miembros: "La gloria de los ancianos es la canicie", es decir, la gravedad de la sabiduría. También en mal sentido, quien se sintió enfriarse del estudio de las virtudes, dijo: "He envejecido entre todos mis enemigos" (Salmo VI). A ambas partes puede convenir lo que se dice, que Samuel, envejeciendo, puso a sus hijos como jueces de Israel. Pues cuando la fe y el amor de Cristo envejecieron entre los judíos, algunos de ellos enfriándose en ella como por una vejez avanzada; otros, en cambio, maduros en ella como por la larga costumbre de vivir, el mismo Señor puso a los escribas y fariseos como jueces de ese pueblo, quienes debían discernir el camino recto de la vida y mostrarlo a los súbditos: quienes son llamados hijos de Dios, según lo que él mismo dijo en Éxodo: "Israel es mi hijo primogénito" (Éxodo IV). Lo cual, como se ha dicho, puede referirse tanto a los tiempos de la encarnación del Señor, como a aquellos tiempos en que primero fueron puestos jueces en el mismo pueblo por el Señor. Pues también entonces, atestiguando el profeta, "el justo vivía por la fe" (Habacuc II). Sin duda, aquella de la que Pedro dice: "Pero por la gracia del Señor Jesús creemos que seremos salvos, de la misma manera que ellos" (Hechos XII).

"Y el nombre de su hijo primogénito era Joel", etc. Joel significa "comienzo" o "fue de Dios", Abías "padre fue", Beerseba "pozo del juramento". Es un lugar, como lo prueba el nombre, donde Abraham e Isaac hicieron un pacto con Abimelec jurando; significando aquella fuente salvadora, que unió en un pacto de una misma fe a la circuncisión y al prepucio; en la cual los hermanos mencionados fueron dados como jueces, para que ofrecieran y bebieran de la fuente de la vida. Pero ellos, según su nombre, comenzando pero no perseverando hasta el fin

para ser salvos, y perteneciendo en otro tiempo a Dios, y siendo dignos del nombre de padres del pueblo, ahora cambiados en lo contrario, prefirieron sus tradiciones y crímenes tanto a la ley como a la gracia. Pero también cada uno de nosotros, cuando enfriándose del ardor espiritual que había comenzado, antepone pensamientos bajos y terrenales a su mente, como un Samuel envejecido pone a sus hijos degenerados como jueces en Beerseba; porque a pensamientos perversos somete el misterio del bautismo.

"Entonces se reunieron todos los ancianos de Israel, y vinieron a Samuel", etc. Entonces, después de la ascensión del Señor, todos los ancianos de Israel carnal se reunieron contra él, y enviaron la región tras él, en Ramá, es decir, en la altura de los cielos, donde todo lo que hacemos en la tierra, dicho rápidamente se manifiesta, diciendo: "No queremos que este reine sobre nosotros" (Lucas XIX); y como hablando con aquel a quien nada puede ocultarse: "He aquí", dicen, "tu fe y caridad en nosotros ha envejecido, y los hijos que has criado y exaltado, ellos mismos te han despreciado" (Isaías I). Por lo tanto, hemos preferido, a semejanza de las naciones que no te conocen, y de los reinos que no han invocado tu nombre, permanecer extraños a tu liderazgo, que ser privados de la fe, gracia, reino y patria. Pues si, dejando la habilidad de luchar, todos seguimos la simplicidad de tu doctrina, vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y nación. Estas cosas, aunque no con voz, con mente reprobada y con intención, los judíos las dijeron contra el Señor y contra su Cristo.

"Y desagradó la palabra a los ojos de Samuel", etc. La infidelidad de los judíos desagradó a los prudentes en Cristo, que son los ojos de la Iglesia, porque eligiendo lo bajo por lo alto, aunque sin saberlo, dijeron al Señor: "Danos un reino terrenal, que nos condene perpetuamente. Pues del celestial, que prometes a los pobres de espíritu, no nos importa", por cuya salvación, ya sea por sí mismo mientras estaba en el mundo, o por sus miembros, incluso después de la ascensión, el Salvador oró al Padre. Lo cual la historia eclesiástica narra especialmente de Santiago, hermano del Señor (Mateo V), porque con tanta insistencia y diligencia suplicó por el pueblo frecuentando el templo, que se creía que sus rodillas habían adquirido la dureza de los camellos.

"Y el Señor dijo a Samuel: Escucha la voz del pueblo", etc. No les quites el libre albedrío, sino da el poder de hacerse hijos de Dios a aquellos que no quisieron creer, y no te duelas del oprobio de los hombres hecho por el rechazo del pueblo. No han rechazado tu doctrina en el hombre que habla, sino la mía divina que obra a través de ti, para que no les dé un reino eterno en ti. Lo cual es similar a lo que él mismo dijo: "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió" (Juan VII).

"Como me han dejado a mí, y han servido a dioses ajenos", etc. Es decir, así también dejarán la gracia del Evangelio, y servirán a sus tradiciones ajenas a Dios.

"Ahora pues, escucha su voz", etc. Y estas palabras de la persona del Padre hablando al Hijo se adaptan muy bien, "Déjalos según los deseos de su corazón, y andarán en sus voluntades" (Salmo LXXX). Sin embargo, adviérteles por el Evangelio, y predícales qué miseria temporal ante los hombres, qué tormento eterno en los infiernos sufrirán, quienes, descuidando el servicio, o más bien la libertad espiritual, prefirieron reinar por sí mismos, diciendo: "Porque vendrán días sobre ti, y te rodearán tus enemigos con un vallado, y tu casa será dejada desierta" (Lucas X), y otras cosas semejantes, y dice:

"Este será el derecho del rey que reinará sobre vosotros". No expone cómo debe ser un emperador moderado y justo, cuya perfección se enseña en muchos lugares de la Sagrada Escritura, y especialmente en el Deuteronomio; sino más bien un gobernante injusto, cuya

severidad oprimirá a los súbditos, para que a través de estas cosas retire al pueblo de su obstinada petición. Figuradamente, lo que la Escritura dice del buen rey, significa a Cristo: de quien bajo la figura de Salomón se canta, "Oh Dios, da tu juicio al rey" (Salmo LXXI). Pero lo que dice del malo, al diablo: según lo que dice el Eclesiástico, "El rey insensato perderá a su pueblo" (Eclesiástico X). Y con razón, porque aquel es del diablo, este es miembro de Cristo.

"Tomará a vuestros hijos", etc. Vosotros, dice, "habéis sido llamados a la libertad, hermanos, solo que no uséis la libertad como ocasión para la carne" (Gálatas V). Quien, pues, haya dado la libertad en la que fue llamado como ocasión para la carne, pronto, bajo el poder del rey impío, es decir, del diablo, a quien eligió como señor, sufrirá en sí mismo todos estos servicios que Samuel dijo al pueblo. Porque lo que se dijo una vez de un solo pueblo de manera especial, pero más tiempo, y se actuó con verdad histórica y razón típica, debe aplicarse de manera general a todos los mortales que hayan rechazado de sí el yugo suave del Señor; cuyos hijos toma el rey injusto, y los pone en sus carros, cuando, tomando el enemigo antiguo sus obras ilustres, por ejemplo, la modestia, la paciencia, la benignidad, la limosna, y otras cosas semejantes, manchándolas con hipocresía, vanagloria, soberbia, o cualquier otra peste viciosa, los une a las obras de los infieles, en cuyos corazones, atados con el freno de la maldad, él mismo, el peor auriga, como si fueran suyos en todo, se lleva libremente en los carros. Y porque aquellos a quienes ahora el enemigo impío asocia falsamente como fieles en las obras, el mismo Juez severo los asociará a ellos en el fin por los castigos con los infieles; correctamente se ha escrito de tales: "Vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo dividirá, y pondrá su parte con los infieles" (Mateo XXIV).

"Y se hará para sí jinetes", etc. Tanto, dice, el diablo ha subyugado incluso vuestros esfuerzos más fuertes, que a través de estos también intentará corregir, domar y desviar al camino de la impiedad a otros con el freno del error, y procurará hacer de la descendencia de la virtud un heraldo de los vicios. Porque así como en el bien sirve el carro de las virtudes, quien infunde prudencia, fortaleza, justicia y templanza en los corazones de los prójimos; así, por el contrario, el carro del peor rey precede, quien muestra a sus seguidores ejemplos de vicios opuestos a estas virtudes.

"Y constituirá para sí tribunos y centuriones", etc. Y de vuestros grandes actos, como hijos nacidos del vientre de una buena conciencia, el corruptor antiguo designará a algunos para que, como ciertos tribunos, conduzcan un ejército hostil contra los campamentos de la verdad; a otros para que, como centuriones, prometan gran perfección de vida eterna a los que los siguen; estos que sembrando en la carne, de la carne cosecharán corrupción; según lo que dice Oseas, "Habéis arado impiedad, habéis cosechado iniquidad, habéis comido el fruto de la mentira" (Oseas X). A otros que, con insidias dialécticas, fortalezcan a los fabricantes de errores y cultivadores de dogmas perversos contra la verdad, el fraudulento organizador distribuye. Podemos también considerar como labradores de los campos del diablo a aquellos que cultivan los corazones de los miserables con el ejercicio de un dogma perverso. Y como segadores, a aquellos que, como perfectos en los menores frutos de sus oyentes, los llevan como purgadores a sus graneros para contemplar sus misterios más secretos; lo cual es propio de los herejes, y especialmente del comentario de los maniqueos. Pues los hijos del pueblo contumaz, que hemos interpretado sobre los diversos actos de una sola persona, también pueden referirse a diversas personas, manchadas por el mismo adversario con diverso error.

"También hará a vuestras hijas perfumistas", etc. También hará que vuestras sinagogas, o las almas de los engañados, o ciertamente los pensamientos libres de una vez con castidad ingenua, favorezcan sus maldades con nefaria adulación; lo cual es el peor tipo de ungüento

que el profeta detesta y ora: "Que el aceite del pecador no unja mi cabeza" (Salmo CXL). A lo cual es contraria la perfumista del buen rey, María Magdalena, que dice: "Mientras el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su fragancia" (Cantar de los Cantares I). También hará que sirvan al fuego de los vicios: de lo cual el profeta testifica, "Todos son adúlteros, como un horno encendido en sus corazones" (Oseas VII). A lo cual es contrario el fuego del amor supremo, que quienes percibieron al escuchar la palabra de la verdad, dijeron entre sí: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y nos abría las Escrituras?" (Lucas XXIV). También hará panaderas, que llamando a algunos insensatos a los infames banquetes de las herejías, dicen: "Comed con gusto los panes ocultos: las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso" (Proverbios IX, XX). De lo cual también se dice en otro lugar: "Dulce es al hombre el pan de la mentira, pero después su boca se llenará de grava" (Salmo CIII). A lo cual es contrario el pan de la verdad, que fortalece el corazón del hombre. Cuyo conocimiento, porque no lo revelará la carne y la sangre, sino el Padre que está en los cielos: correctamente bajo la figura de una mujer fuerte de la Iglesia se canta, "Se ha hecho como un barco mercante, trayendo su pan de lejos" (Proverbios XXXI).

"También tomará vuestros campos y viñas", etc. También tomará las copiosas riquezas de vuestras virtudes espirituales, y los frutos del amor más ferviente, así como los dones más dulces de la misericordia resplandeciente, y los someterá más bien a los placeres de los espíritus inmundos.

"Pero también diezmará vuestras cosechas y los rendimientos de vuestras viñas", etc. Pero también privará por completo vuestras obras, como llevadas ya a la perfección de la naturaleza, y la esperanza de toda vuestra vida con recompensa celestial, que está señalada con el número diez, para que con la pérdida de estos, satisfaga siempre los deseos insaciables de los espíritus malignos que le sirven, a quienes, despojados de la virtud angélica, hizo ansiar la perdición humana.

Servos también vuestros, y siervas, etc. Los movimientos del alma o de la carne que son inapropiados, como la ira, la envidia, la gula, la lujuria, y otras cosas semejantes, deben ser controlados y refrenados por la disciplina de los sabios; pero también otros deberes de recta intención serán, más bien, entregados a un cruel defraudador, y en los rebaños de virtudes opulentas, en los que servíais en vano durante mucho tiempo, carentes de la perfección del denario, al final el enemigo recibirá la palma del pastoreo. Así, finalmente, lamentaréis haber sido hechos siervos bajo el adversario, cuando antes os aburría vivir libres bajo el Señor.

Y clamaréis en aquel día a causa de vuestro rey, etc. Esta profecía es clara, y hasta hoy no deja de cumplirse entre los judíos; quienes, como está escrito en el decimoséptimo salmo: Clamarán (y no hay quien salve) al Señor, y Él no los escuchó. A quienes el Señor dice: No escucharé vuestras oraciones. Porque vuestras manos están llenas de sangre (Isaías I). Aquel a quien en la elección de este rey nefasto se maldecían diciendo: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII). Que lo laven con el agua del bautismo, y clamen al Señor en su tribulación, y Él los liberará de sus necesidades (Salmo CVI). De lo contrario, escuchan del apóstol Santiago: Pedís, y no recibís, porque pedís mal (Hechos IV). Pero también en el sentido moral, es difícil y tardío vencer los vicios que, durante mucho tiempo, yaciendo voluntariamente, se habían postrado.

Pero el pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel, etc. Esta obstinación del pueblo desobediente, pidiendo un rey en lugar del Señor, no solo en el tiempo de la gracia predicada, sino también antes de los misterios celebrados de la encarnación del Señor, ocupó a la

Sinagoga, o más bien a casi toda la humanidad, desde el primer padre, cuando propuso las palabras de la serpiente a Dios. Siempre los contumaces prefieren el libre albedrío de su voluntad al gobierno de la gracia divina. Pero los buenos hijos del Padre, suplicando el espíritu, no nuestro reino, ni nuestra voluntad; sino, Venga, dicen, tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo (Mateo VI).

Y dijo Samuel... Que cada uno vaya a su ciudad. La palabra divina enseña hoy también a los contumaces y rebeldes contra el Señor a regresar cada uno al tribunal de su corazón, para que, más libre en su interior, cada uno examine diligentemente qué ha hecho contra la voluntad de tu disposición suprema, qué sentencia recibirá del juez estricto.

(I Reyes IX.) Y había un hombre de Benjamín llamado Cis, hijo de Abiel, etc. En el hecho de que Saúl fue elegido rey por el pueblo pertinaz en lugar de Samuel, que persiguió a David, que cometió otros crímenes, que fue rechazado y muerto, y que aceptó a David como sucesor del reino: significa la maldad de los judíos, que despreciando y persiguiendo a los profetas y al Señor, prefirieron reinar por sí mismos; por lo tanto, dejaron el reino de Dios, del cual fueron expulsados, a la nación que produce sus frutos. En el hecho de que fue ungido con aceite santo, que salvó a Israel del enemigo, anuncia figurativamente al Señor Jesucristo. Y por eso la presente lectura, que contiene la historia de la unción de Saúl, sin ninguna nota de reprensión: designa la descendencia del Señor Salvador por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, del cielo, la recepción del bautismo de Juan, y los otros misterios temporales de la dispensación. Y en primer lugar, el sentido que es del Señor, ayuda, porque Saúl nació de Benjamín, que se dice elegido y bueno; ya sea porque Benjamín se interpreta como hijo de la diestra, o porque es la tribu más pequeña en Israel; siempre en los humildes de espíritu, cuyo es el reino de los cielos, la gracia de Cristo suele generarse.

Y tenía un hijo llamado Saúl, etc. Porque el que es de la tierra, es de la tierra, y habla de la tierra: el que viene del cielo, es sobre todos; quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (Juan III; I Pedro II). Pero también el nombre de Saúl, que se dice deseado, o petición, se adapta muy bien a Cristo; quien siempre es invocado con gran deseo de los santos, y se le ruega que esté presente. Y también el nombre de Cis, su padre, es decir, duro, alude a los misterios; ya sea que designe a Dios Padre, o a David, o a Abraham, o a cualquier otro de los padres, de los cuales Cristo según la carne. Porque también es dura esa naturaleza, que no solo no puede ser vencida o cambiada, sino que no puede ser comprendida por ninguna naturaleza creada. Es dura por la severidad del juicio para los reprobos, que por la gracia de la misericordia es suave para los buenos. Aquí se dice de estos: ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los que son rectos de corazón! (Salmo XXII). Pero de aquellos: Tu palabra omnipotente desde el cielo, desde los tronos reales. Un duro conquistador saltó al medio de la tierra de exterminio; y duros en las tentaciones son los corazones fieles de los buenos (Sabiduría XVIII), a quienes bajo la figura de Ezequiel se dice: He aquí que he hecho tu rostro más fuerte que los rostros de ellos, y tu frente más dura que las frentes de ellos, como el diamante y el pedernal la he hecho (Ezequiel III).

Pero habían perdido las asnas de Cis, padre de Saúl, etc. También habían perdido las almas pertenecientes a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo; porque aunque vivieran justamente, antes de que el Hijo de Dios descendiera a la tierra, no podían recibir la primera vestidura. Y Dios Padre dijo a su único Hijo: Une a tu compañía las almas de los santos, que te adhieran obedientemente, deseos ilustres, y siguiéndote por su propia virtud, emprende la obra de la salvación humana. Si en el padre de Saúl se quiere aceptar el conjunto de los padres antiguos, es evidente que este llevó el cuidado de las almas fieles, y rogó diligentemente a Cristo que se

dignara venir en carne para su salvación, diciendo: Señor Dios de los ejércitos, conviértenos, y muéstranos tu rostro, y seremos salvos (Salmo LXXII), y otras cosas semejantes.

CAPÍTULO II. Buscando las asnas de su padre, Saúl llega a Samuel, quien lo recibe con agrado, le enseña que las asnas han sido encontradas; y por la mañana, ungiéndolo con aceite santo como rey, le muestra lo que le sucederá.

Buscando las asnas Saúl por cinco lugares, no las encuentra, etc. Que parecen haber tomado su nombre de los progenitores de Saúl y del bienaventurado Samuel. Y el Señor Cristo, deseando que las almas perdidas en el primer hombre mortal sean devueltas al camino de la vida, no completó lo comenzado a través de las cinco edades de este mundo; porque hasta el tiempo de su encarnación, no devolvió a nadie, aunque viviera perfectamente, a los gozos del reino celestial.

Cuando llegaron a la tierra de Suf, Saúl dijo a su siervo, etc. Desde el quinto lugar de la búsqueda fallida, Saúl parece querer regresar. Y el Señor, por la enormidad de la transgresión humana, parecía querer retirarse de la salvación de los impíos, cuando en la quinta edad del mundo, retirados los oráculos de los profetas, retirada la frecuencia de la conversación angélica, solo crecían las acciones criminales de los hombres perversos. Y en verdad, antes de la venida del Señor, el mundo estaba tan oprimido por tantos y tan grandes crímenes, que se pensaba que el Creador del género humano estaba más preocupado por proteger a los justos que por adquirir la salvación de los impíos. Pero Él, providente de las adversidades de sus elegidos, quería probar su paciencia invencible, y diferir sus deseos constantes para agudizarlos más y más; de donde sigue:

Quien le dijo: He aquí que hay un hombre de Dios en esta ciudad, etc. Esta es la paciencia y la fe de los santos, este amor continuo, esta espera prolongada que ve y saluda desde lejos el gozo de la encarnación del Señor y la reparación humana; esta, digo, es la frecuente súplica en las Escrituras de la gracia salvadora: Despierta tu poder, y ven, para que nos salves. Levántate, ¿por qué duermes, Señor? levántate, y no nos rechaces hasta el fin; ¿por qué apartas tu rostro? (Salmo LXXIX, XLIII) y otras cosas semejantes. He aquí, dicen, está en la ciudad de la conversación mundana, noble por la gracia celestial, y sin duda el coro de profetas más veraz. Ahora, pues, vayamos allí, y desde la contemplación de la gloria de tu divinidad, que solo se revela a los corazones puros, vengamos a ver también los misterios de la humanidad prometida hace tiempo y ya largamente deseada. Bienaventurados los ojos que vieron, y los oídos que merecieron escuchar esto (Mateo XII). Tal vez, resonando allí sobre ti, y atestiguando el camino de nuestra devoción, con la ayuda de las proclamaciones de los profetas, el mundo comenzará a creer, y nosotros, al devolver a la vida a los que perecieron, descansaremos de tan largo trabajo. La palabra de duda se pone para mostrar la gravedad del error humano, y la dificultad de curarlo, según lo dicho por el Salvador: ¿Crees que encontrará fe en la tierra? y: Si creyerais a Moisés, creeríais tal vez también a mí (Lucas XVIII). Algo similar dice aquella sabia amante en el cántico de su amor a Cristo: ¿Quién me dará que te encuentre, hermano mío, amamantando los pechos de mi madre, para que te encuentre afuera y te bese? (Cantar de los Cantares VIII). Como si dijera abiertamente: A quien creo invisible dentro como Dios, confieso y adoro, también deseo verlo y hablarle afuera, conforme a mi sustancia.

Dijo Saúl a su siervo: He aquí que iremos, etc. Saúl y su siervo erraban, al pensar que el hombre de Dios buscaba dones de profecía, y por eso se turbaron en vano, porque ni siquiera una pequeña ofrenda, que podría habersele dado, llevaban consigo como viático, que, aunque falte el pan que contiene, suele darse como regalo al saludar, si no es que el hombre santo

solía decir a todos espontáneamente. Pero el orden del sentido alegórico no yerra, porque el Señor solicita a sus siervos elegidos con frecuente compunción, para que no vengan vacíos de mente o acción a escuchar la palabra de Dios y buscar su camino, que es Cristo (nadie viene al Padre sino por Él), sino que busquen diligentemente qué obediencia congruente, qué otras virtudes deben mostrar a su maestro, a quien con razón deben confiar la palabra. Pero también en el Antiguo Testamento, cualquiera que deseara que Cristo viniera al mundo para cumplir las profecías de los profetas, que Saúl entrara en la ciudad de Samuel, y que hiciera lo que él enseñara, pronto eran instruidos por el mismo Cristo con secreta inspiración para dedicarse a las buenas obras, para que fueran dignos de ver y oír lo que muchos justos y reyes antes deseaban y no oyeron ni vieron. He aquí, dicen, iremos; ¿qué llevaremos al hombre? el pan ha faltado en nuestras alforjas, y no tenemos ofrenda. He aquí que se acerca el tiempo de cumplir la profecía en Cristo, ¿qué obra buena tenemos, con la que podamos recomendarnos a los predicadores de aquel tiempo, y merezcamos aprender de Él lo que necesitamos? La observancia de la ley, corrompida por las tradiciones de los fariseos, o más bien consumida por su propia antigüedad, y como por largo uso, ha faltado en nuestros actos; y la conversación de la nueva gracia, que espera el reino de los cielos, antes de que venga aquel a quien está reservado y enseñe, no la hemos podido tener. Porque las palmas que solían darse como premio a los vencedores, tejidas, significan acciones dignas de la recompensa celestial; los recipientes tejidos con hojas de palmas, los corazones dilatados por la esperanza de los gozos eternos.

He aquí que se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un estatero de plata, etc. Entiende el estatero de plata como la perfección de la salvación humana, que progresa para alabar a Dios; que alcanza la suma de su solidez con el incremento de cuatro partes; porque en el Antiguo Testamento, erigida en la futura fe de la encarnación del Señor, en el nuevo, imbuida de los sacramentos de la encarnación recibida, en la absolución de la carne sublimada por la percepción del reino eterno, y en el día del juicio también glorificada por la resurrección de la carne. Dice, pues, el siervo a Saúl: He aquí que se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un estatero de plata; demos al hombre de Dios, para que nos indique nuestro camino. Dice el antiguo pueblo fiel a Cristo, suspirando por la dulzura de la nueva gracia: He aquí que se ha encontrado en mí la esperanza y la fe del Cristo venidero en carne. Confesemos esto a los ministros del Verbo encarnado, para que nos instruyan más plenamente sobre nuestro camino, que es Cristo. Y no en vano el siervo con el mismo Saúl, que significa a Cristo, promete hacer esto. Él es quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad (Filipenses II).

Antiguamente en Israel así hablaba cada uno... Venid, vayamos al vidente, etc. El mismo escrutador y narrador de secretos, y profeta se dice con razón, porque profiere, es decir, habla de antemano lo futuro. Y con razón se le llama Vidente, porque con los ojos del corazón purificados, escudriña los arcanos que los menos perfectos no pueden. Por eso sus escritos no menos se llaman visiones que profecías. Visión, dice, de Isaías hijo de Amós. Libro de la visión de Nahum el Elcosita. La palabra que vio Isaías hijo de Amós (Isaías I; Nahum I; Isaías II). Por lo cual deben ser reprendidos aquellos que, como los catafrigas, suponen que los profetas de Dios hablaron en éxtasis, de modo que, pronunciando tantas palabras de sabiduría, no supieran lo que decían. Y según la verdad de la sentencia apostólica, se debe creer católicamente que el espíritu de los profetas estaba sujeto a los profetas, para que supieran hablar o callar con razón. De hecho, el salmista, quien haya buscado diligentemente los mandamientos de Dios, se gloria de haber entendido más que los ancianos (Salmo CXVIII). Y en otro lugar: Cantaré, dice, y entenderé en el camino inmaculado, cuando vengas a mí (Salmo C). No canta, pues, como arrebatado sin saber, quien entiende lo que

canta, cuando el espíritu de sabiduría viene a él; pero también a menudo los profetas, sobre algunas cosas que les fueron divinamente mostradas, que por su grandeza como hombres no podían captar, preguntaban a los ángeles presentes como usando razón, y sedientos de sabiduría. Pero se pregunta cómo Samuel, que no habla de tiempos lejanos, sino de los presentes, es decir, de los tiempos de su era, dice: Porque el que hoy se llama profeta, antiguamente se llamaba vidente. Y quieren que estos y otros versículos semejantes hayan sido intercalados por el sacerdote y escriba Esdras, cuando restauró la Sagrada Escritura, como de tiempos pasados. Pues incluso mucho después de la muerte de Samuel, hasta los tiempos de Esdras, el nombre de videntes, al igual que el de profetas, se muestra que fue dado en las Escrituras.

Y fueron a la ciudad donde estaba el hombre de Dios. Y vino el Señor por la encarnación al mundo, donde estaba entonces el mayor de los profetas, Juan el Bautista; vinieron con Él también los santos de aquel tiempo, no naciendo de nuevo en el mundo, donde ya habían vivido y donde deseaban que Él viniera; sino volviendo su mente a amarlo también en la carne, a quien siempre amaban espiritualmente en la divinidad secreta.

Y cuando subían la colina de la ciudad, encontraron a unas jóvenes, etc. Cuando el Señor, con sus ministros que lo seguían, y los primeros creyentes, comenzaba los sublimes preceptos de la nueva vida, aparecieron almas humildes y castas, salidas de sus escondites de pecados confesando, y enseñadas por el mismo Juan a sacar aguas con gozo de los manantiales del Salvador, a quienes Él, si ve, pregunta, porque escudriñando las conciencias de cada uno de los que vienen a Él, investiga si han entendido al profeta Juan de verdad, si han recibido sus palabras con amor.

Quienes respondiendo les dijeron: Aquí está, he aquí delante de ti, etc. Respondiendo las almas simples a Cristo, a quien se le revela lo que cada uno piensa: Aquí, dicen, Juan, enseñado a ver las cosas celestiales, se ha hecho precursor para ti, y tú apresúrate a seguirlo, te rogamos, para salvarnos; porque tú eres nuestro ayudador y libertador, Señor, no tardes (Salmo XXXIX). Porque él también hoy, es decir, predicador de la misma gracia y fe luminosa que tú, ha venido al mundo. Porque es tiempo de que todo el pueblo de los elegidos consagre espiritualmente sacrificio a Dios en la cumbre de la nueva conversación; ya que tú, que aún no reconocido estás en medio de nosotros, después de que te haya manifestado al mundo, inmediatamente lo encontrarás preparado para los servicios de tu venida. Porque ni siquiera él, hombre de tanta gracia, antes de merecer verte, puede ascender a las cumbres de las virtudes, ni ser alimentado con los perfectos manjares del gozo espiritual.

Porque el pueblo no comerá hasta que él venga, etc. Porque el pueblo ignorante, dicen, no puede saborear la dulzura de la vida celestial, de la que ya ha estado exiliado durante mucho tiempo, esperando, hasta que venga aquel que testifique que el reino de los cielos se ha acercado a los que hacen penitencia. Porque él primero lava bautizando a aquellos que desean ser hostia viva de Dios, castigados por sus errores pasados, y luego les persuade a alegrarse con la esperanza de la herencia eterna.

Y mientras caminaban por el medio de la ciudad, apareció Samuel, etc. Y comenzó a crecer la fama de Cristo y de sus fieles, poco a poco, con Juan predicando. Y cuando todo el pueblo fue bautizado, y Él mismo vino a Juan para ser bautizado por él, le salió al encuentro el mismo Juan con servicios devotos, para que después de las proclamaciones del que había de venir, también bautizara al presente, y mostrara al pueblo al Cordero de Dios; y así, con méritos progresando y perfeccionado por la sangre del martirio, ascendiera a la cumbre de las virtudes, en la que entre los nacidos de mujer no hubiera profeta mayor.

Pero el Señor había revelado al oído de Samuel, etc. Y Dios Padre había revelado a Juan los secretos de su misterio, mientras aún permanecía el estado de la ley mosaica, diciendo: Porque después de que hayas manifestado al mundo el día de la nueva gracia, comparado en todo con los espacios de tiempo de las figuras legales, enviaré a ti un hombre de la tierra del hijo de la diestra, es decir, que lleve carne no concebida por semilla viril, sino sagrada por la obra singularmente divina, quien según su nombre salvará al pueblo que creará en mí, deseoso de ver a Dios, del poder de las tinieblas; a este bautizando, y viendo ungido por el Espíritu Santo, comenzarás a proclamar como guía de mi pueblo.

Y cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le dijo, etc. Cuando Juan vio a Jesús viniendo hacia él, advertido por el Espíritu Santo, entendió que Él era el Cordero de Dios, Él que quita los pecados del mundo, Él de quien habla el profeta Miqueas: Y tú, Belén Efrata, pequeña entre los millares de Judá, de ti me saldrá el que será gobernante en Israel (Miqueas I).

Saúl se acercó a Samuel en medio de la puerta, etc. El Señor vino a Juan en el límite de la ley que debía cumplirse y de la gracia que comenzaba. Porque la ley y los profetas fueron hasta Juan; desde entonces se predica el reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él (Mateo XI). Y le pregunta en qué humildad y perfección de las demás virtudes está puesta su conciencia, quien mereció ver tanta contemplación divina por encima de los demás mortales de entonces. La casa de cada uno es su propia conciencia, en la que siempre habitan a través de los pensamientos. Sin embargo, no le pregunta con palabras, sino otorgándole sus dones. Y él, respondiendo, revela dónde está su casa; porque en todas las virtudes que practicaba, mostró que estaba asentado en la mansión de la humildad, diciendo: "Es necesario que él crezca y que yo disminuya" (Juan III). Y otras cosas semejantes, a las que las respuestas de Samuel se adaptan perfectamente.

Y Samuel respondió a Saúl, diciendo: Yo soy el vidente, etc. Juan respondió, con el Señor otorgándole dones celestiales, diciendo: Yo soy el amigo del Esposo; yo soy tu precursor; yo debo ser bautizado por ti, que viniendo antes que yo, has sido hecho antes que yo. Y ciertamente ahora recibirás de mí el bautismo con el pueblo de los creyentes, ambos escucharemos juntos las delicias de la palabra, y nosotros mismos seremos alimentados por la fe de los oyentes. Pero cuando el esplendor de tu gracia brille para todos, terminado el oficio de mi precursión, te dejaré predicar, y unido al coro de los profetas que me precedieron, me encargaré de indicar a las multitudes de fieles, que son tus miembros, todos los misterios de tu dispensación temporal.

Y de los asnos que perdiste hace tres días, no te preocupes, etc. Y de las almas que en el tercer tiempo del siglo, es decir, en el inicio del mundo naciente, comenzaron a perecer, alégrate, porque al predicar yo, ya han aprendido a arrepentirse y, habiendo hecho penitencia, a esperar el reino de los cielos. Entiende tres tiempos: antes de la ley, bajo la ley, bajo la gracia.

¿Y de quién serán las mejores cosas de Israel? etc. ¿Y quién será el dador y autor de la gracia que predico, sino tú? de quien confiesan rectamente que todo lo que tiene el Padre le pertenece. Las mejores cosas de Israel son los dones de los gozos celestiales, que ministra a la casa de su Padre que está en los cielos.

¿No soy yo hijo de Jemini, de la más pequeña tribu de Israel? etc. Y el Señor, contento con la descendencia de los soberbios, eligió padres pobres y humildes de espíritu, de los cuales

nacería; y él mismo habla de sí: "Yo no busco mi gloria" (Juan VIII). Y es apropiado que Saúl sea llamado hijo de Jemini, es decir, de mi diestra, porque Cristo mismo, por el poder de su divinidad, creó para sí la sustancia del hombre, que nacería de una virgen; según se lee en otro lugar: "La sabiduría se edificó una casa" (Proverbios IX). Es apropiado que sea de la última familia entre todas las familias de la tribu de Benjamín, es decir, hijo de la diestra. El Hijo de la diestra es Cristo Dios, a cuya tribu pertenecen todos los elegidos; pero cuanto más humilde es alguien entre los santos, tanto más cercano está a él como si fuera de su misma familia; porque el mismo hombre Cristo, aunque más excelso en majestad, es superior a todos los santos en la virtud de la humildad.

Tomando entonces Samuel a Saúl y a su criado, los introdujo en el comedor, etc. Triclinium en griego significa comedor. Triclinio se llama al lugar de la cena, llamado así por los tres lechos de los comensales. En griego, klinin significa lecho o lugar de descanso. En efecto, entre los antiguos, en el lugar donde se exponía el banquete, había tres lechos dispuestos, en los cuales se reclinaban para comer. Así, Juan convocando a muchos a las delicias de las virtudes mediante la predicación, prefirió a todos ellos a Cristo y sus apóstoles, aunque vinieran después; y con razón, porque no fue sino por su bautismo, que comenzaba a darse por el ministerio de ellos, que se pudo abrir el salón del reino celestial. Eran aquellos a quienes instruía, quienes completarían el Decálogo de la ley mediante el conocimiento de la Santísima Trinidad con mente fuerte e infatigable.

Y Samuel dijo al cocinero: Da la porción que te di, etc. Juan dijo a su propia lengua, que solía proporcionar a los oyentes el alimento de la vida: Predica la virtud de la potencia singular, que te ordené que dijeras que no se había dado a ningún hombre puro. Y ella, obedeciendo de inmediato al corazón profético, pronunció palabras adecuadas solo a la virtud y majestad divina. Y afirmaba que estas convenían al Mediador de los hombres, al nombre de Jesucristo, diciendo: "El que tiene a la esposa es el esposo; y el que viene de arriba, está por encima de todos" (Juan III). Y de nuevo: "Porque Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en su mano" (Ibid.).

Y Samuel dijo: He aquí lo que ha quedado, lo pongo ante ti, etc. Juan dijo a Cristo, anunciando las maravillas de su divina virtud: A todos aquellos a quienes pude convocar a la fe y al arrepentimiento, les persuadí a dedicarse a la virtud. Pero porque nosotros, concebidos en iniquidad y nacidos en delitos, aunque nos esforzamos mucho, no podemos, por completo, carecer de pecado y alcanzar la cima de la virtud; tú, que eres el Verbo hecho carne (Juan I), come de los manjares de la perfecta victoria y enseñanza, que nuestra fragilidad no puede comprender. De estos manjares, ciertamente, el mismo Salvador decía: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, para que complete su obra" (Juan IV). Entonces, Juan decía palabras de este tipo al Señor, y al recordar su grandeza y la fragilidad de la condición humana, decía: "El que es de la tierra, de la tierra es, y de la tierra habla; pero el que viene del cielo, está por encima de todos" (Juan III).

Y Saúl comió con Samuel aquel día, etc. Y el Señor predicaba con Juan en la ciudad resplandeciente de gracia, hasta que Juan fue enviado a la cárcel, diciendo de los pueblos que creerían en él: "Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis" (Juan IV). Y no solo ascendiendo a las altas virtudes de los perfectos, sino condescendiendo a los más humildes, les dieron mandamientos comunes de vida, diciendo a estos: "Vended lo que poseéis y dad limosna" (Lucas XII); y a aquellos: "No matarás, no cometerás adulterio" (Mateo XIX).

Y habló con Saúl en el solario, etc. Juan habló con el Señor en la luz de su divinidad conocida. El solario, que toma su nombre de que por su altura recibe primero el rayo del sol naciente, significa los corazones de aquellos que, suspendidos de los deseos terrenales por el temor divino, reciben más familiarmente al Sol de justicia. Pues cuando ambos, el Señor y Juan, habían comenzado el inicio de la dispensación para la cual fueron enviados, y la gracia de la nueva luz comenzaba a brillar en el mundo, Juan confesó que Jesús Cristo era el Hijo de Dios, y que él había sido enviado antes que él, deseando con toda la intención de su mente que él se levantara para obrar lo divino en la carne, y que él descansara en el tiempo adecuado del oficio de precursor.

Y Saúl se levantó, y ambos salieron, etc. Y Jesús manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Ambos salieron, él y Juan, de la oculta contemplación de la voluntad divina, para mostrar fuera las maravillas de las obras.

Y cuando descendían a la parte extrema de la ciudad, Samuel dijo a Saúl, etc. Cuando el Señor, asumiendo por nosotros la humildad y la pobreza, se mostró despreciado y el último de los hombres, y entre los ciudadanos del mundo el más bajo, enseñó también a sus seguidores a ser pobres de espíritu, no obstante, no sucumbió de inmediato a la muerte a manos de los impíos que a menudo conspiraban contra él; sino que, según las profecías de los profetas, de los cuales Juan es parte, ordenó que sus siervos obedientes lo precedieran, y que pasaran de los vicios a las virtudes, de la muerte a la vida. Él mismo, sin embargo, permaneció un poco en el mundo después de que ellos partieron, hasta que cumplió la palabra del Padre anunciada por los profetas sobre él.

(I Samuel X.) Samuel tomó un frasco de aceite, etc. Juan tomó la gracia del Espíritu Santo para predicar, y testificó que toda su plenitud descansaba en Cristo, diciendo: "Vi al Espíritu descender como paloma del cielo, y permaneció sobre él" (Mateo III; Marcos I). Y bien derramó, porque "tu nombre es como aceite derramado" (Cantar de los Cantares I).

Y lo besó, etc. Y las figuras proféticas se unieron a la verdad evangélica y a los decretos de la ley de la gracia en la unión de la paz largamente deseada, y dijo: "He aquí que Dios, tu Dios, te ha ungido con el óleo de alegría por encima de tus compañeros, para que pidas de él, y te dé las naciones como herencia tuya, y los confines de la tierra como posesión tuya" (Salmo XLIV).

Cuando te apartes de mí hoy, encontrarás a dos hombres, etc. Cuando Jesús, lleno del Espíritu Santo, se apartó de Juan en el Jordán, encontró a pueblos perdidos por la perfidia durante mucho tiempo, pero ya entonces confirmados en la fe y la obra. Los encontró, por supuesto, llamándolos de nuevo al camino de la salvación; y esto mientras cesaba paulatinamente y como muriendo y siendo sepultada la observancia carnal de la Sinagoga, de la cual él mismo se dignó tomar carne. Raquel fue la madre de Benjamín, de la tribu de la cual Saúl descendía. Encontró, pues, a quienes salvaría el Señor; y como en el mediodía de la nueva dilección, en el fervor y la luz del conocimiento resplandeciente de lo celestial, en los confines de la gracia y la verdad, que en comparación con la ley dada por Moisés es como la diestra a la siniestra. Por lo cual, Benjamín se interpreta correctamente como hijo de la diestra. Estos pueblos creyentes encontrados confesaron misericordiosamente a Cristo, dando gracias por sus beneficios, porque sus almas, que antes erraban como animales brutos, ya han sido redimidas por la gracia celestial, por aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas XIX). Confesaron también los misterios de la fe que aprendieron, que el Padre omnipotente, por la necesidad de los insensatos y la pereza, había estado preocupado por su Hijo, y por los que creían en él, no fuera que turbados por su pasión, se apartaran de la fe, hasta que,

completada la dispensación de su pasión y celebrada la gloria de su resurrección, ordenara buscar y salvar más oportunamente las almas inmundas de los judíos o gentiles, que había dejado por un tiempo; para que las que ya habían sido encontradas en parte, fueran perfectamente reunidas por su Señor en el pesebre.

Y cuando te apartes de allí, y pases más allá, etc. A medida que avanzaba el curso de su doctrina, el Salvador llegó hasta insinuar a sus discípulos el misterio de su pasión, que devolvería al mundo los dones de la luz excelsa. Thabor, que es un monte altísimo, y se interpreta como luz venidera; tanto por su nombre como por su situación, se asemeja a los misterios de la cruz vivificante, cuyos sacramentos el Señor, al revelarlos, buscaron suplicantes, y encontraron a los fuertes confesores de la Santa Trinidad ascendiendo con piadosos progresos a Dios en la Iglesia, que es Bethel, es decir, casa de Dios; quienes, según la gracia dada, algunos llevaban los remedios más ricos de la penitencia para ofrecer por pensamiento, palabra y obra; otros, los alimentos de la Sagrada Escritura que fortalecen el corazón del hombre, que consta de tres razones, revelados por el don divino; otros, las más fervientes copas de amor compungido en vasos de barro de sus corazones dedicados a Dios. Quienes, al reconocer a Cristo Salvador en sus respectivos grados, y desear que su encarnación llegara para la salvación del mundo, le dieron la interpretación gemela de las Escrituras; para que después de la primera lectura histórica, que se completó antes de su encarnación por la ley, él también abriera el sentido alegórico y anagógico, que se adecuara a la verdad de la gracia presente o a la bienaventuranza de la vida futura, mediante el acto de la dispensación asumida. Estos panes, sin duda, los tomó de la mano de los oferentes, cuando abrió a los discípulos la operación digna por méritos, para que entendieran las Escrituras. A lo cual, si no me equivoco, la interpretación de los tres panes se ajusta bellamente; porque también en el Evangelio, el peticionario insistente, en la necesidad de la indignidad, busca tres panes igualmente de un amigo fiel, y los recibe (Lucas XI). Y en Levítico, se ordena que los panes que se han de ofrecer en sacrificio se preparen de tres maneras de cocción, en el horno, en la sartén y en la parrilla (Levítico II). Nos alimentamos de los panes asados en la parrilla, cuando percibimos para la salvación del alma aquellas cosas que están dichas o hechas abiertamente y sin ninguna cobertura según la letra. En la sartén, cuando examinamos y reconsideramos a menudo la superficie de la letra, qué en ella se adecua alegóricamente a los misterios de Cristo, al estado de la Iglesia católica, o a la corrección de las costumbres individuales. Por último, buscamos el pan de la palabra en el horno, cuando también abarcamos en la Escritura anagógica, es decir, que eleva la intención de la mente hacia arriba, aquellas cosas que aún no podemos ver, pero que esperamos vivir en el futuro.

Después de esto, vendrás al collado del Señor, donde está la guarnición de los filisteos, etc. Entiende por el collado del Señor a Gabatha, la ciudad que se interpreta como collado. Viniendo, pues, el Señor hasta la altura de su divina majestad para exponerla a los mortales, que los espíritus inmundos usurpaban procazmente como consorte y ayudante, recibió al grupo de profetas como compañero y testigo de su predicación; según él mismo enseñó, leyendo uno de ellos, Isaías (Lucas IV); quienes, en efecto, los profetas, con vida y palabra, como con el instrumento que tocaban y el canto que decían, solían descender de lo oculto de la suma gloria a las cosas comunes de la humanidad, operando y hablando a la vez. Y es apropiado que el grupo de profetas descendiendo del alto y profetizando, no tuviera detrás de sí a los músicos, sino delante de sí. Porque verdaderamente se demuestra que el doctor ha estado en lo alto de la contemplación divina, quien al condescender a hablar con los humildes e infirmos, muestra con la mano, operando, todo lo que va a decir predicando, como está escrito del Señor: "Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar" (Hechos I). Por lo tanto, al encontrarse con los profetas, Saúl, al recibir el Espíritu del Señor, profetizó con ellos, y fue

transformado de inmediato en otro hombre. Y nuestro Señor, después de que se revelaron las profecías sobre él, asumió claramente el ministerio del espíritu de gracia de profetizar, es decir, de predicar las alegrías futuras; y no tardó en ser transformado de profeta a Cristo, no comenzando a ser lo que no era, sino apareciendo lo que era.

Y descendiendo antes que yo a Gilgal, etc. Descendió el Señor antes que Juan a Gilgal, es decir, al lugar de los remolinos, aquellos de los que en el Salmo habla al Padre: "Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma. Me he hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia" (Salmo LXVIII). No porque el Señor haya sufrido la muerte antes que Juan, sino porque antes de que mataran a Juan, los judíos perseguían a Jesús, y "buscaban matarlo; porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan V). Y Juan descendió a él, porque, siguiendo su ejemplo de humildad y paciencia, aceptó tanto la prisión como la muerte. El Señor se ofreció a sí mismo como sacrificio al Padre, y pacificó por su sangre las cosas que están en los cielos y las que están en la tierra en él. Pero esperará hasta el tiempo del ejemplo de su precursor. Cuyo conjunto, según la costumbre de las Escrituras, se señala con el número de siete días, hasta que, habiendo recibido la muerte a manos de los impíos, mostrara lo que el mismo Señor iba a sufrir.

Por lo tanto, cuando apartó su hombro, etc. Cuando el Señor se apartó de Juan, de inmediato, ejecutando el mandato de la disposición paterna, fue transformado en una nueva cogitación, para que quien hasta entonces había estado sujeto a sus padres y era considerado similar a los demás mortales, desde entonces, con los indicios de las virtudes resplandeciendo, también se revelara como Dios. Pero todas las cosas que Juan dijo de él, y que otros profetas predijeron, eran verdaderas.

Y viendo todos los que lo conocían ayer y anteayer, etc. Enseñando Jesús en su patria, muchos al oírlo se admiraban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le vienen a este todas estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le ha sido dada, y tales virtudes que se realizan por sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Jacobo, José, Judas y Simón? ¿No están también sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él. Y Jesús les decía: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa" (Mateo XIII).

Pero cesó de profetizar, etc. Pero Jesús cesó de ser considerado profeta, y comenzó a ser creído como Dios omnipotente, de quien Isaías decía a los pueblos que lo perseguían: "Dejad, pues, al hombre, cuyo aliento está en sus narices, porque él es tenido en alta estima" (Isaías II).

Dijo el tío de Saúl a él: Cuéntame, etc. El tío de Saúl que habla con él se entiende que es Ner, padre de Abner, quien era hijo de Abiel o de Saúl. Por lo tanto, a los parientes y hermanos del Señor que preguntaban qué testimonio había dado Juan sobre él, pero que aún no creían en él, como testifica el evangelista Juan; el mismo Señor, respondiendo, enseñó que la entrada al reino celestial ya había sido predicada a los penitentes por su precursor y prometida; pero se abstuvo de decir que él mismo había sido proclamado Dios y Señor por el mismo precursor, y que sería predicado como rey a todas las naciones ingratas y soberbias. Hasta ahora hemos recorrido brevemente la unción de Saúl con una exposición alegórica sobre el Señor. Pero también tropológicamente, es decir, según las reglas de la inteligencia moral, cada uno de nosotros guarda dentro de los límites de su pecho pensamientos simples y alimentados por la palabra de Dios para llevar las cargas de la necesidad fraterna, como si pastoreara asnos

preparados para la obra diaria, que, evidentemente, la devoción más saludable de los pensamientos, al ser robada por alguien, como suele suceder en el momento de la tentación, habiendo caído de su propia custodia, huye hacia lo exterior y secular, rompiendo las riendas de la continencia, es necesario con toda instancia recoger las mentes vagabundas y apresurarnos a llevarlas de nuevo al pesebre del alimento celestial. Y porque no somos suficientes para hacer algo por nosotros mismos, como si fuera de nosotros, tomados los dones de la obediencia y la humildad, ascendamos a escuchar la palabra de Dios, y levantados por sus consolaciones modestas, adquiramos lo que nuestra debilidad no pudo. Y vendrá ciertamente, con la gracia divina ayudando, que no solo recuperaremos la observancia interrumpida de la mente, sino que enriquecidos con el interés de un don más perfecto, también comenzaremos a esperar las alegrías del reino celestial; más aún, ungidos con el aceite de la gracia celestial como príncipes sobre esta herencia del Señor, gobernando a los pueblos devotos a Dios en caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, fe, modestia, continencia y los demás frutos espirituales; y también mereceremos recibir con nuestra manera las exhortaciones de la Sagrada Escritura, que consuelen nuestros corazones o los de nuestros prójimos, besando con la boca profética. CAPÍTULO III. Samuel convoca al pueblo en Masfat, busca al rey por sorteo y encuentra a Saúl; a quien finalmente, al regresar, una parte elegida sigue, mientras que el resto lo desprecia.

Y convocó Samuel al pueblo ante el Señor en Masfat, etc. En esta lectura, Saúl designa tanto la arrogancia de los soberbios como la humildad del Señor y de sus fieles. En efecto, en lo que, rechazando al Señor, quien sacó a Israel de Egipto, quien los libró de la mano de los egipcios, quien es el rey de todos los reyes, quien solo salvará de todos los males, se constituye rey, demuestra al pueblo contumaz, que prefiere reinar por sí mismo en lugar de Dios, ya sea de la Sinagoga o de la Iglesia. Pues hoy no son pocos los que, descuidando los mandamientos de Cristo, quien los llamó de las tinieblas del error a la fe, quien los libró del poder de las tinieblas al bautizarlos, quien los salvó siempre protegiéndolos y castigándolos en el curso de todos los males, prefieren servir a sus propias corrupciones impropias. El mismo Saúl indica al Señor Salvador, en que descendió de la tribu de Benjamín, es decir, del hijo de la derecha, porque la caridad y la fe de él solo se generan perfectamente en aquellos que pertenecen a la parte derecha del reino. Que de la parentela de Metri, es decir, del género de la lluvia, de aquella que dice: Oiga la tierra las palabras de mi boca. Espere mi palabra como la lluvia. De donde también el ardiente deseador de su reino decía: Mi alma como tierra sin agua para ti (Salmo CXLII). Y de él en otro lugar: Y descendió como lluvia sobre el vellón (Salmo LXXI). Que Saúl, es decir, petición o solicitado, se llama; porque ciertamente siempre debe ser deseado por él el reino celestial, y con toda intención debe buscarse la entrada. Que es hijo de Cis, es decir, duro, o porque Dios Padre no es hombre para que cambie, ni hijo de hombre para que se arrepienta; o porque el pueblo de sus fieles, en el cual siempre se genera el amor, fuerte entre las adversidades proclama: Por eso puse mi rostro como piedra durísima, y sé que no seré confundido (Isaías L). Que al ser ungido como rey fue escondido en casa; o porque cuando venían para tomarlo y constituirlo rey, huyó; o porque enseña que debe buscarse dentro de sí mismo, puede encontrarse dentro, está dentro lo que enseña, dentro muestra por donde conduce. Que fue más alto que todo el pueblo; ¿quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? Que tuvo su casa en Gabaath, es decir, en el monte, o sublime; pues es la ciudad puesta en un monte, de la cual está escrito: Y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo la fundó (Salmo LXXXVI). Que fue con él la parte del ejército, cuyos corazones tocó Dios. Que los hijos de Belial, es decir, del diablo, o de la pestilencia, que lo despreciaron, son llamados. Que él disimulaba oír a los que hablaban en contra; pues dijo: Y no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue (Juan VIII).

Habló Samuel al pueblo la ley del reino, etc. Habló Juan Bautista, hablaron los demás profetas al pueblo la ley del reino celestial, que se da por Cristo; y cada uno escribió en su libro, y lo depositaron entre las Sagradas Escrituras, en las cuales siempre se encuentra la voluntad divina. Ciertamente, según la letra, se debe decir que arriba, donde se promulga el derecho del rey, se predice su presunción soberbia para calmar la pertinacia del pueblo que lo pide. Aquí, sin embargo, por la ley del reino dicha, escrita y depositada ante el Señor por causa de la memoria, se declara cómo debe ser un buen gobernante, y de qué ánimo debe ser hacia los súbditos, según los mandatos del Deuteronomio.

Y Samuel despidió a todo el pueblo, etc. Despide también hoy el doctor al finalizar el sermón, despide también la página al finalizar la lectura a todos los oyentes, cada uno a su conciencia; para que lo que han oído, lo reconsideren meditando, y lo meditado lo lleven a cabo operando. Si a alguien le mueve, por qué he presumido interpretar por alegoría los actos de un rey reprobado sobre Cristo, que es el rey de reyes; sepa que esto es costumbre de los expositores, más aún, razón de las Escrituras, que de un hombre malo tomen una buena forma alegórica, o de un hombre bueno una mala, donde así lo requiera el orden. De lo contrario, nunca debería escribirse con tinta negra, sino siempre con oro brillante, o con cualquier otra especie decorosa; porque Dios es luz, y en él no hay tinieblas (I Juan I). No desordenadamente la negrura significa blancura. Finalmente, el bienaventurado papa Gregorio no dudó en transferir la unción de Saúl al reino de Cristo, y también su muerte, que ocurrió por el pecado, para significar alegóricamente la muerte inocente de Cristo. Lee su exposición en Job, donde dice: *Pereat dies in qua natus sum*. Asimismo, en el rey Jeconías, quien por su crimen debe ser condenado, trasladado de Judea a los caldeos, entiende al Señor trasladado de los judíos no creyentes a las naciones para ser salvadas. La sabiduría de Salomón, aunque después pecó gravemente, la Iglesia refiere todo lo dicho o hecho a las alabanzas de Cristo. No pocos tratadistas de la Iglesia, diciendo el Apóstol: La roca era Cristo; la vara con la que fue golpeada la roca, la cruz de Cristo, Moisés y Aarón, hombres santos que golpearon, entienden a los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, es decir, a los fariseos, como los que crucificaron al Señor. Y si esta roca, aunque sugiera saludables bebidas al pueblo, sin embargo, adherida con su mole natural al campo, significa los inefables dones de Cristo, o aquella piedra ungida con el santo crisma por el patriarca, anuncia al Hijo de Dios ungido con el aceite del Espíritu Santo; o ciertamente Ciro, aquel persa, aunque hombre racional, completamente ajeno a la fe y sacramentos de Cristo, por la congruencia de figurar a Cristo pudo ser consagrado rectamente por tipo o nombre: ¿por qué no un hombre de Cristo, a quien en su juventud se le dedicaron los misterios de Cristo con unción mística, hasta la muerte, con un nombre sacrosanto, pueda predecir figuradamente los futuros actos de Cristo en la carne? Y debe notarse atentamente, porque ni la misma Escritura aprueba todo lo que toma como ejemplo. Pues no se debe pensar que el sabio predicó el arte de los marsos, que no se duda que es demoníaco, cuando dice: ¿Quién curará al encantador mordido por la serpiente? El sentido de esta frase es, ¿quién corregirá al maestro engañado por el diablo? Si esto a alguien le parece nuevo, que el mismo Saúl se diga que significa al mismo tiempo tanto lo bueno como lo malo, vea al santo varón Isaac bendiciendo a su hijo, pero al mismo tiempo no reconociendo a su hijo, tener el tipo de los judíos, que al Salvador Cristo, a quien habían cantado durante mucho tiempo que vendría bendito en el nombre del Señor, ya presente en la carne no lo vieron con fe. Vea al mismo hijo bendecido por el ángel y al mismo tiempo hecho cojo, significar al pueblo judío, bendecido en los que creen en Cristo, pero cojo en los que persiguen a Cristo. Y por los buenos, por lo tanto, se figuran libremente cosas buenas, y por los malos, cosas malas, y por los malos, cosas buenas según los lugares y tiempos. Sin embargo, en la recepción de premios, los buenos no llevan consigo sino cosas buenas, y los malos solo las malas que hicieron. Como escritos con los mismos

colores, el etíope negro y el sajón blanco, de qué color es cada uno, pueden discernirse fácilmente y sin controversia; pero de otra manera en la pintura, donde si no se deforma el color de cada uno, como también el hábito, la tabla de un mentiroso impudente, que prometió una imagen, es acusada.

CAPÍTULO IV. Jabes Galaad, sitiada por los amonitas, es enviada a Gabaath de Saúl, y al llegar Saúl con su ejército al amanecer, es liberada.

(I Reg. XI.) Subió Naas el amonita y comenzó a luchar, etc. Esta lectura enseña típicamente que las guerras de los herejes contra la Iglesia serán ciertamente graves, pero siempre vencidas con la ayuda del Señor. Ungido, pues, Saúl como rey, inmediatamente subió Naas el amonita y comenzó a luchar contra Jabes Galaad. Difundida recientemente en el mundo la gracia de la fe, subió del abismo, es decir, de los corazones de los impíos el diablo, y llevando consigo las huestes de los herejes, comenzó a luchar contra la Iglesia de Cristo. Lo cual puede entenderse de todos los herejes en general y de aquellos que, floreciendo en los mismos tiempos de los apóstoles, enseñaron la circuncisión, puede tomarse especialmente. Naas, que se interpreta como serpiente, es el diablo. Amón, que se traduce como pueblo de tristeza, expresa la asamblea de los herejes, no solo por el nombre, que significa a la Iglesia lamentándose de su caída, sino también porque fue concebido de noche y de incesto. La herejía suele nacer en la ceguera de una miserable cogitación, no correctamente presumida por el maestro de la palabra, Jabes Galaad es una ciudad que no puede esconderse, puesta en un monte (Mateo V), es decir, la Iglesia sublimada en la fe de Cristo. Por lo tanto, Jabes, que se interpreta como seca o sequedad, significa la Iglesia, o cualquier alma fiel, castigada del flujo de los vicios, para que sus caminos no sean tinieblas y resbaladizo, y como el ciervo anhelante por las fuentes de agua, sedienta continuamente de ver a Dios, fuente viva. Galaad, que significa montón de testimonio o transmigración de testimonio, es el Señor; porque nos muestra un montón de piedras vivas no pequeño, firmemente establecido en la fe como testimonio de una vida recta; o que desea que nos traslademos del viejo al nuevo, del testimonio literal al espiritual, de lo terrenal a lo celestial.

Y dijeron todos los hombres de Jabes a Naas, etc. A menudo, algunos fieles hombres de la Iglesia, genuinamente aliados amando y sirviendo humildemente obedeciendo a los maestros, a quienes consideraban prudentes como serpientes por la frecuente meditación de las Escrituras; pero no ignoraban que eran guardianes de la paz eclesiástica, como palomas. Sin embargo, porque no hay nada oculto que no será revelado, inmediatamente se mostraban como fabricantes de errores y cultivadores de dogmas perversos, no teniendo los ojos iluminados de su corazón, ni pudiendo decirse de ellos: Tus ojos son como palomas (Cantar de los Cantares II); sino que, al contrario, deseaban quitar a todos sus oyentes los ojos derechos, es decir, los sentidos de la contemplación celestial y suprema, y desviarlos solo a mirar lo siniestro y perverso, haciéndolos impotentes en la batalla diaria que libramos contra las maldades espirituales en los lugares celestiales. Por esto Naas quería sacar los ojos derechos de los jabitas, para que, mientras cubrían con escudos la parte izquierda del rostro en la lucha, no pudieran ver qué debían hacer contra el enemigo, qué por su salvación. Por esto el antiguo enemigo intenta privar a los fieles de la luz celestial, para hacerlos completamente inútiles para la lucha espiritual.

Y dijeron a él los ancianos de Jabes, etc. Dijeron los más prudentes y cautos en la fe a los herejes, en quienes sabían que hablaba el dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, como también diverso en Pablo y en sus semejantes habló Cristo: No nos obliguen a creer en su nuevo dogma, hasta que, buscando la luz del Espíritu Santo, que fue dado a la Iglesia septiforme, recorramos leyendo los escritos de los Padres; y si no hay en ellos quien

defienda nuestra fe, saldremos a ustedes, y dejando la unidad católica, que está dentro, nos uniremos a ustedes, que hace tiempo salieron de ella y ahora la atacan desde fuera, y escucharemos que se nos lea en ella incluso contra nosotros: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II). Pero decían esto, no con la intención de dar su consentimiento a los herejes, sino seguros de la fe paterna, con la justa razón de su alegación, derrotarlos. Lo cual es similar a lo que dice el salmista: Si he devuelto mal a los que me retribuyen mal, caeré merecidamente vacío de mis enemigos (Salmo VII). Y lo que dice el Apóstol: Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, vana es también nuestra predicación. Nos encontramos también como falsos testigos de Dios, porque hemos testificado contra Dios, que resucitó a Cristo; a quien no resucitó, si los muertos no resucitan (I Corintios XV). Estas cosas se dijeron, no para negar la resurrección de Cristo, ni para enseñar que el profeta devolvió mal a los que le retribuían mal; sino para que por aquellas cosas que no podían ser convencidas de falsas, también aquellas de las que se dudaba, se demostraran ser verdaderas.

Llegaron, pues, los mensajeros a Gabaad de Saúl, etc. Llegaron por necesidad de la fe mensajeros a Jerusalén, o a alguna otra noble ciudad de la fe, en la cual no había duda de que el Señor reinaba; y narraban que la Iglesia estaba turbada por la herejía. Lo cual al oírlo todo el pueblo que creía rectamente, testificaba el dolor del íntimo pecho también con lágrimas y llanto; como ha sucedido a menudo, quien haya leído la historia eclesiástica, lo encontrará.

Y he aquí Saúl venía, siguiendo bueyes del campo, etc. Y he aquí el Señor ayudador en las oportunidades, en la tribulación venía, quien nació hombre en el mundo después de muchos doctores de la ley y de la filosofía, a quienes, sin embargo, del campo de la libertad exterior conducía a asumir los muros de la Iglesia enseñando cosas celestiales, y siempre diligente inquiría sobre las lágrimas de la Iglesia, para que como piadoso consolador las enjugara y consolara.

Y tomando ambos bueyes, los cortó en pedazos, etc. Y tomando el Señor a ambos sabios, tanto al que se gloriaba de la observancia carnal de la ley, como al que se gloriaba de la filosofía secular, destruyó con la simplicidad, verdad y humildad evangélica todo lo que sabían con soberbia; y lo envió a todos los confines de la Iglesia por las obras de los evangelistas, que bien anunciando reciben el nombre, firmadas con él cooperando: Quien no salga, diciendo, de su conversación paterna, que estaba en el mundo, y siguiendo con profesión y obra las advertencias del Evangelio y de la profecía, se haya ceñido para asumir la lucha espiritual, encontrará al final que todo lo que pensaba gobernar con el ejemplo de aquellos de quienes se dice: ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? será destruido (I Corintios I).

Invadió, pues, el temor del Señor al pueblo, etc. Al oír por el Evangelio el pueblo de los fieles, lo que los herejes y cismáticos, lo que los gentiles y judíos infieles han de padecer, corregido por un saludable temor, saliendo de las seducciones del hombre viejo, se recogió en la unidad de la Iglesia católica; y despreciando todos los escondrijos de los apócrifos, en la luz del resplandeciente Evangelio se presentó para ser contado por Cristo, y dar su nombre en el cielo. Por lo cual con razón Bezec se interpreta como relámpago, significando aquella luz celestial de la verdad y la gracia, de la cual el Señor, cuando enseñaba a evitar a los herejes, diciendo: Y os dirán, He aquí aquí, he aquí allí. No vayáis, ni los sigáis; añadió, y dijo: Porque como el relámpago que resplandece bajo el cielo, en lo que está bajo el cielo brilla, así será el Hijo del Hombre en su día (Lucas XVII). Y de lo cual el salmista dice: multiplicó, y los perturbó (Salmo XVII). No en vano Bezec también se dice que significa pobreza.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). Y los que dejando todo siguen al Señor, ¿por qué no se pensarán contados por su rey en Bezec?

Y fueron de los hijos de Israel trescientos mil, etc. Fueron en el pueblo de los gentiles, fueron quienes para la defensa de la fe estaban prontísimos a creer rectamente, esperar y obrar por amor. Pues el número ternario, por la confesión de la santa Trinidad, se refiere a la fe; el denario y el centenario, por la elección de la recompensa de la derecha, y el denario diario que se dará a los buenos viñadores, se refieren a la esperanza. Por otro lado, el milenario, por la sólida operación del denario, que por naturaleza mira a la operación de amor perfecto e inmutable, aunque rectamente puede entenderse en la misma Iglesia de Judá o de los gentiles, por los hombres de Judá que primero confiesan a Dios con fortaleza; por los hijos de Israel, la sublimidad de aquellos que han aprendido a contemplarlo más perfectamente, según lo que dice el Salmo: Conocido es Dios en Judá, en Israel grande es su nombre. Notable es que según la letra mucho antes de los tiempos de Roboam hijo de Salomón, la tribu de Judá fue contada por separado, y las demás que se llamaban Israel, aunque aún no estaban separadas por imperio o religión.

Y dijeron a los mensajeros que vinieron: Así diréis, etc. Dijeron en otro tiempo de viva voz a los presentes, y nos dicen hoy a nosotros, que consultamos sus escritos, los defensores de la Iglesia, y ordenan que se mande a los miembros de la misma Iglesia en peligro, que nunca salgan a escuchar a los herejes, seguros de su salvación, donde la verdad del sol evangélico ha brillado. Se dice también a todos los que sufren persecución por la justicia; porque la paciencia de los pobres no perecerá hasta el fin (Salmo IX). Pero cuando el día del juicio decline, se dará la salvación eterna. Vinieron, pues, los mensajeros, y anunciaron a los hombres de Jabes, etc. Quienes antes temían las astucias de los herejes y las espinas de sus argumentos, luego, ya confirmados por los consuelos de los más fuertes y doctos, prometen que no saldrán ya en la noche del engaño dialéctico, sino en la manifestación de la verdad y virtud más luminosa, no ya con ellos para ser condenados por la Iglesia, sino para llevar armas contra ellos con la Iglesia.

Y haréis con nosotros todo lo que os plazca. Alegres en esta noche, aunque con el conflicto inminente, dijeron, quienes sabían con certeza que al amanecer de la fe, pronto agradaría a los enemigos, no las adversidades de la verdad, sino buscarían solo consuelo en huir y repetir sus tinieblas.

Y sucedió que cuando llegó el día siguiente, etc. Sucedió que cuando apareció la gracia de Dios Salvador en ayuda de la Iglesia en peligro, la constituyó en tres partes de fieles, a saber, de casados, continentes y doctores; a quienes el profeta designa bajo los nombres de Noé, Daniel y Job, ordenando diligentemente que cada uno afile sus tropas para defender la paz de la Iglesia.

Y entró en medio del campamento en la vigilia matutina, etc. Al surgir entre las tinieblas de las herejías el Lucero de la sana doctrina, pronto se turban los campamentos de la perfidia. Pero al calentar las Escrituras el Sol de justicia, desaparecen completamente anatematizadas. Porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I).

Pero los demás se dispersaron, etc. La multitud de creyentes, aunque dispersa ampliamente, tiene un solo corazón y una sola alma. Los herejes, sin embargo, que parecen haber escapado por un tiempo al juicio de la Iglesia, y expulsados más lejos de ella, están también entre sí discordes. Según lo que dice Isaías, Haré que los egipcios se enfrenten a los egipcios (Isa.

XIX). Pues Sabellio contra Arrio, Eutiques contra Nestorio, Fotino contra el maniqueo, y los demás impíos mueven armas de iniquidad contra otros impíos.

Y dijo el pueblo a Saúl: ¿Quién es este que dijo? etc. A los samaritanos que no querían recibir al Señor, dijeron los hijos del trueno: Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los consuma? Y Jesús, volviéndose, los reprendió: No sabéis de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino a perder, sino a salvar (Luc. IX).

Pero Samuel dijo al pueblo que venía: Vamos a Guilgal, etc. Vencidos, condenados o corregidos los herejes, dice cada doctor perfecto a la Iglesia que le está sujeta: Venid con el rostro del corazón revelado, contemplemos la gloria del Señor. Pues Guilgal se dice revelación. Y cuanto más nos renovemos en el espíritu de nuestra mente en el conocimiento de aquel que nos creó, más vemos los peligros de aquellos vencidos; porque permaneciendo en la vejez, no quisieron revelar su camino al Señor y esperar en él, ni suplicar apoyados, y decir: Revela nuestros ojos, para que contemplemos las maravillas de tu ley (Salmo CXVIII).

Y todo el pueblo fue a Guilgal, etc. Al escuchar la exhortación de los maestros espirituales, creció el pueblo de los elegidos en la fe y el conocimiento de la verdad, y en la revelación del corazón, iluminándose al humillarse y despreciarse, buscaron en todo la gloria de Cristo, y exaltaron su nombre mutuamente, y por la paz de la Iglesia ofrecieron cuanto pudieron de devoción ante el Señor.

Y se alegró allí Saúl, etc. Se alegró Saúl en Guilgal, que se dice revelación. Jesús exultó en el Espíritu Santo, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos (Mat. XI; Luc. X), es decir, a los que confían en la sabiduría serpentina, como bajo el rey Naás luchando contra Israel; y las revelaste a los pequeños, es decir, a aquellos que tanto en el resplandor de la verdad, como en la pobreza de espíritu, como en la ciudad de Bezec, el temor del Señor reunió, fortaleció, ayudó. De nuevo, diciendo, os veré, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo (Juan XVI).

CAPÍTULO V. Samuel, constituido rey, se prueba inocente y justo, y para infundir terror al pueblo pertinaz, invoca lluvias del cielo en tiempo de siega.

(I Reg. XII.) Pero Samuel dijo a todo Israel: He aquí que he escuchado vuestra voz, etc. En esta lectura, Samuel describe propiamente el estado del reino israelita. Habiendo testificado al pueblo que, siendo él inocente y siempre unido al Salvador, pidieron mal un rey para sí, bajo la figura de ese mismo rey comprende los tiempos cambiantes de todo su reino. Porque lo que dice de uno:

Si teméis al Señor, y le servís, etc. Lo señaló para entenderse de todos; porque evidentemente, por los méritos de ellos, como el imperio de un primer rey, así también todo aquel reino que obtuvieron contra la voluntad de Dios, tendría tiempos posteriores peores que los primeros: y mientras temieron a Dios, serían ilustrados con buenos reyes; cuantas veces lo descuidaron, serían castigados con malos: y al final, agravándose la maldad, el mismo reino junto con la libertad y la patria cambiarían por cautiverio o muerte. También mostró un signo no pequeño de la transgresión y dureza de corazón del pueblo, y tanto más terrible cuanto inusitado en aquellas regiones, a saber, voces y lluvia en tiempo de siega de trigo, que en todo el tiempo de verano en la tierra de promisión, no suelen venir sino por gran milagro: para que de aquí en adelante todos los que, después de largo conocimiento del imperio de la voluntad divina, desean reinar por sí mismos y servir a sus propias pasiones, se señalen a sí mismos como actuando en un orden perverso: quienes evidentemente en el tiempo en que después de

haber recibido la irrigación de la palabra, ya debían llevar frutos maduros de buena obra, aún demuestran que necesitan la voz de corrección o exhortación celestial, para que se les enseñe cuáles son los elementos del principio de los discursos de Dios. Que si alguien busca exponer esta lectura alegóricamente, fácilmente se presenta, qué significa que Samuel, constituido rey sobre Israel, caminando ante él, ya entonces envejeció: pero desde su juventud ante ellos, testigos el Señor y su Cristo, proclamó haber vivido inocentemente: porque reinando ahora según las profecías en la Iglesia el Señor Jesucristo, los libros de la ley y los profetas dan testimonio de él: y esto afirman en todas partes, porque testificando el Padre y el Hijo, e incluso el Espíritu Santo, la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Ni se da lugar alguno al maniqueo y sus socios, para que reprendan los demás escritos del instrumento, de los cuales no puede pasar ni una tilde, ni al dador del mismo: ni nadie que sepa que ha sido redimido por la gracia de la nueva luz, duda que las figuras de los profetas han envejecido. ¿Qué es lo que ni buey de alguno, ni asno tomó? porque evidentemente la Escritura profética y legal a nadie le ha sustraído, sugiriendo por la izquierda, la triple forma de comportarse rectamente con el prójimo, ni la gravedad de corregir e instruir al prójimo. Pues el asno, que por su innata mansedumbre acostumbra llevar las necesidades de los hombres y a los mismos hombres, designa el amor acomodado a la utilidad fraterna. El buey, que no solo lleva las cargas de carne impuestas, sino que también al arar prepara los surcos para las semillas; evidentemente, aquellos que no solo soportan las debilidades de los hermanos, sino que también acostumbran a castigar y voltear los corazones perezosos de los mismos, y a cultivarlos para recibir la semilla de la palabra, los demuestra: en las cuales dos personas solamente, si no me equivoco, se suele comprender toda la multitud de obreros de la Iglesia. Por tanto, Samuel no tomó buey de nadie, ni asno; porque la antigua y santa Escritura no privó a los eruditos de la pericia de enseñar, ni a los más simples de la modestia de vivir piadosamente con los hermanos. Pero también está claro, qué significa lo que dice: Si teméis al Señor, seréis vosotros y el rey que os gobierna siguiendo al Señor: pero si no, la mano del Señor estará sobre vosotros. Y lo que añadió en la conclusión: Pero si perseveráis en la maldad, pereceréis vosotros y vuestro rey juntos. Porque quien haya guardado rectamente los sacramentos de la fe recibidos, seguirá las enseñanzas de su Dios y Señor, de quien el único verdadero rey de Israel dijo: Como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (Juan XV). Pero quien oyendo no escuche la voz del Señor, la mano divina de venganza está sobre él, hasta que haga penitencia, atenta. Pero quien permanezca impenitente hasta la muerte, tal ciertamente, porque pertenece al peor rey Anticristo, será condenado a perdición eterna con él. Pues no solo aquellos que al final del mundo se adhieran a ese Anticristo que se levanta contra Dios, deben ser considerados como sirviendo a su reino: sino que hoy también muchos iniciados en los misterios de la fe, cuando se sumergen en diversos crímenes, se prueban a sí mismos como militando impiamente en el reino de ese mismo: y se les dice también a ellos de la lectura profética: Si teméis al Señor, y le servís, y seréis vosotros y el rey que os gobierna, es decir, el Señor Jesucristo, siguiendo al Señor Dios Padre de ese mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo; pero si perseveráis en la maldad, y vosotros y vuestro rey Anticristo (entonces tendréis a él como rey) pereceréis juntos. Sin embargo, lo que entre otras cosas dice, y sabréis y veréis que habéis hecho un gran mal ante los ojos del Señor, pidiendo un rey sobre vosotros; no parece fácil de referir al rey Cristo, a quien todo el que humildemente pide que reine sobre él, no hace algún mal, sino un gran bien, tanto que quien no hace esto uno, no puede hacer ninguno; a menos que se diga, que, creciendo el pecado de los hombres, se hizo necesario que el Hijo de Dios viniera a sufrir en carne humana; quien si nunca el hombre hubiera pecado, nunca por esto habría luchado contra el enemigo en el hombre: y por eso tantas veces para instruir al género humano, enviados ángeles, patriarcas y profetas, en la plenitud de los tiempos, cuando preveía que los hombres pecarían más gravemente, reservó su propio advenimiento, para que donde abundó

el pecado, sobreabundara la gracia: y con razón se entienda, que hicieron un gran mal, quienes no quisieron escuchar a Moisés y a los profetas, sino que con la enormidad de sus crímenes obligaron al mismo Hijo de Dios a venir en carne. Ni parece que contradiga a este sentido la parábola evangélica de la viña, cuyos malos labradores, no queriendo dar los frutos a su tiempo, y golpeando, apedreando y ultrajando impiamente a los siervos de su Señor, hicieron que se les enviara al Hijo único. Pero esto que se refiere a que en el día de la siega del trigo se dieron voces y lluvias del cielo, también puede interpretarse en buen sentido; para que entendamos que la voz de la predicación evangélica resonó espiritualmente desde los cielos, en el tiempo en que los corazones que daban fruto a la ley debían ser agregados a los graneros de la Iglesia primitiva. También puede ser así, que los mismos apóstoles predicadores fueron segadores en aquellos que ya conocían la ley y la hicieron, para ser llamados a la gracia del Evangelio: regadores en aquellos que aún no conocían las palabras de la ley, y de estos se dijo: Levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque ya están blancos para la siega (Juan IV). De aquellos, Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (1 Cor. III): ciertamente debe entenderse con más diligencia, y debe ser llevado a la imitación de la virtud, que el bienaventurado Samuel, siendo despreciado por el pueblo, y expulsado del principado, no omite sin embargo llevar la palabra de exhortación diligente y la ayuda de la intercesión piadosa. Lejos de mí, dice, este pecado contra el Señor, que cese de orar por vosotros, y os enseñaré el camino bueno y recto. Oh, excelente ejemplo de amor fraterno, el profeta y sacerdote santísimo, aunque inocente, es expulsado del liderazgo, y considera pecado contra el Señor, si no se esfuerza en elevar a los mismos que lo expulsaron a las alegrías eternas, orando y amonestando a la vez.

CAPÍTULO VI. Saúl y Jonatán eligen soldados del pueblo para sí, y al ser atacada la guarnición de los filisteos por Jonatán, con mayores tropas los mismos aterrorizan a los hijos de Israel.

(I Reg. XIII). Saúl, hijo de un año, cuando comenzó a reinar, etc. En esta lectura, disponiendo el Señor de múltiples maneras, se revelan géneros de guerras espirituales contra la Iglesia y de defensas para la Iglesia. Pero primero miremos al principio de la lectura, que turba a muchos inexpertos, a la letra.

Saúl, hijo de un año, cuando comenzó a reinar, etc. Y el sentido es: después que Saúl fue elegido, y ungido con aceite santo por el bienaventurado Samuel como rey, durante todo el primer año permaneció humilde y semejante a un privado, ni se preocupó por vestirse con hábito regio, ni por tomar las demás insignias del reino: lo cual también se probó arriba en el tiempo de la guerra amonita, donde como un rústico conducía bueyes del campo, cuyo inicio de guerra José refiere que ocurrió después de un mes de todo su honor. En el segundo y tercer año asumió una mente regia, y gobernó al pueblo con cuidado real. Pero aún no eligió soldados del pueblo, que se adhirieran más familiarmente a su lado, hasta el principio del cuarto año. Alegóricamente, sin embargo, el pueblo de los fieles es hijo de un año, ya sea en la Sinagoga o en la Iglesia, cuando comienza a reinar, porque así cada uno puede pertenecer al reino de la fe, e incorporarse a los miembros del rey eterno, cuando primero ha aprendido que hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos. Reina durante dos años, y así elige para sí tres mil soldados de Israel: porque cuando ha conocido la esperanza y el amor que deben unirse a la unidad de la fe, pronto elige para sí doctores, que enseñen más diligentemente esa misma fe, esperanza y caridad, y defiendan de la irrupción del enemigo. Lo cual debe entenderse de dos maneras; porque evidentemente elegimos tanto a los antiguos maestros de la Iglesia, que ya reinan con Cristo, como a los nuevos que diariamente en lugar de los precedentes, a quienes juzgamos dignos, para que defiendan a los creyentes, esperanzados y amantes del enemigo.

Y estaban con Saúl dos mil en Micmas, etc. La Iglesia elige para sí a los más fuertes y dignos del número de mil, para que la protejan con la espada de la palabra y el escudo de la fe: pero a los más débiles en la fe los remite a guardar las tiendas de su propia conciencia, en las que peregrinan lejos del Señor. Pero porque Saúl y Jonatán ambos pertenecen al reino, pero no es el mismo mérito de ambos; de los cuales, por no mencionar otras cosas, uno persigue a David como enemigo por su delito ante Dios, el otro ama su propia alma, parece señalarse en ellos un doble orden de creyentes o predicadores. Uno de aquellos que dicen: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? (Mat. VII). Otro de aquellos que escuchan: Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones (Luc. XXII). Por lo cual bien se dice que Saúl es solicitado, sin duda por aquel de quien el Señor habla a los apóstoles: He aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo (Ibid.). Jonatán, sin embargo, se interpreta como don de la paloma, o don del Señor: significando a aquellos que atribuyen todo lo que tienen de virtud al espíritu de gracia, y confiesan haberlo recibido de él. Y se dice que Saúl permaneció en Micmas y en el monte de Betel, es decir, en la humildad y en el monte de la casa de Dios: pero Jonatán en Gabaat de Benjamín, esto es, en el collado del hijo de la diestra con sus soldados, permaneció. Porque también los reprobos a veces, aunque con mente siniestra o inestable, parecen ejercer o incluso enseñar virtudes espirituales, pero solo los dotados de simplicidad de paloma se prueban como pertenecientes al reino sublime de Cristo, que está a la diestra de Dios. Pero también esto que había dos mil con Saúl, y mil con Jonatán, ciertamente enseña que cuanto más perfectos, tanto son menos numerosos. O ciertamente dos mil están en la humildad y en el monte de la casa de Dios, devotos en la pureza de la fe, y avanzados en la sublimidad de la esperanza: mil, sin embargo, en el collado del Hijo de la diestra, gloriosos en la perfección de la caridad, que nunca falla.

Y Jonatán atacó la guarnición de los filisteos, etc. Y vence cualquier humilde doctor, y con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo luchan, la línea de los espíritus malignos, descubriendo sus insidias, con las cuales intentan arrebatar a los hombres la altura de la vida celestial.

Y se levantó Israel contra los filisteos. Instando los ministros de la palabra, o a destruir las fuerzas de su virtud, o a excitar a los próximos con la trompeta de la predicación excelsa al camino de la virtud, se levantan los ánimos de los oyentes para emprender la lucha espiritual, indagar, evitar y superar las astucias de las potestades aéreas.

Entonces el pueblo clamó tras Saúl en Guilgal, etc. Creciendo en los buenos el ardor de la virtud a realizar, crece también en los espíritus inmundos el ardor de impedir y quebrantar esa misma virtud; quienes viendo a los fieles levantados contra ellos, intentan asaltar con tropas las colinas de las insidias y engaños varios: y como si subieran carros los filisteos, cuando el enemigo malvado sube contra la milicia de la virtud con muchas cohortes de gentiles, o sinagogas de pérfidos, o conventículos de herejes: montan a caballo, cuando constriñen los corazones de los perversos con el freno del error, para oponerse a los fieles: marchan a pie, cuando tienden trampas a sí mismos. De los cuales se añade apropiadamente:

Y el resto del pueblo era como la arena, que es en la orilla del mar en gran cantidad. Pues la arena está sujeta a las frecuentes olas de los vicios de los vecinos, y también al viento de la soberbia, siempre inestable y fugaz, sobre la cual la casa sin fundamento de la roca de la fe, construida, al llegar el momento de la tentación, cae, y su ruina es grande. No sin cierto misterio, el ejército contrario a la virtud se comprende en el número treinta y cien, o incluso mil, que suelen significar la perfección de la fe y la obra. Pues el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI). ¿Qué maravilla, entonces, si sus ministros se

transfiguran como ministros de justicia? Entre estas astucias de transfiguración, a menudo se muestran perfectos en fe o en obra. De otro modo, se incluyen en el número seis, y no saben ascender al séptimo, quienes amando solamente esta vida, que fue creada en seis días, descuidan tender hacia el descanso futuro. También, porque figuralmente expresan a los malos, se entiende que el Salvador fue vendido por treinta piezas de plata no solo por Judas una vez, sino también diariamente por muchos falsos hermanos; pues cualquiera que, descuidando la verdad de la fe con la que fueron imbuidos, somete todos los sentidos de su cuerpo a las seducciones de este siglo, traiciona al Señor como por cinco veces seis piezas de plata. Y subiendo acamparon en Magmas, etc. Magmas, como dijimos, significa humildad; Bethaven significa casa de ídolo, o casa inútil. Pero subiendo de sus maquinaciones ocultas, los espíritus inmundos, ya sea por sí mismos como un pueblo pedestre sugiriendo en secreto, o como jinetes de caballos y carros seduciendo a través de hombres engañados, primero intentan arrebatar a sus vencedores todas las defensas de la humildad, para que, por la cual ellos mismos cayeron del cielo, inserten en los corazones humanos la peste de la soberbia; esforzándose igualmente para que cualquier casa de la mente que encuentren inútil y dedicada a ellos, acampando como hacia el oriente de Bethaven, obstruyan con sus tinieblas mediadoras todo surgimiento de la verdadera luz.

Cuando lo oyeron los hombres de Israel, que estaban en lo alto, etc. Cuando los fieles ven las insidias del antiguo enemigo preparadas para derribar, ya sea en sí mismos o en los muros de la humildad de los prójimos, o tal vez incluso a algunos de los más débiles afligidos por sus frecuentes incursiones, es necesario que acudan de inmediato a los auxilios de las lecturas espirituales, ayunos, limosnas, oraciones y otras virtudes, en las cuales se defiendan y se escondan de la contradicción de las lenguas; y el Padre, que ve en lo secreto, tenga misericordia y ayude.

Pero los hebreos pasaron el Jordán a la tierra de Gad y Galaad. Los más perfectos, bajo las presiones de las tentaciones, posponen todos los negocios del mundo, en los cuales los reprobos descienden y se deslizan en el siglo, y en cuyos lazos suelen ser atrapados o intentan atrapar; también, inclinados saludablemente, trascienden la hinchazón de la soberbia, por la cual Satanás descendió del cielo con sus secuaces; pues estos y obstáculos de vicios semejantes el río Jordán no solo lo muestra por el nombre, porque se dice que es su descenso o su aprehensión, es decir, de los inmundos, ya sean hombres o demonios; sino también por su curso, que fluyendo hacia el Mar Muerto, pierde sus aguas loables, lo muestra figurativamente. Porque ciertamente extingue todas las seducciones seculares y los flujos de la concupiscencia carnal en la profunda oscuridad de la muerte perpetua. Este Jordán, es decir, la aprehensión y el descenso de los perversos, los elegidos lo trascienden, y entran en la tierra de Gad y Galaad, es decir, ceñidos y montones de testimonio; porque ascienden a una mente dotada de ejercicio continuo de virtudes, y siempre fecunda en frutos de buenas obras, que de sí misma lleva un testimonio loable. Y es apropiado que quienes se dice que cruzan el río de los vicios, sean llamados hebreos, es decir, transeúntes. Y a quienes uno viendo al impío exaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano, y pasé, dice, y he aquí que no estaba. Y en otro lugar: Y con mi Dios saltaré el muro.

CAPÍTULO VII. Dispersado el pueblo, Saúl ofrece holocausto; y es reprendido por Samuel por haber actuado neciamente; y se le enseña que otro será ungido en su lugar para el reino.

Y mientras Saúl estaba aún en Gilgal, etc. Esta lectura bajo la figura de Saúl y David, enseña la imagen de la Sinagoga y la Iglesia, que al caer algunos de la fe, otros reciben las promesas de las recompensas del reino celestial. Pero para que el sentido de la alegoría sea más claro, primero según la historia, investiguemos en qué pecó Saúl y mereció perder el reino. Está

claro, pues, que ante el peligro inminente de la guerra, como también lo relata la historia de las antigüedades, envió a llamar a Samuel, para que en tiempo de tanta necesidad fuera ayudado por sus oraciones y consejo, quien le ordenó esperarlo allí, y preparar sacrificios, prometiendo venir a él el séptimo día, para que entonces sacrificando se reunieran para la guerra. Pero él, aunque esperó siete días, como Samuel había mandado, no guardó el mandato con perfección. Pues viendo que él tardaba, y que los soldados lo abandonaban, ofreció el holocausto; lo cual, cuando Samuel al llegar lo supo, le testificó que había actuado neciamente, porque las oraciones y sacrificios, que debían hacerse por la voluntad de Dios para el pueblo, él se adelantó a ofrecerlos. Saúl, pues, como a menudo los doctores de los judíos, los siete días de espera de Samuel, significan el tiempo de la ley, que enseñaba el misterio del sábado; Samuel significa la profecía, o el mismo Señor que hablaba en los profetas. Saúl en Gilgal, es decir, en la revelación, es mandado esperar a Samuel para ofrecer sacrificios y orar por el pueblo durante siete días. Y los fariseos y doctores de los judíos, con los profetas testificándoles, fueron mandados permanecer en la observancia de la ley revelada y dada a ellos, hasta que la profecía de él mismo, más manifiesta y clara, mostrara de qué manera vivir, cómo enfrentar a los enemigos malignos. Más bien, hasta que el mismo Señor y cabeza de los profetas viniendo, se ofreciera a sí mismo como sacrificio al Padre por el mundo para derrotar a las potestades aéreas. Pero mientras Saúl aún estaba en Gilgal, el pueblo se aterrorizó, que lo seguía. Puestos en el conocimiento de la voluntad divina, los peritos en la ley, se aterrorizaron los oyentes de la ley, que los seguían, y ya sea por las incursiones de los vicios tentadores, o por las asperezas de los preceptos legales, o ciertamente por los ejemplos de sus maestros, comenzaron a desfallecer en la ley que escuchaban. Pues con razón se dice que los peritos en la ley están en Gilgal, es decir, en la revelación, en comparación con las naciones, que ni siquiera percibieron las palabras de la ley, no teniendo el entendimiento oscurecido por las tinieblas; aunque los mismos en comparación con la claridad evangélica tienen un velo sobre su corazón; y no pueden contemplar la gloria del verbo con rostro descubierto, sino hasta que se conviertan a Cristo. Ni esto que Gilgal, en la que estaba Saúl, también se interpreta como lodazal, discrepa de la significación de un corazón débil, y que aún no ha llegado a la fuente de agua viva; de los cuales se dice: Y la cerda lavada en el lodazal del lodo (II Pedro II).

Y esperó siete días según el plazo de Samuel, etc. Esperó la asamblea de los doctores legales con sus oyentes todo el tiempo que se celebra el sábado en la ley, la venida de Cristo en la carne, que en los últimos tiempos de la observancia legal aprendieron que vendría; pero tardando él, para venir en la plenitud de los tiempos que había predestinado, una porción no pequeña de los mismos oyentes, abandonó el campamento del ejército espiritual. Y de los que esperan bien, el profeta dice: Mas el justo vivirá por su fe (Habacuc II). Pero de los que caen añade: Pero si retrocede, no agrada a mi alma (Hebreos X).

Dijo entonces Saúl: Traedme el holocausto, etc. Viendo Saúl que el pueblo se alejaba de él, pero no viendo a Samuel acercarse, ofreció el holocausto. Viendo los doctores de la ley, que en ese tiempo eran, degenerando lejos de la perfección de los primeros, que el pueblo se alejaba de la custodia de la ley, y no sabiendo que el tiempo de la encarnación del Señor estaba cerca, establecieron sus tradiciones para ser observadas, como si fueran completamente agradables al Señor. A este sentido se adhiere, que el mismo Saúl respondió a Samuel, que lo reprendía por su temeridad necia, diciendo:

Porque vi que el pueblo se dispersaba de mí, etc. El sentido místico de estas palabras, es fácilmente evidente por lo que se ha expuesto anteriormente. Añadió de inmediato, y dijo: Además, los filisteos se habían reunido en Magmas, es decir, en humildad; porque si no estuvieran privados de humildad, no preferirían lo suyo al Señor; ni si no fuera por los

espíritus que asedian las puertas del corazón con soberbia, despreciarían con contumacia a aquel que habita en las alturas y mira lo humilde.

Dije: Ahora descenderán los filisteos a mí en Gilgal, etc. Temiendo los fariseos y escribas que los demonios los sumergieran en el lodazal de los vicios, o los hicieran inútiles en la revelación de la ley dada, comenzaron a tener celo de Dios, pero no según ciencia; y como testifica el salmista, Allí temblaron de miedo, donde no había miedo (Salmo LII).

Y Samuel dijo a Saúl: Has actuado neciamente, etc. Y el mismo Señor en el Evangelio, y los profetas, cada uno en su tiempo, reprenden a aquellos que, como sacrificando sin Samuel, descuidando la ayuda del divino sermón, en vano adoran a Dios, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

Que si no lo hubieras hecho, ya ahora el Señor habría preparado tu reino, etc. No debe entenderse como si Dios hubiera establecido el reino eterno de Saúl, y luego no hubiera querido conservarlo al pecador, a quien también había previsto que pecaría; sino que había preparado su reino, en el cual fuera figura del reino eterno. Pero también todo escriba instruido en el reino de los cielos, sacando de su tesoro cosas nuevas y viejas, reina sobre Israel para siempre (Mateo XI). Aquel Israel, a quien instruyendo y gobernando hizo espiritual; a quienes el apóstol dice, ¿Cuál es mi corona o gozo? ¿No sois vosotros ante el Señor Jesús? (I Tesalonicenses II). De donde también al que entra en el gozo de su Señor, al siervo que bien negocia, es decir, adquiriendo muchos por su doctrina, se le dice: Tendrás autoridad sobre diez ciudades (Lucas IX); es decir, brillarás más glorioso en el reino por los méritos y la ciencia de aquellos a quienes instruiste espiritualmente en la ley. Pero si algún doctor antepone su propio sentido a las palabras de la Escritura, y por los dogmas que él mismo compuso enciende a sus oyentes más que a las cosas espirituales; lo cual es Saúl ofreciendo sacrificios sin Samuel, santificando su milicia para la guerra, perderá neciamente el imperio. Que si no lo hubiera hecho, podría haber tenido sobre Israel eterno. De los cuales el Salvador en el Evangelio: Quien, pues, quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Mateo V). Pues tal es el más pequeño en el presente reino de la Iglesia, completamente ajeno al futuro.

Pero tu reino no se levantará más. Porque toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.

El Señor se ha buscado un hombre conforme a su corazón, etc. Bajo la persona de David se significa a Cristo y a los líderes del pueblo cristiano; de donde significativamente dice su pueblo, y no añade, Israel; para demostrar que también el prepucio pertenece al imperio de este líder. Pero no como si el Señor buscara ignorante, hablando bajo la manera humana a los hombres, incluso hablando así nos busca. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas XIX). A quien ya éramos tan conocidos, que estábamos en él antes de la constitución del mundo. Buscó, pues, el Señor un hombre conforme a su corazón, es decir, que conociera con mente pura el consejo de su voluntad, y lo siguiera con devoción piadosa. Lo cual se entiende correctamente de David, quien sobre todos los que le enseñaron, entendió los secretos inciertos y ocultos de la sabiduría divina, y los conoció por revelación manifiesta, y los cantó con admirable dulzura (Salmo L). Pero mucho mejor y más perfectamente del ángel del gran consejo, quien solo es el revelador consciente de los secretos paternos. Pues no se debe creer que el corazón de Dios, miembro del cuerpo humano, según los antropomorfitas, sino que debe significar el secreto interior del consejo y sabiduría divina. Según lo cual también se dijo anteriormente, cuando se profetizaba el nuevo

sacerdocio de Cristo y la Iglesia, cómo también aquí el reino, rechazado el antiguo, diciendo el hombre de Dios a Elí: Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y mi alma (I Samuel II).

Y se levantó Samuel, y subió de Gilgal, etc. El mismo cambio de reino que el profeta había predicho con palabras, también lo demuestra cambiando de lugar. Y el mismo Señor, que de los incrédulos dice: Levantaos, vamos de aquí (Juan XIV); dejando la Sinagoga, subió al monte del hijo de la diestra, es decir, a los corazones elevados de aquel pueblo; que no quiso ser hijo de cualquier terrenal, sino de la bienaventuranza celestial y eterna; y el sermón profético ilustrado por la dispensación del Salvador, dejó la revelación literal, con la que se instruían las mentes rudas, para enseñar a los perfectos los misterios más altos y sagrados de Cristo y la Iglesia. Pero lo que se ha dicho de los dos pueblos, lo vemos realizado diariamente en cada persona. Pues el pueblo de Saúl en Gilgal se aterroriza, mientras que el alma consciente de su fragilidad se turba, ya sea en la revelación del conocimiento que ha recibido menos fuerte; o en el lodazal de los vicios, en el que ha caído débilmente, y busca con utilidad compungida su salvación, no sea que el adversario espiritual Machmas, es decir, la humildad, que más desea, la conquiste; no sea que quite la revelación de la doctrina celestial; no sea que el engañoso vencedor irrumpa en las murallas de las demás virtudes. Saúl espera siete días, según el plazo de Samuel, mientras alguien en tribulación, con fe y acción diligente, busca la ayuda prometida del Señor. Pues siete consta de tres y cuatro; tres pertenecen a la fe por la confesión de la santa Trinidad; cuatro a las obras, por la prudencia, fortaleza, templanza y justicia; con las cuales cuatro, como ángulos, se fortalece toda la estructura de las virtudes espirituales. Pero cuando alguien haya completado perfectamente estos siete días, es decir, la luz de la devoción septenaria, según lo que el Salmo advierte: Espera en el Señor, y actúa virilmente, y se fortalezca tu corazón (Salmo XXVI); vendrá el Señor al corazón, y haciendo morada en él, destruirá de inmediato todas las insidias del ejército enemigo con la iluminación de su venida. Pero quien tenga menos algo de esta perfección, menos paciente en las adversidades, menos confiado en la mirada del auxilio supremo, olvidando aquello del Eclesiástico: No te demores en el tiempo de angustia (Eclesiástico X); pierde de inmediato, desesperando, todas las filas de virtudes en las que se había complacido; como Saúl, porque el séptimo día aún no bien completado, desespera de la prometida venida de Samuel, es abandonado por el pueblo que se dispersa; quien si hubiera completado el tiempo establecido, no se habría visto privado de la ayuda del profeta prometido: Porque cercano está el Señor a todos los que le invocan en verdad (Salmo CXLIV). Pero Saúl aumentó su pecado, no solo titubeando en las promesas del profeta, sino también ofreciendo él mismo el holocausto, que correspondía al sacerdote. Aumenta la blasfemia Pelagio, aumenta otro cualquiera infielmente fiel, mientras menos solícito de la gracia suprema, confía en poder salvarse por su propia virtud; y lo que es don del sumo sacerdote, neciamente cree que puede adquirirlo por el libre albedrío de su libertad. Por lo tanto, según el Apocalipsis de Juan: Viene otro, y recibe el reino prometido a tales y la corona de vida y bendición. Este cambio no de los consejos supremos, sino de las cosas humanas lo significó el mismo Samuel, cuando predijo el rechazo del pérfido y la elección del rey fidelísimo, levantándose subió de Gilgal a Gabaa de Benjamín. Porque la palabra de Dios enviada al mundo, no volverá a él vacía, sino que hará todo lo que él quiso, y prosperará en aquello para lo que la envió (Isaías LV). Y dejando a los simuladores y astutos, que provocan la ira de Dios, busca oyentes simples y fieles, a quienes elevar al reino celestial.

CAPÍTULO VIII. Sin armas por falta de herreros, los filisteos devastan la tierra de Israel en tres divisiones mientras Saúl observa; pero Jonatán con su escudero, reptando entre las rocas, se convierte en el inicio de la guerra y la victoria.

Y Saúl pasó revista al pueblo, etc., hasta lo que dice: Y el hombre de Israel se unió a sí mismo, etc. En esta lectura, al escasear por el astuto de los espíritus inmundos los estudios de las Escrituras, se revelan de inmediato todos los caminos del corazón humano, que constan de una triple división, para ser miserablemente devastados: pero no faltarán a los que están en peligro los milagros del auxilio supremo, que por el trabajo de los doctores espirituales y oyentes obedientes, incitará al enemigo a una rápida huida, y a sus soldados a esperar y obtener la palma de la victoria. Huyendo, pues, los demás por el temor de los filisteos, solo se quedaron con Saúl seiscientos hombres. Porque temiendo en la lucha espiritual cualquiera de los débiles en la fe, y a veces incluso cayendo, solo aquellos que hacen la obra recta con la sola intención de la retribución suprema, con sus doctores no dejan de vigilar, estar firmes en la fe, actuar virilmente, confortarse, y esforzarse por la caridad en todo. Pues el número seis, que es la criatura perfecta del mundo, designa la obra recta; y el número cien, que se cuadruplica en diez décadas, y pasa de la izquierda a la derecha, designa la perfección de la diestra, es decir, de la recompensa eterna.

Y Saúl y Jonatán su hijo, y el pueblo, etc. Machmas significa humildad, como se ha dicho a menudo, Gabaa de Benjamín significa colina del hijo de la diestra. Por lo tanto, se debe preguntar cómo los espíritus inmundos asedian las puertas de la humildad, y si en el monte perfecto de las virtudes pueden, ya sea los maestros o los oyentes, acampar sus ejércitos espirituales; y se debe ver lo que está escrito más adelante, que Saúl con sus seiscientos se quedaba en la parte extrema bajo el granado. Bajo el granado está el pueblo, que puede decir: Pero a mí, Dios me libre de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI). Pues el fruto de la cruz, rojo por la sangre del Señor, como el granado, rodea muchos granos de creyentes como con una sola corteza de caridad y esperanza. Pero en la parte extrema de Gabaa, tiene el mismo árbol de vida bajo el cual descansa; quien aún no completamente consumado, se queja con el Apóstol, diciendo: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros, y lo demás (Romanos VII).

Y salieron a saquear del campamento de los filisteos tres escuadrones, etc. Y todos los que militan legítimamente en el campamento de la Iglesia sienten que esta es tentada diariamente por estos tres escuadrones. En efecto, tres escuadrones salen a saquear del campamento de los filisteos cuando los espíritus impuros, tentando la custodia de nuestro hombre interior, intentan despojar de las riquezas de las virtudes, ya sea la parte racional, la irascible o la concupiscible, o en cada una de ellas individualmente, o en una sola todas. A estas partes también les convienen los nombres de los lugares y de los escuadrones mencionados que salieron. El camino de Efraín, es decir, del que crece, contra el cual avanzaba el primer escuadrón, es la parte concupiscible del alma; correctamente llamada así porque nunca deja de buscar crecimiento; de bienes, si es gobernada por Israel, es decir, por un alma recta y que suspira por la visión de Dios; de males, si, estableciéndose contra las leyes, es devastada por la maldad de los vicios y de los espíritus impuros. Y bien dijo del primer escuadrón cuando decía: Avanzaba contra el camino de Efraín; añadió: Hacia la tierra de Saúl; porque la primera y mayor intención de los espíritus malvados es apartar a los mismos líderes del sagrado combate, por la concupiscencia del alma o de la carne, de los comienzos de las virtudes; para que, al privar a los príncipes de la justicia, las terribles corrupciones se extiendan más libremente entre el pueblo incauto. La vía de Bet-horón, es decir, la casa de la ira, hacia la cual se dirigía el segundo escuadrón, demuestra también con su nombre la misma pasión de la mente que señala. Esta casa era bien gobernada por el poseedor israelita, cuando aquel hombre el más manso de todos los hombres que habitaban en la tierra, para liberar al

pueblo de Dios, salió de Faraón muy enojado. Pero el filisteo saqueaba cuando Caín, que era del maligno, ofendido por la justicia de su buen hermano, se enojó mucho; tanto que por la ira del homicidio disolvió los primeros derechos de la fraternidad. El valle de Seboim, es decir, de las cabras o de los ciervos, hacia el cual se había dirigido el tercer escuadrón, figurativamente anuncia la mirada racional de la mente. Pues se dice que estos animales sobresalen en la agudeza de sus ojos; de ahí que los griegos los llamen Dorcades por su aguda visión; y no en vano se repiten tantas veces en el Cantar de los Cantares bajo la alabanza de Cristo y la Iglesia. Y correctamente no se menciona un monte, sino un valle de cabras, correctamente situado frente al desierto; porque siempre necesitamos la ayuda de la humildad, especialmente al discernir entre el bien y el mal, para que el juicio no se equivoque, y cuanto más humilde es alguien, menos se apega y busca las cosas del mundo. Por lo tanto, el camino del límite del valle de las Dorcades, el camino del que crece, y el camino de la casa de la ira, Israel lo posee en paz, mientras el pueblo de Dios o cada fiel, con intención humilde, discierne qué debe seguirse y qué debe despreciarse, y en lo que ha reconocido útilmente que debe seguirse, crece hasta el día perfecto; y por lo que ha intentado retardar su visión espiritual o su curso y progreso, se esfuerza por enojarse saludablemente y no pecar; para que cualquiera que elija mal por bien, razonando neciamente, y desee ejecutar nocivamente lo que ha elegido nocivamente, todas las vías y límites de su mente sean devastados por la amargura del enemigo invisible.

Por otra parte, no se encontraba herrero, etc. Se manifiesta claramente la causa que principalmente otorga a los enemigos el espacio para poblar la tierra de la promesa, es decir, para evitar las virtudes de la Iglesia: a saber, si le falta un maestro y un forjador de armas espirituales, que el Apóstol enseña que deben ser sostenidas contra los dardos encendidos del maligno. Porque los tentadores malvados, en cuanto pueden, evitan que nos revistamos de la armadura de Dios, para que no aparezcan espadas de doble filo en nuestras manos para ejecutar venganza sobre ellos (Efesios VI).

Descendía, pues, todo Israel a los filisteos, etc. También hoy muchos, dejando la altura de la palabra de Dios, a la que debían haber ascendido para escuchar, prestan oído a fábulas seculares y doctrinas de demonios, y leyendo a los dialécticos, retóricos y poetas de los gentiles, para ejercitar su ingenio terrenal, como si fueran a los herreros de los filisteos para afilar sus herramientas de cultivo silvestre o rural, se reúnen desarmados, es decir, privados de ciencia espiritual.

Y cuando llegó el día de la batalla, no se encontró espada ni lanza, etc. Cuando diariamente se presenta el día de la batalla contra los poderes adversarios, muchos, contentos con su rusticidad, muy pocos avanzan armados adecuadamente con la lectura o audición de las Escrituras para esta batalla; de donde, ayudado por nuestra pereza, el adversario espiritual hace con nosotros diariamente lo que entonces se describe que el adversario carnal hizo con Israel.

Salió, pues, la guarnición de los filisteos para pasar a Micmas. Porque al no tener armas, Israel traicionó su patria a los enemigos; y nosotros, por la desidia de leer o de preguntar a maestros espirituales, como por la negligencia de forjar armas, o de buscar herreros israelitas, damos ocasión a los enemigos para que, después de oprimir la humildad, que Micmas sitiada significa, también a las demás virtudes, como a los confines de la tierra santa, introduzcan las armas de la impiedad. Pero para repeler estas armas del enemigo más abominable, no se debe pedir la pericia del arte humano, sino, con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo, la exhortación de los doctores celestiales. De donde sigue:

(I Samuel XIV.) Y sucedió un día que Jonatán dijo, etc. Jonatán, que se interpreta como don de la paloma, representa a los doctores por la gracia del Espíritu; su joven escudero, a los discípulos que obedientemente llevan armas no carnales, sino poderosas en Dios; cuya juventud se renueva como la del águila (Salmo CII); un cierto día del inicio del combate, designa su repentina inspiración de luz celestial contra las tentaciones del enemigo. Y un día Jonatán exhorta a su escudero a que pasen a la guarnición de los filisteos, cuando un maestro perfecto, repentinamente visitado por la gracia celestial, incita los corazones de los piadosos ayudantes para vencer los ataques de los vicios.

Pero no se lo indicó a su padre. Jonatán ocultó a su padre y al pueblo su disposición de pasar hasta la guarnición de los filisteos; porque así como siempre es muy conveniente usar el consejo de los espirituales, así a veces es útil ocultar a los carnales las obras mayores de las virtudes meditadas o incluso iniciadas; para que ni su temor rompa, aterrando, el aún tierno deseo de nuestra mente, ni tampoco ellos, emulando, comiencen lo que aún no pueden, o ciertamente el favor de los que alaban imperfectamente corrompa la integridad de nuestro propósito espiritual. Pues que Saúl en este lugar, y el pueblo que estaba con él, aún no expresan los progresos en las virtudes, lo demuestran las palabras siguientes, cuando se dice:

Por otra parte, Saúl se encontraba en la parte extrema de Gabaa, etc. Pues es indicio de virtud que se encontrara en Gabaa, es decir, en el monte, que estuviera bajo el granado, que tuviera seiscientos compañeros. Porque, como ya dijimos antes, el monte indica la altura de las virtudes; la cobertura del granado, la protección de la cruz del Señor; el número de seiscientos soldados, a los perfectos en esperanza y operación. Pero que se sentara en la parte extrema del monte, que el árbol bajo cuya sombra se cubría estuviera en Magrón, es decir, en la garganta, son signos de una mente aún menos perfecta, es decir, de aquella que aún no ha podido plenamente alcanzar las murallas deseadas de las virtudes; que tiene el misterio de la pasión del Señor en la boca, pero aún no puede imitarlo. Si según los antiguos intérpretes leemos Magedón en lugar de Magrón, es al mismo sentido. Porque hay quienes, dotados de fe recta, encendidos con deseos de recta operación, no cesan de sufrir los duros combates de los vicios tentadores: y por eso los atletas perfectos de Cristo ocultan intencionadamente a tales compañeros de armas algunos de sus secretos, que disponen contra las guerras de los espíritus impuros.

Había entre los ascensos... rocas prominentes, etc. Hay insidias frecuentes a la derecha y a la izquierda, es decir, en la gloria y en la ignominia, en las cosas prósperas y en las adversas, para los santos doctores que se esfuerzan por ascender contra las astucias de los espíritus malignos; y así como los dientes suelen masticar y enviar al estómago lo masticado, así los espíritus impuros, antes abruptos por la unión de los bienaventurados, buscan cómo seducir a los simples, corromper a los justos, viciar a los castos, y lanzar al cuerpo perdido de su maldad.

Uno se llamaba Boses, etc. Boses, en él floreció: Sene, se dice angustia. De los cuales está a la vista la interpretación, porque no menos en el mundo floreciente que en el adverso: es decir, en el mundo que trae angustias, el ascenso de los santos es impedido, y para que desfallezca ya sea de cuerpo o de corazón, es golpeado por el enemigo infatigable.

Una roca prominente hacia el norte, etc. Gabaa indica el monte, es decir, la sublimidad de las virtudes; Magmas, la humildad de la mente, de la cual proceden las virtudes. Y correctamente se refiere que Magmas está situada hacia el norte, y Gabaa hacia el sur, porque en el frío de las tentaciones, especialmente se aprende y se prueba la humildad; y en la luz de la gracia del Espíritu que ayuda, se perfecciona prosperada. Pero porque el antiguo enemigo intenta tanto

impedir el camino próspero de la virtud dada, como quitar la humildad de la virtud buscada entre las adversidades a los maestros y discípulos, correctamente a los que ascienden contra los filisteos Jonatán y su escudero, hacia el norte, se opone la roca prominente desde el sur contra Gabaa; sin embargo, haciendo el Señor por los suyos, pronto todos los esfuerzos crueles de los enemigos fallan. Porque como las palabras de Jonatán, llenas no menos de fe que de virtud, testifican, no es difícil para el Señor salvar, ya sea con muchos o con pocos.

Aparecieron ambos a la guarnición de los filisteos, etc. Aunque los filisteos, burlándose, hablan verdaderamente en sentido místico; porque los hebreos espirituales, es decir, los que pasan de los vicios, son defendidos de los ataques de los enemigos en las segurísimas defensas de las Escrituras, y consolados por ellas, para superar a esos mismos adversarios malvados, cuando el tiempo lo permite, proceden públicamente en las obras de las virtudes.

Y hablaron los hombres de la guarnición a Jonatán, etc. La burla y el desprecio soberbio de los enemigos da a los fieles la confianza de obtener la virtud. Porque antes de la ruina se exalta el espíritu, y antes de la gloria se humilla (Prov. XVI).

Subió, pues, Jonatán, reptando con manos y pies, etc. Es manifiesto que los mayores obstáculos de las tentaciones deben ser superados con mayor esfuerzo de las virtudes; lo cual se realiza correctamente cuando el oyente espiritual, armado contra el enemigo, sigue en todo los ejemplos del preceptor. Pero sobre la situación de este lugar, para que sea más manifiesto al lector, veamos las palabras de Josefo (Antiq. VI, 7). "Había, dice, un campamento de enemigos sobre una roca que tenía una longitud muy estrecha con tres picos muy agudos prominentes, con rocas alrededor, y como baluartes prohibiendo las invasiones de los combatientes. De donde sucedía que los guardianes tenían menos soledad en el campamento; porque por naturaleza aquel lugar parecía estar fortificado para todos, y muy difícil de capturar, ya que no solo parecía difícil ascender allí, sino también acercarse. Cuando, pues, Jonatán llegó al campamento, confortaba a su escudero." Y poco después: "Acercándose, pues, al ejército enemigo, ya apareciendo el día, los filisteos los vieron." Luego, después de narrar las palabras de los filisteos insultantes, añadió: "La voz que Saúl, el hijo, recibió con agrado, como designándole la victoria, entonces, en efecto, se retiró de aquel lugar donde habían sido vistos los enemigos; y cambiando de lugar, llegó a la roca, que estaba desolada de guardianes por las fortificaciones del lugar, y desde allí, como reptando y arrastrándose con mucho esfuerzo, vencieron la naturaleza del lugar, para descender al campamento de los enemigos; y atacándolos mientras dormían, mataron a unos veinte." Pero, habiendo mencionado esto por la gracia de los lugares, volvamos a escudriñar los misterios de la Sagrada Escritura.

Y la primera plaga que Jonatán y su escudero infligieron, etc. El número diez, como es sabido, suele significar la perfección de la buena operación o recompensa. Pero, por el contrario, el número veinte, en el que Jacob sirvió a Labán el sirio, y envió regalos a su hermano Esaú, a quien Dios odió, demuestra la duplicidad de los dogmas perversos, que intentan quitar a los simples y a los miembros de la Iglesia la devoción de la acción o la certeza de la retribución celestial. La mitad de un yugo de tierra arada es la Iglesia, que aún en la tierra, conversando entre los réprobos, se alegra de ser ejercitada por la corrección de los predicadores para producir frutos de vida. Un par de bueyes arando en el día es la concordia de los doctores, que, bajo el mismo yugo de la fe, coinciden en la disciplina de la ley y del Evangelio, castigando los corazones de los súbditos en la luz de la ciencia preceptiva y cultivándolos para dar fruto al Espíritu de Dios, de lo cual Salomón dice: Pero donde hay muchas cosechas, allí está la manifiesta fortaleza del buey (Prov. XIV). Por lo tanto, la primera plaga que Jonatán y su escudero infligieron fue de veinte hombres, en la

mitad de un yugo de tierra; y de allí, los filisteos, turbados y huyendo de un lado a otro, se matan mutuamente con una gran matanza. Primero, la Iglesia, que peregrina lejos del Señor, reprimiendo a sus enemigos por medio de maestros espirituales y discípulos obedientes, muestra a los hijos de la muerte; luego, se hieren mutuamente con el adverso filo de los errores variables, de modo que, triunfando la Iglesia, se puede entender claramente de ellos lo que se dice: Porque la espada de cada uno se volvió contra su prójimo.

Y se produjo un milagro en el campamento por los campos, etc. La constancia y virtud de los justos es un milagro para los réprobos, como si acamparan por los campos, teniendo el corazón ejercitado, resuelto por la malicia y la abundancia de delicias. De donde el bienaventurado apóstol Pedro, cuando describía la lujuria de aquellos que, como en un campo de libre voluptuosidad, viven en deseos, borracheras, comilonas, potaciones y cultos ilícitos de ídolos, añadió diciendo: En lo cual se maravillan de que no concurráis con ellos en la misma confusión de lujuria (I Pedro IV). Pero también los adversarios espirituales, aunque son saqueadores acérrimos de la salvación humana, suelen ceder a las obras de los hombres perfectos, asombrados por los hechos, y a la devoción de las oraciones perfectas y de las demás virtudes.

Y se conturbó la tierra, etc. Para que los que piensan en lo terrenal se conturben ante los hechos de los hombres celestiales; para que los demonios, quebrantada la malignidad de sus fuerzas, retrocedan temblando y gimiendo de intentar a los hombres, no es obra de la virtud humana, sino un milagro de la divina piedad. De donde Pablo, cuando decía que había trabajado más que todos ellos, añadió inmediatamente: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV).

Y los centinelas de Saúl miraron, etc. Miran especialmente aquellos que han ascendido a la atalaya de la Sagrada Escritura, y están en el monte de los hijos de la derecha, es decir, en la alta cima de las obras celestiales, y son claros tanto en ciencia pura como en acción sencilla, y son los primeros en ver la ruina inminente, y la huida de los perversos. Porque no es de todos los católicos, al leer los libros de los herejes o de los gentiles, reconocer inmediatamente qué error contienen; al escuchar las astucias de los dialécticos, discernir inmediatamente con la sagacidad de una mente aguda las trampas engañosas y ruinosas; sino de aquellos que, por la prolongada meditación de las Escrituras o por la gracia de las virtudes, tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal; los pies de muchos casi resbalaron, casi se derramaron sus pasos, porque se enojaron con los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Pero aquel noble centinela, que ascendió maravillosamente hasta el monte del hijo de la derecha, vio al impío exaltado y elevado sobre los cedros del Líbano (Salmo LXXII). Y pasé, dice, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se encontró su lugar (Salmo XXXVI). Y esto es que los centinelas en Gabaa vean la multitud postrada, que los que están en los lugares inferiores y aún no han subido a la cumbre perfecta de la ciencia, pensaban que estaba de pie en las cosas prósperas y viviendo en seguridad; los sabios en la maldad de los vivientes prevén con certeza el castigo.

Y Saúl dijo a Ahías: Acerca el arca de Dios, etc. Ahías se dice hermano de él, o su hermano. Dicen, pues, los buenos líderes de la Iglesia, dicen todos los fieles que libran batallas diarias contra las potestades aéreas, a sus hermanos dotados de la lectura de la Sagrada Escritura, y que, por un mayor ejercicio de las virtudes, se ofrecen a sí mismos diariamente a Dios como sacrificio vivo por el sacerdocio real: dicen, digo, tales cosas aquellos que aún ven que son agitados por las tentaciones, o que la Iglesia es turbada generalmente por las herejías, para que, abiertos los arcanos de los divinos oráculos, dilucidan con razón manifiesta los testimonios más claros que deben usar contra los fabricantes de herejías, con los cuales

puedan vencer las demás luchas de las tentaciones. Pero a menudo sucede que los enemigos de la Iglesia (digo enemigos herejes o gentiles) tienen tantas y tan grandes luchas y conflictos de palabras o dogmas entre sí, que es mejor que sean convencidos de que lo que enseñan es falso y lo que hacen es impuro por su propia dispensa interna, que por la afirmación de las páginas espirituales: y debe hacerse por los líderes de la milicia celestial lo que se describe que hizo Saúl, quien, al surgir el tumulto en el campamento de los filisteos, y creciendo más y más, ya no consulta a Dios por medio del sacerdote, sino que él mismo, tomando la mano de los soldados, se apresura a perseguir a los enemigos que había descubierto que estaban en discordia entre sí, y a urgirlos a la fuga. Pero Ahías, el sacerdote, guardián del arca del Señor, también puede expresar convenientemente a los mismos autores de la Sagrada Escritura; quienes, cada vez que se les pide piadosamente, nos ofrecen el arca que guardan del oráculo divino: ofrecen también los ejemplos de las buenas obras que realizaron; lo cual se significó antes, donde se dice que el mismo Ahías llevaba el efod. No es vano que se mencione que era hijo de Ahitob, hermano de Icabod, hijo de Finees, que había nacido de Elí, sacerdote del Señor, en Silo. Ahitob, en efecto, se interpreta como hermano bueno. Porque también muchos de los autores de las Sagradas Escrituras, siendo sacerdotes, descendieron de buenos hermanos: y algunos de ellos, como lo atestigua la misma Escritura, tuvieron hermanos no buenos: y los lectores de hoy, igualmente instruidos por los buenos, no pueden carecer de la compañía de los malos, que Icabod, tanto por su origen como por su nombre, sin gloria, señala.

Entonces Saúl y todo el pueblo clamaron, etc. Judíos, gentiles y herejes, siendo todos enemigos de la Iglesia, se hieren mutuamente con la espada de la palabra. Los mismos judíos, por medio de los fariseos y saduceos, luchan entre sí: asimismo, los herejes y paganos, con tanta disonancia de dogmas y ritos sagrados, no menos guerras se infligen a sí mismos que a la Iglesia. Pero una es, dice, mi paloma, mi perfecta (Cantar de los Cantares VI): una es para su madre, elegida para su madre, de la cual Jonatán, aquel fortísimo líder, recibió el nombre de virtud para ser llamado don de la paloma; cuya paz perpetua también sirve la discordia de los malos. De donde sigue:

Pero también los hebreos que estaban con los filisteos ayer y anteayer, etc. Muchos, seducidos por los herejes y combatiendo con ellos contra la Iglesia, cuando conocieron la disonancia de su dogma, y vieron que la simplicidad católica, como por obra de Jonatán, superaba y transcendía sus cautelas dialécticas, regresaron para ser reconciliados con la Iglesia católica por la imposición de manos sacerdotal.

Todos los israelitas que se habían escondido en el monte de Efraín, etc. Es propio de la recta discreción que quien pueda, luche por la Iglesia enseñando o reprendiendo a los réprobos, cuidándose de aquello profético: Maldito el que aparta su espada de la sangre (Jer. XLVIII). Pero quien no es eficaz en la enseñanza, que se esconda en la altura de una mente fecunda, para no ser despojado de virtudes por el enemigo fraudulento. Hay quienes no son idóneos para descubrir y combatir la astucia de los herejes y otras insidias del antiguo enemigo, pero no cesan de seguirlos y odiarlas según sus fuerzas, una vez expuestas por otros: y esto es lo que, al oír que los filisteos habían huido, los israelitas que antes se habían escondido en el monte de Efraín, es decir, en el fértil, se unen inmediatamente a sus filas: sin embargo, la Iglesia siempre se salva no por su propio esfuerzo, sino por la ayuda divina.

La batalla llegó hasta Betaven. Betaven se dice casa del ídolo o casa inútil: y hasta allí la Iglesia persigue a los herejes reprendiéndolos: hasta que los convence de blasfemar en

muchas cosas igual que la demencia de los paganos: y extiende la espada de la palabra hasta que también a los impíos e infieles los restituye a la piedad y a la fe.

Y el hombre de Israel se unió a sí mismo en aquel día. Dispersados los enemigos por diversos lugares, la Iglesia, dividida por todo el orbe, siempre se regocija en un mismo amor de fraternidad.

CAPÍTULO IX. Saúl conjura al pueblo para que no coma antes de que el enemigo sea exterminado, y para que no coma con sangre después de que el enemigo sea exterminado. Prohíbe construir un altar, y el oráculo del Señor que busca no lo merece por la culpa de Jonatán; a quien, sin embargo, el pueblo rescata para que no muera.

Saúl conjuró, pues, al pueblo, diciendo: Maldito el hombre, etc., hasta lo que está escrito: Por lo demás, los filisteos se fueron a sus lugares. Esta lectura instruye a los doctores de la verdad, para que, así como de las demás seducciones del mundo, también se abstengan de la dulzura de la elocuencia secular que se debe evitar, y no solo ellos, sino también aquellos a quienes instruyen, en la roca de la fe, de toda corrupción de la vida anterior. Saúl conjuró, pues, al pueblo que perseguía a los filisteos fugitivos, para que nadie comiera hasta que la victoria sobre el enemigo estuviera completa: quien temía el juramento, y diligente en el pan, y en la miel que vio fluir en el bosque, se abstuvo. El maestro egregio ordenó que quien compite en la lucha de la fe se abstenga de todas las seducciones del mundo: y encendiendo a los demás con su ejemplo, digo, castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea reprobado. Porque ya sea que la carne desee contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (I Cor. IX), ya sea que el hereje contradiga al católico, ya sea que el judío o el gentil contradiga al cristiano, o cualquier espíritu inmundo se oponga, todos los esfuerzos de las tentaciones se superan mejor con la industria de la continencia: cuya virtud se extiende tanto, que incluso de la dulzura de la elocuencia secular que se debe evitar y seguir demasiado, por la cual el orgulloso e inculto de los filósofos fluye como un bosque, conviene abstenerse. Porque el panal que destila, los labios de la meretriz (Prov. V).

Por otra parte, Jonatán no había oído cuando su padre conjuró al pueblo, etc. Dice que los ojos iluminados, recreados y renovados para ver, que ya habían comenzado a languidecer por el ayuno prolongado o el trabajo, como suele suceder. Jonatán, pues, que antes había vencido los dientes de las rocas y los golpes de las espadas, que, con la audacia del enemigo reprimida, había proporcionado a los suyos la causa de la victoria y la salvación, de repente se ve consternado por la culpa imprevista de la gula lisonjera. Y a menudo los nobles maestros de la Iglesia, vencedores de grandes combates, leyendo con más deleite del que conviene los libros de los gentiles, contraen una culpa que no previeron: tanto que uno de ellos escribe que fue castigado en una visión por esto mismo, y se le reprochó por el Señor entre los golpes que lo herían, que no debía ser considerado cristiano, sino más bien ciceroniano. Pero también muchos de los oyentes fieles, poderosos en la gracia de las virtudes, no dejan de ser tentados por vicios menores, lo cual no escapa a la divina disposición: para que quienes no pueden superar por sí mismos los combates menores, en los grandes que tienen, aprendan a no atribuirse nada a sí mismos, sino a dar gracias solo al Padre de las luces. Jonatán sumergió la vara en un panal silvestre, que usaba ya sea para el caballo o como apoyo para el viaje: y así la llevó con la mano a su boca. Y cualquier maestro, a veces, cuidando de gobernar con autoridad de poder a los súbditos, o de conducirse a sí mismo sin ofensa, cree que debe ser ayudado por argumentos o sentencias de los gentiles: y con la boca melosa, por así decirlo, se iluminan, como con la composición panal de las palabras, los ojos de la mente, para enunciar más agudamente lo que conocen correctamente; pero a menudo se retrasan los pasos de esa misma mente, recordada la vanidad de los

sentidos, de perseguir a los cultores de actos o dogmas perversos. Lo que cantando el salmista, dijeron los inicuos, dice, narraciones, pero no como tu ley, Señor, todos tus mandamientos son verdad (Sal. CXVIII).

Tu padre ha obligado al pueblo con un juramento, etc. Perturbó, porque lo prohibió todo; lo cual, si lo hubiera prohibido en parte, y en parte lo hubiera permitido, la cosa parecería más convenientemente llevada a cabo. Pero porque en este tipo de asuntos se debe obedecer a las órdenes de los Padres espirituales, Jonatán, descubierto por sorteo, y el oráculo del Señor sustraído a Saúl que consultaba ese día, lo declara manifiestamente. Porque si tanto valió ante Dios el mandato de un rey terrenal, ¿cuánto crees que valdrá el de un maestro espiritual? Pero también en la parte típica turba los corazones terrenales, si alguien ordena llevar a cabo solo estas cosas celestiales, cuando el Señor testifica que el vino nuevo no debe ser puesto en odres viejos. Turba la agudeza de los lectores, y los hace desfallecer, quien estima que deben ser prohibidos de leer las letras seculares en absoluto, a quienes en cualquier lugar se les permite tomar lo útil como propio. De lo contrario, ni Moisés ni Daniel habrían permitido ser instruidos en la sabiduría o las letras de los egipcios y caldeos, cuyas supersticiones, junto con sus delicias, aborrecían. Ni el mismo maestro de las naciones habría insertado algunos versos de poetas en sus escritos o dichos: pero es mucho más cauteloso recoger la rosa entre espinas, que el lirio en hojas suaves; mucho más seguro buscar consejo saludable en las páginas apostólicas que en las platónicas. Porque incluso las mismas abejas, que hacen miel de este tipo, presentan con la boca palabras dulces que deleitan, pero en las partes traseras guardan hechos venenosos que hieren.

Visteis vosotros mismos que mis ojos se iluminaron, etc. Estas palabras convienen a la persona que no considera nociva la lectura de las letras gentiles para los doctos en la Iglesia, o incluso para los doctores. Veis, dice, que me he vuelto más eficaz, y más agudo y rápido para exponer lo que conviene, porque he probado un poco de la flor de la lectura de Tulio; cuánto más si el pueblo cristiano aprendiera las sectas y dogmas de los gentiles, ¿no se burlaría y convencería de sus errores con mucha más confianza y certeza, y se alegraría mucho más devotamente de su sana fe, y daría gracias al Padre de las luces por esto? Porque no se debe pensar que Moisés o Daniel quisieron aprender la sabiduría secular por otra razón, sino para poder destruirla mejor y vencerla.

Golpearon, pues, aquel día a los filisteos, etc. Magmas humildad, Ajalón significa campos. En todas las cosas que la Iglesia hace correctamente, golpea a los filisteos; porque por los bienes que hace, disminuye las fuerzas de los espíritus malignos; porque deben ser golpeados desde la humildad del comienzo, hasta la amplitud de la virtud consumada, desde el inicio de la fe hasta la fructífera amplitud de la caridad. De la cual se dice: Tu mandamiento es muy amplio (Sal. CXVIII). Pero también el estado universal de la Iglesia, comenzando desde la humildad de la única nación judía, ha llegado creciendo hasta los confines de todo el mundo. De los cuales el salmista canta al Señor: Y tus campos se llenarán de abundancia, engordarán los confines del desierto (Sal. LXIV).

El pueblo estaba muy fatigado, etc. Lo que se dice que el pueblo comió con sangre, no se debe pensar que comió carne cruda y sangrienta: lo cual no es de naturaleza humana, sino bestial; sino que, habiendo matado a los animales, antes de que la sangre se diluyera bien, cocieron o asaron las carnes no purificadas, y así las comieron. Significa, pues, a los maestros inertes, que como vemos hoy, a menudo fatigados por el largo trabajo de catequizar, apresuran a algunos que habían rescatado de los errores demoníacos predicando, a ser sacrificados por los ritos gentiles; intentando imitar a aquel a quien se le dijo desde el cielo a los animales de toda clase: Mata y come (Hechos X). Pero como si mataran en la tierra, y

comieran con sangre, a quienes no apartan suficientemente de los sentidos terrenales, y de las seducciones de la carne y la sangre, ya sea enseñando o viviendo ellos mismos. Y apresuran a incorporar a los miembros de la Iglesia a los acostumbrados aún a los vicios y no instruidos en las virtudes que deben realizarse; contra el ejemplo del primer pastor de la Iglesia, que en el cenáculo, es decir, en el lugar más alto de vivir o enseñar, se le ordena matar lo ofrecido, y comer lo purificado por Dios. Y es de notar que, aunque la perfección de la mente humana es imperfecta, Jonatán, autor de tantas y tan grandes obras, tal triunfador, incurre inadvertidamente en la subrepción de la gula. Todo el pueblo, después de observar el tiempo establecido de la continencia diligente, después de tantos adversarios derribados en un solo día, también es derribado por la gula victoriosa. Pero porque la tentación de la gula es múltiple, a este lo llevó a comer antes del tiempo concedido, a aquel le persuadió a tomar menos de lo concedido en el tiempo concedido.

Anunciaron a Saúl, diciendo que el pueblo había pecado contra el Señor, etc. Conocida la desidia de los rectores perfectos por la negligencia de los doctores, que pecan contra el Señor, bautizando a aquellos que no han purgado suficientemente de la cogitación carnal, aún no instruidos plenamente en la fe, inmediatamente tales son acusados de transgresión, y se ordena que se proponga abiertamente la regla de vida celestial con autoridad católica; y a los maestros inertes, a quienes hasta entonces la impericia vulgar había afligido, se les ordena que, llevando hasta la forma de vida que ellos mismos aprendieron de los padres, a todos los que han recibido para instruir, catequizándolos sobre el ejemplar firmísimo de la perfección católica, los maten de la conversación anterior de la tradición paterna, y bautizándolos los incorporen a los miembros de la Iglesia, y no pequen más contra el Señor, uniendo a la unidad de su cuerpo, es decir, a la Iglesia de Cristo, a los ignorantes de la fe y la vida celestial. El buey y el carnero arrebatados a los filisteos, y sacrificados y comidos por el pueblo de Dios sobre la roca intelectual, significan a cualquier necio y soberbio, renovados a la vida espiritual desde la costumbre mortal; así como antes las ovejas y los becerros con los bueyes arrebatados por ellos, igualmente dados a los movimientos irracionales y lascivos del alma o de la carne, pero salvados por el Señor, insinúan.

Saúl edificó un altar al Señor. Edificó un altar, para que, celebrado sobre él el holocausto, intercediera también por el pecado que el pueblo había cometido temerariamente. Cualquier maestro perfecto edifica en el corazón de los oyentes la fe en la pasión del Señor, donde en el altar de la cruz vivificante se derramó aquella preciosa sangre para la remisión de los pecados, informando a todos con el ejemplo manifiesto; porque si la salida del Señor fue la muerte, con mayor razón los siervos deben mortificar sus miembros que están sobre la tierra; fornicación, impureza, lujuria, mala concupiscencia, y avaricia, que es idolatría (Col. III), y otras cosas semejantes, que son obras de la carne y la sangre, y que no pueden asociarse al fruto del Espíritu, como se manifiesta claramente. Pero también nosotros, replicando diariamente las palabras o acciones de los antiguos padres y pueblos, y deseando ser espiritualmente restaurados en la lucha con los enemigos, cuantos entendemos las palabras de tanta autoridad solo literalmente, como matando bueyes y ovejas en la tierra, comemos con sangre; porque tocamos las cosas celestiales con una mirada carnal y terrena. Pero quienes reconocemos que todas las cosas se recapitulan espiritualmente en Cristo y la Iglesia, sobre aquella gran roca, que cortada del monte sin manos creció, destruyendo el imperio del mundo, y llenó toda la tierra, matando sin daño comemos, y ya construimos un altar grato al Señor de nuestra devoción y sentido piadoso.

Y Saúl dijo: Ataquemos a los filisteos de noche, etc. Saúl, disponiéndose a atacar a los filisteos de noche, y devastarlos hasta su exterminio, consulta el oráculo del Señor, y no lo merece; buscando al autor del pecado, descubierto por sorteo, y confesando, condena a

Jonatán a muerte; a quien, sin embargo, porque hizo una gran salvación en Israel, el pueblo lo rescata del juicio de muerte. A menudo los buenos rectores, queriendo que todas las insidias de los demonios sean combatidas, y que la cizaña sembrada sobre la buena semilla sea completamente, si es posible, expurgada del campo de este mundo, no reciben respuesta del Señor por las Escrituras de que esto pueda hacerse; buscando la causa, no oyen otra más que la fragilidad e ignorancia humana; porque evidentemente ni los mismos doctores eminentes, ni los líderes de los creyentes, pueden estar inmunes de la subrepción del pecado en los bienes que hacen, sino que en muchos ofenden todos; pero para que no paguen por esto la muerte eterna, son ayudados tanto por los méritos de los bienes que hicieron, como por las oraciones de las Iglesias que defendieron luchando.

Y Saúl se retiró, para no perseguir a los filisteos, etc. Se retiran ciertamente los doctores conscientes de su fragilidad, y no se consideran capaces de indagar o evacuar todas las astucias de los demonios; pero ¡ay de aquellos corazones, a los que los espíritus inmundos, rechazados y expulsados, recurren como a sus propios lugares!

CAPÍTULO X. Saúl expulsa a los enemigos de Israel por el contorno, glorioso por sus hijos y soldados.

Pero Saúl, confirmado el reino sobre Israel, luchaba, etc., hasta lo que está escrito: Porque a quienquiera que Saúl veía hombre fuerte y apto para la guerra, lo asociaba a sí mismo. En esta lectura, bajo la figura del reino o casa de Saúl en crecimiento, se describe la fe de Cristo que se propagará por el orbe, quien luchaba por el contorno contra todos sus enemigos; porque desde Judea, que está en medio de las naciones, enviando predicadores, Cristo sometió a su nombre a las naciones enemigas con su palabra. Según lo que el salmista predijo: Todos los que están a su alrededor, ofrecerán dones (Sal. LXXV).

Contra Moab y los hijos de Amón, y Edom, etc. Moab y Amón, que ayudados por la embriaguez, en la cual hay lujuria (Efes. V), fueron concebidos de incesto de noche; entienden a los herejes, degenerados por la semilla de la fe paterna recibida desordenadamente. Edom, que siendo el mayor fue sometido a servir al hermano menor, expresa al pueblo judío: que está sometido a las naciones gentiles por el orbe, tanto por la ceguera de la perfidia de la mente, como por la condición de servidumbre terrenal. Los reyes de Soba, los filisteos y Amalec, de quien se dice a continuación.

Y habiendo reunido el ejército, golpeó a Amalec, etc. Significa a las naciones extranjeras de la sangre de los patriarcas por la fe y el sacramento, a quienes Cristo supera a todos, enemigos de su paz, por doble razón, para liberar a Israel espiritual de la mano de sus devastadores, ya sea salvando a los creyentes con su fe, o condenando a los incrédulos con su justa examinación.

Fueron, pues, los hijos de Saúl, etc. Tres hijos de Saúl expresan a los grandes líderes de la fe católica, que predica a un Dios en tres personas. Que porque no son lo que son por su propia virtud, sino por la gracia de Dios, porque desean disfrutar de la visión eterna de su Creador (a quien se dice, Pero tú eres el mismo [Sal. CVIII]) porque confían en ser salvados y reinar perpetuamente por Cristo Jesús, el verdadero Rey y Salvador; correctamente el primer hijo se interpreta como Don de la Paloma, el segundo Deseé, el tercero Mi Rey es salvación. Sus dos hijas indican a los pueblos más débiles de los fieles, pero devotos a Dios de cuerpo y mente; o ciertamente la hija primogénita tiene la apariencia de la sinagoga, la menor de la Iglesia. A quienes también la etimología de los nombres conviene; porque la Sinagoga de los elegidos no está recogida de todas las naciones ampliamente, sino de la multitud de la sola stirpe

israelita: pero la Iglesia está convocada a la fe de todas las naciones, correctamente la hija primogénita se dice que se interpreta de la multitud, la segunda de todos. La esposa de Saúl, Ajinoam, que se interpreta como el decoro del hermano, figurativamente anuncia toda la perfección de la Iglesia católica, que frecuentemente en el Cantar de los Cantares es llamada hermana, y decoro de su Creador, quien se dignó hacerse su hermano por el misterio de la encarnación. Abner, príncipe de su milicia, que se dice lámpara del padre, insinúa a Juan el Bautista, que era lámpara ardiente y luminosa (Juan V), o a todos los hombres de virtud que resplandecen con singular altura sobre los demás defensores de la Iglesia. Es necesario advertir al lector que no siempre las mismas personas mantienen un mismo modo de figuras en la parte típica, sino que, cambiadas las causas de las circunstancias, también se cambian las especies y órdenes de los tipos según el tiempo y el lugar.

Había, pues, una guerra poderosa contra los filisteos, etc. La causa de la guerra poderosa contra los filisteos fue principalmente porque Saúl asociaba a sí mismo a todos los hombres fuertes y aptos para la guerra. Porque si el mismo rey no estuviera rodeado de ninguna mano de milicia más fuerte, de ninguna manera sería terrible para los enemigos vecinos, y los incitaría poderosamente a la guerra; sino que, como en los tiempos anteriores hasta entonces, Israel les serviría a ellos vergonzosamente, sin ninguna esperanza de libertad; así ciertamente, así en la Iglesia cuantos estamos disueltos de las buenas obras, ni estamos dotados de la milicia de las virtudes espirituales; porque pecamos desidiosos y negligentes, pagamos tributo a los enemigos hostiles con la tibieza enervada de la conversación siniestra. Pero cuando nos arrepentimos de la servidumbre del pecado, retomamos la esperanza de vencer, el enemigo se levanta, y nos ataca con estímulos de tentaciones más frecuentes y más agudos, para que nos devuelva, si puede, al servicio de los delitos; o, si no puede, al menos venga más gravemente la injuria de su desprecio. Pero para pasar de nuestras morales a contemplar los hechos alegóricos de los mayores; y en el mismo comienzo de la Iglesia naciente, cuanto más asociaba a sí mismo Cristo a los hombres más fuertes y más aptos para la guerra espiritual, tanto más numerosos y frecuentes eran los despojos de almas que en ese tiempo tomaba de los espíritus inmundos; pero también soportaba mayores certámenes de martirio por ellos.

CAPÍTULO XI. Saúl, ordenado a destruir a Amalec, ordena a los parientes de Moisés que se aparten para no perecer con ellos. Y porque violó el mandato en parte, al rasgarse el manto de Samuel, oye que se le rasgará la gloria del reino. Por lo demás, Samuel, habiendo matado por sí mismo al rey de Amalec, se niega a ver a Saúl.

(I Reg. XV.) Y Samuel dijo a Saúl: El Señor me envió para ungirte como rey, etc., hasta lo que está escrito, Que había constituido rey a Saúl sobre Israel. Esta lectura bajo la apariencia de Samuel y David enseña que el reino de los judíos será transferido a las naciones por la culpa de la perfidia, o más bien que todos los que no odien los pecados con sus autores con perfecto odio, deben ser extirpados del reino de la fe; y dado esto a los mejores vecinos, no obstante, los que obran iniquidad, con sus obras deben ser perdidos.

Dijo Samuel a Saúl: El Señor me envió para ungirte como rey, etc. El discurso profético dice diariamente a los líderes de la Iglesia que no son elegidos por su propia libertad o esfuerzo, sino por el ministerio del Señor para gobernar a su pueblo; por lo tanto, deben siempre escuchar atentamente la voz de su mandato. También dice a todos los hijos de la Iglesia que obedezcan las órdenes del Señor; porque ciertamente todo aquel de corazón puro, que espera ansiosamente la visión de Dios, ha sido ungido como rey sobre su pueblo Israel; sobre el conjunto de buenas acciones y pensamientos, con cuyos méritos espera alcanzar su visión.

Israel, de hecho, se interpreta como "hombre que ve a Dios". Y bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V).

Así dice el Señor de los ejércitos: He contado, etc. Una introducción adecuada para exhortar a la guerra espiritual, para que quien ordena emprenderla sea reconocido como el Señor de los ejércitos; es decir, de las huestes angélicas, cuyo auxilio necesitamos para luchar contra las potestades del aire. Egipto, que significa oscuridad, representa los pecados anteriores que nos siguieron hasta el mar del bautismo, pero en él fueron sumergidos. Amalec, que resistió a Israel después de cruzar el Mar Rojo en el camino del desierto, y se interpreta como "pueblo bruto", representa aquellos pecados que, después de las aguas del bautismo, nos asedian con armas cotidianas para impedirnos llegar a los reinos prometidos de la patria celestial; para que no conservemos el fruto de nuestro corazón en santificación, intentan arrancarlo con un diente letal; de los cuales se nos ordena demoler todo y no perdonarles; es decir, despojarnos de todo aquello por lo que la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia: ira, indignación, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca, y otras cosas semejantes.

No les perdones, sino mátalos, etc. Desde el hombre hasta la mujer, desde la obra perfecta del pecado hasta el pensamiento carnal, dice, la madre y nodriza de la descendencia impura. Al niño y al lactante, los mismos inicios y propósito de la acción nefaria, que la mala reciente concepción alimenta peor; entiende, el buey, la oveja, el camello y el asno, la torpeza de la necedad, la inercia de la disolución, la vileza del orgullo y la petulancia de la lujuria.

Entonces Saúl ordenó al pueblo y los contó, etc. Y nosotros, para poder vencer las batallas de los vicios, es necesario que reunamos en nuestro corazón sentimientos mansos e inocentes; imitadores del Cordero inmaculado, que se dignó redimirnos con su sangre de este mundo de Egipto. Estos sentimientos, obedeciendo al mandato de un espíritu modesto, prevalecen verdaderamente contra el enemigo cuando, armados con el amor doble, es decir, de Dios y del prójimo, caminan por el camino de la verdad; cuando, con la sola esperanza del denario celestial, desprecian todas las delicias y miserias de la morada terrenal, correctamente se mencionan los soldados de a pie, comprendidos en el número de doscientos y diez: pues no hay duda de que el número milenario señala la perfección de la cosa o persona de la que se trata.

Y cuando Saúl llegó a la ciudad de Amalec, etc. La ciudad de Amalec expresa la línea compacta de tentaciones contra los fieles, que ahora, excitada por los demonios, ahora por los hombres, ahora por nuestra propia concupiscencia, se enfurece contra nosotros. A esta ciudad de vicios tentadores le es próximo un torrente inundante, es decir, el ímpetu turbio de pensamientos fluctuantes, que descendiendo de los montes de la soberbia demoníaca, tanto más gravemente golpea los muros de la depravación, y nos hace inexpugnables, cuanto más agudamente el invierno de la persecución exaspera el año del Señor favorable. Sin embargo, en este torrente tendemos emboscadas contra Amalec, cuando con las virtudes ocultas del alma, y con los estudios de devoción que solo el juez de nuestro corazón conoce, nos esforzamos por anticipar y vencer al enemigo. Pues casi le enfrentamos en combate abierto, cada vez que con limosnas, oraciones, ayunos y otros géneros de armadura espiritual, imploramos la ayuda de nuestro autor contra él; pero cuando con fe, esperanza y amor, y con armas apostólicas semejantes, que solo quien las otorgó sabe cuán abundantemente están en nosotros; aunque otros hombres, y los mismos espíritus malvados, nos acechen diligente y solícitamente, lo ignoran. Cuando, digo, nos vestimos con tales armas invisibles contra las maldades espirituales en los lugares celestiales, o en medio de las mismas tormentas de

tentaciones, es como si tendiéramos emboscadas en el torrente contra Amalec; porque derribamos al enemigo que furiosamente se muestra, donde no ve.

Y Saúl dijo al ceneo: Idos, apartaos, etc. La historia sagrada refiere que los ceneos eran parientes de Moisés, diciendo: Haber, el ceneo, se había apartado en otro tiempo de los demás ceneos, sus hermanos, hijos de Hobab, pariente de Moisés; y había plantado sus tiendas hasta el valle que se llama Sennim, y estaba junto a Cedes (Jueces IV). Por tanto, Saúl ordenó al ceneo apartarse de Amalec. El doctor egregio se preocupa de que si encuentra alguna virtud entre los vicios que reprueba, la conserve intacta. Pues encontrarás muchos incluso entre los paganos mansos, humildes, benignos, pacientes y sirviendo con limosnas y oraciones al ejemplo del centurión Cornelio. Estas virtudes, que por su cercanía casi de parentesco concuerdan con la ley de Dios, y ascendiendo desde las profundidades del mundo, ayudan a que puedan llegar al descanso y luz prometidos, no deben perderse entre los vicios, sino que deben separarse del catálogo de todos los vicios para que puedan beneficiar a su poseedor (pues ceneo significa poseedor). El ceneo, que ha de salvarse, se aparta de Amalec, que ha de ser destruido, por orden de Saúl, cuando las virtudes de los catecúmenos que ayudan se separan de los vicios que pesan, por el examen del doctor riguroso; para que no se detesten las virtudes de alguien malo por los vicios detestables, que se demuestra que ejercita diligentemente entre los vicios detestables. Ni tampoco se juzguen los vicios de alguien bueno, de los cuales como hombre no puede carecer entre las virtudes, como dignos de ser abrazados por la cercanía de las virtudes; sino que con justo discernimiento se corrijan en todos los males que impiden el camino de la salvación; se conserven los rectos, que ayudan.

Y Saúl hirió a Amalec, etc. Evila, que se dice doliente o parturiente, insinúa el inicio de la conversión, que no se inicia sin dolor y una cierta molestia como de parto del nuevo hombre. Sur, que se traduce en recta, designa el fin perfecto de la corrección. Que bien se describe como un desierto situado frente a Egipto, porque así cada uno conserva mejor la rectitud que ha recibido, si siempre recuerda la opresión de las tinieblas de las que ha sido rescatado. En Evila, puesto con la espada de la palabra que dice: Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados (Hechos III). Pero también el apóstol Santiago, cuando dice: Afligíos, lamentad y llorad; vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos en la presencia del Señor, y él os exaltará (Santiago IV). Golpeando a los mismos, llega a Sur, que está frente, como dice en otro lugar la Escritura, contra la faz de Egipto; cuando dice el apóstol Pablo: Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor, andad como hijos de luz (Efesios IV). Y él mismo, puesto en Sur, no descuidó mirar a Egipto, de donde había salido, diciendo: Que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios, pero he alcanzado misericordia (I Corintios XV). Muestra que fue golpeado saludablemente, para vivir mejor después de la caída, cuando dice: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas II). No solo los que se convierten, sino también aquellos que, habiendo recibido la palabra de verdad, no se preocupan por convertirse de la depravación, son golpeados desde Evila hasta Sur: porque, entregados a dolores perpetuos, soportan la justa sentencia de la divina severidad, que está frente a Egipto; porque según la maldad de sus estudios les retribuirá. Y también a estos, por orden de Samuel, los golpea Saúl, cuando el mismo maestro de la Iglesia, según las advertencias de la Sagrada Escritura, corrige a los obedientes para la vida, y predice justamente la condenación de los despreciadores.

Y capturó a Agag, rey de Amalec, vivo, etc. Hasta aquí la lucha de Saúl designa a un rector óptimo y discreto, ya sea de sí mismo o del pueblo sujeto a él, a partir de aquí lo designa inerte y reprobado, que correctamente perdona a los inocentes parientes de Moisés. Correctamente destruye a todo el vulgo y a todas las cosas viles y reprobables; pero no

correctamente reserva los rebaños de ovejas y otros animales que se inclinan hacia la tierra, las vestiduras y todas las cosas hermosas junto con el mismo rey. Y los líderes de la milicia espiritual deben exterminar con la espada de la palabra y la vida a todos los que se oponen a los siervos de Dios que huyen del Egipto intelectual, es decir, de las tinieblas del mundo, ya sean hombres o actos reprobables; pero deben conservar intacto todo lo que encuentren inocente y mosaico entre ellos. Pero aquellos que solo se esfuerzan por erradicar las abominaciones e infamias, por ejemplo, la fornicación, la idolatría, el perjurio, la concupiscencia de los hombres, los robos, los falsos testimonios, y otros crímenes semejantes, ya sea en sus propios hábitos o en los de sus súbditos; pero no quieren destruir las comilonas y borracheras, las contiendas y envidias, la avaricia, el odio, el deseo de vana alabanza o honor, como si fueran menos nocivos, o incluso saludables, ni tampoco al mismo rey de los vicios, el más gordo, es decir, el orgullo de la soberbia, ciertamente incurren en la culpa de una gravísima transgresión. Por cuyo mérito de culpa, y en ejemplo de Saúl, el reino de Dios ofrecido al pueblo judío fue dado a una nación que produce sus frutos. Y muchos hoy en día de los cristianos dejan la corona de vida prometida para que otros la obtengan. Donde también, según la letra, se nos advierte muy saludablemente que la autoridad del mandato divino siempre prevalezca en nosotros sobre el afecto humano. Pues el hombre perdona con una misericordia insensata al hombre, a quien Dios ha ordenado no perdonar; como si el hombre supiera mejor qué debe hacerse con el hombre que el que hizo al hombre (Eclesiástico X). Sin embargo, Agag no solo designa la soberbia con la autoridad del reino (porque el principio de todo pecado es la soberbia), sino también con el mismo nombre, que se traduce como "techo", porque a menudo, contenido por el conocimiento de los demás, el orgullo de la altivez se hincha en el corazón de los malvados. Captura a Agag, rey vivo, y el vulgo lo mata, quien erradicando los vicios de la carne, sabe discernir y definir cuánto es nociva la soberbia, separándola de las virtudes mediante la discusión; pero no sabe extinguir la humildemente viviendo en sí mismo. Y Saúl perdona a Agag, y el pueblo también perdona, cuando el mismo líder de las virtudes, el alma, cede suavemente a la soberbia latente en el corazón; y todo el ejército de obras espirituales que lo sigue se corrompe por la adhesión a la misma nefanda hinchazón.

Y vino la palabra del Señor a Samuel, diciendo, etc. El arrepentimiento de Dios no es una perturbación del sentido, que suele caer en los hombres, retractándose de lo que imprudentemente han cometido; sino que se dice que es el cambio de las cosas transitorias, permaneciendo la inmutable presciencia divina; pues así como no arrepentirse significa no querer cambiar lo que ha establecido. Juró el Señor y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre (Salmo CIX); es decir, lo que una vez estableció, nunca cambió el sacerdocio de Cristo. Sin embargo, se arrepintió de haber constituido a Saúl como rey; porque tanto la perfidia de toda la nación judía como la fe de los falsos cristianos priva de la promesa del reino.

Y Samuel se entristeció, etc. Estas cosas no deben ser expuestas por alegoría, sino más bien llevadas a la imitación de la virtud: para que por los errores de los hermanos, que ellos mismos aún no pueden entender en sí mismos, no solo nos entristezcamos en el alma, sino que también clamemos al Señor por ellos con toda intención; y no solo eso, sino que también nos preocupemos por devolverlos a la corrección y reconocimiento de sus faltas tan pronto como el lugar y el tiempo lo permitan.

Y cuando Samuel se levantó de noche para ir a Saúl por la mañana, etc. Carmelo, significa conocimiento de la circuncisión; Galgala, revelación. Muchos, por tanto, aún sin haber vencido completamente la lucha de los vicios, ya se prometen a sí mismos la corona de justicia como si estuviera asegurada por el conocimiento perfecto de la purificación, lo cual

es un signo de que erigen para sí mismos un trofeo de confianza de un combate ya consumado, y esto en el monte altísimo de las virtudes, que se llama conocimiento de la circuncisión. Y descienden después de esto a la revelación, cuando ellos mismos, después de haber ascendido a la cumbre de las virtudes, después de haber probado el gozo de la retribución celestial, se jactan de conocer verdaderamente los secretos revelados de la cara del corazón con verdadera humildad gloriosa. De los cuales el Señor dice al Padre: Has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños (Mateo XI, Lucas X).

Y Saúl le dijo: Bendito seas tú del Señor, etc. Entiende por la voz de los rebaños y manadas los movimientos desordenados del alma, y los tumultos disonantes de pensamientos insolentes; que quienquiera que se niegue a domar y reprimir en sí mismo, en vano se jacta de haber cumplido la palabra del Señor, que ordenó demoler todos los vicios.

Y Saúl dijo: De Amalec los trajeron, etc. Estas cosas, aunque no quiera, las confiesa con una conciencia culpable al profeta; pues no solo a Dios, cuyos ojos ven todo desnudo y abierto, sino también a los hombres espirituales, los corazones fraudulentos de los malvados son evidentes. Pues también Eliseo, aunque Giezi estaba lejos, estaba presente en espíritu. Y el Apóstol, ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, reprende al pecador en Corinto. De los ejemplos, dice, de los reprobos trajeron los múltiples clamores de afectos brutales y lascivos. Pues el sentido imprudente perdonó a estos vicios, que parecían menos nocivos, y no se preocupó por destruirlos; más bien, considerándolos virtudes, pensó que debían ser ofrecidos gratamente a su autor. Por ejemplo, considerando la necesidad como simplicidad, llamando al ímpetu de la ira el celo de Finees y Elías, considerando la desidia del letargo como la paciencia de David, y llamando a la angustia de la avaricia la parsimonia, la discreción; y debe notarse y evitarse igualmente la costumbre más perversa de los malvados, que suelen acumular sus faltas excusándolas. Pues he aquí que Saúl dice que él y el pueblo mataron lo que el Señor ordenó matar; pero de lo que fue reservado contra su mandato, no él, sino el pueblo, perdonó. Y muchos negligentes y perezosos, si han superado algunos vicios, o creen haberlos superado, no atribuyen esto a la gracia del autor, sino a su propio esfuerzo. Pero lo que no quieren o no pueden extinguir en sí mismos, lo atribuyen al defecto de la naturaleza que les fue dada, para que de manera indirecta la causa de la culpa humana se devuelva al mismo Autor de la naturaleza.

Y Samuel dijo a Saúl: Déjame, y te indicaré, etc. Arriba leímos que Saúl fue ungido como rey en el día; en el día que se predijo que sería ungido, y ahora se muestra reprobado en la noche. No esto fortuitamente y sin causa, sino porque el día a veces se dice justicia, la noche pecado, en el día fue elegido, y en la noche fue rechazado, quien por la modestia de la humildad mereció reinar, por la culpa de la desobediencia mereció ser reprobado, no por el juicio divino, sino por el mérito humano variable. Pero también hoy, diciendo el Señor: Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XX); cualquiera que sea llamado, por las obras de las tinieblas es separado de la luz de los elegidos.

Y Samuel dijo: ¿No eras pequeño a tus propios ojos? etc. Y esta reprensión del bienaventurado Samuel conviene a cualquier cristiano que transgrede la fe con la que fue instruido; diciendo a él alguno de los maestros espirituales, de los cuales el mismo Samuel tiene la apariencia: ¿No viniste a la Iglesia humillado en tu alma por la vida pasada, que era sin Dios, y habiendo recibido ya la gracia de la fe y el bautismo, fuiste hecho cabeza en el ejercicio de los frutos del Espíritu, con los cuales deberías llegar a la visión de la claridad divina? Pues Israel se interpreta como "hombre que ve a Dios". Y el Señor te ungió con el crisma de su Espíritu, para que como rector y moderador de buenas acciones pertenecieras al

imperio del rey eterno. Enviándote también en el camino de la nueva conversación, habiendo vencido al hombre viejo con sus actos, te ordenó mortificar todos los miembros que están sobre la tierra. ¿Por qué, pues, despreciando la voz evangélica y apostólica, preferiste establecerte otra regla de vida, y acumular despojos de vicios? en los cuales, aunque a veces parezca que engañas los ojos de los mortales, sin embargo, ante el examen del juez interno, has hecho un gran mal.

Y Saúl dijo a Samuel: Más bien, he escuchado la voz del Señor, etc. Cuánto conviene esta respuesta de Saúl a la obstinación rebelde de los soberbios, se hace fácilmente evidente por lo que se ha expuesto anteriormente. Pues hay quienes, convencidos ya sea por la lectura de la Sagrada Escritura o por el discurso de los maestros, y reprendidos por sus propios delitos, prefieren no humillarse para pedir remedio, sino más bien excusarse para adquirir un aumento de pecados.

Y Samuel dijo: ¿Acaso quiere el Señor holocaustos o sacrificios? etc. Y estas cosas, propiamente dichas, convienen a los judíos, que, descuidando el juicio, la misericordia y la fe, y otras cosas semejantes, pensaban que podían aplacar al Señor con sacrificios y holocaustos. Pero también ahora en la Iglesia hay no pocos cargados de riquezas y crímenes, que confían en que los pecados a los que no dejan de adherirse, los lavan con limosnas diarias. Hay otros que creen que se castigan a sí mismos de las inmundicias de los vicios con ayunos y oraciones, y la frecuencia de la salmodia, de los cuales no se preocupan por abstenerse, cuando el Señor ordena que tales sacrificios no los ofrezcan pecadores cualesquiera e impuros, sino los que se abstienen del pecado. Finalmente, el salmista no dice: Entre malas obras haz el bien; sino, Apártate, dice, del mal, y haz el bien (Salmo XXXVI). Y el leproso en la ley o el inmundo, no con la misma inmundicia, sino cuando se veía limpio de ella, se le ordenaba ofrecer sacrificios a Dios. Sin embargo, se debe notar que no dice que los sacrificios sean malos, sino que la obediencia es mejor, para mostrar que aquellos también son buenos en su tiempo. No vitupera la ley, sino que prefiere el Evangelio. Dice que el pueblo de la ley es digno de alabanza, porque con piadosa devoción del corazón ofrecía sus holocaustos de los rebaños a su Autor; pero designa mucho más laudable a quien, según el consejo del Evangelio, presenta su cuerpo como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.

Por tanto, porque has rechazado la palabra del Señor, etc. Así como las demás cosas de esta lectura, así también este rechazo de Saúl reprobado, según la alegoría, puede convenir al estado de la sinagoga, y según la tropología de la ley, al estado de cualquier falso cristiano, ya sea maestro o discípulo, primero fiel, y luego condenado, cumpliéndose la profecía de Balaam, que dice: Será quitado por causa de Agag su rey, y será quitado su reino (Números XXIV); porque, evidentemente, por la peste de la soberbia oculta en el pecho, y no borrada completamente, tanto el pueblo judío de antaño como ahora muchos cristianos han sido privados de la sede del reino celestial.

Y se volvió Samuel para irse, etc. La gracia profética se volvió, para apartarse de los judíos a causa de sus pecados, y ellos no lograron asir completamente el manto de la profecía, con el cual podrían calentar su alma con fe y adornarla con obras; sino solo la parte extrema, que es la letra, la cual, al abstraerla de la solidez del sentido espiritual, desgarraron como si fuera de la integridad del manto profético. Por lo tanto, como no temieron desgarrar a los profetas, merecieron que el reino de Dios se desgarrara de ellos y se entregara a las naciones. Pero también hoy, cualquiera que, habiendo sido instruido por las sagradas escrituras y preparado para buscar el reino celestial, las desprecie con mente impía; porque mancha la vestidura sagrada que lo unge para el reino, la bienaventuranza del reino le es arrebatada y dejada a un

prójimo mejor. Tampoco difiere de la miseria de tales, el hecho de que Samuel, al oír la soberbia de Saúl, se dice que se volvió para irse. Muchos, mientras desprecian hacer el bien que conocen, al final, por el justo juicio de Dios, merecen no saber qué deben hacer. De aquí la lujuria de los herejes, que con múltiples cizañas contamina la cosecha de la semilla evangélica con un germen nefasto, mientras que, al ser rechazada repetidamente la ciencia de la acción de la verdad, finalmente se aparta y se aleja de la mente.

Por otra parte, el triunfador en Israel no perdonará, etc. Aquel que, dice, te hizo triunfar con su gracia, no solo a ti, sino a todo Israel, luchando contra Amalec, tampoco te perdonará a ti, que has transgredido su palabra; cuanto más recibiste la facultad de vencer no por tu fortaleza, sino por el cielo, tanto menos serás excusado en guardar el anatema. Porque como dijo Moisés: La guerra es solo del Señor contra Amalec (Éxodo XVII); y: Borraré, dice, la memoria de Amalec de debajo del cielo (Ibid.). Lo mismo debe entenderse de la lucha espiritual, donde cuanto mayor es el peligro de perdonar a los enemigos, es decir, de consentir en los vicios, mayor es el don que recibimos diariamente de nuestro Autor en la remisión de los pecados. Y debemos temer que nosotros mismos, menos solícitos por la visión celestial, merezcamos oír con Saúl: Porque el triunfador en Israel no perdonará; es decir, aquel que concedió el don de la victoria a muchos, para incitaros a la acción de gracias y a la diligencia en vivir, os condenará al final en el severo examen de su sanción en la corte. Algunos piensan que lo que se dice, Por otra parte, el triunfador en Israel no perdonará, no se refiere al Señor, sino a aquel de quien se ha dicho antes, Y lo dará a tu prójimo mejor que tú; que, en efecto, David, habiendo recibido el poder del reino, no quiso perdonar, por mandato del Señor, ni a la casa de Saúl ni a los enemigos externos que debían ser exterminados. Esto lo exponen moralmente, porque los prójimos mejores que nosotros se esfuerzan con el mayor empeño en extinguir los vicios que ven que nos han prevalecido, para no caer ellos mismos en el mismo pozo de transgresión en el que ven a otros caer miserablemente. Por otra parte, lo que sigue, Y no se arrepentirá, significa la sentencia eterna e inmutable que el Señor ha amenazado. Lo que se añade, Porque no es hombre para que se arrepienta, manifiestamente indica lo que se dijo antes, donde se dice que Dios se arrepintió, no se refiere a la pasibilidad de la sustancia divina, en la cual no hay cambio ni sombra de variación, sino que se señala la locución de Dios adaptada humanamente a los hombres. Por lo tanto, no se arrepiente Dios de su pacto como lo haría un hombre, cuya sentencia sobre todas las cosas es tan fija como cierta es su presencia.

Pero él dijo: He pecado, etc. Y se declara tanto la soberbia obstinada de Saúl como la siempre humilde modestia del bienaventurado Samuel. Pues, ¿qué hay más soberbio que, habiendo conocido su propio crimen, por el cual se muestra transgresor, e incluso anatema ante el Señor, aún así pida ser honrado por los hombres y ante los hombres? ¿Qué hay, por el contrario, más benigno que, habiendo reconocido la maldad de otro, por la cual se muestra reprobado ante el Señor, aún así no rehúse honrarlo ante los hombres? De donde, porque ahora tampoco faltan aquellos que, reprendidos por maestros espirituales o por las sagradas escrituras por sus crímenes, a veces se sienten más gravados por la alabanza nociva de los prójimos que se alegran de ser curados por su saludable penitencia. Nosotros también, a ejemplo del bienaventurado Samuel, debemos actuar con modestia hacia tales personas, y no debemos exponer a aquellos que, incorrigibles, no dudamos que ya están condenados por el juicio divino: especialmente si los reconocemos investidos de alguna dignidad eclesiástica, que la unción de ese mismo Saúl no indebidamente expresa.

Y dijo Samuel: Traedme a Agag, etc. Agag, como se dijo antes, significa cubierto; Amalec se llama pueblo de langosta o pueblo que lame. Dice, por lo tanto, la Escritura profética, dicen sus ministros y dispensadores a sus oyentes, que saquen a la luz confesando la herida de la

soberbia, largamente oculta y mal guardada en el corazón. La soberbia, en efecto, es el rey y la cabeza de los demás crímenes, ya que de su raíz proceden; que busca engañar a los incautos con falsa adulación, como lamiendo, y devorar todos los brotes de la gracia vital. Pero el mismo rey nefando se dice muy gordo, es decir, abrumado por la deleitable gordura de crímenes que crecen en exceso. De lo cual habla el salmista: Salió como de la gordura su iniquidad (Salmo LXXII).

Y dijo Samuel: Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, etc. Entiende por la espada de Agag el furor más eficaz de la soberbia; por las mujeres hebreas privadas de hijos, las almas fieles, pero despojadas del fruto de las buenas obras por la soberbia victoriosa. Pero como tú, dice, oh presunción soberbia, apartaste a innumerables de la vía de la verdad; así, en el tiempo señalado, cuando venga aquel que destruirá justamente todo el imperio de la iniquidad, tu madre impiedad, cautiva de interminables crímenes, carecerá de toda esa malísima prole de vicios, no teniendo ya a quienes seducir.

Y Samuel cortó en pedazos a Agag, etc. Y cualquier doctor espiritual y profético corta en pedazos al rey del pueblo que lame; cuando, examinando las múltiples decepciones de la soberbia, y eviscerando diligentemente el vicio, contempla y explica qué debe hacerse contra cada una de sus astucias. Lo que dentro del gordísimo Agag, es decir, el mal encubierto, son receptáculos ciegos de podredumbre y corrupción, lo dilucida y lo revela; y esto lo hace el doctor en Galgala, es decir, en la revelación de la verdad y la fe manifestada. Y de otra manera: Cuando, en efecto, en la revelación del último juicio, predice que todo el cuerpo del pecado, al que ahora los réprobos perdonan tontamente, será completamente destruido y triturado.

Y Samuel no volvió a ver a Saúl, etc. Más digno de imitar que de alegorizar, a quien por el mérito del pecado detesta tanto, que ni siquiera se digna verlo alguna vez, a este mismo le otorga tanto amor fraternal, que lo testifica incluso con duelo y lágrimas. De donde no indebidamente a tales hombres de ánimo, tanto el dicho del salmista, que dice: ¿No odiaba yo, oh Dios, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? (Salmo CXXXVIII), como aquella bienaventuranza evangélica, que dice: Bienaventurados los que lloran ahora, porque ellos serán consolados (Mateo V). Pues si sin ninguna duda es bienaventurado aquel que, con los ojos turbados por el temor de la ira venidera, lava su lecho, es decir, las obras de virtud, en las que debe descansar, trabajando en su gemido, llorando cada noche; cuánto más bienaventurado es aquel que, ya hecho más seguro de su salvación por la propiciación de Dios, suplicando al Señor por los excesos fraternos, llora y lamenta.

LIBRO TERCERO.

PRÓLOGO.

Habiendo ya explicado con no poco esfuerzo dos libros de nuestra exposición sobre Samuel; uno, que contiene el nacimiento, vida y liderazgo del mismo bienaventurado profeta Samuel y sacerdote; otro, que contiene los hechos de Saúl, primero elegido por el Señor, pero luego reprobado; ahora nos disponemos a comenzar el tercero con los auspicios del bienaventurado David; no confiando en nuestro ingenio, sino confiando en todo momento en la ayuda del supremo auxiliador con sus sacrosantas oraciones, amadísimo de los obispos, y esperando con certeza, porque aquel que entre los tan disonantes recovecos del camino histórico, digo, de las cosas agradables a Dios de Saúl, y luego de sus actos perversos, ha guardado nuestro paso alegórico sin tropiezo, como creemos; él mismo, en los actos espirituales del bienaventurado David, que corrió no por un camino erróneo, sino con el corazón dilatado por

los mandamientos del Señor, dignándose acompañarnos con la gracia de su piedad, en los arcanos más altos del misterio espiritual que tipifican. Donde brevemente en el prólogo se debe recordar, porque cuando las cosas antiguas iban a pasar, y todas las cosas nuevas iban a hacerse, también era necesario que se indicara figuradamente con frecuencia el mismo cambio. Así como arriba Samuel es sustituido por el sacerdocio reprobado de Elí, para indicar que el sacerdocio de Cristo, que ahora se lleva a cabo en la Iglesia, sucederá al sacerdocio legal; así también aquí, por Saúl, David ungido como rey, significa que el reino de los judíos, que era por la ley, será cambiado por el reino de la Iglesia de Cristo. Según lo cual el Señor protesta a los mismos judíos, diciendo: Por eso os digo, se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mateo XXII).

CAPÍTULO PRIMERO. Samuel, por mandato del Señor, unge a David el belenita, traído de los pastos, como rey, inmediatamente resplandeciente con la gracia perpetua del Espíritu, de modo que incluso alivia a Saúl, poseído por un espíritu maligno, tocando el arpa.

(I Samuel XVI). ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl? etc., hasta lo que está escrito: porque el espíritu malo se apartaba de él. Esta lectura significa al Salvador del Señor ungido singularmente con el óleo de la alegría para reinar en la Iglesia, cuyo imperio resplandeciente, removida la sombra de la ley, los judíos son en parte instigados a perseguir, en parte salvados por la fe recibida de la encarnación y pasión del Señor. Dijo, pues, el Señor a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Dijo Dios Padre a los profetas y apóstoles que se lamentaban de la reprobación de los judíos, ya sea presente o futura: ¿Hasta cuándo lloraréis la ruina del pueblo contumaz? habiéndolo yo, por sus culpas, desechado para que no usurpe para sí el reino singular de la fe y la verdad, como si fuera más excelente que las demás naciones y más familiar a Dios; sino que reconozca que las naciones de los gentiles, salvadas por la misericordia de Cristo, son mucho más sublimes que él. Pues para que también conozcas que los antiguos profetas se entristecieron, e incluso lamentaron, por la futura ceguera de su pueblo, que fue para nosotros causa de iluminación, escucha a Isaías, quien, habiendo preanunciado la gracia del advenimiento del Señor, dice: A los que habitan en la región de sombra de muerte, luz les ha resplandecido (Isaías IX). Inmediatamente, respondiendo al advenimiento de esa misma luz, añadió y dijo: Has multiplicado la nación, y no aumentaste la alegría (Ibid.). Y en otro lugar, recordando la adición de ese mismo pueblo, dice entre otras cosas: Y los ángeles de paz llorarán amargamente (Isaías XXXIII); significando a los profetas, mensajeros de la palabra divina. Pero también el profeta Jonás, enviado a predicar a los ninivitas, prefirió huir al peligro del mar que predicar la palabra de fe a los gentiles (Jonás I); temiendo, sin duda, que, al ser quebradas las ramas de la buena oliva por no creer, el acebuche injertado por la fe se hiciera partícipe de la raíz y de la gordura de la oliva.

Llena tu cuerno de aceite, y ven, etc. Deja, dice, el cuidado del reino carnal, y más bien recibid con esperanza y amor aquel imperio que se prueba ser riquísimo por la luz del Espíritu Santo. Esto no viniendo de vosotros mismos, sino enviados por mi Espíritu, cuidad de anunciarlo a aquel pueblo que, separado de las seducciones del mundo, suspira por las alegrías de la salvación eterna. Porque he provisto para mí un rey entre los hijos de ese mismo pueblo. Isai, en efecto, significa isla de holocausto o sacrificio, Belén significa casa de pan. Isla es cada alma fiel; isla es toda la Iglesia de los santos, que, separada de las olas de este mundo buscando lo más alto, purificándose ya completamente por el fervor del Espíritu Santo, hace de sí misma una hostia aceptable a Dios, y de su pecho un hogar del pan vivo.

Y dijo Samuel: ¿Cómo iré? etc. Decían los profetas al Señor, decían también los apóstoles: ¿Cómo podremos predicar el reino del Nuevo Testamento? oirán los celosos de la ley, los

judíos, y nos matarán. ¿A cuál de los profetas no persiguieron? y mataron a los que anunciaban la venida de Cristo. A los cuales el Señor, respondiendo, mandó que su cuerpo, separado de la conversación del pueblo, lo tomaran con la mano de una más estricta continencia, y preparado para sufrir la muerte por el Señor, lo llevaran, y que encendieran a sus oyentes para soportar la gloria del martirio, como mandó llamar a Isai a la víctima. Nunca mejor se supera al portador de la muerte, que cuando se tolera por amor supremo. Y yo, dice, a vosotros, oh mis profetas, y pregoneros de lo por venir, no como a otros por hombres, sino por la infusión de mi Espíritu, os mostraré qué decir o hacer, y quién, dónde, o cuándo vendrá Cristo. Estas cosas pueden entenderse especialmente de Juan el Bautista, a quien, predicando de Cristo, oyeron y mataron los judíos; pero él, preparado tanto de cuerpo como de mente para el martirio, llamaba a sus oyentes a la víctima, es decir, al bautismo de penitencia. A quien no algún hombre maestro, sino Dios mismo le mostró qué debía hacer; y dado el signo del Espíritu Santo, le enseñó a quién de todos los que bautizaba debía dar testimonio de la divinidad.

Y vino a Belén, etc. Surgidos en el mundo los pregones de los profetas sobre Cristo, aquellos más prudentes que se encontraban con los mismos profetas, ya consideraban dignas de milagro sus palabras, y con solícita intención indagaban si estas mismas oráculos de los profetas señalaban la paz venidera para los siglos; o si, a semejanza de la ley de Moisés, iban a imponer un yugo insoportable sobre las cervices de los discípulos. Respondieron los profetas, y cada uno proclamaba en sus libros, que habían sido enviados a la ciudad de Dios para dar testimonio de aquel que vendría a pacificar las cosas terrenales con las celestiales; y después de largos peligros de enemistad, que merecía la iniquidad humana, reconciliar el mundo con Dios, por los venerables misterios de su sangre. Lo cual puede entenderse del mismo modo de Juan, porque los pueblos, admirando su vida y doctrina, pensaban que él era el Cristo, y preguntaban solícitamente sobre su estado. Pero él, testificando que venía a anunciar la paz venidera a las tierras,

A inmolar, dice, al Señor he venido, etc. Es decir, a enseñar y sufrir por el Señor he venido; bautizaos y creed conmigo, para que juntos vivamos en Cristo.

Santificó, pues, a Isai y a sus hijos, etc. Santificó a todos, pero solo ungió con el óleo del crisma a David; porque muchos son los miembros de la Iglesia, pero uno es la cabeza. Muchos bautizó Juan, pero en uno descendió la paloma.

Y cuando entraron, vio a Eliab, etc. Introduce a los hijos de Isai, primero, segundo y tercero. En estos no se encuentra a nadie digno de ser ungido; porque la Sinagoga produjo doctores de la ley, profetas y salmistas; pero todos estos son partícipes, nadie entre ellos se encuentra como autor de la salvación humana.

Trajo, pues, Isai a sus siete hijos delante de Samuel, etc. El número siete, por el sábado, concuerda con la ley, así como el número ocho con el Evangelio por el misterio de la resurrección. Ninguno, por lo tanto, de aquellos que, según la ley, son perfectos, esperan, predicar, perciben solo el sábado, ya sea del cuerpo en el presente, o incluso del Espíritu en el siglo futuro, aunque sea alto en méritos y fuerte en fuerzas, es suficiente para salvar al mundo.

Y dijo Samuel a Isai: ¿Han terminado ya los hijos? etc. Habiendo sido enviados al mundo los doctores de la ley, habiendo sido enviados los pregoneros de la profecía, habiendo sido enviada la dulzura de la salmodia, habiendo sido enviada, finalmente, la larga devoción del pueblo, instruido en los divinos servicios por la ley de Moisés, los profetas y los salmistas,

aún quedaba la encarnación de Cristo, que vendría en la plenitud de los tiempos. De lo cual se entiende correctamente lo que dice Isai: Aún queda el pequeño, y apacienta las ovejas. Porque un niño nos ha nacido; un hijo nos ha sido dado (Isaías IX). Quien habla en el Evangelio: Yo soy el buen Pastor, y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen (Juan X). Ni sin razón cierta de misterio se narra que el mismo pequeño, antes de ser ungido por el profeta, ya apacentaba las ovejas; porque aquel buen Pastor, que vino para que tengan vida, y la tengan en abundancia, apacentaba noventa y nueve ovejas en los cielos, antes de buscar y encontrar la centésima en la tierra. Este completó el número ocho; porque también nos dio la esperanza de nuestra resurrección y nos dio su ejemplo. Siendo el día en que el Señor resucitó, el tercero desde el día de su pasión, pero el octavo desde el día de la primera creación. Así también, después de las seis edades de este siglo, y la séptima, que ahora se lleva a cabo en la vida de las almas en el sábado, se espera que venga como la octava edad nuestra resurrección.

Y dijo Samuel a Isai: Envía, y tráelo, etc. Decían los profetas a los santos de aquel tiempo: Enviad la intención devota de vuestra mente, y con oraciones frecuentes dirigidas a Dios, obtened la venida de Cristo, diciendo: Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación (Salmo XXXIV); y otras cosas semejantes. Porque no podemos, habiendo completado el sacrificio de las presentes pasiones o buenas obras, sentarnos con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, antes de que el Hijo de Dios, viniendo humilde y pobre, rompa el lazo de la muerte y nos abra sublimemente las puertas de la vida. Pues él mismo nos testimonia en el Evangelio que no podemos sentarnos, es decir, descansar en el reino, por nosotros mismos, sino por su gracia: En verdad, os digo, que se ceñirá, y hará que se sienten, y pasando les servirá (Lucas XII).

Envió, pues, y lo trajo, etc. Deseaba el anciano Simeón, deseaban los demás santos de aquel tiempo que el Señor viniera en carne, y vino. Era rubio por el derramamiento de su pasión; porque el buen pastor dio su vida por sus ovejas (Juan X). Y era hermoso de aspecto más que los hijos de los hombres; porque no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (Salmo XLIV; I Pedro II). A lo cual es muy semejante lo que en su alabanza dice la esposa: Mi amado es blanco y rubicundo (Cantar de los Cantares V); blanco en acción, rubicundo en sangre. Y lo que sigue allí, Elegido entre mil; esto es lo que aquí, reprobado por sus hermanos, solo David es ungido.

Tomó, pues, Samuel el cuerno de aceite, y lo ungió, etc. El profeta recibió la gloria del verdadero rey para ser predicada, y dijo: Amaste la justicia, y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, y lo demás (Salmo XLIV). Quien fue concebido del Espíritu Santo, nunca dejó de tener la plenitud de ese mismo Espíritu desde la hora de su concepción. Juan recibió el oficio de dar testimonio de Cristo; y al descender sobre él el Espíritu Santo en medio de aquellos a quienes bautizaba, vio y dio testimonio de que este es el Hijo de Dios; y Jesús salió en el poder del Espíritu a Galilea.

Surgió Samuel y se fue a Ramá. Completado el oficio de la unción, Samuel regresó a su casa; porque ya con la venida del Señor, que se había anunciado que vendría, los anuncios de los profetas se silenciaron. Pues la Ley y los profetas hasta Juan (Mat. XI), desde entonces se evangeliza el reino de Dios. Pero también el mismo Juan, por el oficio de su precursor, dijo: "Es necesario que Él crezca, y yo disminuya" (Juan III).

El Espíritu del Señor se apartó de Saúl, etc. Al crecer el anuncio de Cristo, la gracia del Espíritu pronto abandonó los corazones de los judíos infieles, y los movió con una impía

peste a perseguir su nombre; y esto con el justo juicio del Señor permitiéndolo, para que los probados se manifestaran en la Iglesia, y los impíos, por sus méritos exigentes, se hundieran más profundamente en el abismo de su malicia.

He aquí que un espíritu malo de Dios te atormenta, etc. Los apóstoles decían a los judíos, deseando en todo servir a su salvación: Vean y reconozcan cuán malo es el espíritu que, por culpa de ustedes, ha sido enviado por el Señor contra el nombre de su unigénito Hijo, y los ha hecho entrar en consejo: y ahora, habiendo hecho penitencia por sus errores, acudan al auxilio del madero vivificante, donde están extendidos los miembros inocentes del mismo Cordero inmaculado de Dios y Señor nuestro Jesucristo. Buscaremos, es decir, adquiriremos para ustedes, exponiendo más claramente la fe, si quieren, a ese hombre, bien conocido por nosotros, pero aún desconocido para ustedes, que dotado de un conocimiento singular sobre los hombres, sabe cómo ahuyentar las mortíferas flechas del adversario dañino con el madero salvador de su cruz: para que cuando el diablo los incite a emular contra la gracia del Evangelio, la sombra de la ley, la memoria de la pasión del Señor esté presente, y pronto refrene sus corazones de la furiosa intención.

Provean para mí a alguien que sepa tocar bien, etc. Conozco a muchos que saben tocar, pero provean y traigan a alguien que toque bien; lo cual es como decir a los judíos que asienten a las palabras de los apóstoles: conocemos a muchos que han sido crucificados por sus pecados, pero no los hemos reconocido como útiles ni para ellos ni para nosotros. Por lo tanto, provean para que nos instruyan en sus sacramentos, nos traigan a nuestro pecho la fe y el amor de él, catequizando, quien al bien mortificar sus miembros sobre el madero, nos redimió de la muerte perpetua.

He aquí que he visto al hijo de Isaí de Belén que sabe tocar, etc. Uno de los jóvenes es la unidad de los humildes de Cristo, coincidiendo con un solo corazón y alma. Que a los judíos que preguntan sobre la fe, y que tocan poco a poco, por así decirlo, los signos cerrados de la cruz vivificante, dilucidando de inmediato los misterios buscados de la fe y de la dispensación del Señor: He aquí, dice, con los ojos de la carne o de la fe he visto y conocido al nacido de la raíz de Jesé, en Belén de Judá, un hombre que sabe llevar las enfermedades y someterse al patíbulo de la muerte, capaz de derrotar a las potestades aéreas, sublime en fortaleza y prudencia, más bien la misma virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, hermoso en forma más que los hijos de los hombres, y en la inocencia de vida y en la exhibición de obras celestiales: y para llegar al máximo, él es el único que pudo decir: "Yo en el Padre, y el Padre en mí está"; y, "Quien me ve, ve también al Padre" (Juan XIV); cuyas virtudes eminentes también cantan la gloria de su nombre. Se le llama David, es decir, fuerte de mano, o deseable. Fuerte de mano es en la virtud de la pasión, porque derribó a los adversarios. Deseable en la claridad de la resurrección, con la cual elevó a los suyos. De quien está escrito: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla: él es a quien desean mirar los ángeles" (Salmo XXIII); y quien, como dice el profeta, "vendrá el Deseado de todas las naciones, y se llenará de gloria la casa del Señor" (Ageo II).

Entonces Saúl envió a Isaí, diciendo: Envíame a David, etc. Los judíos recién catequizados enviaban palabras de su voluntad a aquellos que los precedieron en Cristo, diciendo: Crean en nuestra sociedad de salvación por el bautismo en Cristo, a quien siempre en sus corazones, con fe, esperanza y caridad, hemos aprendido a ministrar los pastos de la vida eterna a los bienaventurados, tanto ángeles como hombres, quienes, prestando atención a las justas peticiones de los hermanos, les concedieron los misterios de Cristo que debían recibir. Y no hacían esto con fe, sino según aquel que con sus discípulos dijo: "Vayan, enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo

XXVIII): inmediatamente añadió y dijo, "Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado" (Ibid.). Entre los sacramentos de la fe, con los que se imbuirían externamente, también enviaban ejemplos de virtudes, con los que se alimentarían interiormente: pues el pan y el vino son virtudes y doctrina espiritual. Porque el pan fortalece el corazón del hombre (Salmo CIII). Y tu copa, dice, "embriagante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo XXII). El cabrito de las cabras es un lamento humilde de los penitentes, separado del rebaño lascivo de las turbas pecadoras: pues el cabrito solía ofrecerse en la ley por los pecados. Estas cosas Saúl envía a Isaí a través de David en un asno, cuando cualquier sabio maestro, instruyendo a sus oyentes por la gracia de Cristo, recuerda con frecuencia que la gracia de las virtudes, que deben imitar, abunda en los simples y despreciados por el juicio humano. Nota también en la unción de Saúl, que también significa el reino de Cristo, que se encuentran asnas, panes, una jarra de vino, y también cabritos: de los cuales se ha tratado en su lugar.

Y David vino a Saúl, etc. El Señor vino a los corazones de los judíos creyentes por la fe, y se mantuvo ante ellos por el deseo infatigable de su dulzura reconocida y deseada. A quienes amándolo, él mismo les ministró contra todas las luchas del maligno enemigo, armas abundantes de fe y verdad, y estas invencibles, a saber, la coraza de justicia, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efesios VI).

Por lo tanto, cada vez que el espíritu malo de Dios se apoderaba de Saúl, etc. El sentido es claro por lo anterior, y no solo se aplica a los judíos fieles, sino también a nosotros. Porque es necesario que cada vez que alguna tentación del maligno espíritu se apodere de nuestra mente, apartándola de la tranquilidad de su estado, cualquiera de los hermanos espirituales que esté presente, nos recuerde la humildad de la pasión del Señor, exhortándonos con diligencia; porque quien siendo inocente y justo soportó voluntariamente el suplicio de la cruz por nosotros, ciertamente dejó un ejemplo, para que siguiendo sus huellas, actuemos inocentemente en las cosas prósperas, y pacientemente en las adversas. Así será, que con la exhortación fraterna, como si fuéramos reconfortados por la mano del David que toca la cítara, lo soportaremos más fácilmente. Porque David siempre significa a nuestro Redentor, pero a veces en sí mismo, a veces en sus miembros: y al retirarse el impulso del espíritu maligno, pronto la gracia del santo espíritu nos iluminará. Si a alguien le preocupa por qué el mismo Espíritu se llama tanto de Dios como malo; sepa que se dice de Dios por su justísima permisión, y malo por la malísima voluntad del mismo Espíritu. Porque Dios usa incluso a los espíritus malos para la prueba de algunos, o para su condenación, o corrección, o incluso para la conservación en los buenos. Para la prueba, como el Señor probó al bienaventurado Job a través de Satanás tentando: para la condenación, como al rey Acab, por causa de sus crímenes precedentes, el espíritu mentiroso, con el permiso del Señor, lo engañó para que pereciera en la guerra: para la corrección, como el Apóstol entrega al pecador en Corinto a Satanás (I Cor. V), para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús. Además, para la conservación de las virtudes, como el mismo apóstol, para que no se exaltara por la grandeza de las revelaciones, recibió un ángel de Satanás que lo abofeteaba (II Cor. XII). Josefo en la historia de las Antigüedades, menciona así este lugar: "A Saúl lo comprendieron de repente ciertas pasiones y demonios, que le causaban sofocaciones y angustias"; y poco después: "Ordenaron, dice, que cuando los demonios lo invadieran y turbaran, estando de pie sobre su cabeza, tocara la cítara y recitara himnos." Porque no se debe pensar que aquella cítara, aunque resonara dulcemente, pudiera tener tanta virtud que expulsara a los espíritus inmundos: sino que la figura de la santa cruz, y la misma pasión del Señor que se cantaba, ya entonces quebrantaba la audacia del diablo; así como el ángel devastador de Egipto, no por la virtud de la sangre puesta en los dinteles (Éxodo XII), sino porque esa misma sangre era un tipo: también el lugar del umbral medio, el dintel y ambos postes, donde estaba ungido,

expresaba la misma figura de la cruz salvadora. Las casas de los hebreos, que vio señaladas, las pasó ilesas, por el consejo divino que prefiguraba, que vendría en carne, quien con su sangre nos liberaría de la muerte eterna por la cruz.

CAPÍTULO II. Los campamentos de Israel, aterrorizados por Goliath durante cuarenta días pidiendo un duelo, finalmente es superado por David con una honda y una piedra.

(I Samuel XVII.) Reuniendo los filisteos sus ejércitos para la batalla, etc. . . . Pero todo Israel amaba a David, etc. Esta lectura enseña místicamente las largas y frecuentes insidias del antiguo enemigo contra el género humano, vencidas solo por el poder y la paciencia del Cristo encarnado. Por lo tanto, los filisteos denotan las potestades contrarias, pero Israel al pueblo de los fieles, por el solo mérito de la acción, pero también por la significación del nombre. Porque Israel significa ver a Dios, o se dice hombre o mente que ve a Dios: "Y bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V). Filisteos se interpreta como doble ruina. Y los ángeles o los hombres malos primero caen en pecados, y después caen en el castigo del fuego eterno. Pero reuniendo los filisteos sus ejércitos para la batalla, se reúnen en Soco de Judá, es decir, en la humildad de la alabanza o confesión, cuando los espíritus malignos, viniendo unánimemente contra la Iglesia, la sacuden con diversas tentaciones de vicios. Porque no llevan un solo ejército, sino muchos contra Israel; cuando según la calidad dispuesta de su malicia, unos espíritus de ira, otros de envidia, otros de soberbia, otros de vanagloria, otros de lujuria, otros de gula, otros de discordia, otros de avaricia intentan derribar a los elegidos con sus dardos. Porque todos estos se esfuerzan por quitar a los hombres impíos la humildad de la confesión y alabanza devota a Dios, que ellos mismos perdieron por su soberbia. Porque esa es la noble base en la que la casa de las virtudes y la fe construida, no sabe caer por ningún impulso de la tormenta. Y acampan entre Soco y Azeca en los confines de Domim, esto es, entre la humildad y la fortaleza, en los confines de las sangres, cuando con toda la intención del nefando combate se esfuerzan por arrebatarse a los fieles, ya sea la fortaleza de la obra, o la custodia de la humildad entre las obras fuertes. Porque ellos, siendo los más soberbios e infames, no pueden subir a las altas murallas de la humildad o la virtud. Pero tendiendo insidias entre estas a Judá, pues destruyendo, intentan arrebatarse la confesión de los piadosos. Ellos más bien están en los confines de las sangres, es decir, siempre buscando infligir heridas de mala sugestión a los elegidos. Pero los hombres de Israel dirigen la línea de batalla en el valle de Terebinto contra los filisteos, cuando los fuertes en la Iglesia, acosados por las tentaciones de los demonios, toman el refugio de la verdadera humildad. Que se llama muy apropiadamente el valle de Terebinto. Porque el terebinto es un árbol que mana una resina lacrimosa muy excelente, que disuelta por la industria del médico, une lo que está separado y congutina lo que está desgarrado. Tal es ciertamente la humilde y lacrimosa conversación de los santos, que restringiendo los flujos de los vicios, restaura los miembros disueltos del alma conteniéndolos. De la cual el salmista dice: "Bienaventurado el hombre cuyo auxilio está en ti, Señor; ha dispuesto ascensos en su corazón en el valle de las lágrimas, en el lugar que has dispuesto para ellos" (Salmo LXXXIII). Porque ciertamente, con la ayuda del Señor, se asciende hasta el lugar del reino celestial a través de las lágrimas de la humildad. El terebinto también puede ser tomado no inconvenientemente como el mismo árbol de la vida, que está en el paraíso, es decir, la sabiduría coeterna con Dios Padre; que para que nos sombreara con las ramas de sus dones, más bien y para que nos elevara de la convalle de las lágrimas al lugar que nos dispuso, y abriera más sublimemente el olor de su conocimiento, para que nos exaltara a ver a Dios de los dioses en Sion, primero visitó la misma convalle de las lágrimas, naciendo por segunda vez de la tierra. De donde la misma sabiduría, que es el árbol de la vida

para los que la abrazan, habla en el Eclesiástico: "Yo también extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas son de olor y gracia" (Eclesiástico XXIV).

Y los filisteos estaban sobre el monte de esta parte, etc. Y hasta hoy los espíritus inmundos luchando contra la Iglesia, están de pie elevados por el rumor soberbio, a semejanza de aquel primer soberbio, de quien está escrito en el Apocalipsis de Juan: "Y como un gran monte ardiendo en fuego, fue lanzado al mar" (Apocalipsis VIII). Y el soldado de la justicia está de pie, no confiando en sus propias armas, sino elevado por la ayuda de aquel que dice: "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte" (Mateo III). Y había un valle entre ellos; el lugar de lucha para ambos es la misma vida temporal, en la que los buenos y los malos luchando entre sí, el árbol de la vida en medio ayuda y refresca a los dignos, condena y expulsa a los impíos; que también la misma vida común del mundo, y los justos en Cristo, el monte supremo, por así decirlo, pasan con la mente diligente, diciendo: "Pero nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III). Y los reprobos por el diablo, hinchándose, despreciando la sociedad de los prójimos, la trascienden. Contra lo cual el Apóstol advierte a los fieles, diciendo: "No sean sabios en su propia opinión, sino consientan con los humildes" (Romanos XII). Porque los filisteos no menos figuran a los hombres perversos que a los ángeles, militando en el mismo reino del diablo.

Y salió un hombre notable de los campamentos de los filisteos, llamado Goliat, etc. Este hombre notable es el diablo, que diariamente saliendo de los campamentos de los filisteos, es decir, de los corazones de los impíos, preparado para rebelarse contra Dios, no cesa de acosar a los piadosos. Y se llama Goliat, es decir, revelado o transmigrante. Porque durante mucho tiempo oculto a los mortales, como en vano aterrorizaba a Saúl y a los hombres de Israel; en vano se jactaba de ser el más fuerte en los corazones de los impíos, como en los campamentos de los filisteos; pero ya ahora por la industria del joven David ha sido revelado a aquellos que pueden decir: No ignoramos sus maquinaciones. Durante mucho tiempo habitando soberbio en los corazones de los miserables, ya ahora ha sido transmigrado por aquel fuerte de mano, es decir, el Señor Salvador, que dice: "Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Juan XII). O ciertamente se llama transmigrante no incongruentemente, porque de la beatitud angélica una vez transmigró soberbiamente a los infiernos. Pero si queremos entenderlo en sentido activo, como aquel que transmigra a otros, es decir, los transfiere de un lugar a otro, el nombre se refiere a él; porque se esfuerza por hacer que todos sus seguidores transmigren de la tierra de la promesa a la tierra de la perdición, de la vida a la muerte. Que bien se dice que mide seis codos y un palmo de altura, porque quien se gloria de ser semejante al Altísimo, y promete a través de sus filósofos obras perfectas y un fin bienaventurado. Porque en seis días Dios hizo el mundo, y el séptimo descansó; y a los mortales por la ley les estableció seis días de trabajo, el séptimo de descanso. Por lo tanto, porque lo que el Señor verdaderamente exhibe, eso el diablo falsamente promete. La altura de Goliat, que caerá, se asevera similar a la medida del Señor. Cuyo también la ciudad de Gat, que se interpreta como lagar, muestra muy apropiadamente la multitud de los perversos, es decir, la ciudad del diablo, siempre ejercitada en los tormentos de los buenos en el mundo. Ciertamente, a los que no saben, se les debe informar que es espurio, quien es engendrado de un padre ignoble, pero de una madre noble; así como al contrario, engendrado de un padre noble, pero de una madre ignoble, se le llama comúnmente notorio.

Y tenía un casco de bronce sobre su cabeza, etc. Si preguntas qué es una cota de malla, lee en Virgilio: "Una cota de malla tejida con anillos, y de triple hilo de oro."

Y tenía grebas de bronce en sus piernas, etc. El casco, la cota de malla, el escudo y las grebas son diferentes tipos de argumentos o de quienes argumentan, con los que el diablo rebelándose contra el Señor, intenta defender la necedad de su cabeza, es decir, de todos los inicuos, o de su cuerpo miserable. Porque cubre la cabeza del pecado, cuando incluso condenado no teme decir y ser creído como Dios. Cubre también el cuerpo cuando el corazón de los perversos se inclina a una palabra mala, para excusar excusas en los pecados. Cubre, cuando ha cercado todo el lado de la mente humana contra los dardos de la verdad. Todas estas especies de defensas se dicen hechas de bronce, un metal más sonoro que los demás; porque ya sea obra nefanda, o doctrina perversa, no se defiende por la razón reconocida de la verdad invicta, sino por la dulzura fabulosa de la elocuencia secular. Y bien se dice que el peso de su cota de malla es de cinco mil siclos de bronce; porque por la suavidad de la locución engañosa, no como él promete, protege todos los sentidos de sus soldados de la irrupción del enemigo; sino al contrario, cierra todos los sentidos de ellos, que son cinco los más conocidos, de recibir la palabra de la verdad, por la cual se salvarían. La lanza, sin embargo, arma la derecha, cuando incluso a través de algunos hombres de ingenio más cauteloso, intenta turbar o incluso expugnar la fe de la Iglesia. Porque con el casco, la cota de malla o el escudo, y otras armas de este tipo, nos protegemos de la herida: pero con la lanza o la espada solemos herir también al adversario. Por lo tanto, no incongruentemente las armas que son para la defensa de los combatientes, cuando las lleva el filisteo, indican aquellas personas o discursos con los que los impíos cubren sus crímenes; pero aquellas con las que el adversario suele ser herido, señalan aquellos discursos o personas, por los cuales también la virtud de los buenos es lacerada y turbada. De los cuales se añade correctamente:

El asta de su lanza, etc. Porque ciertamente la obra de aquellos que el diablo saca a la lucha contra la Iglesia, parece a los ojos de los insensatos muy apta para tejer una vestidura de justicia y santidad. Pero el mismo agudo de su discurso no sabe mirar ni decir nada más allá de los límites de este mundo, que permanece en seis edades. Que aunque sean de tanto ingenio, que puedan estimar el siglo, sin embargo no saben encontrar a su Creador. Pero en verdad sus telas no son en vestidura, que calienten el alma; porque, como dijo Isaías, "Tejieron telas de araña" (Isaías LIX). Y como en el salmo ciento cuarenta y tres, que propiamente se escribe contra Goliat, el salmista vencedor de ese Goliat testifica: "Cuyo boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad" (Salmo CXLIII).

Y su escudero lo precedía. Al salir Goliat contra Israel, lo precede su escudero, cuando al diablo que intenta engañar a los fieles, también lo preceden y ayudan los ejemplos de los reprobos, armados con la iniquidad.

Stansque clamabat adversum phalangas Israel, etc. La soberbia es el enemigo antiguo, por lo cual hasta la encarnación y pasión del Señor Salvador presumía que ningún mortal podía vencerla. Pues no en vano se dijo al bienaventurado Job: Porque no hay poder sobre la tierra que se le compare, que fue hecho para no temer a nadie (Job. XLI); quien hasta el fin de este siglo presente, a través de los judíos, gentiles y herejes, perturba a la Iglesia, como un malvado armado que precede, clamando contra las huestes de Israel. Y no es de extrañar que todos los israelitas temerosos huyan de él. ¿Cómo, si el Señor no está presente, puede la carne luchar contra un arcángel? Pero para que la carne prevalezca contra el espíritu que carece de carne, primero Dios, oculto en la carne, debe triunfar sobre él. De lo cual se añade típicamente:

David autem erat filius viri Ephratei, etc. David, como siempre, es Cristo el Señor; quien es hijo de un hombre de Efrata, es decir, fructífero; porque de aquel antiguo pueblo hebreo, que

produjo muchos frutos de justicia creyendo, se dignó tomar carne, aunque también siempre en el corazón fructífero de sus fieles nace y se nutre por el amor. Y no solo los nombres de los lugares son místicos, cuya interpretación es muy conocida, sino que el mismo lugar de Efrata o Belén daba testimonio de Cristo que nacería allí. Y bien se recuerda que aquel hombre anciano, es decir, el pueblo ya maduro en la ciencia de la ley, tenía ocho hijos, porque después de la proclamación del sábado y del Antiguo Testamento, también profetizó la gracia del Evangelio y la fe de la resurrección, que vendría por Cristo.

Abierunt autem tres filii ejus majores, etc. Los doctores de aquel pueblo, cuyos tres órdenes expusimos arriba, ya sea ceñidos contra las tentaciones de su carne y mente, o preocupados por instruir a otros, siempre libraban una guerra espiritual.

David autem erat minimus. El Señor debe entenderse como el menor entre los hermanos por dos razones, en los cuales completaría el número de ocho, es decir, aquellos a quienes, perfeccionados en la ley, confiaría los sacramentos del Evangelio, tanto en tiempo como en humildad. Porque después de que vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gál. IV). Y: El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mat. XX). Pues también aquel grano de mostaza evangélico, que él sembró en su campo, es decir, en los corazones de los creyentes, es ciertamente el más pequeño de todas las semillas, por la humildad de la doctrina, pero sobresale por el fervor de la gracia espiritual.

Tribus ergo majoribus secutis Saulem, abiit David, etc. Porque en muchas cosas todos ofendemos, solo aquel que fue concebido de santificación (Jacob. V), Anamartitos, es decir, sin pecado, pudo vivir en la carne, Dios se entiende correctamente; porque incluso a los doctores, a los legisladores de la ley en Judea, a los profetas y salmistas, como algunos interpretan, a los pontífices, escribas y fariseos, que sudaban en la lucha espiritual contra la ley del pecado que se oponía a la ley de su mente, solo nuestro Creador y Redentor regresó inmune de todo conflicto de culpas que golpean, quien además también alimentó al rebaño fiel de su Padre, con la abundante piedad de la divinidad eterna, aunque humilde en carne mortal, lo rejuveneció; porque aunque concordaba con los mortales en la verdad de la naturaleza, pero difería de ellos en la virtud de no pecar, imbuyendo a los hombres con dones espirituales, pero sin cometer vicios entre ellos. Correctamente, David es presentado como salmista para curar a Saúl, pero al regresar de la lucha contra los filisteos, como seguro del enemigo. Además, como buen pastor, mientras los demás están en el campo de batalla, él, libre de la guerra, lleva a sus corderos más mansos a los pastos de Belén.

Procedebat vero Philisthaeus mane et vespere, etc. El número de cuarenta días, durante los cuales el filisteo avanzaba y se paraba contra Israel, expresa todo el tiempo de la Iglesia, durante el cual lucha en esta vida, y con la gracia del Evangelio, intenta cumplir el decálogo de la ley entre las insidias del antiguo enemigo, quien avanza cada día para tentar; porque se esfuerza por corromper el inicio o el fin de cada obra de luz que realizamos. Por la mañana y por la tarde aterroriza a los débiles, a quienes se esfuerza por derrotar con adversidades o prosperidades; ese mismo tiempo de la Iglesia laboriosa se expresó especialmente en su cabeza, cuando estuvo en el desierto durante cuarenta días y fue tentado por Satanás. Pero el astuto tentador, que se regocijaba por haber vencido al primer Adán, se duele perpetuamente por haber sido vencido por el segundo.

Dixit autem Isai ad David filium suum, etc. Todo el pueblo fiel de los hebreos decía al Señor Salvador que nacería de su semilla, suspirando con ansioso deseo por su venida: Toma, te ruego, para refrescar y ayudar a tu pueblo Israel en la batalla espiritual, que son tus hermanos;

porque también te dignaste hacerte hombre y nacer de ellos según la carne; toma, digo, apareciendo en medio de sus campamentos cansados por la batalla diaria, la forma de perfecta humildad; y digna someterte voluntariamente a la custodia de la ley, a la que nada debes. La polenta significa el espíritu contrito, el corazón quebrantado y humillado. La medida de un efa, que tiene tres ánforas, demuestra el espíritu, el alma y el cuerpo del mismo Señor Salvador, o de cada uno de los elegidos, perfectamente unidos y con el digno rito de la humildad. Esa polenta de humildad, en el Señor apareció para instruirnos en la medida que él quiso. Pero en todos nosotros no puede ser hecha de otra manera que con el molino inferior y superior, es decir, de temor y esperanza. También los diez panes llevados por David demuestran con clara razón el alimento para cumplir el decálogo, que no tenemos por nosotros mismos, sino por el don del que da; quien después de hacerse bajo la ley, también nos hizo llevaderos los mandamientos de la ley; como también con su humildad indebida nos enseñaba a ser humildes por la gracia de tantas deudas que no podíamos pagar. Pero de la ternura, por así decirlo, lechosa de ese mismo decálogo, y como aún apta para los pequeños, conviértete al vigor de la inteligencia espiritual, con la cual también puede refrescar y fortalecer a los grandes y distinguidos líderes de la milicia celestial. Entonces, nuestro deseable y fuerte de mano, después de dar a sus hermanos los panes y la polenta, también llevó quesos al tribuno, cuando después de mostrar a los magistrados de los judíos el ejemplo de paciencia y humildad, después de no abolir, sino cumplir los mandamientos de la ley y los profetas, también abrió el entendimiento a sus discípulos, a quienes instituyendo más familiarmente, los ponía como rectores de la Iglesia, para que entendieran las Escrituras.

Et fratres tuos visitabis, etc. Y el Señor en carne diligentemente miró a los suyos, si actuaban correctamente. Y dondequiera que los encontró, se preocupó por visitarlos y llamarlos, y también ahora a través de sus miembros no cesa de hacer lo mismo, distinguiendo a los buenos de los malos, repartiendo sus dones a estos, dejando a aquellos vacíos. Lo que Isaí mandó a David hacer, cuando los fieles en Israel o en sus sermones o proféticos clamaban al Señor que viniera pronto y redimiera al mundo, diciendo: Señor Dios de los ejércitos, conviértete ahora, mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña, y dirígela (Salmo LXXIX), y otras cosas semejantes.

Surrexit itaque David mane, etc. Inclined la sombra de la ley, la verdad brotó de la tierra; es decir, el Señor en carne, quien ministraría la luz del Evangelio al mundo, apareció; quien no abandonó divinamente a las noventa y nueve ovejas elegidas en el cielo, incluso cuando buscaba como hombre en el mundo a una que erraba. Vino lleno de gracia y verdad, y de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia (Juan I); tal como todos los piadosos esperaban que viniera, creían, predicaban, amaban.

Et venit ad locum Magala, etc. Apareciendo en carne el Señor, encontró tanto a los santos que luchaban por la fe, como a los espíritus inmundos maquinando destruir las defensas de la fe. Tal era el estado del mundo cuando nació el Señor, tal perdura hasta el fin de este siglo.

Derelinquens ergo David vasa quae attulerat, etc. Dejando el Señor entre la memoria de sus fieles los indicios celestiales o de generación terrena que trajo al mundo al nacer, para que también estos se guardaran diligentemente entre sus buenas cargas de virtudes; él mismo no se demora en apresurarse a luchar contra el príncipe del mundo, pero también preocupado por la salvación de los suyos, haciendo y enseñando obras de justicia, como si abiertamente preguntara por sus hermanos, si sus obras son rectas o aún deben corregirse.

Cumque adhuc ille loqueretur eis, apparuit vir ille... Goliath nomine, etc. Mientras el Señor Salvador hablaba a los hombres, y a los que inquirían más diligentemente por sus obras o

palabras de justicia, sus obras como rectamente hechas le agradaban, apareció el enemigo antiguo ascendiendo desde los corazones de los impíos, y a través de sus acciones y lenguas nefastas lanzando los venenos terribles de su malicia soberbia contra los elegidos, lo que también hace hoy; ni lo engañó ninguna astucia maligna, como tampoco lo aterrizó la virtud. De donde se añade abiertamente:

Omnes autem Israelitae cum vidissent virum, fugerunt, etc. Porque todos pecaron y carecen de la gloria de Dios (Rom. III). Solo Cristo pudo decir: Porque viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV). Y por eso David solo desprecia y considera como nada la soberbia del filisteo, a quien todos los demás declinan y huyen temerosos.

Et dixit unusquispiam de Israel: Num vidisti? etc. Alguno de Israel, que pregunta si David o el filisteo ha visto; la unidad de aquellos que esperando la redención de Israel, ya con la natividad del Señor resplandeciendo en milagros, buscaban con mente solícita, si el mismo Señor había sido atrapado por alguna insidia del enemigo antiguo, que acostumbraba reprochar a todos los fieles, o si entre los muertos fue liberado; nada en absoluto debía a la muerte, nada al que tenía el imperio de la muerte, al enemigo; pues no fácilmente se hizo evidente para todos que el Hijo de Dios, que fue concebido de santificación, que nació sin pecado, y que viviría en el mundo.

Virum ergo qui percusserit eum, ditabit rex, etc. El pueblo de Israel confiesa al hombre que derribará el reino del diablo, evidentemente distinguido entre las demás naciones por el misterio real y sacerdotal, como poseedor de todas las riquezas que están en los cielos y en la tierra, es decir, Señor de todo el mundo. Pero también se regocija con amor casto y fiel que la Iglesia primitiva, nacida de su propia carne, será unida a ese hombre excelso por el vínculo de esposa, y también testifica con fe no fingida que todos sus elegidos serán liberados de la servidumbre del pecado y elevados a la libertad del Espíritu Santo; ya sea que quieras entender al Padre de Cristo el Señor, o al pueblo de los santos, de los cuales Cristo según la carne, la misma exposición tendrá un fin cierto; porque una es la casa de todos los fieles, una misma fe, esperanza y caridad viven, y esa misma casa es de aquel a quien se canta: Y alégrese todos los que esperan en ti, exultarán eternamente, y habitarás en ellos (Salmo V). Tal era la fe de los antiguos sobre Cristo que vendría en carne, tal es la nuestra sobre aquel que ya nos regocijamos que ha venido.

Referebat autem ei populus eum sermonem, etc. Enseñando abiertamente el Señor, y predicando la expulsión y ruina del príncipe del mundo, todo el pueblo, como recuerda el evangelista, estaba asombrado al oírlo: pero los envidiosos expertos en la ley y los príncipes de los sacerdotes, buscaban cómo extinguir sus saludables comienzos, o incluso perderlo a él mismo, notando su soberbia y furia, porque se manifestaba como el autor de la sobriedad y humildad.

Quare (inquit) venisti? etc. Aunque los judíos se enojen con Cristo, y blasfemando le reprochen la piedad de su venida e encarnación; nosotros le damos las gracias debidas, porque buscándonos en la tierra, se dignó dejar en el cielo aquellas felicísimas cohortes de ángeles; que aunque con múltiples coros de ejércitos espirituales son innumerables, no sin razón se llaman pocas ovejas, hasta que la oveja centésima que erraba, reunida con nosotros, se regocijen con la plenitud de su número perfecto. Alegrémonos de que inclinando sus cielos, en los cuales reina la paz y la justicia, descendió por su propia voluntad para ver nuestra batalla. Descendió para que enfrentándose al enorme enemigo, venciera en la batalla a los suyos; a los suyos que había vencido, los coronara con él en el reino.

Audita sunt autem verba quae locutus est David, etc. Las palabras que Cristo habló sobre la gloria del reino venidero fueron creídas, y llevadas por la fama hasta los mismos príncipes del imperio judío. Quienes, aunque también ellos en parte no poca acudían a escuchar la palabra, él les habló; para que no se turbaran por la virtud del engañador antiguo que pronto sería debilitada, ni por la ruina de su fraude que pronto sería evacuada, ni por la salvación ya cercana del género humano. Yo, dice, que por esto mismo asumí la forma de siervo, avanzando a mayores obras de virtudes, venceré al antiguo expugnador del mundo, al diablo.

Et ait Saul ad David: Non vales resistere Philisthaeo isti, etc. Es la trepidación de los débiles, o incluso la repugnancia de los soberbios. ¿Acaso puede este luchar contra la virtud del diablo, lo que es solo de la Divinidad; siendo de carne humana, incluso humilde; mientras su adversario es poderoso por naturaleza espiritual, además de que desde que fue creado, aprendió a llevar armas contra el Creador, contra nuestro género? Pues él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad (Juan VIII). Homicida, evidentemente, primero de sí mismo por su soberbia, luego también del hombre por seducción; en lo cual, en este doble homicidio, cayó más lejos de la verdad abandonada desde hace mucho tiempo, y hasta el fin del siglo no deja de caer acumulando pecados.

Dixitque David ad Saul: Pascebat servus tuus, etc. El Señor conforta a los débiles en la fe, convoca a los incrédulos a la fe, exhortando modestamente para que entre las fragilidades de su humanidad, con la que asumió nuestros dolores, también conozcan las excelsitudes de su Divinidad, con la que puede sanar esos mismos dolores. Yo, dice, ahora deforme en el hábito de siervo, por la gracia de vuestra salvación, pastoreaba desde el siglo con alimentos celestiales los corazones de todos los fieles, el rebaño de mi Padre. Y venía alguno de los espíritus inmundos, ya sea poderoso por fuerza, o astuto en insidias. Pues el león y el oso, aunque ambos sobresalen en virtud, el oso tiene más fraude, el león más fortaleza; y por eso este expresa figurativamente el fraude, aquel la violencia, ambos la maldad de los demonios. Que venían, dice, y llevaban engañando a alguno de los fuertes líderes de la Iglesia, apartándolo pecando de la sociedad fraterna. Pero yo, ya sea por ángeles o por hombres, testificando abiertamente, o por mí mismo invisiblemente compungiendo, tales, vencidos los espíritus malignos, los llamaba de nuevo al camino de la salvación; contra los mismos espíritus que gravemente soportaban que las almas de los fieles fueran arrebatadas de sus tinieblas, convertían inmediatamente su furia de vesania para desgarrar y blasfemar el culto de mi nombre; cuya blasfemia, sacándola a la luz y manifestándola por mis profetas, reducía todo el rito de idolatría a nada; y tomando a los sabios en su astucia, sofocaba las bocas de la nefanda profesión, diciendo: Porque todos los dioses de las naciones son demonios: pero el Señor hizo los cielos (Salmo XCV). Y: Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, y no hablarán, y demás (Salmo CXIII). Pero también por otro profeta: Los dioses que no hicieron los cielos y la tierra perezcan de la tierra, y de lo que está bajo el cielo (Sab. XV); pues también toda la virtud y prudencia de los profanos, que suele mostrarse por ellos, o por los hombres engañados por ellos, la evacuaba poderosamente yo mismo, que siempre permaneciendo en la divinidad como la virtud y sabiduría de Dios, aparecí en la humanidad para servir temporalmente a la salvación de los hombres. Por lo tanto, también este inventor y origen de todo mal, como uno de sus satélites, es decir, será atrapado en sus lazos; quien se atrevió a provocar a los ángeles en el cielo, y después en la tierra a los hombres a maldecir al Creador; pero también a aquellos que persisten en la fe de su Creador, siempre injustamente exacerbar con los dardos de la maldición, como si no sirvieran al verdadero Dios los adoradores y cultores de aquel, de quien se dice: Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V). Lo que por gentiles, judíos y herejes, nunca dejará de decirles.

Dixit autem Saul ad David: Et Dominus tecum sit. Finalmente, el pueblo de los judíos asiente a las obras del Señor en aquellos que pudieron venir a la fe, y reconociendo verdaderamente sus dos naturalezas en una persona, desearon que con la humildad del hombre enfrentando los dardos soberbios del diablo, con la Divinidad auxiliadora, obtuviera la palma de la victoria.

Et induit Saul David vestimentis suis, etc. El pueblo de los judíos aplicó al Señor encarnado las figuras de las observancias legales, circuncidándolo al octavo día, llevándolo al templo al trigésimo tercero, dando una ofrenda por él, enseñando el sábado carnal, y proporcionando ejemplos de la inmolación anual del Cordero pascual, y otras cosas de este tipo, que en su tiempo eran muy saludables, y los preceptores espirituales en la ley del pueblo judío como cabeza, y el mismo pueblo como cuerpo de Saúl, contra todos los dardos ígneos del más malvado, los armaban muy útilmente.

Accinctus ergo David gladio ejus, etc. La espada de Saúl es la ley, que fue dada por Moisés: la vestidura de David, la obra de gracia y verdad, que fue hecha por Jesucristo. Ceñido, pues, David con la espada de Saúl sobre su vestidura, comenzó a intentar si armado podía avanzar. Pues no tenía, dice, costumbre. Observando temporalmente el Salvador el imperio carnal de la ley, mientras el don de la gracia espiritual permanecía oculto en su interior y aún no divulgado entre los pueblos, comenzó a mostrar gradualmente que su cuerpo, que es la Iglesia, no podía, cargado con las ceremonias de la ley, ser suficiente para el combate espiritual, especialmente en aquellos que de las naciones serían llamados a la fe, que no tenían en absoluto costumbre de soportar los más graves edictos de la ley. De hecho, el apóstol Pedro, a aquellos que querían agravar con las armas de Saúl a los miembros de David que avanzarían contra el gigante en el combate, los advierte y reprende, diciendo: Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de la misma manera que ellos.

Y colocó las cosas, y tomó su bastón, etc. El Señor dispuso los sacramentos de la ley, que, para probar su bondad en su debido tiempo, se dignó recibir por un breve período, y ejerció libremente el poder de su juicio, con el cual siempre gobernaba todas las cosas, incluso en la disposición de la ley. Dejó las armas de Saúl, cuando dijo: Porque el Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado (Mateo XII). Tomó su bastón, que siempre tenía en sus manos, cuando enseñaba a ellos, como quien tiene autoridad, y no como sus escribas y fariseos. Se vistió con las armas de Saúl, al venir a la batalla singular, cuando, acercándose a su combate de pasión, dijo a sus discípulos: Con deseo he deseado, etc. (Lucas XXII). Las dejó, cuando añadió: Porque os digo que no lo comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios, etc. (Ibid.). De manera similar, les predijo que el cáliz de la Pascua legal ya no debía observarse carnalmente. Tomó el bastón, que siempre tenía en sus manos, con el misterio de su cruz que sería provechoso para la salvación del mundo (pues también puede adaptarse convenientemente a la figura del bastón, cuyo tiempo y modo siempre tenía en su poder), instruyendo a sus discípulos: Tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, etc.

Y eligió para sí cinco piedras lisas del torrente, etc. Mostrada la reprobación del mandato anterior, por la debilidad e inutilidad, el Señor enseñó más bien a elegir que la misma ley, escrita en cinco libros, debía observarse espiritualmente, extrayéndola de los turbios sentidos de aquellos que, teniendo un velo sobre el corazón, no podían mirar el rostro de Moisés, y elevándola a las libres auras de la luz evangélica. Por eso también se preocupó de encomendar la misma ley, en su sublimidad de inteligencia espiritual, a los corazones de los

pastores espirituales, que tenía consigo como familiares. A la cual también añadió el auxilio de la honda tejida en tres partes: alegórico, moral y anagógico. Y armado con tales armas competentes, se dispuso a vencer al príncipe del mundo como futuro vencedor.

Y cuando el filisteo miró y vio a David, etc. Y cuando el diablo miró con astucia y vio al Hijo de Dios en el mundo haciendo y enseñando cosas contrarias a él, como si procediera contra él, porque lo encontró humilde, él, que no sabía más que lo soberbio, lo despreció. Pues estaba lleno de nueva virtud y gracia, rojo con la sangre de las pasiones, y hermoso en la acción de las maravillas.

Y dijo el filisteo a David: ¿Soy yo un perro? etc. Ya sea que entiendas el poder del Salvador o la madera de la cruz, se refiere al mismo sentido. Pues el enemigo más soberbio niega ser semejante a un perro, es decir, inmundo en obra y despreciable por su debilidad. Además, niega la paciencia del Salvador, niega ser superado por el poder, a todos los que pasan la vida en este mundo, persiguiéndolos con ladridos feroces, insanos y furiosos, y desgarrándolos con mordiscos. Viniendo él mismo con el bastón de la cruz, veamos qué piensa del adversario que se le opone. Pues dice al Padre: Libra mi alma de la espada, y mi única de la mano del perro (Salmo XXI). Pero también en otro lugar señaló que los miembros de ese mismo adversario deben compararse con perros, cuando dijo: No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mateo XV). Sin embargo, no pocos de ellos, ministrando el pan de los hijos, los convirtió de perros impudentes o rabiosos en ovejas castísimas y mansísimas.

Y maldijo el filisteo a David por sus dioses, etc. El diablo maldice al Dios vivo y verdadero, cuando no teme dar a los espíritus engañados por él, y por eso condenados y condenables al fuego eterno, como dioses a los mortales: además, jactándose de que los hombres espirituales de la Iglesia, acusados de vida carnal, pueden ser vencidos por sus doctores, que en parte son celestiales por naturaleza angélica, en parte mortales por carne terrenal, deben ser transferidos a sus miembros. Maldice también a través de los herejes al cuerpo del verdadero David por sus dioses, cuando enseña a anteponer a la verdad evangélica los sentidos ficticios de su corazón y fundidos en el fuego más perverso, que incluso enseñando cosas carnales, presumen poder convencer las palabras o acciones de los espirituales. Tales cosas más bien convienen a los orgullosos filósofos gentiles, o a ciertos bárbaros (pues a estos pueden decentemente compararse las aves del cielo y las bestias de la tierra) que a la erudición y humildad eclesiástica.

Pero David dijo al filisteo: Tú vienes a mí con espada, etc. El Señor mostró adecuadamente tanto a todos los que ayudaba, como a las potestades que derrotaba, que el diablo del aire estaba armado solo con armas de soberbia y engaño, con las cuales defiende y protege sus pequeñas cosas, o rompe los sentidos de la verdad; pero él mismo es aquel de quien el salmista profetizó: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Salmo CXVII). Finalmente, reprochando a algunos incrédulos, dijo: Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibisteis (Juan V).

Y el Señor te entregará en mi mano, etc. Y serás vencido, dice, por la virtud de mi divinidad, tú que, al ver la vileza de mi carne, te ensalzas con soberbia, y te quitaré, que eres la cabeza de todos los males, de los miembros mortales injustamente unidos a ti; y daré tus miembros caídos y los de tus satélites, es decir, a los hombres separados de vosotros y humillados por mi virtud o gracia, que adheridos a vuestros cultos engañosos, daré, digo, para ser instruidos por los míos, y asociados a mis ministros, que en parte son celestiales por naturaleza angélica, en parte mortales por carne terrenal, para que, predicado el Evangelio por todo el mundo, todo hombre sepa que hay un solo y verdadero Dios que, ahora conocido en Judea y en Israel

su gran nombre (Salmo LXXV). Entonces será celebrado con alabanza católica, es decir, universal, desde los confines de la tierra clamando a Dios y diciendo: Señor nuestro Dios, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (Salmo VIII). Y que a nadie le parezca absurdo que los más bajos de la carne, las aves del cielo y las bestias de la tierra, simbolicen a los doctores que, antes carnales, son capturados por la fe. Pues el mismo Señor es llamado claramente león de la tribu de Judá, y la Iglesia es llamada típicamente leona: no solo por la fortaleza, sino también para insinuar el diligente estudio de la santa rapacidad. Pues el patriarca Jacob dice del Señor: Cachorro de león, Judá, a la presa, hijo mío, has subido (Génesis XLIX). Y el mismo Señor dice de la Iglesia a Job: ¿Cazarás la presa para la leona, y saciarás el alma de sus cachorros? (Job XXXIX). Pero también el Salvador es designado por los cuatro animales. Así como por el hombre y el becerro quiso indicar la humildad de la encarnación e inmolación, así también por el león y el águila quiso indicar la fortaleza y sublimidad de su resurrección y ascensión a los cielos. Quien también habla a Job sobre la Iglesia, diciendo: ¿Se elevará el águila a tu mandato, y pondrá su nido en las alturas? (Ibid.) Para que no pienses que solo se encomienda típicamente la altura de anidar o volar, o incluso la aguda visión del sol, y no también la unidad de devorar, al final añadió: Y donde esté el cadáver, allí se reunirán. Dondequiera que vea a alguien caer de un estado de vida adecuado, inmediatamente se apresura a corregirlo con palabras mordaces, trasladándolo a los miembros de su cuerpo, y como resucitado de la muerte, se apresura a restaurarlo a la vida católica. Creímos necesario dar ejemplo de dos, para que quien lea, también de las demás aves o bestias, sepa qué puede pensar sin escrúpulo de fe.

Y metió su mano en la bolsa, etc. Dijimos antes que la bolsa pastoral son los corazones de los pastores, que se adhieren más familiarmente al costado de Cristo. ¿Por qué no, entonces, la conciencia o el alma del mismo sumo y singularmente buen pastor, se llamaría bolsa pastoral? que contiene cinco piedras lisas, pero fortísimas para derribar al enemigo: porque la purísima ciencia de la ley divina, con la cual se derrota todo error: cuya plenitud está expresada en la piedra, y en los cinco libros está difundida la amplitud, solo Cristo pudo conocer y cumplir perfectamente. En esa bolsa, al meter la mano, tomó una de las cinco piedras que había puesto allí, cuando era necesario hablar del arca del sagrado pecho, armando uno de los cinco libros de Moisés, de los cuales era autor y cumplidor, es decir, Deuteronomio, lo tomó como testimonio para repeler las tentaciones del antiguo enemigo. Pero también nos enseñó a nosotros, instruidos por las sagradas escrituras, a vencer las insidias del mismo enemigo con la unidad de la fe y la caridad. Y bien lanzó con la honda; porque con el sentido espiritual de las Escrituras, que mostramos antes como triple, quebró la soberbia del enemigo, y también nos dio el entendimiento espiritual como armas contra él. Y bien golpeó al filisteo en la frente, porque incluso la misma audacia de su presunción derribó al diablo: desde la misma ostentación de su profesión, demostró que los cultores de dogmas perversos son necios. Pues así como la mano indica la fortaleza de la operación, así la frente indica el conocimiento de la profesión. Por tanto, quien teme ser herido en la frente, arme su frente con el signo de la cruz salvadora, diciendo con el Apóstol: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI). Finalmente, el mismo David, porque sabía decir: Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV); derribó la frente del filisteo, cubierta ciertamente con el casco de la jactancia locuaz, pero no sellada con la luz de la gracia celestial. Y adecuadamente se dice que la piedra quedó incrustada en su frente, porque la sentencia de la palabra divina que el diablo recibe, ya sea en sí mismo o en sus seguidores, de Cristo Salvador o de sus miembros, nunca la sacudirá para ser liberado, sino que sufrirá condenado la execrable gehenna sin fin. Similar a esto es lo que Isaías testifica sobre su condenación irrevocable, diciendo: Y será el paso de la vara fundado, que el Señor Dios hará descansar sobre él (Isaías XXX): es decir, ni será liberado de

los tormentos para ser salvado eternamente, ni correrá entre penas por tiempos cambiantes: y no descansará a nuestro modo de azotar, que levantamos la vara o el látigo del dorso del azotado muy frecuentemente hasta el punto, para poder golpear de nuevo, sino que gemirá sometido a una venganza perpetua sin ninguna pausa de descanso. Esto es contra aquellos que, debido al testimonio de Isaías, que escribiendo sobre los impíos, dice: Y serán encerrados allí en prisión, y después de muchos días serán visitados (Isaías XXIV); prometen al diablo y sus ángeles, y a todos los réprobos, aunque después de largos e innumerables volúmenes de siglos, el perdón de tantos crímenes, y la vida eterna con el Señor, contra la sentencia del mismo Señor y juez, quien predijo que diría en el juicio final: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (Mateo XXV). Pero el gigante, herido por la piedra, cayó en tierra; porque golpeado por la palabra de Dios, el error diabólico, no alto, como antes se jactaba, y celestial, sino terrenal, se hizo conocido, y bajo.

Y como David no tenía espada en su mano, etc. Como el Señor no tenía a nadie como ministro de su palabra, por quien pudiera romper la soberbia del diablo enseñando, sino a quien primero él mismo había arrebatado victorioso al diablo; pues todos eran por naturaleza hijos de ira, todos concebidos en iniquidades, y en delitos fueron engendrados por su madre (Efesios V; Salmo L); vino inesperadamente, y superando al adversario malamente fuerte por mucho tiempo, le quitó todas sus armas, en las que confiaba, para que por quienes el enemigo antes, como por sus armas, masacraba las almas de los miserables, por ellos después el Salvador, convertidos en armas de justicia, cortara la cabeza de la iniquidad de su cuerpo, es decir, compeliere a los pecadores convertidos a la fe a anatematizar a Satanás, y a renunciar a todas sus obras y pompas. Y correctamente se narra que David primero tomó con su mano la espada con la que mataría al filisteo, y la sacó de su vaina; porque al gran defensor del imperio diabólico, a quien el Señor primero, recibéndolo con su visita de piedad, saca de las oscuras guaridas de los errores a la luz de la gracia liberadora; y así le concede corregir también a los demás. Pero también nosotros, cuando enfrentamos la locura de los herejes discutiendo, no con otros que con los argumentos o testimonios de las Escrituras que ellos mismos propusieron para traernos de vuelta, los convencemos de ser fabricantes de mentiras, y cultores de dogmas perversos; ciertamente derribamos la arrogancia del gigante con su propia espada.

Pero viendo los filisteos que había muerto su más fuerte, etc. Viendo los espíritus inmundos que por la encarnación y pasión del Señor había sido vencido y derribado su más fuerte, huyeron de los corazones de los creyentes. Y levantándose los fuertes en la Iglesia, congregados de la circuncisión y el prepucio, levantaron una voz terrible para los malignos de divina predicación y alabanza, y los persiguieron hasta que reconocieran que serían humillados por Cristo, y como sumergidos en el valle de la humillación, quienes antes se jactaban de haber puesto sus campamentos en el monte de la soberbia contra él; y que los fugitivos repitieran los corazones, que antes, habitando malamente, despojaban por completo de todo fruto de piedad y fe. Pues las puertas de Accarón, es decir, de la esterilidad, los filisteos fugitivos las alcanzan, cuando los espíritus malignos, rechazados de la mente de los fieles, se refieren de nuevo a los doctores. Suben las murallas de la misma ciudad de vanidad y mentira, cuando también arrastran al vulgo ignorante al aumento de la obra infructuosa y digna de incendio. Pero también llegan hasta Geth, es decir, el lagar, cuando arrastran los corazones de los engañados para atormentar a los buenos con persecución iniqua. Todo lo cual también puede entenderse en el mismo orden de los hombres perversos.

Y volviendo los hijos de Israel, etc. Es de orden recto que los doctores de la verdad primero expulsen soplando y catequizando de los corazones de los oyentes todo espíritu inmundo, y

así agreguen a la sociedad fuerte de los santos, instruyéndolos con los misterios saludables, a aquellos que fueron campamentos de demonios, pero ya hechos posesión espiritual de Israel.

Tomando David la cabeza del filisteo, etc. Según la letra, creo que debe entenderse que David se preocupó de llevar la cabeza del adversario tan fuerte decapitada a Jerusalén, ciudad rebelde y aún habitada por los jebuseos, no por otra razón que para asustar a aquellos que, confiando en la inexpugnable firmeza o altura de los muros, presumían que no serían vencidos por nadie. Finalmente, en su conquista, que fue hecha por el mismo David, leemos que llegaron a tal grado de soberbia, que decían: Y si no pusieran a otros que a los ciegos y cojos, que pudieran encontrarse en la ciudad, en las defensas, ellos mismos serían suficientes en número y virtud para conservarla. Por lo tanto, el joven triunfador colgó contra la ciudad adversaria la cabeza del gigante vencido, para que también los ciudadanos, aunque feroces, no dudaran que también podrían ser vencidos por él. Pero según las leyes de la alegoría, se debe decir que el Señor se apresuró a mostrar la victoria obtenida sobre el antiguo enemigo a las naciones aún infieles, a través de los apóstoles predicando y haciendo milagros, para convertirlas con este signo de victoria a los sacramentos y dogmas de vida y verdad, cuyas armas también puso en su tabernáculo; porque asoció a la santa Iglesia tanto a los hombres arrebatados al diablo, como reveló sus insidias (pues también estas pueden entenderse en las armas). A nadie le cabe duda de que el tabernáculo de David muestra la casa de Cristo, que es la Iglesia de los fieles.

CAPÍTULO III. Jonatán y David hacen un pacto; y al encontrarse las mujeres con el ejército que regresa, alaban a David por encima de Saúl, creando así una fuente perenne de odio y envidia. Finalmente, invadido por un espíritu maligno, Saúl intenta golpearlo; pero como no puede, lo aleja de sí, haciéndolo tribuno sobre mil hombres.

En el tiempo en que Saúl vio a David salir, etc. Esta lectura designa figurativamente la victoria de Cristo, con la cual venció al diablo, honrando a los devotos y humildes con los servicios de la debida servidumbre; pero los contumaces y soberbios envidiaron sus gloriosos triunfos; sin embargo, aunque tomaron las armas de la impiedad para rebelarse, no pudieron resistir la gracia celestial, para que no brillara por el mundo. Sin embargo, se pregunta cómo Saúl, ignorando el linaje de David, lo busca, siendo su ministro por tanto tiempo, igualmente exorcista y escudero. Y algunos quieren que su mente, agitada por el espíritu maligno, a veces se viera impedida de reconocer, aunque fuera una persona conocida; no considerando que ni siquiera Abner, hombre de tanta severidad y prudencia, testifica conocer su linaje; pues sigue: Y Abner dijo: Vive tu alma, oh rey, si lo sé. Por lo cual parece más creíble que no solo esos cuarenta días, en los cuales se luchó en el valle de Terebinto contra los filisteos, estuvo ausente del lado de Saúl, sino que mucho antes había regresado a pastorear las ovejas de su padre, cuando, como suele suceder en la edad de los adolescentes, podría ocurrir que, cambiando entre el crecimiento de los demás miembros incluso el mismo rostro, no se reconociera fácilmente y rápidamente por aquellos a quienes antes era conocido. Pero cualquiera que fuera la causa, nosotros, dejando de lado la raíz de la historia, ascendamos a recoger las fragantes frutas de la alegoría espiritual. Al salir David contra el filisteo, Saúl pregunta por su linaje: pero como no pregunta a él mismo, no puede aprender lo que pregunta. Al ser golpeado el filisteo, pregunta a él mismo, y escucha.

Soy hijo de tu siervo Isaí el belenita. Predicando el Señor antes de la pasión, y sanando a todos los oprimidos por el diablo, que es salir contra el filisteo, con el bastón de la cruz y el cumplimiento de las Escrituras que eran sobre él; algunos de los judíos se preguntaban entre sí quién era él, Elías, o Jeremías, o Juan el Bautista, o algún otro profeta eminente. Pero lo que buscaban necesario, no podían saberlo, porque al no venir a la fe, no sabían preguntar a él

mismo. Pero después del triunfo de su pasión, resurrección y ascensión, muchos creyendo de ellos, al predicar los apóstoles, lo conocieron verdaderamente como el Cristo, salido de Belén de Judá, y de la raíz de Isaí, según las profecías de los profetas, que había vencido con invicta virtud el reino del príncipe del mundo; que es tener en la mano al joven fuerte con la cabeza del gigante muerto.

(I Reg. XVIII.) Y sucedió que cuando Saúl terminó de hablar con David, etc. Cuando el Salvador, a través de los apóstoles, completó en Judea la proclamación de los dones de su encarnación, muchos, al escuchar la palabra, creyeron. Pero los más perfectos entre ellos, rebosantes de gracia espiritual, simbolizados por el nombre de Jonatán, se unieron a Él con tal amor que no dudaron en dar su vida por Él. Sin embargo, otros no pocos, especialmente aquellos que se regocijaban en el poder terrenal, ya sea por haberlo alcanzado o por desearlo, lo recibieron con menor fervor de amor, pero con el mismo reconocimiento de fe; creyendo y confesando con certeza en su sacramento, no igualándolo a los méritos de los padres de los cuales tomó carne, aunque fueran muy sublimes, sino siguiendo la sentencia del Apóstol que dice: "Cuyos son los padres, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, quien es sobre todas las cosas, bendito por los siglos" (Rom. IX).

Hicieron Jonatán y David un pacto, etc. Cristo y la Iglesia hicieron un pacto de amor mutuo y paz. Pues la Iglesia lo amaba en sus miembros más perfectos, de tal manera que estaba dispuesta a morir por Él; considerando justo dar por Él tanto el cuerpo como el alma, quien, para su redención, siendo verdadero Dios de verdadero Dios, se dignó revestirse de carne humana y alma. Pues "el Verbo se hizo carne" (Juan I), y "el Señor es el protector de mi alma" (Salmo LIII). Finalmente, se despojó en los mártires de la carne con la que estaba vestido, y la entregó al servicio de Cristo; y también dedicó cualquier otra cosa que tuviera de ingenio, virtud y obras a su voluntad, hasta el punto de la habilidad y el arte de hablar, y hasta la industria de emitir argumentos verdaderos de fe y razón contra las astucias de los malvados, y hasta la gloria de la castidad y la pureza inmaculada para ser preservada por amor a Él.

David también salía a todo, etc. Ya sea que el pueblo judío quisiera creer en Cristo o contradecirlo, ya sea que quisiera hacerlo rey o crucificarlo, la sabiduría coeterna del Padre siempre actuaba prudentemente, recompensando poderosamente a los piadosos y tolerando pacientemente a los impíos. Y el mismo pueblo lo puso sobre los hombros de la guerra espiritual, en algunos creyendo y confesando que Él es el único que ayuda a los que luchan por la salvación del alma para que puedan vencer. En otros, porque clamaban que era culpable de muerte, muerte que finalmente aceptó según el deseo de los impíos, y habiendo vencido al autor de la muerte, también nos concede el ejemplo de luchar con Él y triunfar.

Y era aceptado a los ojos de todo el pueblo, etc. El Señor era aceptado por todos aquellos que tenían esos ojos de los que Él mismo habla: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis" (Mat. XIII). Y especialmente en el corazón puro de los apóstoles, quienes por especial providencia fueron ordenados a servir predicando la salvación de los judíos. Pues a quienes el Señor no era aceptado, no deben ser considerados como si tuvieran tales ojos abiertos; sino que son de aquellos de quienes se dice: "Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos" (Mat. XV).

Pero cuando David regresaba después de haber matado al filisteo, etc. Cuando el Señor regresaba, habiendo vencido a su antiguo enemigo por su pasión, y aparecía en la gloria de la resurrección a sus elegidos, difundida por Judea la gloria de este triunfo, salieron todas las

almas humildes y conscientes de su propia fragilidad de todas las ciudades de Israel, regocijándose en Cristo, a quien reconocieron como autor de la vida y vencedor de la muerte, y a través de muchas Iglesias, que forman una sola católica, celebrándolo con alabanza unánime, en diversos carismas de virtudes dados por un mismo Espíritu, dedicando sus miembros al servicio devoto de la humildad al Señor, declaran con fe alegre, como con un cántico triunfal; porque la institución de la ley, ordenando obras de justicia, no dio poca destrucción al ejército enemigo, ni arrebató pocas presas de almas; pero con incomparable virtud, la gracia de Cristo, otorgando el denario de la vida celestial, incluso derribó victoriosamente las puertas de la muerte; de modo que asegura que sus fieles, habiendo recibido la eternidad de la vida, insultarán a la muerte y dirán: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?" (I Cor. XV). Y es de notar que no todas las mujeres de Israel, sino de todas las ciudades de Israel salieron las mujeres. Pues no todos tienen fe, pero de todas las personas, condiciones, lugares y edades, quienes reciben la fe son elegidos por aquel que dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí" (Juan XII). No dijo allí "a todos", sino "a todo", para significar que de toda clase de hombres habría creyentes. También es de notar que se dice que las mujeres salieron al encuentro de Saúl, pero levantaron su voz en alabanza de David; porque las almas de los que creen piadosamente en Cristo decían abiertamente al pueblo emulador de la ley, qué debía pensarse de la sombra de la ley y qué de la luz evangélica, para que también a este, predicando, lo llamaran al camino de la gracia y la verdad. También podemos decir que cuando el Señor Cristo regresó a los cielos con carne inmortal, las cohortes angélicas salieron a su encuentro desde todas las sedes de los ejércitos celestiales, cualesquiera y comoquiera que sean, y con la debida exultación de alabanza recibieron al vencedor del enemigo y dador de vida para nosotros.

Pero Saúl se enojó mucho, etc. Pero el pueblo que se gloriaba en la ley se enojó contra los heraldos de la gracia, y le desagradó el discurso que, brillando el Evangelio, ponía fin a las sombras legales; y dijo, murmurando contra el Señor y contra su Cristo: He aquí, los seguidores de esta doctrina afirman que yo, cumpliendo los mandatos de la ley mosaica, sirvo a sombras y figuras; pero que su Jesús ha traído al mundo la luz de la verdad y la vida; que a mí, por la ley, se me prometieron los bienes de la tierra, que no pueden ser duraderos; pero que Él, por la gracia de su Evangelio, otorga a sus fieles las eternas alegrías del reino celestial. Por lo tanto, con todos acudiendo ansiosamente a la audiencia de esta doctrina, descuidando el rito del altar y los sacrificios, ¿qué le queda a Él, sino que no me ha quitado también el trono del reino? ya que los cristianos, aunque nos superen en número, son todos nuevos y desconocidos para nosotros, abatidos por la humildad y pobreza.

Por lo tanto, Saúl no miraba a David con ojos rectos, etc. El pueblo judío no aceptaba con recto sentido las palabras del Evangelio, desde el momento en que, encendido por las llamas de la envidia, comenzó a odiar a sus doctores o auditores, temiendo, por supuesto, que, restada la gloria de su ley, la fama y fe de aquel más bien reinara por el mundo.

Pero al día siguiente, un espíritu malo de Dios invadió a Saúl, etc. A medida que crecía la luz de los fieles, también crecía la locura y ceguera de los infieles judíos, quienes, movidos por un espíritu inmundo en medio de su sinagoga contra el Señor, cantaban con boca insana las palabras de la profecía que no entendían. Pero el Señor, para calmar y mitigar su malicia, replicaba diariamente a través de los apóstoles el ejemplo de su paciencia y pasión. Pues les cantaba con su mano, cuando a través del excelso obrero de su cuerpo decía: "Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis" (Hechos II).

Y Saúl tenía una lanza, etc. El pueblo judío tenía el poder del reino, y lo ejerció contra el Señor Salvador; pensando que podía extinguir su fe y gloria persiguiéndolo, al igual que la alabanza y memoria de otros mortales, cuyo amor u odio suele extinguirse con la vida misma. Contra ellos, Él mismo ora al Padre en los Salmos: "No sea yo semejante a los que descienden al sepulcro" (Salmo CXLII). Pues tanto como David supera al muro, siendo un hombre piedra viva, sensible y discerniente, en naturaleza, vida, sentido y razón, así el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, difiere de los hombres puros, aunque sean santísimos. Quien, aunque en lugares apropiados, se figura con el nombre de piedra, no de cualquier piedra en el muro, según aquellos a quienes se dice: "Y vosotros, como piedras vivas, sed edificadas" (I Pedro II). Sino de la piedra suprema, angular, elegida, preciosa, fundada en el fundamento, que llevando y protegiendo todo el edificio de la Iglesia en ascenso, une en paz unánime la circuncisión con el prepucio. Pues también puede entenderse no inadecuadamente que Saúl pensó que podía clavar a David con el muro; que los judíos pensaron que podían borrar el nombre y memoria de Cristo de la tierra de los vivientes, si mataban o expulsaban a los apóstoles, predicadores de su resurrección, que son la porción más cercana de su casa, es decir, de la Iglesia. Pero no pudo David ser clavado con el muro, ni la gloria de Cristo ser disminuida, ni siquiera con los impíos esforzándose mucho, pudo ser asimilada a los que descienden al sepulcro; es decir, a los sepultados, que no serán resucitados antes del día del juicio.

Y David se apartó de su presencia por segunda vez. Y Cristo huyó del corazón de los impíos, que nunca abandona los corazones piadosos, sin descansar en ellos. Pero no en vano se añade "por segunda vez". Pues primero David se fue, y regresó a Saúl, viniendo a la batalla contra los filisteos, donde, sin embargo, al llegar, derribó rápidamente al enemigo que todos durante mucho tiempo no pudieron; y ahora por segunda vez se apartó de su presencia, intentando matarlo, el sentido místico es congruente. Pues primero, como se expuso anteriormente, el Señor, apareciendo en carne, vivía una vida libre de este conflicto en el mundo, mientras todos los mortales luchaban contra los vicios; pero también, viniendo con su maravillosa visita de gracia, ayudó a esos mismos mortales que durante mucho tiempo habían luchado en vano. Sin embargo, lo que no debe recordarse sin dolor, ni castigarse sin gemido, muchos rechazan a su vivificador y protector, despreciando sus palabras y transgrediéndolas; y lo que acusamos a los judíos de no haber creído, nosotros, creyentes, no tememos hacerlo viviendo mal. Pero David se aparta involuntariamente de su presencia por segunda vez, para no liberarlo del enemigo tocando la cítara, de quien antes regresó voluntariamente, para no luchar con él contra el enemigo; cuando, por nuestros méritos, el Salvador omnipotente nos oculta la luz de su conocimiento, nos quita la gracia de su defensa, para no protegernos con la ayuda diaria de su cruz de las insidias de los enemigos, quien se dignó tomar carne por nuestra salvación, para que pudiera luchar por nosotros, frágil, para que pudiera vencer por nosotros, santo. Por lo tanto, Dios, habiendo conversado con los hombres, primero se apartó de su compañía, para no luchar con ellos contra la ley del pecado, que en nada le resistía. En segundo lugar, y en esto no de todos, sino de la compañía de los soberbios, se apartó, para no confiarles sus dones; pues "resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (I Pedro V).

Y Saúl temió a David, etc. El pueblo judío temió a la Iglesia de Cristo, porque, habiéndolo abandonado, veía en ella la gracia de la virtud divina. Pues está escrito: "Y muchos prodigios y señales se hacían por los apóstoles en Jerusalén, y había gran temor en todos. Todos los que creían estaban juntos, y tenían todas las cosas en común" (Hechos II); y esta misma sociedad de amor mutuo es un indicio de la gracia celestial presente. Y en otro lugar: "Por las manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo, y todos estaban unánimes

en el pórtico de Salomón; pero ninguno de los demás se atrevía a juntarse con ellos, pero el pueblo los magnificaba" (Hechos V).

Por lo tanto, Saúl lo apartó de sí, etc. Así como se llaman quinquagenarios a los que están al mando de cincuenta soldados, y centuriones a los que están al mando de cien; así se llaman en griego chiliarcas a los que están al mando de mil soldados, a quienes la costumbre latina, por estar al mando de una tribu, prefiere llamar tribunos más que milenarios. Por lo tanto, los judíos apartaron a Cristo de sí, despreciando su fe, y lo hicieron proporcionar más el liderazgo de la milicia espiritual a los creyentes. Pues su delito es la salvación de los gentiles. Pero el Señor reina principalmente sobre aquellos que, estables e inamovibles, abundan siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo no es en vano en el Señor. Cuya conversación cuadrada, por así decirlo, y no sujeta a caída, el número milenario, que es un cuadrado sólido de diez, muestra. Pues el denario suele indicar la perfección de la obra o del premio. Pero para que esta misma perfección aumente la amplitud del amor fraterno, multiplica diez por diez, para que puedas llegar a cien. Esta suma, según la razón aritmética, tiene lados iguales, pero aún es plana, y por lo tanto adecuada por figura al amor de los prójimos, a quienes vemos en la tierra. Pero para que esta cuadratura del amor fraterno se solidifique también con la altura del amor divino, acumula cada una de las partes del número cien por diez, para que puedas ascender al milenario; y así se hace que entiendas el denario no solo igual en firmeza cuadriforme, sino también sólido en perfección; porque tal número de aquellos sobre quienes Cristo preside, conviene tanto a la estabilidad altísima como a la altísima estabilidad. Pues dondequiera que gires el cuadrado, permanecerá sólido; cualquier cosa que ocurra a los justos, los prueba completamente estables e inamovibles.

Pero todo Israel y Judá amaban a David, etc. Todos los que creyeron de los judíos y gentiles amaban y aman, y amarán a Cristo. Pues Él salía apareciendo en carne, entraba regresando al Padre; ante ellos, para darles esperanza y forma de vivir rectamente mientras aún permanecen afuera, y de reinar felizmente al entrar. Sale también hoy ante nosotros, cuando protegiendo ayuda a los que luchan en la tierra. Pero entra, cuando, terminado el combate, lleva a los que serán coronados a la vida eterna. Consideramos oportuno advertir al lector que no siempre puede seguirse el mismo orden de cumplimiento alegórico que el de la prefiguración histórica. Por ejemplo, primero José es despojado de su túnica y arrojado a la cisterna, y luego, por consejo de Judá, es vendido; primero, vendido por obra de Judá, y luego despojado del vestido del cuerpo y sepultado, significa a Cristo. Lo cual suele suceder no solo en los hechos proféticos, sino también en las palabras. Primero dijo Isaías: "En aquel día la raíz de Jesé, que estará como estandarte de los pueblos, a Él buscarán las naciones" (Isa. XI). Y luego añadió: "Y su sepulcro será glorioso" (Ibid.). Cuando a todos los fieles les consta que primero, al resucitar el Señor de entre los muertos, su sepulcro fue glorificado, y luego, al exaltar los apóstoles el signo de su cruz entre los pueblos, las naciones lo buscaron. Lo que los expertos en Escrituras suelen llamar anacefaléosis en griego, es decir, recapitulación. También advertimos que no siempre una misma persona insinúa una misma porción de la persona o cosa que representa. Por ejemplo, David significa a Cristo, pero a veces en sí mismo, a veces en sus santos predicadores, a veces en los demás fieles, a veces en los justos que caen siete veces, pero se levantan arrepintiéndose, quienes todos, como muchos miembros de un mismo cuerpo, se adhieren al uniforme cabeza que es Cristo. Asimismo, Saúl, figurando al pueblo judío, a veces reinando, a veces enseñando correctamente, a veces creyendo en Cristo, a veces descuidando los mandatos de Cristo, a veces envidiando y persiguiendo a Cristo, a veces infligiendo amenazas, insidias, asesinatos y muertes a sus fieles, prefigura una parte de él. Asimismo, Goliat, que lleva el tipo del diablo, a veces expresa a este en la cabeza de todos los impíos, a veces en sus miembros, es decir, en los

paganos, judíos infieles, herejes y falsos hermanos. De cuyos miembros, sin embargo, el Salvador se dignó hacer salublemente algunos de sus miembros al peor cabeza cortada. Probar todo esto con ejemplos es una obra mayor de lo que conviene a este lugar.

CAPÍTULO IV. Saúl da a su hija mayor, que había prometido a David, a Hadriel, y le da a la menor, y esta es desposada con los prepucios de los filisteos.

Pero Saúl dijo a David: He aquí mi hija mayor Merob, etc., hasta lo que está escrito: Y Saúl se hizo enemigo de David todos los días. Esta lectura designa figuradamente, aunque en mayor parte a los fariseos de la sinagoga, y en menor a los que aman a Cristo, que los príncipes, movidos por la envidia, buscaron la causa de entregarlo al principado y poder del gobernador. Pero a Él, con muchos llamados a la fe, incluso de entre los mismos gentiles, no queriendo, aunque los principales de los judíos, unirle la Iglesia de Judea en bodas celestiales.

Por lo tanto, Saúl dijo a David: He aquí mi hija Merob, etc. Arriba, donde Saúl, por la unción del santo crisma y el gobierno del reino, tiene el tipo de Cristo, entendimos que las dos hijas de Saúl son los pueblos que, por la fe y amor de Cristo, nacen para la salvación, perfeccionados por la doble castidad, es decir, del cuerpo y la mente; o ciertamente, que la mayor designa a la sinagoga, y la menor a la Iglesia. Pero en este lugar, porque cambiado el orden de las circunstancias, David ciertamente designa al Señor Cristo, y Saúl al pueblo judío que le envidia. Correctamente, la hija mayor, que fue prometida a David pero no entregada, significa aquella parte de su pueblo que, mayor en número y poder, fue prometida como si fuera a unirse a un esposo fuerte y deseable, cuando los predecesores de esa parte, es decir, los escribas, sacerdotes, fariseos y ancianos del pueblo acudían a su audiencia, lo llamaban buen maestro, y no solo, sino que como maestro singularmente docto, ya sea por gratitud de aprender o de tentar, lo interrogaban frecuentemente. Pero no le fue dada a él, sino a otro, cuando esos mismos doctores, buscando ser llamados rabí por los hombres, obligaban a escuchar más bien a quienes podían. Pero la hija menor, que mereció ser dada a David por amarlo, es ciertamente aquella porción del pueblo judío que, aunque más pequeña y despreciada, prefirió seguir, amar y escuchar al Señor Salvador que a los escribas y doctores de la ley, escuchando de Él: "No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Luc. XII). Por lo tanto, los fariseos y otros príncipes de los judíos dijeron a Cristo: "He aquí, creemos que la mayor parte de la sinagoga sometida a nosotros te la confiamos para que la enseñes, solo asegúrate de que, siendo fuerte de ánimo, luches con la palabra por la libertad del pueblo, al que se le ha mandado guardar la ley de Dios y servir solo a Él. Sabemos que eres veraz, y no te importa nadie; porque no ves la persona del hombre, sino que enseñas el camino de Dios en verdad. ¿Es lícito dar tributo al César, o no daremos?" (Mat. XXII; Marc. XII). Pero decían esto, con los ministros de Herodes presentes, para que si prohibía dar el tributo, ellos lo castigaran, y ellos parecieran inmunes de su muerte.

Ait autem David ad Saul: Quis ego sum? etc. No se confiesa indigno de convertirse en yerno del rey, sino que propone al mismo rey que recuerde y reconozca quién es él, cuál es su vida, cuál es la familia de su padre en Israel; y de aquí se debe deducir si es digno de recibir a su hija. Él mismo es fuerte de mano en la acción, y deseable a la vista por su vida, pastoreando las ovejas de su padre, y enfrentándose a leones y osos para protegerlas, pero también arriesgando su vida por la salvación de su pueblo al salir contra el gigante armado de bronce y hierro. La familia de su padre en Israel es aquella a la que el mismo Israel bendiciendo dijo entre otras cosas: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga el que ha de ser enviado (Gén. XLIX). Esto puede interpretarse en el mismo orden sobre el Señor, porque no se negó digno, quien unió al pueblo generado por la estirpe real a través de la

enseñanza de la ley, en un pacto de paz y caridad unánime, de quien su pregonero proclamó: El que tiene a la esposa, es el esposo (Juan III). Pero también señaló a los que vendrían a su fe que debían preguntar quién es él, cuál es su vida, cuál es la familia de su padre en Israel; y de aquí se debe reconocer que él, más bien solo él, es digno de unir a la Iglesia de los fieles con el derecho del esposo. Él es de quien escribe Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I), y demás, hasta lo que dice: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad. Su vida es de la que él mismo habla: Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V). Su vida es aquella a cuya imitación el apóstol Pedro provocando a sus oyentes dice: El que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Quien cuando era maldecido, no maldecía; cuando sufría, no amenazaba, y demás (I Pedro II). La familia de su Padre en Israel es aquella de la que: Juró el Señor a David la verdad, y no la frustrará: Del fruto de tu vientre pondré sobre mi trono (Salmo CXXXI). La familia de su Padre, de la que él mismo testifica: Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana y madre (Mateo VII). Por lo tanto, el Señor no negó ser el esposo de la Iglesia, es decir, Cristo; sino que se debe buscar y entender que él es. Finalmente enseña a los fariseos, proponiendo el testimonio del Salmo, cómo Cristo es hijo y Señor de David al mismo tiempo, preguntando no niega ser Cristo, sino que los excita a buscar, pedir y llamar al conocimiento de la verdad. Y en otro lugar, al escriba que lo llama buen maestro, y pregunta sobre hacer el bien, respondió: ¿Por qué me llamas bueno? nadie es bueno sino solo Dios (Marcos X); no indicando allí que él no es bueno, sino que se debe creer que es Dios.

Factum est autem tempus, ut cum deberet dari Merob, etc. Sucedió que cuando la mayor parte del pueblo judío debía creer en Cristo enseñando en la carne, más bien creyó y se adhirió a los escribas y fariseos. Pero la otra parte de ese mismo pueblo, también educada regia y legalmente por la ley del Señor, amó la venida del Salvador. El nombre mismo también es adecuado para significar a los doctores de la ley. Hadriel Molatita. Hadriel significa rebaño de Dios, Molatita se dice de la que da a luz. Y el grupo de maestros legales, que fue seleccionado de la acción vulgar y la rusticidad, fue ordenado a dedicarse a las cosas divinas, meditar, actuar y predicar divinamente, no sin razón brilla con el singular sobrenombre de rebaño de Dios. Y no es culpa del buen pastor si alguna porción del rebaño, alejándose de su custodia, prefiere el diente del lobo a la vara pastoral. Este grupo de doctores, ya que a través de la letra obtuvo los principios de la nueva gracia embarazada de vivir rectamente, la ciudad de Hadriel se llama bellamente de la que da a luz. ¿A quién más se refiere como el que da a luz, sino a aquel cuyos misterios figurativos toda la Escritura antigua dejó? a quien toda la ciencia de la ley y los profetas mantuvo oculto durante mucho tiempo, pero después de un largo parto, en el tiempo adecuado, nos lo presentó para contemplar.

Et nuntiatum est Saul, et placuit ei, etc. Conociendo los príncipes envidiosos de los judíos que el Señor amaba a la multitud, y que esta acudía a él con diligente intención para escucharlo, lo que detestaban en los demás, en esta parte comenzaron a tenerlo por agradable, pensando que podrían reprenderlo por la gracia de su frecuente doctrina y atrapar algo de su boca para acusarlo y entregarlo a las naciones para ser muerto; también estimando que la sabiduría de Dios estaba sujeta a esa sentencia que dice: En la multitud de palabras no escaparás del pecado (Prov. X). Y dijeron: Permitámosle enseñar, para que sea para él un escándalo, y para nosotros inocentes de su sangre: que la mano de los romanos esté sobre él, acusando nosotros que lo encontramos subvirtiendo a nuestra nación, prohibiendo dar tributo al César, y diciendo que él es Cristo.

Dixit ergo Saul ad David: In duabus rebus gener meus eris hodie, etc. Despreciando las palabras de Saúl, que con dolo y fraude manifiestan la hipocresía de los escribas y fariseos con la que intentaban rodear al Señor, vayamos más bien a examinar los fortísimos hechos del bienaventurado David, porque en dos cosas se convirtió en yerno de Saúl, a saber, al matar al gigante, y al traer los prepucios de los filisteos muertos. Significando a aquel que, para adoptar a la Iglesia de los judíos, primero vació las insidias y fuerzas del antiguo enemigo, y lo condujo a la luz; y luego propuso a la fe convertida de los gentiles ejemplos a imitar. De los gentiles era aquel cuya fe el Señor mostró a los judíos que debían seguir, donde dice: En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel (Mateo VIII). De los gentiles aquella que mereció oír de Cristo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres (Mateo XV). De los gentiles aquellos que subiendo entre otros, para adorar en el día de fiesta, dijeron a Felipe: Señor, queremos ver a Jesús (Juan XII). De los gentiles también aquel centurión, que al entregar el Espíritu el Señor, solo con su centuria, mientras todos los judíos presentes callaban, temió y glorificó a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios (Marcos XV). Ciertamente, lo que tramando engaño dijo Saúl:

Sic loquimini ad David: Non necesse habet rex sponsalia, etc. Así podemos entender figuradamente de los soberbios, que no creyeron necesitar los dones de Cristo; sino solo necesitar que fuera entregado en manos de las naciones y muerto.

Et post dies paucos surgens David abiit, etc. Después de pocos días, desde que los príncipes de los judíos decidieron entregar a Cristo para ser muerto por las naciones, el mismo Señor levantándose con los apóstoles que estaban con él para obrar la salvación del mundo, brillaba tanto en virtudes y gracia de doctrina, que contra los esfuerzos de los impíos, también llamó a no pocos gentiles, como ya hemos enseñado, a la gracia de la fe. Porque David golpeó a los hombres de los filisteos, cuando el Señor rompió la inmundicia soberbia de la gentilidad con la palabra o el ejemplo de humildad y castidad. Trajo sus prepucios y los contó al rey para ser su yerno; cuando mostró al pueblo judío los miembros muertos del pecado de la gentilidad convertida a Dios, para que así finalmente también de aquellos que siguieran la conversión de los gentiles recibiera. No en vano David trajo a Saúl doscientos prepucios cuando pidió cien; porque presumiendo los judíos que el Señor no podría imponer siquiera la profesión de castidad carnal a los gentiles, él los purificó de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios. El número cien, como siempre, se refiere a la indicación de gran perfección, que antes del triunfo de la pasión comenzó por sí mismo, después de la clarificación de su ascensión lo completó en ellos también con la confirmación de sus sacramentos a través de los apóstoles.

Dedit itaque ei Saul Michol filiam suam uxorem, etc. No pudo el pueblo infiel impedir que de su gente los predestinados a la vida creyeran. Porque vio y entendió que el Señor estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo, cuanto más creció su amor en los creyentes, tanto en los infieles el temor. Algunos aplican los prepucios quitados a los filisteos por David al estado presente, ya que la gracia de Cristo opera en los gentiles; pero las bodas de Michol, diferidas por algún tiempo pero finalmente celebradas, las refieren a aquellos que en el fin del mundo creerán de los judíos: cuando entrando la plenitud de los gentiles, así todo Israel será salvo (Rom. XI).

CAPÍTULO V. Saul buscando matar a David, Jonathan interviniendo se apacigua.

Et egressi sunt principes Philistinorum, etc., hasta lo que dice: Introduxit Jonathan David ad Saul, etc. Esta lectura muestra figuradamente, movidas las persecuciones en Judea, como para eliminar de la tierra el nombre cristiano, a muchos incluso de los mismos perseguidores por la

insistencia de los apóstoles no solo reducidos de perseguir, sino también llevados a creer en Cristo. Salieron pues contra el Israel espiritual, es decir, la Iglesia, no una vez los espíritus inmundos, rectores de las tinieblas, es decir, príncipes de hombres perversos. Desde el principio de su salida, Cristo se gobernaba más prudentemente en sus miembros que todos los emuladores de la ley; y la fama del cristianismo y de la Iglesia se hizo muy célebre, tanto que los fieles de la Iglesia fueron llamados cristianos por todo el mundo.

(I Reg. XIX.) Locutus est autem Saul ad Jonathan filium suum, etc. Hablaron los príncipes de los judíos y los ancianos y escribas a los apóstoles, y les ordenaron estrictamente que no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús.

Porro Jonathan filius Saul diligebat David valde, etc. Pero los apóstoles amaban mucho a Cristo, y rogaban, enumerando las objeciones de los infieles, que él mismo defendiera su Iglesia, él mismo guardara la fe de su nombre en la Iglesia; permaneciendo oculto en el corazón de los creyentes, pero escondido de la perturbación de los hombres. Nosotros, dicen, hablaremos y enseñaremos a este pueblo en tu nombre, y a los que de él prefieran creer que descreer, los anunciaremos a tu santa Iglesia, para que, conocido el estado de cada uno, sepa unirse a los fieles, y guardarse de los infieles.

Locutus est ergo Jonathan de David bona ad Saul patrem suum, etc. Hablaron los apóstoles de Cristo cosas buenas a los judíos, recordándoles que él era un hombre aprobado por Dios entre ellos con virtudes y señales y prodigios, que Dios había hecho por él en medio de ellos; quien no solo no podía ser acusado de pecado, sino que también, insistiendo en las virtudes, recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y curando toda enfermedad y toda dolencia.

Et posuit animam suam in manu sua, etc. El Señor, dicen, mostró su amor por vosotros, que nadie tiene mayor, poniendo su vida por vosotros; para que por la muerte destruyera al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo; y liberara a aquellos que por toda la vida estaban sujetos a servidumbre. Muchos de nuestro número vieron la gloria de su resurrección, y de su ascensión a los cielos, y se alegraron (Hebr. II).

Quare ergo peccas in sanguine innoxii? etc. ¿Por qué pecas, tratando de extinguir su fe, intentando quitar su amor de la Iglesia, quien solo de los mortales pudo vivir sin culpa?

Quod cum audisset Saul, placatus voce Jonathae, etc. Cuando el pueblo de los judíos escuchó la voz de los apóstoles predicando, se apaciguó de la ira de su antiguo furor; y con la verdadera afirmación de la fe testificó que nunca podría ser exterminada la Iglesia de Cristo de en medio, nunca perecería su memoria, quien es antes de los siglos, y permanece para siempre. Esto decía el mismo pueblo en aquellos que escucharon la voz de los doctores espirituales, que Jonathan y sus méritos señalan. Porque en quienes no decía esto, ellos son de quienes está escrito: Y con los oídos pesadamente oyeron (Hechos XXVIII). Y en otro lugar: ¿Y quién es sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros?

Et introduxit Jonathan David ad Saul, etc. Jonathan habla bien de David a Saúl, y es escuchado, cuando los apóstoles evangelizando de Cristo catequizan a los judíos, prestándoles fe. Lo introduce además, cuando también bautizándolos los alimentan con la carne y sangre de Cristo, los instruyen con los preceptos de Cristo, los fortalecen con el amor de Cristo. Se hace ante él como fue ayer y anteayer cuando lo recibieron con la misma fe, esperanza y caridad los oyentes de este siglo, con la que lo recibieron también aquellos que

de ese mismo pueblo viéndolo en la carne, reconocieron a Dios, o quienes esperaban desde el siglo que vendría en la carne.

CAPÍTULO VI. Saúl intenta golpear a David, pero no puede, ordena custodiar la casa a la que huyó; quien, poniendo un simulacro por sí mismo, desciende por la ventana y va a Samuel. Pero Saúl al oír, enviando mensajeros tres veces, llega él mismo, y profetiza con los demás ante Samuel.

Motum est autem rursus bellum, etc., hasta lo que está escrito: Exivit proverbium, Num et Saul inter prophetas? En esta lectura recapitulando desde el principio los misterios de Cristo encarnado, se describen en lenguaje figurado su nacimiento, virtudes, doctrina, pasión, resurrección, y ascensión a los cielos, así como la fe de los que lo siguen, junto con la perfidia, demencia y destrucción de los que lo persiguen. Movida la guerra de las tentaciones por los espíritus inmundos, salió del seno del Padre al público nuestro el fuerte defensor del género humano, aquel que dice: Salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre (Juan XVI). Y de quien el salmista bajo la figura del sol explicando esto mismo con otras palabras, dice: Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta el extremo de él (Salmo XVIII). Quien dirigiendo toda la línea de su acción temporal contra las tentaciones nefandas, inmediatamente contuvo en gran parte a los que seducen y atormentan a los mortales; y huían, y hasta hoy huyen de su presencia; porque dondequiera que se reconoce la gracia ayudante de Cristo, se expulsa de inmediato la malicia engañosa del diablo.

Et factus est spiritus Domini malus in Saul, etc. Resplandeciendo con milagros el Hijo de Dios en la carne, se encendió contra él el espíritu de envidia en el ánimo de los judíos, dejándolos el Señor según los deseos de su corazón, por los méritos de los pecados precedentes. Pero aún estaban sentados en su reino y patria tranquilos, y confiando en las insignias de ese reino, no temieron preparar la muerte a su Salvador. Sin embargo, él a los que le contradecían, incluso blasfemando, convertidos en furia, con el ejemplo de su mansedumbre y paciencia, como dulzura de cítara, trataba de llamar a la modestia de espíritu y sobriedad.

Nisusque Saul configere lancea David, etc. Intentaron los judíos al matar en la carne de Cristo matar todo, quien es Dios alma y carne. Pero él encomendando en manos del Padre su espíritu, inclinando la cabeza lo entregó. Sin embargo, la herida de muerte tocó solo el cuerpo; pero huyó con el cuerpo, y fue salvada su alma de la espada, y su única del perro (Salmo XXI), con los verdugos deprimidos solo por la noche de su perfidia.

Misit ergo satellites suos Saul in domum David, etc. Enviaron los príncipes de los sacerdotes y fariseos sus satélites al sepulcro del Señor, para que lo custodiaran, y negada la verdad de la resurrección, se borrara la memoria de su nombre en el futuro. Lo que cuando la frecuente gemido de la Iglesia le había anunciado (porque el deseo de los pobres escucha el Señor [Salmo IX]), y temblando de la conjuración de los infieles de algún modo había dicho: Si no resucitas de la muerte, no podrá la fe y confesión de los creyentes en ti permanecer firme; si no has evacuado la vigilancia de los guardianes superando la muerte, toda la fe del mundo en la futura resurrección será quitada; finalmente aprendió que él, sin que sus guardianes lo supieran, había dejado el lugar del sepulcro. Se fue, pues, y huyó de sus verdugos, y de los guardianes mentirosos; y apareciendo a sus más queridos después de la resurrección, restauró completamente su esperanza y fe. Puede la cítara de David mostrar figurativamente la cruz del Señor, la lanza de Saúl en la pared los clavos de la cruz, o la misma lanza del soldado, con la que su costado fue abierto. La casa de David, como hemos dicho, es el sepulcro del Señor. El salto por la ventana, es la oculta y súbita rapidez de resucitar. La esposa por cuya

urdimbre huyó, es la Iglesia de los creyentes judíos, que deseaba que el Señor Salvador resucitara, y enseñaba que había resucitado.

Tulit autem Michol una estatua y la puso sobre la cama, etc. La historia de la piel peluda, piel de cabras, es clara; porque había un cojín cosido de piel de cabra, que con los pelos sin cortar envolvía la cabeza en la cama de un hombre para simular. La estatua es una imitación de lo verdadero y viviente; la piel muerta de cabras, los despojos de un animal muerto. Michol tomó, pues, una estatua y la puso sobre la cama de David, quien fue dejado por la ventana y salvado en secreto. La Iglesia aprendió a considerar a los judíos que estiman al Señor, quien fue puesto en el sepulcro, no como Cristo, la vida y la verdad, sino como una simulación de la verdad y la vida, diciendo que él es Cristo el rey. Sin embargo, ella misma, por la verdadera resurrección, pues de esta manera se dice que la Iglesia hace lo que testifica que debe ser hecho o ha sido hecho por los impíos, como está escrito en Levítico: "He aquí, el sacerdote la contaminará" (Lev. XIII); no porque él pudiera traer lepra a los puros, sino para mostrar lo que estaba en los impuros. Michol también puso la piel peluda de cabras en la cabeza de la estatua. La Iglesia, desde su inicio, también descubrió la perfidia de aquellos que no solo niegan que el Señor Salvador es Cristo, sino que también lo consideran cargado de pecados, y no resucitado de entre los muertos. Porque es cierto que la cabra a menudo representa al pecador, así como la oveja al justo. Los pelos, que son frágiles y externos al cuerpo, significan obras muertas, y por su densidad y frecuencia ya manifiestan a todos. Y colocan la piel peluda de cabras en la cabeza de la estatua en lugar de David en la cama, afirmando que la carne del Salvador está áspera por pecados capitales, y dicen que, con el tiempo de la resurrección dilatado, aún ocupa la cama del sepulcro, en la que descendió muerto. Sin embargo, Michol cubre la estatua con vestiduras, cuando la Iglesia, después de conocer tal perfidia, la reprueba; después de mostrarla a sus fieles, inmediatamente la demuestra condenada en todo por obras principales que nadie más pudo hacer, y vencida.

Saúl envió emisarios para capturar a David, etc. Los judíos infieles, inmediatamente después de celebrada la resurrección del Señor, enviaron pensamientos insidiosos, que explorando los corazones de los fieles, les arrebataran el amor de Cristo ya sea con halagos o amenazas. Pero ellos, aún en silencio por temor carnal, y ocultos hasta el día de Pentecostés, como si solo quisieran responder a los que preguntaban que su fe estaba enferma en ellos, y aún no florecía bien, fortalecida por el fuego del Espíritu Santo.

Y Saúl envió nuevamente mensajeros para ver a David, etc. Predicando la Iglesia a Cristo desde la venida del Espíritu Santo, los príncipes de los judíos enviaron a quienes vieran más diligentemente qué se creía de Jesús, si era Cristo o un profeta; si había resucitado o aún descansaba en el sepulcro, diciendo: Anunciadnos a los presentes; porque no resucitó de entre los muertos, sino que aún yace en la cama de la tierra, esperando el día de la resurrección universal, para que así la fe que está en él sea extirpada de raíz y eliminada del mundo. Y cuando los perseguidores comenzaron a confrontar a la Iglesia, con los fieles regocijándose por el triunfo de Cristo, no encontraron otra cosa que la piedra de tropiezo y la roca de escándalo para aquellos que tropezaron con la palabra y no creyeron; pensando en él como un leproso, herido por Dios y humillado (Isa. LIII). Pero él, como el profeta añadió consecuentemente: Fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados.

Y Saúl dijo a Michol: ¿Por qué me has engañado así? etc. Los judíos incrédulos dijeron a la Iglesia primitiva: ¿Por qué, descuidando nuestras tradiciones, preferiste creer en Jesús y confesar que resucitando escapó de nuestros guardianes? A lo que ella respondió: Porque él, dice, amenaza con muerte eterna a todos los que no quieren creer en él y confesar esto.

David, huyendo, se salvó, etc. Ramá, que significa altura, Naioth se interpreta como belleza, que es un lugar en Ramá. Por lo tanto, cuando los mensajeros de Saúl solo vieron en la cama de David una imagen y la piel de cabras, David mismo, huyendo, se salvó; y mientras los judíos en el tiempo de la muerte del Señor discutían entre sí que era un simulador, y no verdaderamente inocente y justo, sino crucificado por el mérito de su crimen, el Señor mismo, resucitando poderosamente de la muerte, aparece a sus discípulos en la altura de la vida, en gloria inmortal, diciendo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera y resucitara de los muertos (Luc. XXIV); y fue, y mora en la belleza del reino eterno, que está en el cielo. La Iglesia también fue tras él con esperanza en alma y cuerpo, y así siempre estará con el Señor.

Y fue anunciado a Saúl por los que decían: He aquí, David está en Naioth en Ramá, etc. Lo que se refiere también a los segundos mensajeros, y no menos a los terceros en igual orden. Fue anunciado a los judíos por los apóstoles y los discípulos de los apóstoles que el Señor Jesucristo, después de su pasión, resurrección y ascensión, sentado a la derecha del Padre, reina en lo alto en los cielos. Pero ellos inmediatamente enviaron tres mensajeros de su antigua fe y religión, ahora de impiedad y perfidia, a saber, sacerdotes, escribas y fariseos, para quitar su confesión a los fieles persiguiéndolos; quienes, aunque llevando el ánimo de los perseguidores e infieles, sin embargo, tan pronto como llegaron a discutir hasta las palabras de los profetas, a las que los apóstoles de Cristo presiden con la revelación de la inteligencia espiritual, también ellos, protestando que estas fueron escritas por el Espíritu divino, simultáneamente amando con los fieles y creyendo, aunque no entendiendo, las cantaban.

También él fue a Ramá, etc. Después de que la doctrina judía no pudo prevalecer contra Cristo, se añadieron palabras y armas para perseguir al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios Padre en la tierra. Pero incluso el mismo principado terrenal de ellos, cuando fue a buscar los secretos de las Escrituras sobre Jesús y sus discípulos, no pudo encontrar otra respuesta en ellas que él mismo con los suyos en Naioth en Ramá, es decir, en la belleza del reino paterno, habita en lo alto de los cielos. Y por esto debe saberse con certeza por toda la casa de Israel que Dios lo ha hecho Señor y Cristo. Y bien se menciona la cisterna, que por la altura o amplitud de las aguas de las Escrituras se ajusta al abismo, situada en Socho, es decir, en la humildad; porque ciertamente la Sagrada Escritura, contra la costumbre de las doctrinas seculares, siendo maestra de humildad, escrita por autores humildes, solo se abre a oyentes o lectores humildes. Pero los soberbios, al oír la gloria celestial de Cristo, a quien no quisieron seguir con el paso del cuerpo, ni alcanzar con el paso del amor, comenzaron a perseguirlo con el paso de una nefanda facción, de modo que él mismo, salvando a uno de tales y refrenándolo de su perfidia, desde Naioth, que está en Ramá, es decir, desde la altitud de la sede celestial más hermosa, proteste y diga: Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? (Hechos IX).

Y también el Espíritu del Señor vino sobre él, etc. El perseguidor judío de la Iglesia reconoció que, inspirados por el Espíritu Santo, hablaron los santos hombres de Dios; pero sabiendo pronunciar sus palabras, sin embargo, no sabiendo entender correctamente, no temió entrar furioso contra aquel de quien o sobre quien fueron dichas. Profetizaba, pues, insano, más aún hasta hoy profetiza, es decir, canta, lee, ama las verdaderas palabras de los profetas sin entenderlas, y prolonga el oficio de tal vaticinio hasta que, dando sonido sin mente, llega a narrar los misterios sublimes de la belleza celestial que esperamos en los cielos.

También él se despojó de sus vestiduras, etc. Esto es manifiestamente de un furioso y demente, despojarse el hombre, caer agitado, y yacer desnudo en la tierra todo el día y la

noche. Sin embargo, no está fuera del poder divino decir algo místico incluso a través de la ira de tales, para aquellos que escuchan y disciernen. Porque aquel que a través de Balaam, contrario en mente a él, predijo tantos misterios antes, a través de Caifás, impío perseguidor, dio a profetizar los arcanos de su salutífera pasión, hablando a través de un mudo bajo yugo en la voz de un hombre, prohibió la insensatez del profeta; él mismo a través de Saúl arrebatado, presente Samuel y los demás profetas, revela los misterios que quiso, para que así David, inocente, obtuviera el acceso a la salvación; así la locura de Saúl, que lo perseguía, se hiciera patente a todos en todas partes; así finalmente se diera a entender cuánto la presencia de los perfectos contribuye a los deseos de los humildes, que incluso pudo elevar al soberbio con la virtud de la profecía; así también se señalara el futuro nacimiento del pueblo perseguidor, que mereció ser despojado del ornamento del reino singular, cayendo del estado de la antigua rectitud entre los prósperos y adversos de la Iglesia creciente, desnudo de gloria celestial y terrenal, miserablemente adherido solo a los deseos mundanos, y entre estos, sostener las escrituras de la profecía que fortalecerían la fe de la Iglesia solo de palabra. Y bien se dice que profetizó con los demás ante Samuel; porque igualmente la sinagoga infiel aún medita y lee las palabras de la ley y los profetas con la Iglesia; pero careciendo de inteligencia espiritual, esta conoce todo lo que debe entenderse sobre el Señor.

De donde salió el proverbio: ¿También Saúl entre los profetas? En proverbio se han convertido para la Iglesia los judíos, que con mente torcida entre los fieles atentos a las sagradas lecturas, también ellos, vacíos de fe y sentido, usan las Escrituras. En proverbio también aquellos que en el último día dirán: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? etc. (Mat. VII). Pero también cuando veas a algunos indoctos en la Iglesia presumiendo de la cátedra de enseñanza, y bajo la apariencia de maestro fiel imponiendo a los oyentes engañados no los mandatos de Dios, sino sus tradiciones para ser observadas, sus dogmas para ser seguidos, di: ¿También Saúl entre los profetas?

CAPÍTULO VII. Jonatán y David renuevan el pacto, y disponiendo Saúl matar a David, Jonatán le indica que huya con el lanzamiento de una flecha.

(I Sam. XX.) David huyó de Naioth, etc., hasta lo que dice, Pero también Jonatán entró en la ciudad. En esta lectura, el Señor perseguido por los judíos, confirma con su gracia a la Iglesia más reunida de ellos; significando lo que debe hacerse con los mismos judíos, y con los gentiles que serán llamados a la fe. Pero también los mismos judíos reprobos, celebrando las fiestas de las Escrituras sin la fe en Cristo, disponen perderlo a él junto con sus miembros más eximios, es decir, los apóstoles; y expulsado de ellos, lo obligan a apresurarse a salvar a los gentiles. Hemos dicho que Naioth, que estaba en Ramá, es decir, la belleza que estaba en lo alto, designa típicamente las alegrías del reino celestial, que el Señor dignó prometer y abrirnos corporalmente ascendiendo. Hemos dicho que las palabras de la Sagrada Escritura, por las cuales se presagió el mismo reino, lo indican. Pero en esta doble belleza excelsa el Señor permanece siempre y aparece a sus fieles; pero se aparta y se aleja de los infieles y soberbios, porque ni oyendo del maestro que reina en los cielos, creen; ni ellos mismos leyendo en el profeta, que ascendiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Salmo LXVII, Efesios IV). Y, Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo CIX); o entienden otras cosas semejantes dichas de él. Y esto es, David huir por las insidias de Saúl. Del esplendor puesto en lo alto, el Salvador, que está a la derecha de Dios, no es creído por los soberbios que oyen que ascendió al cielo, cuyos sacramentos toda la Escritura profética rebosa, no puede ser encontrado por los impíos que lo buscan en la lectura profética, quien siempre permaneciendo en todas partes, cuando está ausente de los inicuos, y se retira, veamos a dónde viene y está presente.

Y viniendo habló ante Jonatán: ¿Qué he hecho? etc. Expulsado el Señor por los reprobos al no creer, suele visitar más dulcemente los corazones de los que lo aman, y amonestarlos más frecuentemente sobre su encarnación, su vida inocente, y también su injusta persecución, para que regocijándose en él confiesen la memoria de su santidad.

Ciertamente vive el Señor, y vive tu alma, etc. Solo un paso lo separa de la muerte, es decir, de la pared de la casa en la que estaba, cuando (como también contiene el título del salmo cincuenta y ocho) Saúl envió y lo custodiaron para matarlo. Pero pronto fue rescatado de esa muerte al deslizarse por la ventana, y huyendo se salvó por completo, para que, por la misericordia del Señor, se cumpliera lo que se anticipó en el mismo título: al final, no destruyas a David, en la inscripción del título. Lo que en igual orden también debe entenderse del Salvador, porque ciertamente solo un paso, en cuanto a la temeridad de los hombres, lo separa de la muerte, cuando los príncipes de los sacerdotes enviaron y custodiaron su sepulcro, para cerrarle el acceso a la resurrección, negando la entrada a la resurrección, apartando a sus discípulos de la fe, borrando de en medio toda la memoria de su nombre. Pero según el testimonio de la inscripción mencionada, así como no el título, que fue escrito por Pilato, Este es el rey de los judíos; así tampoco el imperio de ese mismo rey pudo alguna vez ser corrompido.

Y Jonatán dijo a David: Ven, salgamos al campo, etc. Un orden admirable de hablar, como si comenzara a Dios, lo que sin embargo completó hablando al hombre; pero esto por el incomparablemente ardiente afecto de los jóvenes, mutuamente recomendados por su virtud; esto como indicio de la fe, siempre y en todas partes a ser guardada con Dios como testigo; que los gramáticos llaman en griego paraprosochia, es decir, un desenlace inesperado. Primero, pues, en secreto en la ciudad, luego también saliendo al campo, Jonatán y David hacen un pacto del Señor, para que Jonatán no oculte a David si su padre piensa algo bueno de él; no lo introduzca a su padre, a menos que sea convertido a la piedad; pero también Jonatán mismo, si vive, reciba misericordia de David; si muere, David tenga misericordia de su casa para siempre. Porque la Iglesia primitiva en su inicio, no poco judaizante, pero pronto saliendo a la amplitud fructífera de la libertad cristiana, hizo un pacto con el Señor de amor perpetuo; y se acordó que si algunos de los judíos perseguidores de Cristo quisieran reconocer su bondad y convertirse a él, inmediatamente su fe y conversión se revelara a los miembros fieles de él, es decir, a la misma Iglesia, para que pudieran obtener plena salvación por su consorcio, y no las perlas a los cerdos, no sus sacramentos profanados por los incrédulos, sino más bien creídos para ser piadosamente recibidos por aquellos que se alegraran de vivir en paz. Y si bien entre los judíos permaneciera el estado íntegro y la vida de la Iglesia, no obstante, no por su mérito, sino por la misericordia y compasión de su Autor serían coronados los creyentes. Si, por el contrario, al despreciarlos, el camino de la vida se volviera hacia ellos, no obstante, también a los que creyeran individualmente hasta el fin del mundo, y a todas las reliquias convertidas en el fin, no se les negaría la entrada de misericordia.

Y Jonatán dijo a David: Mañana son las Calendas, etc. Las Calendas en la Sagrada Escritura no significan aquellos inicios de mes dispares que los romanos tienen anualmente doce, sino las lunas nuevas, que los griegos llaman Neomenia; que los hebreos celebraban solemnemente según la institución de la ley, con sacrificios, banquetes y el ocio del sábado, es decir, del descanso. Esto significando el Espíritu Santo, cuantas veces Cristo renueva con la luz de su verdad a los creyentes o a cualquier alma fiel, inmediatamente se deben ofrecer más solemnemente a Dios los sacrificios de la vida espiritual, inmediatamente se debe disfrutar más dulcemente de los banquetes de los divinos discursos, inmediatamente se debe

descansar felizmente de todos los tumultos de la preocupación exterior. De donde ahora Jonatán, viniendo al día siguiente en las Calendas, habla a David.

Descenderás, pues, apresuradamente, etc. Para que, en el día en que se permitía trabajar hasta las Calendas, fuera; donde en las Calendas, en las que decía que todos callarían, se sentara tranquilo. Dice, pues, Jonatán a David, que las Calendas serán mañana, y que Saúl lo buscará hasta pasado mañana. Dice a Cristo la Iglesia primitiva, ya enseñada por él mismo qué decirle a él; que el tiempo está cerca en que el Sol de justicia renueve con la luz de la verdad a los creyentes o a los que creerán de los judíos; y que los incrédulos lo buscarán, y en el mismo surgimiento de la nueva luz, que se hace por la audición de la palabra, y en el incremento de la misma luz, que se lleva a cabo por la operación de la palabra oída. Y a los que oyen en la Iglesia, y a los que obran los mandamientos del Evangelio, le preparaban engaños aquellos de los que habla el Señor: Sean confundidos y avergonzados mis enemigos, que buscan mi alma (Salmo XXXIV, XXXVI y LXIX). Jonatán advertía a David que descendiera apresuradamente, y viniera al lugar donde debía ser ocultado, y esto en el día en que se permitía trabajar; y se sentara junto a la piedra Ezel, que se interpreta como yendo, o avanzando. Rogaban los ancianos de la Iglesia primitiva al Señor, que por la gracia de su inspiración descendiera rápidamente en los corazones de los fieles, lugar de su amor siempre recibido, del cual se canta en los Salmos, Y su lugar fue hecho en paz (Salmo LXXV). Donde debía ser ocultado por la fe de aquellos que resistieran descreyendo a la paz cristiana, y dedicados solo a lo exterior, no merecieran contemplar los misterios internos de su Creador. También rogaban los devotos, que viniendo se dignara hacer morada entre los fuertes en la fe, que estuvieran dispuestos de ánimo, ya sea para siempre avanzar en virtud, o con las virtudes consumadas ir a ver las alegrías de la vida celestial. Esto deseaban en la luz de la gracia presente, en el tiempo, es decir, de obrar el bien a todos, y de correr en el camino de la luz, para que nadie sea atrapado imprudente por las tinieblas exteriores. Esto también hoy como entonces, y mientras se llame hoy, los deseos de los santos desean insaciablemente que el Salvador lo haga.

Y yo enviaré tres flechas junto a él, etc. Y yo, dice la Iglesia al Señor, habitando tú en los corazones de los perfectos, enviaré predicadores de la santa e indivisible Trinidad, quienes, alados con las virtudes, penetrantes en el discurso, excitados por el arco de la lectura diligente, hieran con la palabra de la fe a los más frágiles, aún terrenales, pero permaneciendo en la vecindad de los fuertes con amorosa compañía, para que, tocados por la herida salvífica de la caridad, se vean obligados a soportar con gravedad las cosas visibles, a descansar en la memoria de su Creador, y a tener por dulce solo su visión. Los enviaré, no como si fueran a terminar el curso de la palabra en la incertidumbre, sino como ejercitándome hacia la señal de la verdadera y única salvación, como si persiguiera todos los golpes de mi doctrina dirigidos al destino, hacia el premio de la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús. También enviaré oyentes ágiles para obedecer la fe; quienes, buscando diligentemente todas las palabras o acciones espirituales de los doctores, las refieran piadosamente a la gloria de mi estado. A estos oyentes, si les muestro a los mismos maestros cercanos, y a los que están entre ellos viviendo bien, si te dignas visitarme, la bendición habitual de los judíos será aumentada; porque hay paz para ti, mientras descansan las armas de los que odian. Pero si les indico a mis humildes que los doctores han sido expulsados más allá de ellos, y perseguidos desde Judea, ve y atiende a visitar a todas las naciones; porque esta es la voluntad eterna y la providencia del Padre, que, al ocurrir la ceguera en Israel, la plenitud de las naciones entre por las puertas de la vida. Del único Verbo del Padre, que hemos hablado, yo confesando, y tú enseñando, sea solo Dios Padre omnipotente el eterno testigo entre tú y yo; y con razón, porque solo el Padre conoce los secretos del Hijo, y solo a quienes el Padre ha querido

revelar. De los cuales el mismo Hijo habla al Padre: Y has revelado estas cosas a los pequeños (Mateo XI). Quien dispuso que este Dios, engendrado antes de los siglos, se encarnara al final de los siglos, y que ellos fueran salvados por la misma encarnación. Sin embargo, la Iglesia, al hablar de estas cosas, no instruye al Señor sobre lo que debe hacer como si fuera ignorante, ni le enseña lo que ella misma va a hacer como si no lo supiera; sino que ha aprendido de Él misericordiosamente lo que debe hacer por Él. Para que lo haga más rápidamente, lo desea con devotas oraciones; y lo que ha recibido de Él para hacer correctamente, no cesa de confesarlo agradecida, dándole gracias.

David se escondió, pues, en el campo, etc. Cristo está escondido en los cristianos por la fe para que no sea visto por aquellos que solo han aprendido a conocer, creer y amar las cosas terrenales y temporales; y llegaron los tiempos en que el esplendor de la Iglesia, con el nuevo Sol de justicia, aumentaría más y más con su toque: y el pueblo de los judíos se sentó en aquellos que se alegraban más de ser soberbios por el reino terrenal que de humillarse por el celestial, para disfrutar de los banquetes de las lecturas sagradas.

Y el lugar de David apareció vacío, etc. A los incrédulos que leen, el lugar de Cristo en las Escrituras aparece vacío; porque, aunque revisen toda la serie del Antiguo Testamento, no merecen encontrar en ningún lugar a aquel que el escriba docto en el reino de los cielos sabe encontrar en casi todas las páginas divinas. De hecho, Saúl, en figura de los judíos, sentado para comer el pan de la Escritura, no puede tener presente a Cristo, a quien, odiándolo, había expulsado de su mesa. Pero Cleofás, con su compañero, lo invitó a la mesa, aunque aún no plenamente reconocido, pero ya amado; y por eso, inmediatamente lo reconoció en la fracción del pan (Lucas XXIV). Lo mismo hacemos nosotros hoy al leer, cuando algunos intentan perversamente convertir incluso las sentencias claras sobre Cristo en otra cosa; otros, al traer los manjares de los escritos divinos, comienzan a tener presente a Cristo, aunque no inmediatamente reconocido, buscándolo piadosa y sobriamente, hasta que Él mismo, poco a poco, al revelar sus misterios antes cerrados a nosotros que llamamos, nos permite reconocerlo como si fuera en la ofrenda del pan que Él mismo nos ha partido. Sin embargo, no todos los que no pueden entender a Cristo en las Escrituras que leen, pueden inmediatamente levantar cuestiones o persecuciones contra Cristo; porque el alma humana suele decaer hacia los vicios, así como progresar hacia las virtudes. También puede entenderse que, mientras Saúl banqueteaba, el lugar de David apareció vacío: el Señor llamó a sus miembros, es decir, a la Iglesia, de la celebración de los sacramentos carnales de la ley a realizar más bien cosas espirituales. A ambos sentidos concuerda lo que sigue:

Pensaba que tal vez le había sucedido algo, etc. Los judíos pensaban que Jesús no era puro, ni purificado de los pecados, porque había violado el sábado, y hacía y enseñaba otras cosas contra los decretos de la ley o más bien de sus tradiciones. Y por eso, con razón, no se podía encontrar nada señalado sobre Él en las Escrituras. Pensaban que los discípulos de Cristo no eran puros, porque veían que anteponían la justicia de la fe a las obras y purificaciones de la ley, y por eso no les importaba mucho que no hubieran venido con ellos a los sacrificios, a quienes, por la discrepancia en la forma de vivir, detestaban de todo corazón, o incluso habían expulsado de la sinagoga.

Y cuando amaneció el segundo día después de las Calendas, etc. Cuando en el corazón de los fieles el resplandor de la nueva gracia aumentaba felizmente después del silencio de escuchar la palabra hasta llegar al tiempo de hacer lo que se enseñaba, no obstante, la insolencia de los infieles celebraba vacías sin Cristo tanto las alimentaciones de las Escrituras como los ritos ciegos de los sacramentos carnales, y los padres pérfidos preguntaban a los hijos elegidos por Cristo, de quienes se dice: ¿En qué expulsan vuestros hijos? (Lucas XII). ¿Por qué los

cristianos no acudían a las obras carnales de la ley, digo, a la circuncisión, a las víctimas, y a las solemnes ceremonias de múltiples modos, ya sea para escucharlas con los demás, o para realizarlas? ¿Por qué no se podía encontrar en ninguna parte en la lectura profética a Jesús mismo, a quien creían encarnado de la raíz de Jesé, muerto y resucitado, como Cristo Dios?

Y respondió Jonatán a Saúl: Me rogó encarecidamente que fuera a Belén, etc. Parece extraño según la letra, por qué de esta manera Jonatán quiso pensar e interrogar sobre David o Saúl, o responder, cuando había precedido una causa manifiesta de la envidia real, por la cual David no debía haber consultado en vano su seguridad, o incluso su vida: a menos que se deba suponer que Saúl, frecuentemente invadido por el demonio, hizo o dijo muchas cosas que, como los energúmenos, no podía premeditar antes ni recordar después: entre las cuales también se debe creer que estas cosas se hicieron en David con un ánimo más furioso que oyente. A este sentido parece también apoyar la Escritura, que, estando David ausente de la mesa de Saúl, no dice que Saúl reconsideró la injuria previa, sino que solo pensó que tal vez estaba impuro, ya sea por un sueño nocturno, o por un coito, o por algún contacto de cosa fúnebre o contaminante, por el cual, según el edicto de la ley, se le prohibía la convivencia con los puros. También apoya lo que se escribe al principio de toda esta lectura: Y el espíritu malo del Señor vino sobre Saúl (1 Samuel XIX). Sin embargo, sea como sea, el sentido místico está a la vista. Respondió la simplicidad columbina de los elegidos de Cristo al principado de la sinagoga perseguidora: Jesucristo, de quien preguntas, Dios y Señor mío, me rogó encarecidamente que, enviando en esto mismo y alrededor a los doctores, lo hiciera venir al corazón de los que se alegran en la gracia del Nuevo Testamento, donde no se celebra la sangre de las víctimas, ni el maná mosaico, sino que, según el orden de Melquisedec, con el sacerdocio realizado, se celebra el mismo pan vivo que descendió del cielo en el misterio. Por lo cual, con toda razón, la reunión de tales se llama con el nombre sagrado de Belén, es decir, casa del pan. Déjame, dice, venir a tales, al misterio del mismo bautismo, y al consorcio de tu paz católica creyendo. Pero también lo que es apropiado al principio y al final, el auxilio de la palabra para que sean catequizados y confirmados perpetuamente, debe serles confiado; porque el sacrificio solemne es la misma vida de los convertidos en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo (Salmo XLVII). La unidad de Dios de mis elegidos, que son mis hermanos y co-herederos hechos por gracia, me suplica con frecuentes oraciones que me digne siempre multiplicar su número con el nuevo fruto de los creyentes. Ahora, pues, si me amas de todo corazón, también a otros que serán mis hermanos por ti, visítalos para ganarlos por esta causa. Ni se preocupó más por buscar la mesa típica de la ley con los suyos; ni en la Escritura, que leyendo carnalmente no entiendes, encuentras a aquel que espiritualmente debe ser buscado.

Pero Saúl se enojó contra Jonatán, etc. Los mayores de la sinagoga, enojados contra la asamblea espiritual, marcan a su madre la Iglesia con el nombre de adúltera, porque ha recibido para gobernar más noblemente a Cristo en lugar de Moisés, al esposo en lugar del amigo del esposo, al Señor en lugar del siervo. ¿Acaso no sabemos, dicen, que amas a Jesús para tu confusión, y para la confusión de la doctrina cristiana? Que con razón se llama ignominiosa, porque llevando los sagrados de la ley, también la frecuentación augustísima y ampliamente glorificada del templo, se alegra de desertar voluntariamente, y más bien de reunir sus asambleas en lugares ocultos y despreciados. Porque mientras la fe en Jesús esté presente en la tierra, no serás estable tú, ni tu reino. Así que ahora envía doctores, y aún a aquellos que creen y confiesan a Jesús Cristo y Dios, para que nos escuchen a nosotros, sigan nuestras doctrinas, porque es hijo de muerte el grupo de los que sirven a este nombre. Esto decían los pérfidos; pero sucedió muy diferente de lo que se quejaban, porque los que perseguían a los ciudadanos del cielo peregrinando en la tierra por amor al reino terrenal,

perdieron tanto el reino de la tierra como el del cielo: lo cual podrían haber tenido ambos, si no hubieran preferido impiamente perseguir y rechazar al único Señor de ambos, sino piadosamente seguirlo y recibirlo.

Pero Jonatán, respondiendo a Saúl su padre, dijo, etc. Respondiendo la asamblea de los fieles de Cristo a los infieles, dijo: ¿Por qué muere la religión cristiana? ¿Por qué se desgarrá con diente rápido a Cristo mismo, a quien el mismo gobernador, que lo entregó a la muerte, primero confesó inocente y justo? ¿A quien el ladrón, que también recibió la sentencia de muerte, testificó que no había hecho nada malo? Pero, persistiendo los coherederos de Cristo en la defensa de la fe, los pérfidos se armaron para derrotarlos; y como no podían alcanzar a Cristo después de la gloria de la resurrección, ni ponerle la mano por segunda vez, golpeaban a sus miembros por Él.

Entonces Jonatán se levantó de la mesa en ira de furor, etc. Con la persecución levantada por la palabra, los apóstoles y los primeros maestros de la Iglesia se retiraban poco a poco incluso de la misma costumbre de judaizar, que por evitar el escándalo de los perseguidores habían mantenido por algún tiempo, como también lo atestiguan más plenamente la Epístola a los Gálatas y los Hechos de los Apóstoles. Y a aquellos a quienes no habían rehusado asistir en la escucha de las palabras de la ley que sonaban carnalmente (lo cual es, como expusimos antes, el inicio del novilunio intelectual), no querían de ninguna manera consentir o estar presentes en la observancia de estas cosas carnalmente. Porque era para ellos una gran tristeza, y un continuo dolor en su corazón sobre Cristo, porque sus hermanos y compatriotas no los habían escuchado enseñándoles para que creyeran en Él; quien, siendo sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, se dignó nacer de ellos según la carne entre todas las cosas, y para librarnos de la maldición de la ley, se hizo maldición por los buenos.

Y cuando amaneció la mañana, Jonatán vino al campo, etc. Cuando después de la doctrina y la gloriosa operación también comenzó a surgir en la Iglesia la exhibición de las virtudes como el tercer día de las Calendas, vino la concorde sociedad espiritual de los doctores, dejando la mesa de la observancia literal, a la fructífera libertad de la gracia, según la disposición del Señor Salvador; y siguió también el coro de oyentes humildes, a quienes ella misma les dice: Mira que crezcas con los pasos de las buenas acciones, y entiendas que todos los ministros de la palabra que yo disperso cerca o lejos deben ser conservados en mi paz católica, ni te turbes por el evento aparentemente duro de alguien, aunque la muerte inmadura lo arrebatase, aunque el indio oscuro, aunque el escita bárbaro e inhumano lo separe arrebatándolo de entre nosotros, la integridad de mi estado une a todos con un solo corazón y alma, y los ha donado con el mismo premio de vida en los cielos. O ciertamente, diciendo así al niño que recoja las flechas y las traiga a Jonatán, conocer a los buenos discípulos que diligentemente recojan todas las palabras y hechos de sus maestros, y que estos sean referidos piadosa y sobriamente para la confirmación de la Iglesia universal. Y cuando los oyentes diligentes insistieron diciendo y operando la palabra, la misma unidad columbina de los santos, que comúnmente se llama Iglesia, envió también a otros doctores, que, avanzando más allá de los primeros oyentes, también confiaran la palabra a las ciudades de las naciones extranjeras. Así, la humildad de los discípulos vino a contemplar los hechos o predicaciones de aquellos que la Iglesia envió, porque también de la misma misión de repente resonó la nueva voz de la Iglesia ferviente en la fe, que la humildad de los menores no supo prever; mostrando que aquellos que, como flechas, herirían salublemente los corazones con la agudeza de la palabra, debían ser destinados lejos en las naciones; de las cuales la primera y excelente flecha, apuntando a las entrañas del centurión Cornelio, expulsada la ponzoña mortal, lo hirió mejor para recibir la nueva vida. Y la Iglesia clamó a sus oyentes, aún

ignorantes de la disposición celestial; lo cual es detrás del niño, para que nadie retrasara el camino de la virtud en el tiempo de la gracia creciente.

El niño recogió las flechas de Jonatán, etc. El humilde discipulado de los piadosos aprendió los hechos de sus maestros en orden, aprendió también las palabras de sus preceptores, y las refirió a toda la alabanza de la Iglesia; o, según lo que expusimos antes, vio tanto a los discípulos de Cristo aún vivos como a los ya arrebatados por la muerte dispersos lejos y ampliamente desde Jerusalén, de donde salió la palabra del Señor, y reconoció que todos serían reunidos en la única Jerusalén celestial; pero no pudo conocer el secreto de la voluntad divina, que el arrepentimiento debía ser dado a las naciones para la salvación. Solo los mayores en el Señor, a quienes se dice; Pero a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer (Juan XV), y el mismo deseado por todas las naciones, conocieron el secreto.

Entonces Jonatán dio sus armas al niño, etc. La Iglesia dio a sus discípulos los ejemplos de los doctores, dio los buenos modos de su propia buena conversación para ser imitados, y les dijo: Id progresando de virtud en virtud, comparad estas cosas con los testimonios de la ley y los profetas, y ved que no hacemos otras cosas enseñando Cristo que las que Moisés y los profetas hablaron que habrían de suceder.

Y cuando el niño se fue, David se levantó del lugar, etc. Cuando los discípulos, obedeciendo el mandato de los mayores, se fueron a comparar los hechos de sus tiempos con los escritos de los antiguos, apareció la gracia de Cristo más copiosa brillando en las virtudes de los santos, de aquellos que, para recibir los dones de la caridad ferventísima que se dan por el Espíritu Santo, saben siempre abrir los senos de su corazón con humilde sumisión. Esta es la espléndida variedad de la Iglesia en progreso, que el Salmo cuarenta y cuatro canta, para que algunos, resplandeciendo con milagros, manifiesten la presencia de Cristo en ellos; otros, aún atentos a las sagradas letras, vean cómo concuerdan mutuamente las cosas antiguas y nuevas; otros realicen este y aquel servicio de la misma fe; en otros, finalmente, se realice lo que las palabras siguientes señalan, para que cayendo de alguna manera, es decir, viniendo repentinamente a los corazones terrenales el amor del divino respeto, los incite con compunción diligente a adorar más ardientemente la gloria de la santa Trinidad; lo cual se dice que nuestro deseado y fuerte hace, cuando enciende interiormente a sus santos para que actúen; según lo que también se dice del Espíritu Santo: Pero el Espíritu ayuda nuestra debilidad (porque no sabemos qué pedir como conviene), sino que Él mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables (Romanos VIII); es decir, hace; esta figura de locución es muy usada en las Escrituras santas, llamada por los gramáticos en griego metonimia, es decir, transnominación, cuando por el que hace se entiende lo que se hace. Como también aquello del legislador: El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si lo amáis o no (Deuteronomio XIII); es decir, para hacer que se sepa. Y besándose, dice, se lloraron mutuamente. No en vano; porque cuanto más la mutua dilección, que la virtud interior había nutrido, incitó dulcemente a los jóvenes santísimos a los abrazos y besos, tanto más el divorcio perpetuo, que veían inminente, los provocó más intensamente a las lágrimas y lamentos. Pero también en la parte típica se debe decir que nuestro Señor confirió a los creyentes de los judíos los sagrados dones de su boca; pero no rehusó llorar por los que no creían y lo expulsaban persiguiéndolo, diciendo: Porque si también tú conocieras. Porque besarse mutuamente David y Jonatán es, tanto el Señor conferiendo a la Iglesia los dones saludables de su palabra, como la Iglesia respondiendo al Señor con la confesión o doctrina de la misma palabra. Llorar juntos es, tanto el Señor en nuestra carne, ya sea por despertar a los elegidos a la vida, o por los que permanecen en la muerte eterna reprobados, derramar lágrimas de piedad; de lo cual uno se probó en la resurrección de Lázaro, y otro en la visión y llanto por la destrucción de

Jerusalén; y sus santos también ahora, inspirados por Él, lloran a muchos de aquellos que pecan, y no se preocupan por volver a la salvación por el arrepentimiento. Porque no pudieron los creyentes ver sin dolor y luto al Señor Cristo, dejando a sus compatriotas en la incredulidad, convertirse a la salvación de las naciones. Lloraron, dice, juntos, pero David más; porque cualquier cosa que la Iglesia sufra por su crecimiento que la haga alegrarse, o por su detrimento que la entristezca, es en verdad poco en comparación con lo que Dios en la carne pudo hacer por ella.

Dijo entonces Jonatán a David: Ve en paz, etc. Se levantó el Señor de en medio de la Sinagoga no creyente, diciendo: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti, ¿cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste? He aquí que vuestra casa os será dejada desierta (Mateo XXIII); y se fue a buscar a la Iglesia de entre los gentiles. Pero también los más perfectos regresaron a los doctores en la Iglesia primitiva al considerar el mencionado cambio de la diestra del Altísimo para completar las cumbres de la nueva ciudad descendente de Dios del cielo. Si la ciudad, como se ha visto antes, se entiende como la fortaleza de la lectura profética, de donde se dijo: Y tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I); y a esta les agrada no poco entrar a los afligidos y tristes, para que en su protección cada uno pueda dedicarse más dulcemente a las lágrimas, o más sabiamente secarlas.

CAPÍTULO VIII. El sacerdote Ajimelec da a David y a sus compañeros el pan consagrado y la espada de Goliath, mientras Doeg el edomita espía desde su escondite.

(I Samuel XXI.) David llegó a Nob a Ajimelec, etc., hasta lo que está escrito: No hay otro semejante a este, dámelo. Principalmente en esta lectura David muestra que el Señor Salvador nacerá de su linaje como rey y sacerdote, al recibir el pan consagrado, que solo los sacerdotes pueden comer, para él y sus compañeros, y se arma valientemente con una espada diferente a las demás, con derecho real para vencer. Pero nada impide que también se entienda por el pan el alimento de la palabra, y por la espada a aquellos que con la palabra de verdad hieren a los impíos. Por eso en esta lectura el Señor ordenó a los apóstoles que, absteniéndose de la suciedad de los vicios, creyeran el Evangelio a las naciones; y que aquellos que habían sido armas del fuerte iniquo se convirtieran en armas de justicia, con mano fuerte y deseable, no solo para consentir en las verdades, sino también para resistir a los falsos dogmas. Y no indebidamente brilla con doble argumento; del cual el mismo Señor se dignó hacer mención en los Evangelios. David, pues, huyendo de las insidias de Saúl, llegó a la ciudad de Nob, que se traduce como ladrido, al sacerdote Ajimelec, que se interpreta como mi hermano. El Rey vino, el Salvador evita las insidias de los judíos en la reunión de los doctores fieles, quienes, atentos en vigiliadas nocturnas prolongadas, acostumbran dar grandes ladridos de predicación por el Señor, por así decirlo, y defender sagazmente la casa de la fe de los ataques de los impíos, por la memoria de la interna refacción; quienes también son correctamente indicados con el nombre del sacerdote Ajimelec, porque son ministros del nuevo sacerdocio en Cristo, que merecen oír: Y yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí un reino, para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Lucas XXII). A quienes el Señor, porque quiso buscarlos, habiendo evitado a los perseguidores, mostró suplicando al Padre, diciendo: Pero tú, Señor, no te alejes de mi ayuda, mira a mi defensa. Libra mi alma de la espada, y mi única de la mano del perro. Líbrame de la boca del león, y de los cuernos de los unicornios mi humildad. Contaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te alabaré (Salmo XXI).

Y Ajimelec se asombró, etc. Se asombraron los antiguos elegidos, y se asombran también los modernos, cada vez que reciben con mente sencilla la llegada de la visita del Señor. No solo atónitos por la majestad de su visión, sino también turbados por la rareza de aquellos que desean seguir la gracia de tan gran piedad. Así se dijo: ¿Por qué tú solo, y nadie contigo? Como en otro lugar dice: Se perdió la fuga de mí, y no hay quien busque mi alma (Salmo CXLI). Cuando es cierto que, en el tiempo de la pasión, muchos de los santos, aunque en comparación con la multitud perseguidora muy pocos, buscaron amando el alma de Cristo. Pero así como donde no había en ellos de quienes se dijo antes: Escondieron lazos para mí, que buscan el alma de Cristo (Salmo XXXIV), así también aquí no había de ellos ninguno que expulsara a Cristo que siguiera la fe de Cristo. Y en otro lugar cuando decía: Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles, no hay quien haga el bien, no hay ni uno (Salmo XIII). Para mostrar que no se refería a todos los hombres en absoluto, sino a todos de quienes había comenzado a hablar, añadió más adelante, y dijo: Que devoran a mi pueblo como pan: no invocaron al Señor, allí temblaron de miedo, donde no había miedo, y porque Dios está en la generación justa. Y en el Evangelio el Señor: Si el grano de trigo, dice, caído en la tierra, no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII). Cuando es evidente que al mismo grano, incluso antes de la mortificación de su pasión, muchos fieles se adhirieron con servicios. Pero se dice que queda solo sin la compañía de aquellos que primero incrédulos por esa misma pasión iban a ser llamados a la fe. ¿Por qué, pues, dice, tú solo, y nadie contigo? ¿Por qué tú solo, es decir, con tus miembros fieles, y nadie fuera del número predefinido por el Padre pudo ser salvado de tan gran multitud? Lo cual se dijo más bien con asombro, que para que los elegidos hablen razonando contra el consejo soberbio.

Y David dijo a Ajimelec el sacerdote: El rey me ha encomendado un asunto, etc. El Señor dijo a los apóstoles, herederos del reino eterno y del sacerdocio: Me ha encomendado el pueblo de los perseguidores e incrédulos, para que no los llamara a la fe enseñándolos. Y dijo de alguna manera en mis oídos: Que nadie sepa la causa de la envidia y las insidias por las cuales, dejándome, fuiste enviado a las naciones para ser salvadas, y qué tipo de preceptos, rebosantes de odio iniquo, me esforcé por eliminarte de mis confines. Lo cual es similar a lo que dice el Salmista: Discutieron para esconder lazos: dijeron, ¿Quién los verá? (Salmo LXIII). Cuando él veía, quien también escudriñó los riñones y el corazón de los que discutían (Jeremías XVII). Pues también, dice, he separado a los pueblos de las naciones que creerán y me obedecerán en diversas partes del mundo; a quienes, os ruego, si tenéis algo a mano de obra perfecta, ofrecedlo como ejemplo de conversión, o los alimentos de la sagrada ley, que resplandece en los cinco libros mosaicos, o cualquier cosa que podáis encontrar en vosotros mismos, cuidad de ofrecerla para su salvación. Algunos jactan su impunidad de mentira, o buscando la vituperación de la Escritura, que David no dudó en buscar su salvación y la de los suyos mintiendo. A quienes se debe responder que David mismo en otro lugar, y muchos santos a menudo, ofendieron a Dios pecando, y que no se justifica ante él ningún viviente, diciendo el gran apóstol, que por su amor excepcional mereció recostarse en el pecho de su Creador y Señor: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I). Pero no se nos han dado las palabras de la Sagrada Escritura para que aprendamos a pecar por los ejemplos de los buenos; sino que los pecados de los buenos también se han incluido en las Sagradas Escrituras para que, al pecar ellos, no presumamos de nuestra justicia, y al arrepentirse ellos, aprendamos a confiar en obtener el perdón de nuestra culpa por el arrepentimiento. Sin embargo, en este lugar creo que fácilmente se puede defender que el bienaventurado David no dijo una mentira, sino que, ante la necesidad, ocultó la verdad con palabras más cautelosas. De hecho, no dijo que el rey era su amigo, no negó que huía de las insidias del rey; sino que el rey, dijo, me ha encomendado

un asunto, y dijo: Que nadie sepa el asunto por el cual fuiste enviado por mí. A lo cual tal sentido sin el tinte de mentira puede no inadecuadamente adaptarse: Por eso vengo solo y desierto de la compañía de los demás, porque el rey me dio tal precepto de huir rápidamente, que ninguno de los enemigos, para que no me delate aquí, debe saber. Pero si alguien quiere saber sobre la mentira, si la constancia de un hombre justo debe alguna vez pedirla como un recurso necesario, lea el libro de San Agustín sobre los ocho géneros de la mentira, moderado con maravillosa y saludable discreción; pero también las conferencias de los Padres, donde José, no insignificante entre los Padres, discutiendo excelentemente sobre no definir nada, también asumió plenamente esta pequeña cuestión. Solo propuse, para que esto solo en el presente sea suficiente decir brevemente. Aunque sin ninguna duda siempre debe preferirse la verdad a la mentira, sin embargo, a veces, debido a la circunstancia de las cosas, esto debe ser útilmente usurpado por un tiempo, y aquella debe ser ocultada saludablemente. De hecho, Rahab la ramera, ¿no fue justificada por las obras, recibiendo a los mensajeros y enviándolos por otro camino? lo cual no pudo cumplir el mérito de la justificación sin la ayuda de la mentira asumida por un tiempo. Pero Doeg el edomita, cuya presente lectura contiene la exploración, y la siguiente la traición, por el conocimiento manifiesto de la verdad, mereció ser destruido hasta el fin, arrancado, emigrado y erradicado de la tierra de los vivientes.

Y respondiendo el sacerdote a David, le dijo, etc. Porque *laos* en griego significa pueblo, los panes laicos significan populares, es decir, no consagrados por la ofrenda, sino preparados para el uso común y vil. Respondiendo, pues, al orden sagrado de los líderes espirituales a Cristo: No tengo, dice, nada de sabiduría secular en la obra de justicia, sino solo la palabra del Evangelio, que confiaré a oyentes puros. Pero tampoco creo que esto deba ser creído por las naciones, a menos que tal vez se hayan convertido de las diversas seducciones de los errores a la castidad y piedad de la única Iglesia virgen. Porque no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mateo V; Marcos VII).

Y David respondió al sacerdote, y le dijo: En verdad, si se trata de mujeres, etc. Respondió a los apóstoles enviados a enseñar a las naciones: Lo que Dios ha purificado, no lo llaméis común (Hechos X). Porque la Iglesia se contuvo con mi presente ayuda de la idolatría y otros vicios, desde el momento en que salió por confesión de la antigua ceguera, hasta que llegó a la luz del conocimiento de la santa Trinidad, que es Dios; y los corazones de los humildes fueron santos por la renuncia a Satanás. Sin embargo, esta conversación, en la que se vive entre las naciones, está contaminada, aún no lavados, santificados y justificados por la fuente de la regeneración y la gracia del Espíritu, aquellos que están siendo catequizados; pero también la misma luz presente de la reconciliación será santificada en aquellos que reciben el bautismo con corazón devoto. Es digno de notar, según la letra, con qué cautela el sacerdote preguntó a David, o él mismo respondió al sacerdote sobre su pureza y la de los suyos. No solo pregunta si los jóvenes están limpios de mujer para poder recibir el pan santo; sino que investiga si están limpios de toda contaminación que suele suceder a los mortales, especialmente de la contaminación de la unión conyugal, como buscando algo mayor que las demás. En verdad, esto es lo máximo de aquellas cosas que no hacen culpables por culpa, pero que, sin embargo, por cualquier inmundicia, por ejemplo, el contacto de un cadáver o reptil, disuaden del contacto de los santos. Pero también David, no sin discreción, examinando a los suyos, afirma que se abstuvieron del abrazo de la esposa, y expone con cuidado el tiempo de esa continencia. Testifica que los vasos de los jóvenes son todos santos, es decir, las armas, las vestimentas, y los mismos recipientes que llevaban como provisión para el camino, están limpios de toda contaminación de suciedad. Y porque no sin gran discreción sabía que lo que estaba consagrado a los ministerios divinos no debía transferirse al uso común, para que no ocultara nada de su estado al sacerdote dispensador de estos, dice

que solo el camino por el que vinieron está contaminado, yaciendo en él alguna cosa fúnebre o inmunda por sí misma. Pero también, dice, hoy se santificará en los vasos; es decir, no creo, sin embargo, que pudiéramos habernos contaminado por el hecho de que caminamos por el mismo camino en el que había algo inmundo, ya que guardamos con cuidado todos nuestros vasos y cuerpos del contacto de esa contaminación.

Entonces el sacerdote le dio el pan consagrado. Porque oyó que eran puros quienes lo recibirían, consintió en darles el pan consagrado; lo cual no se atrevería a hacer de ninguna manera si no los hubiera conocido puros en todo. Si, pues, se buscaba con tanto cuidado la pureza de quien gustara el pan típico consagrado por las manos de Moisés, ¿cuánta necesidad hay de que quien va a tomar el pan en las santas y venerables manos de Cristo, consagrado en sacramento de su cuerpo, dado a los mortales en memoria de su muerte, para los auxilios de la vida eterna, tenga cuidado de la pureza? Sin duda, es necesario que siempre retenga en su mente lo que dice el apóstol: Porque cualquiera que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y así coma de ese pan y beba de ese cáliz (I Corintios XI). Entonces el sacerdote le dio el pan consagrado.

Porque no había allí pan, sino, etc. Los apóstoles daban a los que creían y eran bautizados de entre los gentiles, la palabra de la ley y los profetas, santificada por la gracia del Evangelio. Porque no había en los apóstoles y discípulos de los apóstoles conocimiento literal, sino solo los libros proféticos, que al antiguo pueblo se les proponían abiertamente para leer, y que recientemente habían sido cumplidos por la Encarnación del Señor, para que no se dijera que se guardaban más, para que se escribieran los libros del Nuevo Testamento, para refrescar las almas sacerdotales, es decir, unidas a los miembros del sacerdote eterno, calentadas por el fuego del Espíritu Santo. Y es digno de notar que David pidió panes, pero no cinco o doce (pues tantos eran los panes de la proposición), sino que se dice que recibió singularmente el pan consagrado; como también se menciona que puso cinco piedras en la bolsa, pero con una derribó a Goliat. Cinco son los libros que contienen los elementos de la doctrina legal. Pero, como dice el apóstol, toda la ley se cumple en un solo dicho: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII; Marcos XII). Aunque también puede entenderse correctamente que el pan consagrado se dice singularmente, ya sea por la unidad de la fe y el amor; pero debe entenderse pluralmente por las múltiples obras de virtudes, o la abundante copia de las Escrituras divinas, por las cuales somos instruidos en las virtudes; como lo que está escrito singularmente en los Salmos: Envío en ellos la mosca canina, y los devoró; la rana, y los exterminó (Salmo LXXVII), no hay duda de que debe entenderse pluralmente, especialmente cuando el Señor en los Evangelios, afirmando que la misericordia debe preferirse al sacrificio, asegura que se le dieron panes en plural (Mateo IX). ¿No habéis leído, dice, lo que hizo David cuando tuvo hambre, y los que estaban con él, cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer, ni a los que estaban con él, sino solo a los sacerdotes? (Lucas VI). Donde, según la interpretación, en la que dijimos que el Señor Salvador nuestro fue mostrado figurativamente en esta lectura como sacerdote y rey, debe entenderse que se prefiguró que los alimentos sacerdotales, al venir el Señor, no se darían más a Leví, ni a un solo pueblo de los hijos de Israel, sino que serían repartidos a todas las naciones que iban a ser llamadas a la fe. Porque a todos los que tienen hambre de justicia, a todos los que quieren pertenecer al séquito del verdadero David, se les ha dicho: Vosotros, empero, sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido (I Pedro II). Y porque hemos hablado del misterio según nuestras fuerzas, también es útil para dilucidar más claramente el sentido de la letra, mirar un poco lo que dice Josefo sobre los panes de la proposición, que hemos considerado oportuno insertar en nuestro tratado para utilidad de los

lectores, donde en la exposición del bienaventurado Lucas se hace mención de este lugar. Pues estando aún en sus tiempos la religión y el estado de Jerusalén y del templo, podía conocer y manifestar fácilmente a los lectores lo que se hacía por sucesión ancestral por los sacerdotes, ya que él mismo era sacerdote. Dice, pues, que "se solían hacer de flor de harina sin levadura veinticuatro panes." Y añade: "Se cuecen dos, y dos divididos antes del sábado, y ofrecidos el sábado por la mañana se colocan sobre la mesa sagrada, vueltos uno hacia el otro, con dos copas de oro llenas de incienso encima, que permanecen hasta el siguiente sábado, y entonces se llevan otros en su lugar. Aquellos, en cambio, se entregan a los sacerdotes, y el incienso se quema en el fuego sagrado, en el que se hacen todos los holocaustos, y se añade otro incienso sobre los otros panes."

Había allí un hombre de los siervos de Saúl... y su nombre era Doeg, etc. Había entre los apóstoles predicadores falsos hermanos, el principal es Judas; establecidos dentro de la Iglesia por el misterio de la fe, pero movidos de la firmeza de su estabilidad, sanguinarios para traicionar la paz de la fraternidad (pues Doeg el edomita se dice que significa movido por la sangre), potentísimos de los perseguidores judíos, porque lo recibió recientemente. No creo que deba pasarse por alto que este Doeg, según los Setenta intérpretes, no era cualquier pastor, sino un mulero, es decir, pastor de un rebaño estéril e infructuoso. Pues sabemos que el mulo, porque lleva un linaje mixto de yegua y asno, como al contrario de caballo y asna el burdo, suele buscar el placer de cohabitar sin fruto de engendrar. Lo cual es similar a las obras infructuosas de las tinieblas, nacidas de una semilla inmunda de pensamiento lujurioso o engañoso. Pues ambos animales son igualmente lujuriosos. Por eso se dice de algunos: Cuya carne es como la carne de los asnos, y como el flujo de los caballos es su flujo (Ezequiel XXIII). Pero el género asnal, además, está siempre atento con más agudo sentido a los engaños y emboscadas. A estas obras nequísimas, cuando cualquiera es movido de la justicia, pero dispuesto a tejer fraudes a los justos, se le prefiere con impía diligencia, como si Doeg el edomita fuera preferido para pastorear el rebaño de mulos.

Dijo David a Ahimelec: Si tienes aquí a mano una lanza o espada, etc. El Salvador exhorta a los apóstoles a que instruyan a sus oyentes no solo para aprender, sino también para enseñar la palabra de vida, en la cual Él mismo pueda vencer al mundo, porque las virtudes angélicas, por las cuales la ley fue ordenada en la mano del Mediador, y que siempre luchan vigilantes por la Iglesia contra los poderes aéreos, han sido enviadas por todo el mundo como heraldos del Evangelio. Pues la palabra del rey, dice, urgía, es decir, la inmensidad de la depravación humana, que prefería reinar descuidando a Dios, obligaba a que no fueran ángeles, cuya gloria espiritual no podían ver debido a la costumbre de la vida carnal, sino mortales semejantes a ellos quienes los instruyeran, anunciándoles que se convirtieran de la vanidad al Dios vivo; quienes, si nunca hubieran pecado, ahora gozarían de la compañía doméstica de la luz angélica. Y dijo el sacerdote: He aquí la espada de Goliat el filisteo, etc. Los apóstoles dijeron a Cristo, buscando maestros contra el reino del mundo: He aquí hombres acostumbrados a luchar por el diablo con doctrinas perversas durante mucho tiempo, a quienes venciste en la humildad de la cruz, están atrapados en los envoltorios de la primera transgresión, muy lejos de las vestiduras u ornamentos sacerdotales, es decir, obras dignas de la vista divina; si deseas liberarlos de esos mismos envoltorios y promoverlos hasta el grado de predicar la verdad, sabemos que esto es obra de tu poder, no de nuestra piedad. Pues no hay en la tierra ningún mortal que no haya nacido inmediatamente sujeto a este reino, porque la raíz viciada una vez no pudo producir ramas de descendencia sino viciosas. Y el Señor dijo: No hay quien sepa mejor cómo combatir las doctrinas de la vanidad que aquellos que alguna vez fueron imbuidos de ellas y acostumbrados a defenderlas contra la Iglesia: de entre estos, que ya sé que han sido arrebatados de las manos del diablo, serán futuros maestros y

prelados de la Iglesia enseñando y bautizando. Apropiadamente, el título del Salmo XXXIII recuerda esta elección, que dice así: Salmo de David, cuando cambió su semblante ante Abimelec, y lo dejó, y se fue. Cambió su semblante, diciendo la causa de su viaje que no era, y ocultando la que era. Esto puede interpretarse del Señor, porque cambió su semblante ante los apóstoles, ya sea apareciendo inmortal después de la gloria de la resurrección, cuando antes de la agonía de la pasión solían verlo mortal; o mandando que fueran y enseñaran y bautizaran a todas las naciones (Mateo XXVIII), a quienes poco antes había ordenado que, predicando solo en Judea, se abstuvieran de entrar en los caminos de los gentiles y las ciudades de los samaritanos; pero los dejó para que fueran y predicaran por todas partes, con Él cooperando y confirmando la palabra con las señales que la seguían (Marcos X), y Él mismo se fue por el triunfo de su ascensión, regresando al cielo. Pero también en el mismo Salmo, el Señor hablando, en la primera parte testifica que siempre bendice al Padre; advirtiendo a sus mansos, es decir, a los apóstoles, que perseveren con Él en la alabanza de aquel que lo libró de la tribulación de la pasión y la muerte. En la segunda, declara cuáles son las recompensas de los bien merecidos, incitando principalmente a las delicias de aquel pan suavísimo que, con sus discípulos en el reino del Padre, percibe santificado en la lectura presente. En la tercera, amonesta a sus hijos, como a niños, de qué contagios deben abstenerse al acercarse a este pan. En la cuarta, dice que los justos serán librados de todas las tribulaciones, y que los impíos sufrirán las penas debidas. Estas cosas se han dicho brevemente por exceso, para que cada lector pueda reconocer cuán bellamente la Escritura siempre y en todas partes se adapta a sí misma. Pero si alguien quisiera objetar que el sacerdote al que David vino no se llamaba Abimelec, sino Ahimelec, respondemos que era binomio, no por nuestra opinión, sino por la inscripción de otro Salmo que lo afirma, donde está escrito: Porque vino Doeg el edomita y le informó a Saúl, y le dijo: He aquí, David en la casa de Abimelec (Salmo LI). Y con este mismo nombre se muestra no indecorosamente la gloria de los santos. Pues se interpreta como el reino de mi Padre. Y son ellos de quienes el Señor dijo la parábola del reino: Un hombre noble fue a una región lejana para recibir un reino para sí mismo y regresar (Lucas XIX). Es decir, el hombre Cristo, saliendo del seno del Padre, fue a los hombres, que se habían alejado de su gracia pecando, para hacerlos dignos de que Él mismo reinara en ellos, y regresar con ellos a los gozos de la paz eterna. Y de quienes el apóstol, al predicar la gloria de la resurrección, dijo: Cristo, las primicias, luego los que son de Cristo, que creyeron en su venida, luego el fin; añadió, y dijo: Cuando entregue el reino a Dios y al Padre (I Cor. XV), es decir, cuando lleve a los santos que redimió a la visión gloriosa del Padre.

CAPÍTULO IX. David viene a Aquis, y al ser reconocido, escapa simulando estar loco; huyendo a la cueva de Adulam, recibe a cuatrocientos hombres que se le unen, y luego encomienda a sus padres al rey de Moab.

Se levantó David y huyó aquel día de la presencia de Saúl, etc., hasta lo que está escrito: David se fue al bosque de Haret. En esta lectura, el Señor, siendo perseguido y envidiado, y despreciado por lo que comenzó a hacer y enseñar por los principales de los judíos, se fue de allí y vino a los corazones de los humildes; y reuniendo a sí mismo no pocas multitudes de creyentes, se convirtió en su príncipe. Sin demora, también asistió a las naciones para ser salvadas, haciendo su morada entre ellas, para regresar algún día a Dios Padre y a la madre Iglesia de todos nosotros, según las profecías de los profetas, incluso las reliquias de Israel serán salvadas al final del mundo (Isaías X). Pues en las páginas de la Sagrada Escritura (Oseas I, Romanos IX), en los actos de los santos, una y la misma dispensación de nuestro Salvador encarnado se repite con una figura variable; y con razón, porque lo que siempre fue deseado y esperado por los santos, convenía que siempre fuera profetizado por ellos y

señalado como futuro. Huyendo, pues, David de la presencia de Saúl, vino al rey Aquis de Gat. Huyendo el Señor de los que desprecian su palabra, para no ser entendido por los indignos, vino enseñando a otros, si acaso ellos también escucharan, y si acaso descansaran. Y no cesa de hacer esto hasta que encuentra a aquellos que quieran recibirlo humildemente. Aquis significa mi hermano, o hermano mío: Gat se interpreta como lagar. Y porque Cristo, siendo hombre, al dignarse encarnarse del pueblo judío, tuvo a ese mismo pueblo como hermano, a quien soportó como perseguidor. Por eso dice en el Salmo: Me he convertido en un extraño para mis hermanos, y un huésped para los hijos de mi madre (Salmo LXVIII), es decir, la sinagoga o la naturaleza mortal. Este pueblo, sin duda, no sin razón se llama rey del lagar, porque fue el primero en idear tribulaciones y presiones para Cristo y la Iglesia, intentando matar al mismo Señor como niño, matándolo como joven, y luego persiguiendo a la Iglesia, y expulsándola de sus confines. Sin embargo, creo que mística y alegóricamente hay una diferencia entre Aquis y Saúl, en que Saúl representa a los que están imbuidos del conocimiento de la ley, y Aquis a los ignorantes en el mismo pueblo; quienes, aunque desiguales en instrucción, coincidieron en malicia contra el Señor; por lo cual, en el orden inverso, los expertos en la ley, cuanto mayor fue el don de conocimiento que recibieron, con mayor locura perseguían al dador de ese mismo don.

¿No es este David el rey de la tierra? etc. Dijeron los escribas y fariseos, sirvientes de la maldad del reino judío: Ved que no ganamos nada; he aquí, todo el mundo ha ido tras él (Juan XII), a quien cantaban en coros, diciendo: ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor! Bendito el reino que viene de nuestro padre David, ¡Hosanna en las alturas! (Mateo XXI; Marcos XI). A quien sus fieles glorifican con exultación armoniosa, llevándolo en alto, porque más personas han sido llamadas por su doctrina para merecer el denario de la vida celestial que por nuestra enseñanza para guardar los mandamientos de la ley.

David guardó estas palabras en su corazón, etc. El Señor, en su sabiduría, vio los corazones incrédulos y engañosos de algunos judíos; y, como la Escritura suele hablar de Dios en términos humanos, temió tanto de la presencia del pueblo que era su hermano por la comunión humana de fragilidad, pero el autor de la persecución por la impiedad de la conjuración contra el Señor, que les dijo sus sacramentos o advertencias más en parábolas y enigmas que en luz abierta, para no dar lo santo a los perros ni echar perlas a los cerdos (Mateo VII). Pues así como David, que siempre solía mostrarse sobrio ante los suyos, cambió su boca ante los de Gat; así también el Señor, hablando en parábolas ante los soberbios, y aquellos que llevaban corazones dispuestos a atormentarle a Él y a los suyos, en privado explicaba todo claramente a los suyos; incluso les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. Algunos dicen que el Señor cambió su boca cuando decía: Habéis oído que se dijo a los antiguos, pero yo os digo (Mateo V); o cuando, al ser trasladado el sacerdocio, quiso que también se hiciera la traslación de la ley y las ceremonias. Pero deben considerar que no mostró este tipo de cambio especialmente a sus enemigos, sino más bien a aquellos que recibían los misterios de su fe; y por eso el cambio de boca, que en tipo de él el bienaventurado David mostró para no ser reconocido por sus enemigos, debe referirse más bien al sentido de aquellos que, viendo los signos y la doctrina del Salvador, no veían, y oyendo no entendían.

Y se desmayaba entre sus manos, etc. Las manos de los de Gat, las obras de los judíos; las puertas de la entrada, los inicios de la gracia celestial revelada; la saliva, la debilidad; la barba, la virtud. David se desmayaba entre las manos de los de Gat; el Señor parecía caer en pecado a los ciegos, comparado con las obras de los judíos, que no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Juan V). David tropezaba en las puertas de la entrada; el Señor encontró la caída de la muerte entre los

inicios de la nueva salvación predicada, que prefería abrir como puertas a los dignos y cerrar a los indignos; de hecho, tuvo las mismas puertas de la vida por ocasión de la muerte, ya sea porque los judíos que lo perseguían, por la gracia de la predicación evangélica, lo mataron; o porque Él mismo, para abrirnos las puertas del paraíso, se dignó extinguir la espada flamígera y versátil que se oponía, con la sangre y el agua que sacaría de su costado. Por eso, el salmista, viendo que Él, para inducirnos a anunciar su alabanza en las puertas de la hija de Sion, primero tropezaba en las puertas de la entrada, cuando había anticipado sobre la esperanza de nuestra salvación, diciendo: Dios nuestro, Dios de nuestra salvación, y del Señor, el Señor, dice, las salidas de la muerte (Salmo LXVII). Las salivas de David fluían en su barba, y el Señor en la cruz, despreciado y blasfemado entre los ladrones por los impíos, soportando todo pacientemente, cubría temporalmente con la debilidad de la carne la fortaleza de su divinidad. Por eso el profeta Habacuc, alabando el trofeo de la gloriosa cruz: Su resplandor, dice, será como la luz, cuernos en sus manos, donde está escondida su fortaleza (Habacuc III). Pues no en vano en el Cantar de los Cantares, donde con tanta habilidad, tan diligente repetición se describen mística y completamente los miembros de Cristo, así como de la Iglesia, no encontramos nada dicho sobre la barba, que es lo que más decora al hombre, porque, como saliva, la barba, la virtud de la palabra perpetua, estaba cubierta temporalmente por la debilidad de la carne. Cambió, pues, su boca, ocultando los misterios del reino de Dios que revelaba a los fieles, a aquellos que preferían estar fuera. Se desmayaba entre sus manos, apareciendo pecador a aquellos que se gloriaban en las obras y justicia de la ley. Tropezaba en las puertas de la entrada, entre los auspicios del revelado acceso celestial, sufriendo la ignominiosa muerte de la cruz, dejando caer salivas en su barba, la potencia divina oculta temporalmente entre los vicios e irrisiones de los enemigos, muriendo entonces en la ignominiosa muerte de la cruz.

Y dijo Aquis... ¿Habéis visto al hombre loco, etc.? David, sospechoso por la fama de sus virtudes entre los de Gat, imitaba astutamente los actos de un loco, para que, creyéndolo poseído, aquellos que lo veían, compadeciéndose, lo dejaran ir ileso. Pero el rey de ellos, ignorante de su transfiguración dispensatoria, lo rechaza como verdaderamente loco, privándolo de la entrada a su casa como a un insano. Y no se aleja la verdad alegórica de la sombra de la historia. Pues el Señor, para sanar los ojos del corazón de aquellos que no podían ver la gloria de su divinidad, presentó el colirio de la humildad humana; pero algunos impíos lo acusaban de fragilidad en sus pasiones, y de locura en sus virtudes, y lo consideraban abominable, como si realizara milagros con un poder contrario a Dios. De hecho, el Evangelio nos enseña no solo lo que decían sus adversarios, sino también lo que decían de él sus propios seguidores, aún no fortalecidos en la fe plena: Y vinieron a la casa y se reunió de nuevo la multitud, de modo que no podían ni siquiera comer pan. Y cuando lo oyeron los suyos, salieron a prenderlo; porque decían: Está fuera de sí (Marcos III). Esto hicieron sus seguidores carnales aún, debido a la inestimable cantidad y calidad de sus crecientes virtudes; pero mira también lo que dijeron los extraños: Y los escribas que habían descendido de Jerusalén decían: Tiene a Beelzebú, y por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios (Mateo XII; Marcos III). Pero incluso después de su resurrección y ascensión a los cielos, cuando los apóstoles predicaban la verdad del Evangelio, algunos dementes se burlaban de ella como si fuera una locura fabulosa y la rechazaban. Por eso, aquel que era deudor a sabios e insensatos, dando testimonio de Cristo, escuchó: Estás loco, Pablo, las muchas letras te vuelven loco (Hechos XXVI). Por tanto, no es de extrañar que aquellos que acusan a Cristo de locura y manía, lo rechacen furiosamente de la casa de su mente.

(I Samuel XXII.) David se fue de allí y huyó a la cueva de Adulam. Adulam se interpreta como el testimonio de ellos; y el Señor, huyendo de los corazones de los soberbios, entra como un huésped grato en los corazones de los humildes, que no tienen nada del esplendor o decoro terrenal; cuya misma humildad es un testimonio fiel de que son dignos de recibir a Cristo. O ciertamente, el testimonio de aquellos de quienes Dios huye, llamándose humildes, para que con ese testimonio se les convenza de que también ellos podrían haber agradado a Dios, podrían haber recibido a Dios, si hubieran querido.

Cuando lo oyeron sus hermanos, descendieron, etc. Permaneciendo Cristo entre los humildes, todos los elegidos descienden a Él humillándose; o los hombres, que son sus hermanos, porque Él mismo se hizo hombre; o los ángeles, que son especialmente la casa de su Padre, y el lugar de la habitación de su gloria. Se reúnen también todos aquellos que, oprimidos por la conciencia de sus pecados, desean ser lavados con las amargas lágrimas de la penitencia, y ser liberados de la deuda ajena, es decir, del pecado que el diablo les impuso; con Cristo como guía y príncipe, esperan ser promovidos a las alegrías del reino.

Y estuvieron con él unos cuatrocientos hombres. Se adhieren al Señor todos los que permanecen firmes en la fe, actuando virilmente, y fortalecidos en sus corazones por la doctrina del Evangelio, que está marcada por la bellísima unidad de cuatro libros, llamados a esperar, buscar y obtener los reinos celestiales. Pues el número cien, que después de tantos números que corren a la izquierda es el primero en buscar la derecha, como se ha dicho a menudo, al terminar los trabajos inferiores, abre la entrada al reino superior. Ciertamente, es de notar que estas cosas que sucedieron en la cueva de Adulam, que hemos explicado según nuestras fuerzas, pueden referirse tanto a la iglesia primitiva como también aplicarse no indecorosamente al estado de toda la Iglesia. Pues lo que sigue se refiere especialmente a nuestra Iglesia, es decir, la de los gentiles.

Y David se fue de allí a Mizpa, etc. De Sion salió la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Isaías II), y llegó creciendo a la Iglesia de los gentiles, establecida en la más alta atalaya de fe y virtudes. Mizpa se traduce como atalaya. Llegó también a los oradores dialécticos, filósofos, y a los mismos señores de las cosas para reconciliarlos consigo; y a estos, Cristo les encomendó la fe de Dios Padre y la piedad de la Iglesia para ser protegida con religiosa diligencia hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

Y dijo el profeta Gad a David: No te quedes en el refugio, etc. La profecía, que no dejó de cantar ninguno de sus sacramentos, dice a Cristo que, habiendo entrado la plenitud de los gentiles, no busque más proteger su fe de las insidias de los judíos con el débil refugio de la Iglesia creyente, sino que se digne salvar las reliquias de la nación israelita según la elección de la gracia; quien, cumpliendo las profecías de los profetas, vendrá en el tiempo señalado a los corazones incultos durante mucho tiempo, pero ya por sí mismos elevados del pueblo soberbio, al que el nombre Haret, es decir, more, no sin razón conviene. Es a esta a quien su autor, como esposo a una virgen desposada consigo, pero diferida por mucho tiempo de las alegrías nupciales, habla por el profeta: Me esperarás muchos días, no fornicarás, y no serás de hombre, pero yo te esperaré (Oseas III). Lo cual, como el mismo profeta lo expuso consecuentemente: Porque muchos días, dice, los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin efod, y sin terafim. Y después de esto, los hijos de Israel volverán, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey, y temerán al Señor, y a su bondad en los últimos días.

CAPÍTULO X. Saúl busca a David, Doeg, traidor y verdugo, golpea la ciudad de los sacerdotes Nob con sus habitantes, escapando uno a David, Abiatar.

Y oyó Saúl que David había aparecido, etc., hasta lo que David dijo a Abiatar: Quédate conmigo, no temas, etc. Esta lectura tipifica el regreso de Judea al final de los tiempos, lo que sufrirá de sus propios compatriotas, y la constancia de su fe incluso en las tribulaciones del Anticristo, lo que obtendrá del Señor, o más bien con el Señor, la recompensa eterna; lo cual también puede aplicarse a los comienzos de la Iglesia naciente y a los mismos tiempos de los apóstoles. Oyó, pues, Saúl que David había aparecido, y los hombres que estaban con él; oirán cerca del fin del mundo los judíos infieles e impíos, después de una larga negación, que Jesús Cristo es predicado, creído y confesado entre ellos, y no hay duda de que donde, predicando Enoc y Elías, y los demás que entonces serán ministros de la palabra, el Salvador haya aparecido en el corazón de los judíos, no tardará en seguir la persecución del Anticristo.

Saúl, sin embargo, permanecía en Gabaa, etc. El pueblo perseguidor de los judíos permanecía en ese tiempo en Gabaa, es decir, en la colina de la profecía, no de la inteligencia, sino solo de la lectura, y estaba deleitado en la sombra de la ley y de los profetas con el discurso que está en Rama, es decir, en la altura del sentido espiritual incomparable a las demás Escrituras, exaltado por la gloria del reino terrenal, que en él en los tiempos del Anticristo no se duda que será futuro, y todos los compañeros de su persecución lo rodearon vigilantes, permaneciendo en la perfidia, actuando con fuerza para subvertir todas las defensas de la fe y la caridad. Exhortando a los suyos con palabras de este tipo, incitará a combatir la fe y la constancia de los buenos: Escuchad, hijos de Jemini, es decir, de mi diestra, conmigo, evidentemente, para ser bendecidos con una vida y alegría mejor. Pues con el nombre de siniestra considero que deben ser señalados aquellos que, si bien prefieren ser condenados con los nazarenos, que reinar y vivir con Cristo, quien se nos apareció. ¿Acaso Jesús, quien no se duda que vino de la raíz de Jesé, puede dar a todos vosotros en este mundo el fruto de las obras perfectas y el vino de la sabiduría salvadora, que alegra el corazón del hombre (Salmo 103), y en el futuro haceros a todos sentar sobre tronos para juzgar, como prometió frecuentemente, a las doce tribus de Israel (Mateo 15), se entiende, como yo? quien también puedo enseñar la sabiduría perfecta con buenas obras, y recompensar con bienaventuranza a los que obran rectamente y son sabios, porque todos habéis conspirado en la fe de su nombre; ni hay quien me muestre dónde están escondidos los adoradores de su fe, que merecen ser castigados, especialmente cuando, instruido por mí en la ley no poco, ha hecho un pacto mayor con Jesús Nazareno, creyendo y confesando que él es el Hijo de Dios, quien, en un hábito servil deformado, apareció mucho más vil que yo, y enseñó, para mi injuria, que Dios debe ser adorado, quien intentó corromper sus estatutos legales a través de su Evangelio, lo cual no cesa de hacer hasta hoy a través de sus ministros. No es desconocido que ministros del Anticristo blasfeman de esta manera y de innumerables otras para evitar los corazones de los fuertes de Cristo, a cuyas nefandas intenciones, los piadosos que persisten en la fe, pronto la multitud de impíos revelará lo que tiene dentro. Pues sigue:

Respondiendo Doeg el edomita, etc. Doeg, como dijimos antes, significa movido o solícito; edomita, sanguíneo; Nobe, ladrido; Ajimelec, reino de mi hermano; Ajitob, mi hermano es bueno. Responderá, pues, a los judíos que persiguen a Cristo, movido a derramar sangre inocente, la compañía de perversos compañeros; quien, mientras otros abiertamente atacan la fe, él suele acechar interiormente para explorar con más cuidado y, en tiempo de persecución, traicionar las reuniones de los fieles de Cristo, a quien con razón se le insinúa como el primero de los siervos de Saúl; porque cuanto más perverso y menos sensible es alguien a los buenos, tanto mayor lugar ocupa entre los impíos. Sin ninguna duda, la Iglesia es más gravemente afectada por los falsos hermanos que están dentro, que por los enemigos manifiestos que la atacan desde fuera. Responderá, digo, el tiempo de la última conjuración

contra Cristo del enemigo, como está escrito de Judas: Y la noche a la noche indica sabiduría (Salmo 18). Lo que sobria, justa y piadosamente conoció, impiamente lo traicionará, diciendo haber visto la fe del Señor Jesús en la doctrina de aquellos que, contra la maldad de los impíos como ladrones y salteadores, ladran al modo de un perro muy agudo y vigilante, y según el ejemplo de los buenos hermanos que los precedieron, también ellos esperan la posesión del reino eterno. Pero también suplican al Padre por el reino de Cristo, y lo alimentan siempre con el pan espiritual en sus miembros; y a todos los que pueden, arrebatándolos de las manos del diablo, los persuaden, ordenan y ayudan a luchar más bien por la paz de su Redentor.

Envió, pues, el rey a llamar a Ajimelec, etc. Llamados a la causa del Señor los sacerdotes, Saúl llama a la amistad y recepción de David un crimen de conspiración concebida contra él. Capturados los impíos judíos consagrados a la piedad cristiana, cualquier cosa que vean hecha por la fe de la verdad, creyendo que se ha hecho contra ellos, pronto se prepararán para vengarse, y con razón; porque la religión es abominación para el pecador.

Y respondiendo Abimelec al rey, dijo: ¿Y quién, etc.? Responderá al pueblo de los judíos, que lleva la fe y el amor de Cristo como un crimen, el sagrado orden de los preceptos que militan por el reino de Cristo: ¿Y quién de todos los profetas y santos, que con sus palabras, oraciones y ejemplos se ha demostrado que han servido mucho a tus intereses, pudo igualar al apóstol y pontífice de nuestra confesión Jesús, quien es fiel a aquel que lo hizo (Hebreos 3), como también Moisés en toda su casa? Porque este ha sido considerado digno de mayor gloria que Moisés, cuanto mayor honor tiene el que construyó la casa; quien unió a la iglesia de los gentiles, engendrada de la antigua fe de vuestros padres, con el pacto de la esposa. Ni se prueba que haya hecho o enseñado otra cosa en la carne que lo que vosotros mismos, según las palabras de los profetas, habéis aprendido, y más bien siempre habéis deseado que Cristo, cuando viniera, hiciera. ¿Acaso hoy comenzamos a tener esta fe en él, y a buscar los oráculos divinos de su palabra por el estado de su Iglesia, y no más bien hemos recibido, veneramos y adoramos la tradición de los patriarcas y profetas dada a nosotros?

Porque tu siervo no sabía, etc. Respondió a lo que se le acusaba de haber ayudado a David, sabiendo que él le tendía fraudes y trampas, porque no conocía nada de este asunto en ese momento. Pero también la fe cristiana niega conocer si el Señor Jesús alguna vez corrompió los estatutos legales con insidias fraudulentas: lo cual es confesar abiertamente que se ha aprendido que Cristo Jesús no es un insidioso, ni codicioso de alabanza ajena, sino el verdadero mensajero de la voluntad paterna; quien por eso con razón es llamado ángel del gran consejo por el profeta (Isaías 9). Como es aquello del apóstol: No sabía, hermanos, que es príncipe de los sacerdotes (Hechos 23) por lo que diría: Sabía que no es príncipe de los sacerdotes, ya apareciendo y clarificado el pontificado de aquel, quien con sus hijos elegidos es sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Y dijo el rey a los emisarios, etc. Siempre vemos el estado desigual de los malos, y desigual también de los buenos. Pues unos, ascendiendo al vértice de la máxima maldad, se convierten en autores de persecución; a quienes Saúl mismo designa persiguiendo a David. Otros se someten abiertamente a la nefanda autoridad, apoyando malamente en la ejecución de la misma rabia de persecución; de los cuales Doeg el edomita tiene el tipo. Otros, como de ingenio más suave, aunque no también de la impiedad de actuar, parecen mantener sus manos inocentes de enseñar o extorsionar penas a los prójimos; a quienes los siervos de Saúl, conteniéndose de la injuria a los sacerdotes del Señor, no indebidamente se adaptan. Asimismo, entre los fieles probados por las tentaciones de los malos, hay quienes luchan hasta la sangre por la verdad; quienes se prefiguran en el ejemplo de los sacerdotes de Nobe

con sus perdidos, quienes con igual fe y amor, pero aún con menor fortaleza para soportar la tribulación, buscan más bien los refugios de la fuga; sabiendo que los montes altos son para los ciervos, pero la roca es refugio para los erizos y los conejos (Salmo 103), a los cuales uno, que escapó de la mano de Saúl que golpeaba, se iguala figurativamente. Tal diferencia de méritos y costumbres, porque la hemos visto en el pasado, también creemos que será en la última, aunque mayor que las demás persecución futura, evidentemente para que, aunque los autores de la impiedad manden infamias, no falten entre los mudos que obedecen al mal quienes se mantengan inmunes de la lesión de los buenos; ni tal moderación, aunque pequeña, de estos pueda remover el fervor de la tribulación más inmensa. Pues sigue:

Y dijo el rey a Doeg el edomita: Vuélvete tú, etc. Lo que los impíos perseguidores dijeron a los ministros más malvados, movidos evidentemente de todo estado de rectitud, además manchados con la sangre inocente de los estables: Convertíos al mal, y después del crimen de la traición, aumentad también las amarguras de los suplicios a los fieles de Cristo, a quienes se les obliga a morir o a negar.

Y mató, etc. Ochenta y cinco hombres muertos en ese día significan a aquellos que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero (Apocalipsis 22); fuertes ciertamente en obras, y perfectos en la observancia espiritual del Evangelio y la ley. Pues cinco veces diez y siete hacen ochenta y cinco; y cinco ciertamente se refiere a los cinco sentidos más conocidos de nuestro cuerpo, y diez y siete a la ley y el Evangelio, debido al Decálogo de la ley, y a la gracia del Espíritu Santo derramada abundantemente sobre toda carne en los tiempos del Evangelio resplandeciente, raro es quien dude; y por eso cualquiera que con ánimo fuerte todo lo que puede ver, todo lo que puede oír, todo lo que puede gustar, todo lo que puede oler, todo lo que puede tocar, lo lleva a cumplir los mandatos de la ley y a obtener las promesas de la gracia, como multiplicando diez y siete por cinco, completan la suma de ochenta y cinco hombres. Quienes con razón también se narran vestidos con efod, es decir, con superhumeral de lino, para que todas sus obras (pues los hombros suelen tomarse por las obras) se muestren tanto antes de la gloria del martirio, adornadas y recomendadas por la mortificación de la carne, como más perfectamente.

Pero Nobe, la ciudad de los sacerdotes, la hirió a filo de espada, etc. Trucidando el Anticristo a los doctores de Cristo, también intenta infamar y extirpar completamente la fama de su doctrina, con la que solían luchar ladrando contra los dogmas impíos, y en la que ellos mismos solían proteger su vida habitando siempre con obras; pero también a los fuertes en la obra, fecundos en engendrar y nutrir hijos para Cristo, a los pequeños en Cristo, y aún lamiendo los piadosos pechos de la madre casta, y también llevando su yugo suave y su carga ligera, escuchando inocentemente su voz, y siguiéndolo a los pastos eternos de la bienaventuranza suprema, no omite obligarlos con tormentos impíos a negar su fe o a sufrir la muerte por él.

Pero escapando un hijo de Ajimelec... Abiatar, etc. Así como Doeg el edomita, uno que golpeó a los sacerdotes, expresa toda la mano de los verdugos, así Abiatar, uno que escapó de la espada del que golpeaba, expresa a todos los confesores de Cristo que pudieron sobrevivir a aquella persecución tan feroz. Por lo cual con razón Abiatar se interpreta como padre superfluo, como significando a aquellos que, gloriosos con el nombre paterno en la Iglesia, sobrevivieron a tal tormenta. Pero huyó a David, y le anunció que Saúl había matado a los sacerdotes del Señor: cuando la devoción piadosa de los que quedan, después de completada la matanza, se vuelve más ardientemente al Señor, recomendando la memoria de los hermanos muertos bajo su testamento, ya sea orando o ofreciendo sacrificios sagrados: a quien él mismo responde sobre su Evangelio que sabía y predestinó desde hace mucho

tiempo que todos los que quisieran vivir piadosamente en él, sufrirían persecución por su nombre; por lo tanto, como deudor de una ganancia segura, llevará todas las almas de este tipo, liberadas por la muerte, a las alegrías de la vida eterna. Sabía, dice, que cuando en la Iglesia nunca faltarían falsos hermanos, sin duda ayudarían a los enemigos externos a través de escándalos internos. Sabía que cuando en todo este mundo nunca faltarían los malos, a quienes la sabiduría de los buenos disputando, o la paciencia de los que luchan, ejercitaría y al mismo tiempo probaría, sin duda siempre permanecerían tribulaciones y tentaciones para la Iglesia peregrinante aquí. Pero yo soy quien, después de los combates sudados en la tierra, coronará eternamente a cada alma de los elegidos.

Permanece conmigo, no temas, etc. Permaneced, dice, en mi amor; no temáis a los que matan el cuerpo: si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros; pero donde yo estoy, allí estará también mi servidor; si alguno me sirve, mi Padre lo honrará (Juan 15; Mateo 10; Juan 12). Esta traición y al mismo tiempo la matanza de Doeg el edomita, puede entenderse tanto en los tiempos del Señor y de los apóstoles en Judas Iscariote y los demás falsos hermanos, como al final del mundo en el mismo Anticristo mayor que los demás, de modo que el salmo cincuenta y uno, que se canta en su mención, no se aplica inconvenientemente a ambos enemigos, diciendo el título: Al final, entendimiento de David, cuando vino Doeg el edomita, y anunció a Saúl, y dijo: He aquí David en la casa de Abimelec; donde no se pone el entendimiento de David en el encabezado por otra razón que para significar que David entendió entre las tribulaciones que sufría inocente, lo que la maldad de los perversos maquinaría contra el verdadero David que nacería de su semilla. Pues vino jactándose en la malicia, poderoso en iniquidad, pensando injusticia todo el día, y las demás cosas que añadió en el salmo. Quien entendió estas cosas futuras por el Espíritu, Judas, cargado de pecados y a punto de ser gravado con penas, anunció a los judíos, y dijo: He aquí Jesús en el huerto del monte de los Olivos suele frecuentar con sus discípulos. Pues cómo debe entenderse este título sobre la última tribulación, se hace clarísimo por lo que se ha discutido arriba. Pero como hemos extendido el discurso en largo, y hemos dictado el tercer libro en la exposición del bienaventurado Samuel más extenso que el segundo y el primero, hemos considerado que se debe poner fin a este junto con el martirio de los sacerdotes triunfadores, y descansar un poco para recuperar fuerzas con el silencio.

LIBRO CUARTO.

PRÓLOGO.

Completado el tercer volumen sobre el bienaventurado Samuel, pensaba que, después de haber recuperado por un tiempo el placer de meditar o escribir en el descanso, así finalmente iba a comenzar la redacción del cuarto. Sin embargo, este mismo descanso, si es que puede llamarse descanso a la inesperada ansiedad de la mente, me llegó mucho más prolongado de lo que había decidido, debido a un nuevo cambio en las circunstancias circundantes, especialmente por la partida de mi reverendísimo abad, quien, después de una larga observancia del cuidado monástico, disponiendo repentinamente ir a Roma, y entre los lugares sagrados por los cuerpos de los bienaventurados apóstoles y mártires de Cristo, entregar su último aliento como anciano, no poco asombró a los ánimos de los que le fueron encomendados, y con mayor razón, por la conmoción inesperada. Pero quien a Moisés anciano, al ser quitado de los asuntos humanos, sustituyó a Josué en el liderazgo, quien sustituyó a Eleazar en el sacerdocio de su padre Aarón, él mismo, al anciano Ceolfrido, apresurándose a los sagrados umbrales de los bienaventurados apóstoles, sustituyó a Huetberto joven, a quien el amor y el estudio de la piedad hace tiempo le dieron el sobrenombre de Eusebio, para gobernar las almas de los fieles con el sacerdocio y liderazgo

espiritual, en lugar del abad. Y el grado de esta sustitución, después de la elección fraterna, lo confirmé con mi oficio de bendición, amadísimo obispo. Con el estado de los tiempos volviendo a ser más tranquilo, también me vuelve el ocio y el deleite de escudriñar con toda el alma, con solícita intención, las maravillas de la Sagrada Escritura. Por lo tanto, comenzando el cuarto librito de exposición alegórica sobre Samuel, desde la victoria del bienaventurado David, que salvó a los habitantes de Ceila y los defendió de la irrupción de los filisteos que los atacaban, con tus oraciones, amadísimo de los obispos, procuraré comunicar a los lectores cualquier cosa mística que pueda, con la ayuda de aquel que tiene la llave de David.

CAPÍTULO PRIMERO. David salva a Ceila, atacada por los filisteos; y al venir Saúl contra él con su ejército, huye con sus seiscientos hombres al monte de la soledad de Zif.

(1 Samuel 23). Y avisaron a David diciendo: He aquí que los filisteos atacan a Ceila, etc., hasta lo que está escrito: Sin embargo, Saúl lo buscaba todos los días, etc. Esta lectura, bajo el tipo de los hombres de Ceila, salvados por David del enemigo, pero pronto dispuestos a entregar al mismo David al enemigo, señala la inconstancia de aquellos que oyen la palabra, y al instante la reciben con gozo (Lucas 8); pero no tienen raíz en sí mismos, sino que son temporales; y cuando viene la tribulación y la persecución por causa de la palabra, al instante se escandalizan. Avisaron, pues, a David quienes sabían que los filisteos atacaban a Ceila, y que, habiendo expulsado a todos los habitantes dentro de los muros, devastaban las eras que podían encontrarse fuera con su saqueo. Avisan los elegidos a Cristo verdaderamente con mano fuerte, no instruyéndolo con palabras como si fuera ignorante de las cosas humanas, sino refiriendo a él como misericordioso los peligros de los miserables, suplicando, cuando ven que un alma cualquiera, o una multitud de almas al mismo tiempo, ya sea agobiada por los haces de vicios, o ciertamente aún esclavizada por los ritos gentiles, es ocupada por espíritus inmundos; y si tiene algo de virtud naturalmente innata y como de germen saludable, todo esto, evidentemente, porque se encuentra fuera, es decir, actuado solo por los bienes mundanos, es saqueado por su maldad. Avisan estas cosas al David intelectual que, contemplando la miseria común de la humanidad, se quejan y suplican contra el reino de los espíritus inmundos, diciendo: Nos hemos convertido en oprobio para nuestros vecinos, en burla y desprecio para los que están a nuestro alrededor. ¿Hasta cuándo, Señor, te enojarás para siempre, se encenderá como fuego tu celo? Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen; y sobre los reinos que no invocan tu nombre. Porque devoraron a Jacob (Salmo 79), y las demás cosas, hasta el final del salmo.

¿Debo ir y atacar a estos filisteos? etc. Porque David casi siempre en las Escrituras, cuando se toma mística, representa al Señor Cristo, pero a veces en sus miembros, a veces en sí mismo; se entiende correctamente en este lugar, donde consultó al Señor si debía atacar y vencer a los enemigos, refiriéndose a la persona de sus miembros, es decir, de sus fieles, quienes a veces, dolidos por la muerte de los infieles conocida por los cercanos, consultan los oráculos de la Escritura divina para saber qué debe hacerse al respecto. Pues también antes, cuando se le informó a David que Ceila estaba siendo atacada por los filisteos, no sin razón puede señalarse que los fieles a menudo muestran a los más perfectos fieles de Cristo los peligros de las tentaciones en el mundo, que ellos mismos ven que no pueden superar. Estos maestros de las iglesias, más perfectos y fuertes, al examinar los testimonios de las Escrituras, encuentran que deben ayudar y socorrer a los oprimidos, y al romper el intento de los espíritus malignos, descubren que la multitud que sufre una larga tentación debe ser salvada; pero a menudo, cuando los más débiles temen por la persecución inminente, la lectura de las palabras divinas consultada rápidamente manifiesta que no deben temer a los que matan el cuerpo (Mat. X),

sino que deben levantarse del letargo haciendo lo correcto, ir a los oprimidos predicando lo útil, y atacar a los opresores exorcizando. Hay quienes, cuando se avecina la tormenta de las persecuciones, apenas se atreven a profesar abiertamente la fe que han recibido; cuánto menos se atreven a llamar a otros a la fe, o a consolidarlos en la fe, y a emprender la guerra contra las huestes de los espíritus malignos. ¿Y qué es, típicamente, que los hombres de David le digan: "He aquí, nosotros aquí en Judea estamos temerosos, cuánto más si vamos a Ceila contra las huestes de los filisteos?" sino que los oyentes débiles, preparándose para la obra de la palabra, responden con voz abierta a los maestros espirituales temerosos: "He aquí, nosotros dentro de los muros domésticos de la Iglesia tememos defender libremente la confesión de la fe paterna, que Judea significa; cuánto más, si vamos a aquellos que nunca conocieron el camino de la verdad, o que lo conocieron y lo abandonaron, para instruirlos con la palabra de salvación, no dudamos que nos exponemos a peligros más graves al desafiar a las potestades aéreas en batalla." Pero el Señor no deja de levantar con las frecuentes palabras de su Evangelio la debilidad y el temor de estos, y de confortarlos con la confianza en la oración. Y esto es lo que sigue: "Porque yo entregaré a los filisteos en tu mano. En el mundo tendréis tribulación, pero confiad, yo he vencido al mundo" (Juan XVI).

David y sus hombres fueron a Ceila, etc. El Señor fue en sus predicadores a sanar a los quebrantados de corazón, y luchó contra los espíritus de mentira y perfidia, revelando la luz de la verdad y la fe, y alejó de ellos con justa separación las almas de los redimidos, en las cuales, antes atadas por el freno del error, como cabalgando sobre ellas, y sometiéndolas a su derecho y dominio, solían más eficazmente y poderosamente arrebatar y someter a otros, y haciéndolos anatematizar con gran execración. Así ciertamente los salvó, quienes recientemente, evitando las tentaciones de estos, solicitaron ansiosamente su auxilio. Esto se ha hecho a menudo desde el principio de la naciente Iglesia, y casi nadie duda que se haga diariamente en los lugares.

Por otro lado, en el tiempo en que Abiatar huía, etc. El efod es, como recordamos antes, una vestidura sacerdotal, con cuatro colores muy destacados entrelazados con oro, dos piedras preciosas en cada hombro, y los nombres de los doce patriarcas, que conviene muy adecuadamente para significar los sentidos de los hombres sublimes. Pues aquellos que huyen para proclamar más y más la gloria de Cristo, quienes han escapado de las manos de los verdugos y perseguidores por haber sufrido mucho martirio por él, llevan consigo sentidos y corazones sublimes con cuatro virtudes más excelentes resplandeciendo con caridad, templados con precioso discernimiento en adversidades y prosperidades, y enseñados y fortalecidos por la palabra y el ejemplo de los Padres precedentes. Y es bueno que se recuerde que el sacerdote que huía a David con el efod no subió, sino que descendió, según lo que está escrito: "Cuanto más grande eres, humíllate en todo" (Eclesiástico III). Pero como con el crecimiento de la devoción de la fe, también crece el odio de los infieles, evidentemente por el juicio supremo, para que la tentación examinando a los íntegros en la fe los haga más claros, y al mismo tiempo acuse a los simuladores de su ligereza, correctamente se añade:

Y Saúl ordenó a todo el pueblo, etc. Pues con el crecimiento del estado de la Iglesia, no faltaron en sus tiempos adversarios que, con la paciencia y sabiduría de ella, permitiéndolo el Señor, la golpearan con un gravísimo combate; buscando capturar con un asedio impío al mismo Señor en ella y a sus hombres, es decir, a los valientes defensores de su Evangelio, y eliminarlos del medio, pero nunca llegando a los pérfidos deseos de su malicia.

Cuando David supo que Saúl preparaba secretamente el mal contra él, etc. Aplicado el efod por Abiatar, David consultó al Señor si Saúl vendría a destruir Ceila, y si los ciudadanos lo

entregarían. De donde se puede conjeturar en qué orden consultó al Señor antes, es decir, aplicando a sí mismo la vestidura sacerdotal, y así buscando la respuesta del Señor de la boca del sacerdote, y que esta era la costumbre de los que consultaban a Dios en ese tiempo, al menos de aquellos que no podían acercarse al arca del Señor. Pues de esta está escrito: "Desde allí hablaré contigo, desde el medio del propiciatorio y de los dos querubines" (Éxodo XXV). Pero cuando David supo que el enemigo vendría, y que el refugio de la ciudad anfitriona le sería infiel, salió con sus hombres, unos seiscientos, y vagó incierto de un lado a otro. Los santos, es decir, los miembros del sumo rey, buscan a través de hombres de excelente virtud y doctrina de las santas Escrituras, cómo está el estado de la Iglesia en los últimos tiempos; y aprenden por las Escrituras que vendrá el imperio de la nación judía para su subversión; y que los hombres de Ceila, es decir, los de mente inquieta, y que quieren vivir para sí mismos y no para el Creador, pronto traicionarán la fe en la que fueron iniciados. Cristo saldrá de tales, y no hace morada entre ellos. También los doctores, perfectos en esperanza y obra, salen. Pues seis obras, cien esperanza de lo eterno, designan la perfección de los hombres. Abandonan a los tibios, para no dañar más hablando a quienes no guardarán, en ejemplo de la historia que describe los hechos de David y añade:

Entonces David se levantó, etc. ¡Ay del alma, ay de la ciudad, que la palabra de Dios dejando, vaga de un lado a otro, incierta de dónde, o en el pecho de quién tomará asiento y descanso! Las zorras, dice, tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mateo VIII); y esto es lo que dice en otro lugar: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Lucas XVIII). Ciertamente, es de notar que estas cosas pueden referirse típicamente, en general, a todo tiempo de la Iglesia, a la que nunca faltan falsos hermanos, pero especialmente a los últimos tiempos, en los que abundarán más, cuya ligereza y perfidia incluso el nombre de Ceila conviene. Pues se dice que significa lanzada a la honda, o levantándola, o llevándola consigo. Y ciertamente, por qué el alma del falso cristiano, inestable y errante, se llama lanzada a la honda, lo explica la mujer sabia, que en el tipo de la Iglesia habla con mano fuerte y deseable diciendo: Pero el alma de tus enemigos girará en el ímpetu y círculo de la honda (1 Samuel XXV). ¿Por qué se llama levantándola infielmente fiel, sin duda se llama correctamente persecución, lo prueba aquel traidor, que del número de los discípulos de Cristo, añadido al número de los perseguidores, hasta ahora no cesa de tener herederos de su depravación en la Iglesia. Pero por qué se llama llevándola consigo, lo manifiestan aquellos que, usurpando especialmente para sí el conocimiento de la fe, no temen segregarse de la unidad católica.

Se informó a Saúl que David había huido de Ceila, etc. Los enemigos de la fe disimulan cargar con persecuciones a aquellos que ven que abandonan la fe voluntariamente. Pero también el mismo adversario antiguo fatiga con látigos de tentaciones más agudas a aquellos que ve que le resisten fuertes en fe y acción, o a aquellos que ve inertes en la fe, o completamente infieles o apóstatas, a estos como propios, y completamente sujetos a él, los posee con derecho tranquilo, a menudo sin tentaciones de ira, soberbia, fornicación, y envidia, y otras pasiones similares, o ciertamente con tentaciones más raras.

David se quedó en el desierto, etc. Dejando Cristo a aquellos que reciben la fe solo de palabra, mora más bien en los corazones firmísimos de aquellos que en la aridez del presente siglo tienen sed de Dios, fuente viva, cuando vendrán y aparecerán ante la faz del Señor. Permanece gustosamente en aquellos cuyo corazón elevado, alejado de las seducciones del mundo, y en feliz soledad secreto, se regocija en el germen y floración defectiva de las virtudes. Pues Zif se interpreta como flor o germen.

Sin embargo, Saúl lo buscaba todos los días, etc. Desde el principio del naciente hasta el fin, los impíos se esfuerzan por quitar a Cristo de los corazones de los piadosos, y él mismo defiende a los piadosos, para que nunca sean vencidos por los impíos, con quienes prometió permanecer todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII). Y en otro lugar: Cuando pases por las aguas, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán (Isaías XLIII).

CAPÍTULO II. Jonatán y David hacen un pacto ante el Señor, y los zifeos traicionando, Saúl viene contra David; pero una necesidad más urgente de enfrentarse a los filisteos lo impide.

Y vio David que Saúl había salido, etc., hasta lo que está escrito: Por eso llamaron a aquel lugar la roca que divide. Esta lectura mística señala, cuando los infieles persiguen a la Iglesia, con cuánta devoción los fieles compañeros de Cristo, con cuánta impiedad los adversarios de la fe ayudan a los hermanos bajo Dios, y por qué milagro Cristo, el piadoso Redentor, a veces libra a los suyos incluso del mismo artículo de la muerte. Y vio, dice, David, que Saúl había salido para buscar su alma.

Pero David estaba en el desierto de Zif en el bosque. Vio el Señor, cuyos ojos están desnudos y abiertos a todas las cosas (Hebreos IV), que había salido de la custodia interna de sí mismo el grupo de los infieles, para buscar persiguiendo a la iglesia de sus fieles, de quienes el corazón y el alma son uno (Hechos IV). Pero él mismo permanecía en el desierto, en la Iglesia tomada de los gentiles, que suele generar corazones preñados del germen de virtudes variadas como árboles fructíferos; de los cuales el salmista, cantando la casa de la remisión y la vida que se edificará después de la cautividad: Entonces, dice, se regocijarán todos los árboles del bosque ante la faz del Señor, porque viene (Salmo XCV). Estos árboles de la Iglesia fructífera, tanto más espiritualmente fecundados con el florecimiento o germen de buenas obras (ambos se interpretan como Zif), cuanto más diligentemente abandonan todas las alegrías de este mundo.

Y se levantó Jonatán, hijo de Saúl, y fue a David, etc. Y el alma de los elegidos, columbina y simple, progresando entre las adversidades de las persecuciones, a menudo llamada a la gracia de la fe del mismo número de los perseguidores, se acercó con pasos de virtudes crecientes a Cristo, y fortaleció a los obreros, es decir, a los doctores de su palabra, en el siempre presente auxilio divino en las oportunidades (Salmo IX).

Y le dijo: No temas, etc. Aunque Jonatán pronunció una sentencia falsa sobre sí mismo reinando bajo David, ignorante, como hombre, del destino y suerte futura, sin embargo, según los sentidos místicos, revela las alegrías de Cristo y la Iglesia. Pero dio testimonio de aquel reino inviolable, al que él mismo pertenece, afirmando que los enemigos no deben ser temidos, que no pueden llegar a extinguir el imperio de la fe y la verdad, sino que él mismo, cuyo imperio se multiplicaba, y no habrá fin de la paz, reinará perpetuamente sobre los ángeles y hombres elegidos; y aquellos que lo amaron fielmente y con todo el corazón, estarán en todo cerca de él en la cima de ese reino. Con sus enemigos postrados y vencidos, también sujetos completamente a los pies de Cristo y a su imperio, dice Pablo: Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies; el último enemigo que será destruido es la muerte. Porque todo lo ha sometido bajo sus pies (1 Corintios XV; Salmo CIX); pero cuando dice: Todo está sujeto a él, sin duda excepto aquel que le sujetó todo (Salmo VIII), de aquí es claro que las potestades que se apartaron de él, vacías e inútiles, Cristo las devolverá, y fijará los trofeos en el signo del vencedor contra los enemigos de nuestra salvación, a quienes mucho antes ya había vencido con su muerte, como está escrito: Porque los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para que

por su muerte destruyera al que tenía el imperio de la muerte (Hebreos II), es decir, al diablo. Texto: Así golpeó, etc.

Por lo tanto, ambos hicieron un pacto ante el Señor, etc. Hacen un pacto entre sí el Señor y los fieles, para que ellos lo sigan, y él les dé la vida eterna; y esto ante el mismo conspecto de la divinidad, en cuya fe nos manda vivir, y a la que nos aconseja suspirar para ver, ayuda. Y el Señor permanece en la Iglesia, densa con el múltiple bosque de pueblos, todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo VIII). Pero cada uno de los fieles, después de haber realizado el oficio de oración o exhortación, o cualquier otra devoción ofrecida al Señor, regresa a su conciencia, para que, vacando de la acción exterior, más libremente se pesen a sí mismos en todo lo que han hecho o van a hacer, más libremente se purguen de lo que han hecho mal, y más perfectamente se preparen para lo que deben hacer bien; tales, sabiendo decir con el profeta: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Salmo LIV), con razón también pueden ser llamados con el don de la paloma Jonatán, e incluso con el apóstol Pedro hijos de la paloma.

Pero los zifeos subieron a Saúl en Gabaa, etc. A menudo los falsos hermanos, dejando el germen y florecimiento de sus virtudes, suben a los soberbios enemigos de la fe para ayudar contra la Iglesia, y detestando la simplicidad de los fieles, de algún modo dicen a los perseguidores: ¿No habita Cristo entre nosotros por la fe en los corazones más seguros de los gentiles? No está vacío lo que se dice en el monte de Hachila, es decir, del que la recibe. Pues, ¿dónde se debe pensar que el espíritu de Cristo mora más gratamente que en la altura de la mente que firmemente recibe su fe? que está a la derecha del desierto, porque por las alegrías más derechas, es decir, de la vida eterna, abandona la pompa del mundo. Pues quien por la recompensa temporal y terrena declina las seducciones mundanas, no se dice que se desvió a la derecha del desierto, sino más bien a la izquierda, donde no nuestro deseable rey, sino el detestable enemigo suele habitar. Y todas estas cosas dicen los zifeos a Saúl, cuando algunos falsos fieles traicionan los misterios de la fe, o incluso a sus mismos cultores, a los perseguidores abiertos, y con mente perversa, de quienes difieren en el conocimiento de la fe, concuerdan en el odio de la misma fe; y cuanto más interiormente conocen los secretos de Cristo, como los escondites de David, tanto más neciamente ayudan a aquellos que desde fuera intentan expungar la Iglesia.

Y Saúl dijo: Benditos seáis del Señor, etc. Se prometen a sí mismos los judíos y sus partidarios una bendición futura del Señor, cuando, teniendo celo de Dios, pero no según ciencia, persiguen con odios o armas el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios. Y como en otro lugar dice el Señor de ellos y sus cómplices: Porque viene la hora en que todo el que os mate pensará que ofrece servicio a Dios (Juan XVI). Pero ¡ay de sus bendiciones, que explorando insidias contra la Iglesia, o al menos contra cualquier miembro de la Iglesia, se prueban doler en lugar de los perseguidores! ¡Ay de aquellos que, ascendiendo a esa flor de la raíz de Jesé solo de nombre, buscan con toda la intención de su mente los bienes presentes que se marchitan y perecen rápidamente; olvidando aquella bendición que debe ser vista y esperada por todos, de la cual está escrito: El Señor se acordó de nosotros, y nos bendijo. Bendijo la casa de Israel, bendijo la casa de Aarón (Salmo CXIII). Bendiciendo a ambos, bendijo a todos los que temen al Señor. Preguntas: ¿A quiénes a ambos? Se responde, a los pequeños con los grandes, es decir, a la casa de Israel con la casa de Aarón; a aquellos que de esa misma gente creyeron en el Salvador Jesús, porque no en todos ellos agradó a Dios; pero si algunos de ellos no creyeron, ¿acaso su incredulidad anuló la fe de Dios? ¡De ninguna manera! Porque no todos los que son de Israel, son israelitas; ni todos los que son descendencia de Abraham, son hijos; pero, como está escrito, las reliquias serán salvas (Isaías X). Por este oráculo de Isaías, se predice que algunos de los judíos alcanzarán esta bendición

celestial, de modo que la mayor parte de ellos será cegada; de los cuales Saúl, reprobado por Dios, fue tipo y figura, y en su lugar fueron sustituidos los gentiles: Porque se acercaron las ovejas que no eran de este redil, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X); se acercó la fe de todas las naciones, y creció el número no solo de sabios obispos, sino también de pueblos obedientes; a quienes no pocas bendiciones de Dios han sido prometidas, como se dijo: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios I); pero Dios nos bendijo, no en una bendición, sino en todas. No para que todos obtengamos todo, sino que mientras cada uno tiene una o varias de todas, todos poseamos por cada una. Y no en bendiciones terrenales, a semejanza de los judíos, de quienes dijo Isaías: Si me escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isaías I), sino en espirituales. Pues hay bendiciones terrenales, tener hijos; abundar en riquezas, gozar de honor y salud; que esta bendición terrenal descende hasta los animales irracionales, pues se dijo de ellos: Y los bendijo Dios, y les dijo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Génesis I). Pero las bendiciones espirituales están en los lugares celestiales, porque la tierra no puede recibir una bendición espiritual. Pues aquellas bendiciones que en Levítico se prometen a los que guardan los preceptos de Dios, por ejemplo, prestar a las naciones extranjeras, tener graneros llenos de trigo, ser bendecidos en las ciudades, ser bendecidos en los campos, y cosas similares, no vemos cumplidas en los profetas, que erraron en pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; de quienes el mundo no era digno, errando en desiertos, en montañas y en cuevas y cavernas de la tierra. Por lo tanto, todo debe ser entendido espiritualmente; y las cosas espirituales no deben ser esperadas en lugares terrenales, sino en los celestiales.

Quod si etiam in terra se abstruserit, etc. La tierra es fructífera en obras de fe en la mente de los elegidos; al visitarla y embriagarla Dios, y multiplicarla, el soberbio investigador se jacta de escudriñarla, porque no solo en público, en obras o confesiones, sino también en el mismo secreto de la fe y del amor íntimo, puede quitar a Cristo de sus adoradores. Pero si también, dice, se ha escondido en la tierra, lo escudriñaré entre miles de Judá. Como si dijera abiertamente: Pero si el pueblo cristiano, disminuido por nosotros, ha llegado a tal escasez o pobreza, que, al retirarse la confianza de predicar, de celebrar sus solemnidades, de convocar abiertamente reuniones, apenas se atreven a adorar a Cristo como oculto en los mismos recovecos de sus corazones, y desde allí, con la abundante multitud de perseguidores y exploradores, lo exterminaré poco a poco. Porque tengo innumerables Judá, es decir, ejércitos de alabanza o confesión divina, con los cuales fácilmente extinguiré todos los comienzos temerarios de aquellos que piensan de otra manera. Esto también puede entenderse simplemente, porque a veces los cristianos, extraídos de criptas y escondites, son llevados a la muerte por Cristo.

Entonces ellos se levantaron y fueron a Zif antes que Saúl. Correctamente se dice que los Zipheos, que acechaban a David, fueron a Zif antes que Saúl, porque los cismáticos o herejes, cuanto más cerca están de los judíos o paganos, como admitidos dentro, tanto más maliciosamente, y como si fueran los primeros, despojan el fruto de la Iglesia. Lo cual, en los tiempos del Anticristo, cuando los judíos moverán una persecución mayor que los demás, será principalmente en la Iglesia, y ojalá no supiéramos que ocurre diariamente. Finalmente, Judas, cuanto más íntimamente fue recibido, cuanto más se convirtió en guía y conocido del Señor, compartiendo con él dulces alimentos, tanto más poderosamente levantó su talón contra él.

David y sus hombres estaban en el desierto de Maón, etc. Maón se interpreta como morada. Jesimoth lleva a la muerte. Sin embargo, a menudo los fieles, guiados por Cristo, se alegran

de anhelar la patria eterna, lo que significa los lugares desérticos sin agua; suspiran por la morada de la bienaventuranza celestial, lo que insinúa el nombre de Maón, es decir, Hab; saben que esperan la vida eterna por la muerte infligida por Dios, lo que la derecha de Jesimoth expresa figurativamente. Pero aún no pueden trascender completamente los vastos campos de pensamientos terrenales. Pero cuando la tormenta de la persecución se avecina, inmediatamente la mente, humillada, se recoge a sí misma, abandonando todas las cosas de este mundo, hacia la roca más fortificada de la fe, y con los pies firmemente plantados sobre esta roca, y con pasos dirigidos, ya arde en pasear dulcemente en los cielos con el alma, y en cantar con ardor el cántico de la nueva esperanza y alegría, lo cual es después de haber tomado el refugio de la roca, David y sus compañeros se encuentran en el desierto de Maón. Este mismo desierto de Maón, esta misma morada, no solo designa el deseo de la morada perpetua debido a las alturas quemadas por el calor; sino también porque el desierto tomó su nombre de abandonar, indica la misma morada de la quietud celestial, que el hombre abandonó hace mucho tiempo. Finalmente, en la parábola del Evangelio, el Buen Pastor, dejando en el desierto a las noventa y nueve ovejas, va a buscar la que se había extraviado (Lucas XV). En este desierto, bajo la guía de David, se encuentran aquellos que, dotados de la gracia de Cristo, pueden decir: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III).

Cuando Saúl lo oyó, persiguió a David, etc. Esto se refiere especialmente al perseguidor judío, quien, al oír la fe y devoción de los creyentes, los persigue en la tierra, quienes con toda la intención de su mente miran hacia los cielos, creyendo él mismo que Cristo vendrá en la carne, a quien ellos ya han aprendido que ha venido. Esto es, en efecto, Saúl avanzando por un lado de la montaña, mientras que David y sus hombres permanecen en el lado opuesto de la montaña; estos vacíos de Cristo, como si todavía se apresuraran hacia Cristo encarnado con una esperanza perversa; aquellos, con la gracia de Cristo como su autor, ya han recibido los sacramentos de la fe cristiana, por los cuales serían salvados. Él es, en efecto, el monte de la casa del Señor preparado en la cima de los montes, sobre el cual una ciudad puesta no puede ser escondida (Isaías II). Y no es de extrañar, si desesperan de poder escapar carnalmente de los enemigos, a quienes no se les ha dicho: No temáis, porque no seréis muertos por los enemigos (Mateo X); sino, No temáis, dice, a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo X). Sin embargo, a veces, los desesperados también son rescatados de los enemigos en el presente, como los tres jóvenes del horno, Daniel del foso de los leones, como Pablo y Silas, y el mismo príncipe de los apóstoles (Hechos V); pero también en otros lugares, todos los apóstoles juntos del encarcelamiento; como, finalmente, muchos mártires después, de gran alabanza y gloria en Cristo y en la Iglesia. Por lo tanto, se añade correctamente:

Así que Saúl y sus hombres rodeaban a David como una corona, etc. Porque el Señor Salvador, protegiendo a sus fieles, muy a menudo aquellos que no querían, por temor a Dios, pero fueron obligados por la paz humana o por alguna conveniencia, a cesar de su laceración. Por esto, muy correctamente, la fe de Cristo, sobre la cual está edificada su Iglesia, prevalece contra las puertas del infierno (Mateo XVI); se llama la roca que divide, porque a menudo defiende maravillosamente a los suyos, desesperados en el presente, y en el futuro separa a los que esperan de la perturbación de los hombres con una recompensa perpetua. Pero si creemos que estos hechos ocurrieron en tiempos modernos, o que se llevarán a cabo en el futuro bajo el Anticristo, que el lector lo considere, y no contemple sin lágrimas una cosa digna de lágrimas, cuánto el estado de la Iglesia se deteriora diariamente hacia lo peor, o, para decirlo más suavemente, hacia lo más débil. La ciudad de Nobe sufrió el martirio por haber recibido a David con todos los suyos, lo cual es devolver fruto con paciencia en buena tierra. Ceila, salvada con sus ciudadanos por David del enemigo, en el momento crítico de la

persecución, perdió a su salvador porque no temió traicionarlo; y esto es recibir la semilla de la palabra con alegría; pero cuando surge la tribulación por la palabra, inmediatamente se escandalizan (Mateo XIII; Lucas VIII). Los Zipheos, al descubrir que David estaba cerca, no solo no lo invitan a ellos, sino que también lo traicionan voluntariamente, no para evitar el peligro, sino para obtener la amistad de Saúl, exploran sus caminos y meditan en derribar y suplantar sus pasos; y estos son los que, según la parábola del Señor mencionada, oyen la palabra, pero la preocupación de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. No he seguido esto como si no creyera que hoy existen muchos, y siempre existirán muchos, perfectos en la fe y la verdad; sino porque he visto que en gran parte ya se acercan los tiempos que fueron predichos hace mucho tiempo, en los cuales, al abundar la iniquidad, se enfriará el amor de muchos (Mateo XXIV). El título del Salmo cincuenta y tres menciona esta lectura y la traición de los Zipheos, diciendo: Al final, en los cánticos, entendimiento de David, cuando vinieron los Zipheos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros? Que, para explicarlo brevemente, al final, significa que el salmo se dice en la persona de Cristo. Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo el que cree (Romanos X). En los cánticos, en gran angustia, aunque el salmista declara con alegría el mismo cántico según aquel que dijo: Pero también nos gloriamos en las tribulaciones (Romanos V). Porque siempre, si no me equivoco, los salmos que se inscriben en los cánticos anuncian la exultación del que canta entre las adversidades. El entendimiento de David muestra que David, acosado por angustias, pero también liberado inesperadamente, entendió que el cuerpo del verdadero David, del cual él mismo era miembro, sufriría por los inicuos, cuánta gracia de su Redentor, y a menudo sería liberado en el presente, y siempre coronado en el futuro. Pero lo que se dice al principio del mismo salmo: Dios, en tu nombre sálvame, y en tu poder líbrame, esto es lo que en esta lectura David pide refugio en la roca. Y esto, por el augurio de la liberación, se llama la roca que divide. Porque los padres bebían de la roca espiritual que los seguía. Y la roca era Cristo.

CAPÍTULO III. David en la cueva de la soledad de Engaddi corta el borde del manto de Saúl, y al mostrarlo lo mueve a confesar su crimen. Muere Samuel, y David descende al desierto de Parán.

(I Reyes XXIV.) Entonces David subió de allí, etc., hasta lo que está escrito: Y levantándose David descendió al desierto de Parán. En esta lectura, el Señor revela sus dones ocultos a los sabios y prudentes a los pequeños; al someterse a las ataduras de la muerte, inmediatamente las destruye resucitando; llama a los judíos, a quienes se les ha quitado en parte el reino carnal, al arrepentimiento a través de los discípulos. Sin demora, al desvanecerse la sombra de la ley, se introduce para ser adorado en los corazones de las naciones, desiertos y salvajes durante mucho tiempo, en la verdad del Evangelio. Porque David, huyendo de las insidias de Saúl, y abandonando las débiles defensas de los Zipheos, sube y habita en los lugares más seguros de Engaddi, que se interpreta como Fuente del cabrito. Huyendo el Señor de los corazones soberbios de los judíos incrédulos, dejando también a aquellos que no dudan en abandonar los comienzos de las virtudes, asciende a lo que es superior, y habita en los corazones de los humildes de espíritu; que ya confesados sus crímenes de fealdad, habían sido lavados en la fuente vivificante del Salvador, para que así pasaran de cabritos a corderos en una feliz transformación. La Iglesia recuerda este lugar, hablando en el Cantar de los Cantares: Racimo de ciprés es mi amado para mí en las viñas de Engaddi (Cantar I). Evidentemente diciendo abiertamente: Porque así como el racimo de la isla de Chipre es superior a los demás, así la gracia de mi Redentor suele embriagar con un incomparable ardor de estudios espirituales la mente que ha comenzado. Y esto solo en aquellos pueblos que, renovados en el bautismo para la remisión de los pecados, saben propagar las alegrías

fructíferas de la buena acción. Y llama viñas de Engaddi a los árboles de bálsamo, de los cuales ese lugar es fértil. De cuya corteza, al ser incisa, destila ese humor, con hermosas lágrimas goteantes, y muy apto para confeccionar el crisma, lo cual es manifiestamente claro cuán adecuado es para significar virtudes.

Y cuando Saúl regresó, etc. Al perseguir a los filisteos, Saúl es repentinamente llamado de nuevo con una mente siniestra a buscar a David para matarlo; convierte sus armas de un justo combate, en el que enfrentaba a los enemigos, a uno injusto, en el que golpea a un ciudadano. Así, los judíos incrédulos, mientras, dotados de la palabra de la Sagrada Escritura, a menudo disputan contra los ídolos y varios errores de las naciones, de repente, miserables, vuelven las flechas de sus palabras infieles contra Cristo y la religión cristiana. Y cuando han conocido que él ha admitido a publicanos y pecadores, purificados por el lavado de la onda salvadora, y ya separados de las seducciones del mundo, lo cual es típicamente David permaneciendo en el desierto de Engaddi, inmediatamente esconden trampas contra el inocente en vano, buscando devorarlo, como el infierno al viviente, y entero como descendiendo al abismo. Por lo tanto, se añade apropiadamente:

Tomando Saúl tres mil hombres escogidos, etc. Así como en el bien el número ternario suele ponerse por cierto misterio, designando a aquellos que son gloriosos por la confesión de la Santísima Trinidad, o devotos en fe, esperanza y caridad, o perfectos en pensamiento, palabra y acción, o algo similar, así también cuando se pone en el ejército del mal, no sin razón denota a aquellos que en todo se prueban actuando contrariamente. Por lo tanto, en este lugar, los tres mil armados con los que Saúl sale a perseguir a David y sus hombres, deben ser entendidos místicamente como aquellos que, con un ejército triple, se levantan contra el Señor y contra su Cristo, meditando en vano (Salmo II), es decir, yendo en el consejo de los impíos, y permaneciendo en el camino de los pecadores, y sentándose en la cátedra de la pestilencia, hicieron todo lo contrario al hombre bienaventurado; aquel cuya voluntad está en la ley del Señor, y en su ley medita día y noche. Saúl también va a buscar a David incluso sobre las rocas más abruptas, que solo son accesibles a las cabras montesas, cuando tiende trampas de engaño e insidias al reino de los judíos contra el Señor; incluso en sus dichos más altos, que solo son comprensibles para los oyentes perfectos. Las cabras montesas, que son pequeños cuadrúpedos, y no saben habitar ni parir sino en las rocas, y si alguna vez caen de las altas cumbres de las rocas, se sostienen ilesas en sus cuernos, significan a los humildes oyentes de la palabra de Dios, que cuanto más se ven a sí mismos de menor mérito, sabiduría y virtud, tanto más buscan los fuertes refugios de las Sagradas Escrituras, en los cuales deben habitar con la mente y poner los frutos de la buena obra, como refugios de las cabras montesas de las rocas, y cualquier ruina temporal que les sobrevenga, sosteniéndose en los testamentos de las palabras celestiales, se salvan como si fueran sostenidos por la recepción de sus cuernos. El Señor recuerda a este animal, y señala cuán no despreciable es su figura, hablando místicamente al bienaventurado Job: ¿Conoces el tiempo del parto de las cabras montesas en las rocas? (Job XXXIX).

Y llegó también a los rediles de las ovejas, etc. Al perseguir a los judíos al gran pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo, extendió el ímpetu de la nefanda cuestión también a las reuniones de los fieles discípulos suyos, que se ofrecían como ovejas a los lobos que rugían, si acaso pudiera encontrar algo en ellos por lo cual pudiera reprochar al maestro. De ahí aquello: He aquí que tus discípulos hacen lo que no es lícito en los sábados, y otras cosas (Marcos II).

Y había allí una cueva, etc. Esta cueva es figura del sepulcro del Señor, cuya entrada Saúl entró para purgar su vientre, cuando los príncipes del reino de los judíos, yendo a Pilato,

aseguraron el sepulcro, sellando la piedra con los guardias, como si al autor de la vida intentaran cerrar el camino de la resurrección, mostrando a todos el hedor de su perfidia, ya concebido y cocido internamente. Pero el Señor estaba oculto en la parte interior del sepulcro, y sus hombres también estaban ocultos, es decir, los discípulos fuertes en ese momento, más fuertes en el futuro, quienes, dondequiera que estuvieran en ese momento en la ciudad de Jerusalén corporalmente, es completamente cierto que con toda la intención y deseo de su mente ocupaban la sede del sepulcro, donde solo lamentaban que el que amaban yacía sepultado. Y ciertamente estaban ocultos en la cueva, porque no querían que aquellos que lo habían matado supieran en absoluto qué devoción y amor tenían hacia el injustamente asesinado. O ciertamente, que los hombres de David, junto con él, estaban ocultos en la cueva, e incluso resucitaron y salieron de la cueva con él, según aquello que dice el apóstol: Porque nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado (Romanos VI). Y como él mismo dijo antes, diciendo: Porque todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte. Porque fuimos sepultados juntamente con él por el bautismo en la muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Romanos VI).

Y dijeron los siervos de David a él: He aquí el día, etc. Dijeron a Cristo sus discípulos carnales, aún de ánimo servil, cuando veían el poder del crucificado y la locura de los que lo crucificaban: He aquí que ha llegado el tiempo, del cual Dios Padre te habló, por boca de sus santos profetas desde el siglo, de poner a todos tus enemigos como escabel de tus pies (Salmo CIX). Esto decían con todo su ánimo, aunque no con palabras, todos aquellos de ellos que deseaban que perecieran aquellos que, habiendo liberado al ladrón, condenaban a muerte al Salvador, porque se probó en aquel que cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote, no queriendo que el Señor bebiera el cáliz que el Padre le dio. Se probó en aquellos que buscaban que descendiera fuego del cielo sobre los impíos, sin saber de qué espíritu eran, porque el Hijo del Hombre no vino a perder las almas, sino a salvarlas. Pero él, con el moderado control de su piedad, no destruyó completamente a los impíos, sino que les quitó en gran parte el hábito del reino, para que, al menos así, confundidos, llegaran al reconocimiento de su locura y corrección.

Después de esto, David golpeó su corazón, etc. El Señor lamentaba a la raza humana, de la cual tomó carne, con afecto de misericordia, porque, debido a los méritos de ella, se veía obligado a quitarle algo del ornamento real, prefiriendo que esta, guardando la ley divina, tuviera aquí y en el futuro un reino perpetuo. Finalmente, viendo la ciudad pecadora, lloró sobre ella diciendo: Porque si también tú conocieras, etc. (Lucas XIX). Con lo cual lamentaba la abominable pérdida del reino, que por la justa severidad divina veía que iba a suceder, lloraba piadosamente con misericordia humana.

Y dijo a sus hombres: Que el Señor me sea propicio, etc. Se declara que David contuvo su mano de matar a Saúl, aunque lo perseguía con gran enemistad, por dos razones principales; porque lo recordaba como su señor, y ungido con el crisma real. Donde primero honra dignamente el reino o el ungüento, que él mismo sabía que prefiguraba siempre el inviolable reino del Señor y el ungüento espiritual. Luego también nos instruye con disciplinas morales, para que no nos atrevamos a herir con la espada de una palabra más dura a nuestros superiores, especialmente a aquellos que están marcados con órdenes sagradas, aunque nos persigan injustamente, y a no arrancar criticando la franja de su última acción superflua. Pero si por casualidad nos ocurre hacer algo así imprudentemente, inmediatamente golpeemos nuestro corazón con dolor, y nos esforcemos por corregir el temerario error con arrepentimiento. Sin embargo, según el orden de la explicación comenzada, en la que dijimos

que Saúl significa al pueblo o reino judío, y David a Cristo, podemos entender que Cristo llamó a ese pueblo o imperio su señor, porque de él se dignó tomar la forma de siervo; y al Cristo del Señor, porque a él, sobre todas las demás naciones, le confirió antiguamente la unción de la gracia espiritual. Por lo tanto, no quiso extender su mano para destruir completamente a los inicuos; sino que, como si hubiera cortado el manto real, los dividió de la tierra, y los suplantó en su vida. Y como dice otro salmo: No los mates, para que no olviden tu ley. Dispérgelos con tu poder, y destrúyelos, protector mío, Señor (Salmo LVIII).

Y David quebrantó a sus hombres con palabras, etc. Y el Señor quebrantó la severidad de sus discípulos, que deseaban que los impíos perecieran, diciendo: No juzguéis, y no seréis juzgados (Mateo VII). No condenéis, y no seréis condenados (Lucas VI). Y en otro lugar: Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan III), y otras cosas semejantes, y no les permitió que amaran la venganza de los pecadores, sino más bien la vida de los corregidos.

Por otro lado, Saúl levantándose de la cueva, etc. Los guardianes del sepulcro del Señor, que se levantaron al temor del ángel que llegaba, y que habían quedado como muertos, huyendo del sepulcro, no obstante continuaban con los caminos de la perversa conspiración contra el Señor, diciendo que sus discípulos habían venido de noche y lo habían robado mientras ellos dormían. Esto también puede entenderse correctamente de aquellos que fueron puestos como guardianes del sepulcro (Mateo XXVIII); quienes, aunque se retiraron del sepulcro del Señor gimiendo y confundidos, no obstante no desviaron sus pasos de la propuesta de perseguir su fe con saña. A estos, ambos apartados de la vigilancia del sepulcro, el mismo Señor no tardó en revelar gradualmente a los suyos la gloria de su resurrección, que había asumido en secreto. Y con esta verdad ya confirmada y enseñada, pronto, a través de ellos, resonando con el clamor de la libre predicación, llamaba amablemente a sus perseguidores apartados de Él al remedio del arrepentimiento y al amor por Él. A quienes, mientras los reconciliaba consigo mismo con las primeras palabras de humanidad y piedad, enseñó a algunos de ellos a mirar hacia atrás, es decir, a arrepentirse del crimen cometido contra Dios.

Y David inclinándose se postró en tierra y adoró, etc. Y el Salvador, mostrando su corazón inclinado hacia la compasión y la ayuda a los corazones terrenales e infirmos, a través de los ministros de su palabra, fue el primero en ofrecer ejemplos de adoración y reconciliación con Dios a aquellos que ya lo habían ofendido. Y dijo al pueblo de los judíos a través de los pregoneros del Evangelio: ¿Por qué escuchas las palabras de los sabios humanos, de los escribas y fariseos que dicen: Jesús busca el mal contra ti; si lo dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación (Juan XI). He aquí, en el tiempo de mi pasión, con tantos milagros apareciendo, vieron todos los que pudieron ver la verdad en ti, que el Señor te entregó en mi poder, cuando a una sola voz de mi respuesta mansa, al decir Yo soy, una gran multitud de armados cayó temblando; cuando fui crucificado, una oscuridad inusual cubrió todo el cielo al mediodía; al exhalar mi espíritu, toda la tierra se conmovió, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron, y numerosos cadáveres de muertos se levantaron. Con el ángel testigo de mi resurrección apareciendo, también se produjo un gran terremoto, y tus guardianes fueron asimilados a los aterrorizados y muertos. Y ciertamente pensé que si no te arrepentías, te mataría; pero te perdoné pacientemente, considerando mi misericordia, prefiriendo que, habiendo hecho penitencia, merecieras el perdón y la salvación. Dije: No te destruiré por completo, ni quitaré de en medio a la nación, aunque pecadora y enemiga mía, de la cual tomé el hábito de siervo, en el cual ganaría todo el mundo; y que en los padres, en otro tiempo, la divina largueza colmó con la bendición de una gracia singular.

Más bien, padre mío, mira, etc. Más bien, dice el Señor, pueblo mío, desde que para confirmar las promesas de los padres, para ser llamado Hijo del Hombre, no me avergoncé de encarnarme. Mira y reconoce el término de tu hábito real en mi poder; porque cuando corté la cima de tu reino terrenal, llamando a muchos de su defensa, que se lleva a cabo por armas, disputas y guerras, a la simplicidad de mi fe y religión, entregando a muchos por el delito de infidelidad en manos de los enemigos, no quise extender mi mano en abierta venganza contra ti. Observa y ve que no hay en mi obra nada malo o injusto, y reconoce que soy aquel de quien el profeta testifica: Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (Isaías LIII). ¿Quién de vosotros me acusa de pecado (Juan VIII), que intentáis borrar la memoria de mi nombre de la tierra de los vivientes?

¿A quién persigues, rey de Israel? ¿A quién persigues? etc. Israel se interpreta como hombre que ve a Dios. ¿A quién, pues, persigues, dice, pueblo, que fuiste elegido antes que las demás naciones para ver la gloria de la claridad divina? ¿A quién persigues? ¿A aquel gran y vigilante guardián de las ovejas santas, a quien no dudaste en entregar a la muerte, y que incluso después de la muerte no cesas de seguir odiando? A aquel que, en el hábito de la humanidad, pequeño, pero en el salto de la resurrección rapidísimo, se escapó de tus manos mientras intentabas capturarlo, ¿piensas neciamente que puedes volver a atraparlo ahora que resuena desde el cielo? Y ciertamente yo no busco mi gloria, hay quien la busca y juzga. No parezca absurdo a nadie que un perro muerto o una pulga lleven la figura del Señor, ya que Él mismo en otro lugar, debido a la fragilidad de la carne, que sin semilla viril, tomó de la carne virginal, dice de sí mismo: Pero yo soy un gusano, y no un hombre (Salmo XXII). Y por la gloria de la resurrección, que realizó de la muerte a la vida de repente y rapidísimamente, dice: Y fui sacudido como una langosta (Salmo CVIII).

Y Saúl levantó su voz y lloró, etc. Y enseñando el Señor a través de los apóstoles, el pueblo de los judíos en aquellos que estaban predestinados a la vida eterna, levantó su voz en confesión de fe, que antes había negado y hundido en lo más bajo, y lavó las manchas del antiguo pecado con dignas lágrimas de penitencia, confesando la justicia y bondad del Señor; y también recordando sus propios errores de malicia, que él mismo, feroz, había entregado al autor de toda bondad a la muerte: pero Él, dado a la muerte injustamente, siendo omnipotente, prefirió reservar a los asesinos para la vida que perderlos.

Y ahora que sé que ciertamente reinarás, etc. Esta es la voz del pueblo judío arrepentido, y que busca de Cristo, a quien reconoció, la entrada a la salvación. Y ahora que sé con certeza que tú eres aquel de quien se dijo: Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin (Isaías IX), teniendo en tu dominio aquel reino en el que los de corazón puro verán a Dios sin fin de bienaventuranza, confirma, te ruego, la fe que has dado por la largueza de tus sacramentos, y aumenta en mí esa fe con tus dones celestiales, para que, habiendo recibido la prenda del Espíritu, pueda tener confianza de que la descendencia de obras nacida de mi corazón, después de la absolución del cuerpo, salvarás del eterno exterminio. No quites mi nombre de la casa de la morada celestial, que te dignaste dar a mis padres, quienes te esperaron fiel y amorosamente a través de la ley. Y el Señor, escuchando las palabras de confesión de algunos judíos, accedió justamente a su petición, y a los imbuidos de los sacramentos del Evangelio, los hizo fieles de entre los catecúmenos y competentes.

Saúl, pues, se fue a su casa, etc. El pueblo de los judíos, en aquellos que pudieron arrepentirse de su perfidia al ser enseñados por los apóstoles, se fue a trabajar en el cuidado de su salvación interior. Pero el mismo Señor y sus predicadores, sabiendo que muchos del mismo pueblo levantarían guerras contra la fe, dejando las cosas bajas y terrenales, pronto

ascendieron a lugares más seguros y elevados, es decir, iluminando los corazones de los samaritanos y de las naciones vecinas que creerían correctamente y perseverarían firmemente. El título del salmo cincuenta y seis recuerda esta lectura y enseña que debe referirse espiritualmente a Cristo, que está inscrito así: Al final, no destruyas a David, en la inscripción del título, cuando huía de la presencia de Saúl en la cueva. Que, aunque parece escrito de David con dos palabras, con otras dos abre que verdaderamente todo señala a Cristo. Porque lo que dice, No destruyas a David, parece prohibir que el enemigo insidioso destruya a aquel que había sido preparado por el Señor para el reino. Y lo que añade en la cláusula: Cuando huía de la presencia de Saúl en la cueva, se ajusta al mismo momento en que se pensaba que podía ser destruido. Pero lo que se pone al principio, al final, advierte que todo debe referirse a aquel que es para nosotros la perfección de todos los bienes, porque cuando llegamos a Él, no necesitamos buscar nada más. Y lo que se inserta a continuación, en la inscripción del título, expresa el mismo título de la pasión del Señor, que Pilato escribió en hebreo, griego y latín; que también en figura del reino inviolable no pudo ser destruido por ninguna razón, ni siquiera por quien lo escribió. El sentido, pues, de todo el título es este, advirtiendo a los judíos que no piensen que pueden quitar la gloria de Cristo, incluso muerto y sepultado: Al final, no destruyas a David, en la inscripción del título, cuando huía de la presencia de Saúl en la cueva, entiende el salmo cantado en aquel que es el fin de la ley para justicia a todo creyente; no busques destruir a Cristo quitando o disminuyendo su reino, que está señalado con la inscripción del título verdadero, incluso cuando veas que, por la muerte, ha entrado en las puertas del sepulcro por los impíos que insisten; y ciertamente huyó de las puertas de los perseguidores, para que no tuvieran poder de perseguirlo más, o al menos de verlo. Pero el mismo salmo, según el tenor de esta lectura, canta con abierta y adecuada testificación la pasión, sepultura y resurrección del Señor, así como la fe de las naciones, que también se contiene místicamente al final de la presente lectura, donde entre otras cosas sobre la pasión triunfal: Dio, dice, en oprobio a los que me pisotean (Salmo LVI). Sobre la sepultura y resurrección: Mi alma la libró de en medio de los cachorros de leones, dormí turbado. Aunque esta turbación se entiende mejor en sus miembros, que aún no creían plenamente en su resurrección mientras dormía en el sepulcro. También sobre la resurrección: Me levantaré al amanecer. Y sobre las naciones que creerán con su inspiración y cooperación: Te confesaré entre los pueblos, Señor, te cantaré salmos entre las naciones. Pero también la condenación de la nación judía, que la sección del manto de Saúl en esta lectura señala, el mencionado salmo la describe así: Cavarón una fosa ante mí, y ellos mismos cayeron en ella.

(I Reyes XXV.) Murió Samuel, etc. Con el resplandor del Evangelio, la sombra de la verdad futura, el predicador no pudo ser retirado sin dolor del pueblo de los ritos ceremoniales acostumbrados, que no dudaba que habían sido conferidos por la institución de la ley divina. Por eso, Jacobo hablando al apóstol Pablo dice: Ves, hermano, que hay miles entre los judíos que han creído, y todos son celosos de la ley (Hechos XXI). Sin embargo, cesando poco a poco la costumbre de judaizar en la Iglesia, como si los miembros del profeta enfriándose fueran retirados de la vista humana, son sepultados en su casa en Ramá, es decir, en lo alto; porque cuando exteriormente dejaron de celebrarse los sacramentos de la ley, todo comenzó a buscarse, entenderse y probarse interiormente en Cristo y la Iglesia. La casa del profeta es, en efecto, la iglesia de los creyentes, y esta está situada en aquel alto, de quien está escrito: Y Él la fundó el Altísimo (Salmo LXXXVI). Y en otro lugar: Porque Él es considerado alto (Isaías II).

Y David levantándose descendió al desierto de Farán. Farán se interpreta como onagro, o fructífero, o ferocidad de ellos. Cesando, pues, el tipo de profecía, y consumado en Ramá, es

decir, en Cristo, como se ha dicho, y en la Iglesia, dejando Judea, la verdad de la fe se dignó a acercarse a las naciones, durante mucho tiempo salvajes y de ánimo indomable, pero ahora fecundadas con el fruto de la justicia. No solo por el nombre agreste o feroz, sino también por los habitantes duros y feroces, Farán es muy adecuado para significar a las naciones. La Escritura narra que Ismael, de quien descienden los sarracenos, habitó en el desierto de Farán, aquel de quien se dijo: Echa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre (Génesis XXI). Cuya vecindad turbulenta el hijo de la libre, es decir, el pueblo renovado por la gracia espiritual, teme diciendo: ¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado, he habitado con los habitantes de Cedar (Salmo CXIX), y lo demás, hasta el final del salmo, que describe especialmente a los sarracenos como adversarios de la Iglesia y a todos en general. Pero para que también de los hijos de la esclava, es decir, de los pueblos que sirven a este mundo, Cristo los llamara a la libertad, y los hiciera hijos de la promesa según Isaac, huyendo de los orgullosos judíos, descendió al desierto de Farán, es decir, a los corazones humildes de los gentiles, y les infundió la gracia de su piedad.

CAPÍTULO IV. David, dispuesto a herir a Nabal en el Carmelo, es apaciguado por la intervención y los regalos de su esposa Abigail. A quien, después de diez días, muerto Nabal, él mismo tomó por esposa; y también tomó a Ahinoam de Jezreel, habiendo dado su esposa Mical a Palti, hijo de Lais.

Había un hombre en el desierto de Maón, etc., hasta lo que está escrito: Saúl dio a Mical su hija, esposa de David, etc. Esta lectura enseña típicamente que la sinagoga, condenada por la malicia de sus príncipes y doctores, fue salvada por el Señor, pero también ella misma, después de que las naciones fueron llamadas a la fe, fue en gran parte rechazada; señalando con unas personas la salvación de los humildes, y con otras la reprobación de los soberbios. Había, pues, un hombre en el desierto de Maón, es decir, de la morada. Había un grupo de escribas y fariseos dedicados al estudio de la Sagrada Escritura; que, dotada de una virtud singular sobre toda otra Escritura, enseña a todos sus lectores a hacerse solitarios para el mundo, es decir, a separarse de las concupiscencias y pompas de él, y a hacerse a sí mismos una morada digna de Dios. Y su posesión, dice, estaba en el Carmelo, es decir, en el reconocimiento de la circuncisión; porque la palabra de la ley, que predicaba, no se entendía como la verdadera castidad, sino que no la daba para ser perfeccionada. Porque lo que la letra ordena y muestra, no lo perfecciona ella misma, sino la gracia que ayuda. No, pues, en la perfección, sino en el reconocimiento de la castidad consumada, el fariseo y el escriba legal tenían posesión: Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I). Aquel hombre era muy grande, llamado así; porque el doctor mencionado, aunque en gran parte terrenalmente sabio, sin embargo, superaba a todos los preceptores de la filosofía secular, que, ignorantes por completo de la ley divina, solo se usaban a sí mismos como maestros en lo que enseñaban.

Y tenía tres mil ovejas, etc. Había almas inocentes y penitentes encomendadas a los escribas y fariseos para enseñar: estas perfectas en fe, esperanza y caridad; aquellas aún siguiendo los primeros rudimentos de la fe que comienza con el temor.

Y sucedió que se esquilaba su rebaño en el Carmelo. Sucedió que los oyentes más perfectos de los escribas, en el reconocimiento de la castidad legal, exteriormente dejaban los actos del hombre exterior, para que el interior se renovara de día en día. Sucedió que todo el pueblo sujeto a ellos, incluso entregaba las primicias y diezmos de sus bienes, como vellones que podían perderse sin dolor, al Señor.

El nombre de aquel hombre era Nabal, etc. Nabal significa necio, Abigail se llama la exultación del padre: y necio era el perito en la ley, que teniendo la llave del conocimiento, él mismo no entraba, y a los que querían entrar se lo impedía. La exultación del padre fue llamada correctamente la sinagoga en aquellos a quienes se dice: Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Lucas X). Porque en tales era muy prudente, para entender la palabra de fe; y hermosa, para hacer lo que podía entender. Pero sus maestros eran duros por no creer, muy malos por vivir mal, y maliciosos al maquinarse insidias contra el Señor.

Era de la familia de Caleb. Los maestros de la sinagoga eran del discipulado del legislador. Porque en la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos (Mateo XXIII); quienes, ya que entonces superaban a todos los demás mortales en la gracia de la sabiduría humana y divina, no sin razón pueden ser llamados Caleb, es decir, todo corazón; o porque leemos que Caleb fue un patriarca poderoso en fe y virtud, podemos decir que el aumento de la condenación es para los infieles la vida de los fieles, de la cual degeneraron, de sus padres.

Cuando David oyó en el desierto que Nabal esquilaba su rebaño, etc. Cuando el Señor oyó, en su humanidad, en el mundo, que los peritos en la ley preparaban a sus oyentes para despojarse de los vicios o para entregar sus bienes al Señor, como si con la tijera de una adecuada ejercitación, envió a sus discípulos más fuertes, es decir, los pregoneros del denario celestial, cuya juventud había sido renovada como la del águila en el bautismo, y les dijo: Subid al reconocimiento de la circuncisión, mostrando con los progresos abiertos de virtudes y doctrina que verdaderamente conocéis y habéis ascendido a la cima de la castidad espiritual: y haciendo esto, llegaréis a los mismos doctores de la ley, y también a ellos, evangelizando la salvación en mi nombre, que soy llamado y soy Salvador, diciendo: Paz a todos los que quieran ser hermanos de Cristo creyendo en el nombre de Dios Padre, paz también a vosotros convertidos a la misma fe con piadosa sociedad; y a todos los que habéis instruido, y a todas vuestras obras, paz. Aquella paz que hizo de ambos uno, y derribó el muro intermedio de separación, las enemistades en su carne (Efesios II).

He oído que tus pastores esquilan, etc. Y esto dijo el Señor a través de sus apóstoles a los príncipes de los judíos: He oído que tus discípulos enseñan al pueblo, que se alimenta de los mismos pastos de la Sagrada Escritura que nosotros. Nunca les fuimos molestos, sino que nos comportamos pacíficamente con todos, además predicamos el yugo suave de la humildad y la carga ligera: ni nunca se perdió nada de su doctrina o actos: siempre estuvieron con nosotros en el reconocimiento de la circuncisión, es decir, donde reconocieron la circuncisión espiritual, como nosotros, en las palabras altísimas de los divinos discursos. Donde se debe entender que algo podría haberse perdido de sus substancias si hubieran estado sin David en el Carmelo; es decir, la lectura superflua en muchos, y no provechosa para la salvación del alma, de aquellos que, leyendo las Escrituras, no supieran entender a Cristo en las Escrituras. Preguntad, dice, a los inocentes y verdaderamente humildes de vuestro pueblo, de los cuales es el reino de los cielos; y os indicarán que la gracia del Evangelio no es adversaria de la letra de la ley, sino que en ambos Testamentos el justo vivirá por la fe.

Ahora, pues, que los jóvenes hallen gracia a tus ojos, etc. Porque, dicen, vosotros enseñáis al pueblo, que es esquilar intelectualmente el rebaño, cuidad que también los discípulos de Cristo, predicando, encuentren en vosotros la gracia de la fe y la buena acción. Porque en la luz de la gracia singularmente venimos a predicar lo bueno, tan bueno, que predica el reino de los cielos inaudito para los mortales; y convoca a todo el género humano a esto, de donde también el Evangelio tomó su nombre en griego por esta bondad principal. Lo que la virtud de vuestra obediencia fiel encuentre, sirviendo a vuestros doctores para vuestra salvación, y

al nacido de vuestra estirpe, verdaderamente con mano fuerte y deseable, Jesucristo, ofrecedlo con gusto.

Respondió Nabal a los siervos de David, etc. Los necios príncipes de los judíos, respondiendo a los discípulos de Cristo que les predicaban, decían: Nosotros somos discípulos de Moisés, pero a este no sabemos de dónde es (Juan IX). Y los discípulos de Jesús crecieron en la presunción de enseñar, de tal manera que nadie podía superarlos, quienes habían huido despreciando a los doctores de la ley, mucho mayores que ellos en ciencia. Tomaremos, pues, las palabras de la Sagrada Escritura, encomendadas especialmente a nosotros para enseñar, que en parte pueden ser leídas e interpretadas de manera simple; lo cual es beber agua: en parte deben ser tratadas con más diligencia, para que puedan ser entendidas; lo cual es comer pan rompiéndolo y masticándolo. Tomaremos también los hechos de los padres precedentes, que hemos preparado enseñando para la ayuda de la vida y la virtud de nuestros oyentes, y los daremos a los doctores, completamente separados de nuestra religión y fe, quienes perversamente transfirieron las santas palabras al sentido de su dogma.

Entonces David dijo a sus hombres: Ciñase cada uno su espada, etc. Puede entenderse ciertamente la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; con la cual el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (Efesios VI), está ceñido para derrotar a los infieles, cada vez que ha revelado al mundo la palabra del Padre a través de su Evangelio. También sus discípulos están ceñidos, cuando ellos mismos predicaron lo mismo. Pero porque se lee en lo siguiente: Abigail intercediendo, David fue impedido de herir a los impíos. Nunca, sin embargo, la Iglesia ruega a Cristo que no inflija a los incrédulos la herida saludable de su palabra. Se entiende mejor en este lugar la espada de la venganza de la destrucción, que amenazaba a los judíos después de la pasión del Señor; con la cual espada el mismo Señor, y los ministros de su palabra ceñidos, no imponiendo ciertamente ellos mismos el castigo a los pecadores, sino prediciendo que este vendría a los pecadores, a menos que se arrepintieran. Por cuyo temor de la espada, la Iglesia intercediendo ante el Señor, suspendió su golpe por más de sesenta años.

Y siguieron a David como cuatrocientos hombres, etc. Siguieron al Señor al oficio de predicar todos los que podían ser hallados perfectos en prudencia, fortaleza, templanza y justicia. Sin embargo, otros, contentos con la doble perfección de la caridad, eligieron más bien vivir en paz con los prójimos adquiridos para Cristo, que ceñirse para las batallas espirituales por adquirir a otros.

Pero uno de los siervos avisó a Abigail, esposa de Nabal, etc. A los príncipes de los judíos que despreciaban la palabra de fe, la unidad de los discípulos de Cristo anunció a la sinagoga sujeta a ellos, y dijo: He aquí, Jesús Cristo envió a los apóstoles, mensajeros de la verdad, instruidos en las divinas Escrituras, para que mandaran la bendición eterna a nuestros mayores, y ellos los rechazaron. Estos hombres, es decir, los apóstoles de Cristo, fueron buenos para nosotros, predicando el reino celestial; y no molestos, imponiendo cargas de la ley sobre nuestros cuellos. Ni nunca se perdió nada de lo que hicimos en todo el tiempo que hemos estado en la fe que ellos enseñan, viviendo en el desierto alejados de las seducciones del mundo, y como en una vida solitaria. En todo tiempo, digo, esto es, ya sea observando aún los ritos de la ley, o celebrando los misterios de la gracia revelada y predicada, todos los que se unieron a la fe de Cristo, fueron salvados de toda perdición. Fueron para nosotros en ayuda de la enseñanza, tanto en investigar las oscuridades de las Escrituras, como en exponer claramente las cosas manifiestas, todos los días, en los que instruimos a nuestros oyentes según su verdadero sentido evangélico.

Por lo cual considera y reflexiona qué harás, ya que, etc. Expuse, dice, cuánta utilidad y gracia tiene la fe de Cristo, y cuánta dureza han opuesto a ella nuestros príncipes. Por lo cual considera y reflexiona, de qué manera, declinando y evitando la malicia de los soberbios, que no quisieron la bendición, y se prolongará de ellos, merecerás no solo escapar de su ira, sino también recibir la bendición de la herencia; ya que se ha completado la malicia de la venganza contra los príncipes de tu gente, y contra tu misma gente; quienes, habiendo matado y apedreado a los profetas en otro tiempo, para completar la malicia de su pecado, no temieron poner sus manos en el mismo Señor, singularmente fuerte entre los profetas, y ellos son hijos del diablo, eligiendo a Barrabás, un ladrón, en lugar de Cristo Salvador; tan endurecidos en sus sentidos, que no pueden captar las palabras de ninguno de los doctores espirituales.

Se apresuró entonces Abigail, y tomó doscientos panes, etc. Compungida por la predicación de los apóstoles, se apresuró la sinagoga a reconciliarse con Cristo, a quien supo ofendido por sus príncipes, y tomó a sus oyentes ya instruidos por la letra de la ley; y los puso sobre humildes y sencillos dispensadores de la palabra evangélica, por cuyo ministerio o intercesión serían llevados a Cristo: sobre aquellos que podían decir, Nos hemos hecho como bestias ante ti en la tierra, y estamos siempre contigo (Salmo LXXII); y: Nosotros somos necios por Cristo (I Cor. IV). Doscientos panes son aquellos que, por la misma fe y acción compartida, están tan mutuamente unidos por un pacto, tan fortalecidos por el fuego de la devoción celestial, que de ninguna manera pueden ser separados. Dos odres de vino, que, embriagados por la virtud del amor doble, desean mortificar la carne, pero vivificar el Espíritu, y renovarse interiormente día a día, para recibir y contener el mosto de la gracia espiritual. Cinco carneros cocidos, todo lo que en sus sentidos encuentran soberbio, y como mal cornudo contra los más débiles prójimos, suelen cocerlo con la llama de la compunción devota a Dios. Cinco medidas de harina, que saben someter los sentidos del cuerpo al espíritu, y domar con la necesaria humildad como con una muela; la cual humillación o contrición de la carne, porque debe ejercerse moderadamente, ni menos ni más de lo justo, bien se describe esta harina medida, que entre los hebreos es una medida cierta, teniendo un modio y medio. Cien racimos de uvas pasas significan aquellos que, gozando de la continencia virginal, además se atan con los lazos de la caridad indivisa entre sí, y degustan la perfección de la castidad angélica incluso estando en la carne. La uva pasa, cortada de la vid que la engendró, suele guardarse sin ser triturada con su vino, para el don de una gracia mayor; y la carne virginal, separada del convivio común de la Iglesia por el hierro de la continencia más estricta, abraza en sí el dulzor de la castidad ya madura, como para la gracia de toda la Iglesia, amada por el Señor. Cien, ciertamente, porque el misterio de la perfección celestial y angélica lo señala, es ampliamente conocido por todos. Doscientas tortas de higos son las almas que, impartiendo la dulzura de su sociedad espiritual y perfecta también a los prójimos enseñando, merecen con doble virtud y doble palma. Todo esto fue enviado por Abigail a David como banquete, cuando envió a Cristo a los hombres instruidos en diversas virtudes por la doctrina de la ley, para ser bautizados y enseñados en los sacramentos del Evangelio.

Y dijo a sus siervos: Precededme, etc. Muchos de Judea, viniendo individualmente a la fe, precedieron; después los siguió la sinagoga. Pues primero se dijo: Y el Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvos (Hechos II); y después la Iglesia, en verdad, por toda Judea, Galilea y Samaria, tenía paz, y era edificada caminando en el temor del Señor, y se llenaba de la consolación del Espíritu Santo. Pero la sinagoga de los creyentes, a sus príncipes necios, para no provocarlos a peores cosas, se abstuvo de indicarles el misterio de su fe.

Cuando, pues, montó en el asno, etc. Cuando la sinagoga confesó haber servido hasta entonces a un sentido necio, y descendió a los inicios de la fe cristiana, que comenzando desde la debilidad de la encarnación del Señor, suele llevar a las alturas del reconocimiento de la divinidad, Cristo y sus discípulos descendían a su encuentro, para ayudar sus esfuerzos predicando, elevándola desde los mismos misterios de su humanidad, con los que sería instruida, a las cumbres supremas de la Divinidad.

Y dijo David: Verdaderamente en vano he guardado, etc. Dijo el Señor, detestando la larga necedad de los judíos soberbios: Verdaderamente en vano durante tanto tiempo ofrecí a los dementes los dones de mi gracia antes que a las demás naciones, y me devolvieron el mal de la infidelidad, la persecución y la cruz, por el bien de la gracia que di. Por tanto, quitaré a los impíos de la tierra, para que hasta la mañana del juicio universal, ninguno de la perversa progenie quede inmune. Lo cual se dijo, no para mostrar que todos los judíos incrédulos morirán antes del día del juicio, sino para enseñar que son dignos en todo de muerte y condenación. Lo cual es similar a cuando, al provocar Coré una sedición en el desierto, el Señor habla a Moisés y Aarón: Sepárense de en medio de esta congregación, para que de repente los destruya (Números XVI); y sin embargo, intercediendo ellos y diciendo: Dios fuerte, espíritu de toda carne, ¿acaso uno pecando, tu ira se desatará contra todos? suspendida la ira, y se otorgó la gracia de la piedad. Pero también al día siguiente, murmurando toda la multitud contra ellos, Retírense, dice, de en medio de esta multitud, que ahora los destruiré. Pero lo que mostró que los impíos merecieron por justo juicio, lo cambió la misericordia por la intercesión de los piadosos. Así, pues, también en este lugar el Señor, bajo la figura de David, se abstiene de juzgar lo que los infieles merecieron, como lo mostrarán espiritualmente las siguientes lecturas de este pasaje. Pues sigue:

Cuando Abigail vio a David, se apresuró y descendió del asno, etc. Cuando la sinagoga conoció a Cristo, o más bien fue conocida por Cristo, se apresuró a renunciar a su antigua conversación, que tenía celo de Dios, pero no según ciencia; y con devotísima humillación, testificando que era tierra y ceniza, comenzó a adorar suplicante las huellas de la encarnación del Señor, ya sea por sí misma arrepentida, para ser recibida por el Señor, o intercediendo por su gente y príncipes incrédulos, para que no sean heridos corporalmente, confesando ya abiertamente, y testificando que los impíos están reservados para el castigo eterno, y que el reino de Cristo permanecerá perpetuamente en paz, suplicando con todos los deseos de su alma que pueda pertenecer a esto.

No ponga, ruego, mi señor rey su corazón sobre este hombre iniquo Nabal, etc. La sinagoga de los creyentes, movida por la pía humildad, ruega al Señor que no destruya a sus impíos magistrados y príncipes antes del castigo del juicio final, para que aquellos que esperan la eterna destrucción por su necedad de infidelidad, al menos por un corto tiempo puedan disfrutar de esta alegría temporal; excusándose humildemente a sí misma, o más bien acusándose lamentablemente, por haber conocido tan tarde a los pregoneros de tan gran bien, es decir, a los apóstoles que envió.

Por lo cual recibe esta bendición, etc. Ya que, dice, no es desconocido que los impíos perecerán por justo juicio, te ruego que recibas benignamente a aquellos que, convertidos piadosamente, te he ofrecido para ser consagrados por ti, bendecidos por ti, y los encomiendes a tus siervos que te precedieron en la sociedad eclesiástica.

Quita la iniquidad de tu sierva, etc. Más aún, dice, lávame más y más de mi injusticia, y límpiame de mi delito (Salmo L). Sin ninguna duda creo y confieso, que, reprimidas y

vencidas las maquinaciones de los perseguidores, Dios Padre multiplicará ampliamente al pueblo consagrado a tu fe, quien solo es suficiente para salvar y defender al mundo del maligno príncipe.

Y cuando el Señor haya hecho bien a mi señor, etc. Cuando Dios Padre haya puesto a todos tus enemigos por escabel de tus pies, y hayas entrado perpetuamente en el reino con tus elegidos; te ruego, colocándome a la derecha de tu trono, que te dignes hacerme partícipe de ese reino.

Y dijo David a Abigail: Bendito sea el Señor Dios de Israel, etc. El Señor refiere la gracia a la sinagoga creyente para la gloria del Padre, significando que siempre debemos bendecirlo y alabarlo; también recompensa con merecida bendición a la misma creyente, que en parte de perfección ora incluso por los incrédulos. Mostrando igualmente cuán grata considera la oración que se funda con benevolente mente por los adversarios.

Recibió, pues, David de su mano todo lo que le había traído, etc. Recibió el Señor la devoción de todos los creyentes, que la mano, es decir, la operación de la sinagoga predicante le había traído de sus hijos; y benignamente les advirtió que, después de recibir de él la gracia de la paz suprema, regresaran a la conciencia y discernieran con mente diligente cómo debían vivir.

Pero Abigail vino a Nabal, y he aquí que él tenía un banquete en su casa, etc. Después de mostrar al Señor el afecto de su devoción, la sinagoga de los creyentes vino a ver la vida y mente de los incrédulos, si acaso pudiera también llamarlos a la fe: a quienes, al verlos saciados con los banquetes de las víctimas legales, gozándose de ser un linaje real sobre las demás naciones, y, lo que es más grave, inflados con una insana ebriedad contra la palabra del Evangelio, calló por un tiempo el peligro del crimen cometido, hasta que, más y más confirmada por la luz del Espíritu Santo, procediera más libremente a reprender, y ellos, con la gloria de Cristo resplandeciendo claramente, reconocieran más evidentemente el pecado que habían cometido contra él, reconociéndolo dolieran, dolidos lo lavaran. Pero ellos, reconociendo su culpa, no quisieron lavarla arrepintiéndose, sino aumentarla soberbiando. Pues también los apóstoles, y cuantos se arrepentían de las trampas del diablo, no dudan en pertenecer a Abigail, es decir, a la persona de la exultación del Padre, ya sea como compañeros o como dones.

Y cuando pasaron diez días, etc. La muerte de Nabal no podemos entenderla mejor que como el exterminio del reino de los judíos soberbios, la destrucción del templo, y la cesación de las observancias legales. De hecho, pasados diez días, sucedió lo que nadie duda que pertenece a la consumación de la ley, que fue dada en el decálogo.

Envió, pues, David y habló a Abigail, etc. Envío el Señor a los predicadores, para que, después de la muerte de los príncipes de la sinagoga y sus seguidores infieles por la espada de los romanos, invitaran a la misma en los restos que quedaban a sus bodas espirituales.

Quien levantándose adoró postrada en tierra, etc. Levantándose a la práctica de la buena obra, la sinagoga de los creyentes de aquel tiempo, primero da indicio de su fe, adorando a Cristo como Dios; luego promete lavar con humildísimo servicio las obras de sus siervos manchadas de suciedad terrena, primero con el agua del bautismo, y después con la gratísima fuente de su intercesión y exhortación. Según lo que él mismo insinúa al lavar sus pies: Cuanto más, dice, deben ustedes lavar los pies unos a otros (Juan XIII).

Y subió sobre el asno, etc. Siguiendo a los mensajeros de la palabra del Señor, la sinagoga fiel, cuanto más se acerca a recibir sus dones, tanto más ciertamente reconoce su necesidad, tardanza e impureza. Lo cual también puede entenderse correctamente de cada alma fiel, que, montando en el asno, lleva consigo cinco doncellas a David; cuando, reconociendo su natural pereza y torpeza, todo lo que puede hacer viendo, oyendo, gustando, oliendo, tocando, se goza en emplearlo todo en cumplir los preceptos de su autor. De otra manera, viniendo Abigail a David, tiene cinco doncellas como compañeras; porque la sinagoga que ha de ser unida a los misterios de Cristo, no lleva consigo otras almas que las instruidas en los ritos de la ley, que está escrita en cinco libros. Si alguien duda que, después de la muerte infligida por Vespasiano y Tito a los judíos, la Iglesia fue recogida de entre ellos, lea la historia eclesiástica, y encontrará que, completada la destrucción de Jerusalén, los cristianos que vivían allí, especialmente de la circuncisión, que habían huido de la espada de los romanos por revelación del Señor, regresaron inmediatamente; y allí, durante más de sesenta años hasta la última destrucción de esa misma gente, que se hizo bajo Adriano, no faltaron judíos que sirvieran fielmente al Señor en la Iglesia, de tal manera que durante todo ese tiempo no se eligieron obispos en Jerusalén sino de la circuncisión. Por tanto, Abigail, teniendo el tipo de la sinagoga fiel, no solo señala a las personas de un tiempo cualquiera, sino a veces a aquellos que comenzaron a creer en el Señor estando en la carne; a veces a aquellos que, después de su ascensión, se arrepintieron a la predicación de los apóstoles; a veces a aquellos que de entre estos pudieron llegar incluso al oficio de predicar; a veces a aquellos que, después de muertos, vendidos, dispersos los perseguidores de Cristo y de la Iglesia, vinieron a la fe. Quienes, puesto que todos aprendieron a tener un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre, correctamente todos son significados por la misma Abigail, mujer prudentísima y hermosa, cuyo nombre se traduce en la exultación del Padre; significando a aquella que, asistiendo a su derecha en vestidura dorada, es decir, en obras de caridad resplandecientes de gloria, el mismo Padre exultante le habla: Escucha, dice, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey ha deseado tu belleza (Salmo XLIV).

Pero también tomó David a Ahinoam de Jezreel, etc. Ahinoam significa hermano de belleza, Jezreel se interpreta como semilla de Dios. No solo, pues, de la sinagoga de los judíos eligió el Señor a aquellos que uniría a sí con amor interno, sino que también de las naciones asumió propicio a un pueblo para ser instruido en sus sacramentos, confirmado en su amor. Quien correctamente se llama hermano de belleza, en cuanto se deleita en buscar la gloria de su redentor, no la suya propia. Pues él mismo se dignó hacerse nuestro hermano, ya sea por la humanidad de nuestra naturaleza semejante que asumió; o porque, a cuantos lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I). De hecho, en el Cantar de los Cantares, el mismo Señor es llamado hermano de la Iglesia por la comunión de una misma naturaleza, y ella es llamada hermana de él; de donde es aquello: Has herido mi corazón, hermana mía, esposa, has herido mi corazón (Cantar IV). Y ella, en los antiguos fieles, deseando ansiosamente su encarnación: ¿Quién me dará a ti, dice, hermano mío, que mames los pechos de mi madre, para que te encuentre afuera y te bese (Cantar VIII)? es decir, que merezca verte y hablarte en la forma de hombre, a quien en la naturaleza invisible de la deidad siempre he acostumbrado a creer, amar, adorar. Quien bellamente se dice haber tenido origen de Jezreel, es decir, de la semilla de Dios, aquella semilla, que salió a sembrar, el que siembra (Mateo XIII), esto es, la palabra de fe; que después de haberla confiado a los judíos por sí mismo, también el Señor se preocupó de evangelizarla a las naciones extranjeras por sus apóstoles; para que, según la parábola del Evangelio, hubiera un solo rebaño y un solo pastor (Juan X).

Saúl, sin embargo, dio a Micol su hija como esposa a David, etc. Falti significa "mi salvador", Lais "león" o "teme por sí mismo", Gallim se dice que son los que emigran. Los príncipes y maestros de los judíos, después de ver que los gentiles creían en Cristo, apartaron al pueblo de la sinagoga que les estaba sometido, y les enseñaron a creer más bien en el Anticristo, a quien esperan como su salvador en el futuro, el hijo del diablo, que se hizo para no temer a nadie, y anduvo como león rugiente alrededor de la Iglesia, buscando a quien devorar (1 Pedro V); y es del número de los espíritus inmundos, que también en otro tiempo emigraron del cielo al infierno, y no cesan de hacer emigrar diariamente a sus seguidores de las virtudes a los vicios, de los males a los peores. CAPÍTULO V. Los zifeos traicionan a Saúl, quien desciende contra David, quien, descendiendo de noche a su campamento, mientras todos dormían, toma la lanza y el vaso de agua, y lo provoca a confesar su error y culpa.

(1 Samuel XXVI.) Y vinieron los zifeos a Saúl en Gabaa, etc., hasta lo que está escrito: Saúl regresó a su casa. Esta lectura enseña que Judea, por la culpa de la perfidia que ejerció contra el Señor, perdió el reino que debía esperar recibir de él en los cielos, o conservar en la tierra, pero también perdió por completo la observancia de las ceremonias legales, que, si hubiera querido creer en Cristo, podría haber guardado espiritualmente transformada en entendimiento espiritual; sin embargo, si se convierte tarde y consiente en hacer penitencia, se le concede el reino celestial prometido por el Señor. Los zifeos, que se interpretan como florecientes, representan a los doctores de los judíos, que se glorían en la flor, y ciertamente fragante, es decir, en los rudimentos de la ciencia legal, pero ignoran por completo el fruto de la justicia de la fe. Saúl, que se dice deseado, anuncia típicamente su reino, que pidieron al Señor. Gabaa, su ciudad, que se traduce como colina, demuestra la altivez soberbia de su reino. Aquila, que se interpreta como recibéndola, designa la constancia de aquellos que recibieron la fe de Cristo en Judea con mente piadosa. Vinieron, pues, mientras David habitaba en el desierto, los zifeos a Saúl en Gabaa, diciendo: He aquí, David está escondido en la colina de Aquila, que está frente al desierto: de esta se escribe más adelante, que estaba frente al desierto en el camino. Venían, mientras el Señor predicaba en Judea, los escribas y fariseos hipócritas, diciendo a su poder real, hinchados de soberbia, para excitarlo a la envidia, que el amor oculto de Jesús en el corazón de la multitud, que había recibido su fe, creía que Cristo había venido como rey al mundo; de la cual se dice bien: Que está frente al desierto en el camino. La ciudad, pues, en cuya colina David está escondido, está situada frente al desierto, cuando la multitud de justos, bendecida con Cristo como huésped, se cuida de evitar los tumultos de los deseos terrenales y de hacerse solitaria de las seducciones seculares. Y este es el único camino para alcanzar esta soledad perfectísima de la mente, recibir en la altura, como en la colina de la misma mente, la venida de Cristo, aquel de quien él mismo dice: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV).

Y se levantó Saúl, y descendió al desierto de Zif, etc. Gabaa de Aquila, no la ciudad de Saúl, sino la colina de Aquila, que en hebreo se llama Gabaa, entiende. Incitados, pues, por los doctores perversos, el reino de los judíos se movió a perseguir al Señor, teniendo en el ejército de la impiedad a aquellos que, luchando contra la fe, la esperanza y la caridad, avanzaban al combate como en una triple línea de batalla, de infidelidad, desesperación y odio. Con este ejército armado, se apresuraba a acampar en medio de la multitud que había recibido a Cristo en su corazón, si acaso pudiera extinguirlo corporalmente encontrado, o espiritualmente apartarlo del amor de sus fieles. David, pues, habitando en el desierto, Saúl vino tras él al desierto; porque, habiendo recibido a Cristo como habitante en el corazón de aquellos que se esforzaban por abandonar el mundo, inmediatamente se presentaba la

persecución, que probaba a los creyentes y, al introducir la lucha, les daba la ocasión de merecer la palma. Lo mismo sucede hoy y en todos los tiempos de la Iglesia. Pero veamos qué hizo David cuando Saúl vino tras él.

Y se levantó David, y vino al lugar donde estaba Saúl. El Señor, siendo perseguido por los judíos, no abandonó la provincia, no retiró los beneficios dispuestos, sino que siempre enseñaba en la sinagoga y en el templo, donde todos se reunían, y curaba a sus enfermos (Juan X).

Y dijo David a Ahimelec el hitita, etc. Muchos, mientras el Señor predicaba en la carne, de los gentiles, muchos de los judíos acudían a la fe, pero él eligió a los primeros ministros de su palabra, con los cuales derribaría y vencería los campamentos del reino perseguidor, de entre los judíos, que se adherían a él con un amor más estrecho y con la percepción de los sacramentos. Ahimelec el hitita, que se interpreta como Mi hermano rey cortado, demuestra al pueblo de las naciones por su origen, pero por su nombre y fe, cortado de los ritos de la idolatría y unido y agregado al reino de Cristo. Por otro lado, Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, es decir, el incienso de mi padre, hijo de la angustia, hermano del enemigo, designa figurativamente a los discípulos elegidos de entre los judíos, fervientes en el amor de Cristo, hijos de la penitencia, hermanos según la naturaleza del pueblo perseguidor.

Vinieron, pues, David y Abisai al pueblo de noche, etc. Vino el Señor y sus discípulos a visitar al pueblo, que estaba sentado en tinieblas y en sombra de muerte, y encontró que su reino, con toda su parentela, estaba deprimido en lo más bajo, y adormecido en un sueño ciego, viviendo en los deseos terrenales, todos los baluartes de las virtudes, con los cuales debía armarse contra los enemigos espirituales, pero también todos los doctores y oyentes languideciendo con la misma peste de la desidia junto con los príncipes.

Y dijo Abisai a David: Dios ha entregado hoy a tu enemigo, etc. Los discípulos, ya dotados de fe espiritual, entendieron que todo había sido entregado en manos del Salvador por el Padre; pero aún impedidos por la ignorancia carnal, pensaban que debía pedirse a él que los soberbios y despreciadores de su palabra fueran devorados por fuego enviado del cielo. Él, sin embargo, los revocó inmediatamente de esta intención, decretando que más bien debía tenerse paciencia, diciendo: Porque el Hijo del Hombre no vino a perder las almas, sino a salvarlas (Lucas IX). Ciertamente, lo que David añade:

¿Quién extenderá su mano contra el ungido del Señor? etc., según la exposición comenzada, demuestra que nadie está libre del crimen de sacrilegio, quien intente irrumpir en el reino del pueblo judío, dado especialmente a él por el Señor, y consagrado con el óleo santo, y profanar la ciudad y el templo dedicados al culto divino, despreciando el temor de Dios. Pero según el sentido suplicante del que habla, enseña cuánta reverencia debe aplicarse a los sacramentos divinos, aunque sean dispensados por la mano de los malvados; cuán grande honor debe rendirse a las personas dedicadas al oficio del altar sagrado, cuánto debe moderarse la presunción de dañar a estas personas, aunque vivan mal, debido a la dignidad de cualquier grado, cuando él mismo, exiliado, inocente, se abstuvo de matar al que lo perseguía injustamente, solo por el óleo de la santa unción que había recibido en figura de Cristo, ya sea del nombre o del reino que no iba a conservar, y contuvo a su soldado con un mandato, y a sí mismo con el temor divino. Debemos, por tanto, evitar presumir de lacerar y atacar la fama de obispos, presbíteros, diáconos.

Ahora, pues, toma la lanza que está a su cabecera, etc. La lanza insinúa el mismo poder del reino, o las armas de las virtudes espirituales, con las cuales el reino podía ser ayudado. Pero

también puede entenderse sobre el reino terrenal que tenían, y el reino celestial que esperaban, cualquiera de ellos que supiera esperar esto. Ambos, ciertamente, se constata que fueron quitados a los infieles por su perfidia. El vaso de agua, la observancia de los tipos carnales; que en comparación con la perfección evangélica, se toma no inadecuadamente como un vaso de agua en comparación con una copa de vino; de donde también antes Nabal despreció dar agua a David cuando la pidió. Abigail también dio vino, porque el pueblo de los infieles se negó a atribuir la letra de la ley a Cristo; pero el fiel reconoce que todo debe referirse a él, y que estas cosas están llenas de sabor espiritual. La lanza, pues, y el vaso de agua son quitados a Saúl, cuando a los judíos, por el crimen de la perfidia, se les quita todo el reino, y la custodia literal de la ley. Esto, de hecho, se hace por Abisai a instancias de David; cuando, a instancias del Señor, cada uno de los apóstoles predicando las leyes del Evangelio, enseña que todas las cosas antiguas están destinadas a pasar. Pero lo que David añadió después de quitar la lanza y el vaso, diciendo, Y vámonos; significa que Cristo iba a irse de los judíos, y a pasar con sus predicadores a salvar a los gentiles. Lo que él mismo, viniendo a la pasión, anunciando casi con la misma palabra, dijo: Levantaos, vámonos de aquí.

Y no había quien viera y entendiera, etc. No había nadie en la parte de los reprobos que, con el Señor o sus apóstoles predicando la futura desolación de Judea, y su antiguo estado a ser erradicado de la tierra, entendiendo sus crímenes pasados o su futura condenación, despertara para arrepentirse; sino que perseveraron en toda impiedad, porque el Señor, por sus méritos precedentes, cegó sus sentidos. De otra manera, el sueño del Señor cayó sobre ellos, es decir, más pesado de lo habitual, que el Señor les envió especialmente por la venida de David, no permitiéndoles despertarse hasta que él mismo regresara y se hubiera ido.

Y cuando David pasó al otro lado, etc. Cuando Jesús pasó de este mundo al Padre, y permanecía imperturbable en la altura del reino paterno, ciertamente separado a gran distancia de la vista de los mortales, y había una gran distancia entre él, que inmortal, vencedor de la muerte, en la carne Dios se sentaba a la derecha del Padre, y aquellos que en este mundo mortales, miserables e impíos, se esforzaban por luchar contra él; clamaba por medio de sus apóstoles predicando al pueblo de Israel, y a sus doctores de la ley, y los obligaba a levantarse del sueño de su nocivo letargo, y a responderle creyendo. Abner, que se interpreta como lámpara del Padre, muestra a aquellos que debían ministrar la luz de la verdad al pueblo en ese tiempo. Su padre Ner, que se traduce como lámpara, designa típicamente a los maestros de estos, que precedieron en encender espiritualmente y revelarles a ellos y al pueblo la luz de la ciencia legal.

Y respondiendo Abner, dijo: ¿Quién eres tú que clamas? etc. Respondieron los fariseos y escribas, que no conocían a los discípulos de Jesús, que clamaban enseñando al pueblo, e inquietaban el reino de los judíos, como si, habiendo derramado la sangre de Cristo, fueran culpables. Y dicen, ¿queréis traer sobre nosotros la sangre de este hombre?

Y dijo David a Abner: ¿No eres tú un hombre? etc. Dicen los apóstoles, ¿No sois vosotros escribas, peritos de la ley, príncipes de los sacerdotes y fariseos, que sobresalís al pueblo tanto en grado como en ciencia? ¿Por qué no habéis guardado intacto el imperio de vuestra gente, insistiendo en las vigiliass de la obra perfecta y de la doctrina?

Porque uno del pueblo entró para matar al rey tu señor. Según la letra, se dice de Abisai, que entró en el campamento con la intención de matar al rey si podía. Según la alegoría, se entiende de los apóstoles, que predecían con insistente testimonio la futura perdición del reino impío por sus pecados.

Ahora, pues, mira dónde está la lanza del rey, etc. Mirad, dicen, ahora dónde está el cetro de vuestro imperio, que habéis perdido en la tierra y dejado de esperar en los cielos; dónde está la observancia sombría de la ley, que habéis deseado con todo vuestro corazón, en la cual jactabais que las manos de vuestras acciones podían lavarse de toda mancha de pecados. Todo por igual, porque perdisteis a Cristo, y el mismo templo se ha ido. Todas estas cosas, aunque no se completaron en los tiempos de los apóstoles, sin embargo, en gran parte comenzaron y aún en sus tiempos, quien lea la historia de los antiguos, lo encontrará. De hecho, Herodes el Grande, y sus hijos, entre las innumerables calamidades que infligieron a los judíos, también les arrebataron la vestidura sagrada a los sacerdotes, y nunca les permitieron ministrar en ella; cambiaron el cargo del sumo sacerdocio, rompiendo el orden legal, a su antojo. Pilato profanó el templo introduciendo imágenes de César en secreto por la noche, siguiendo la impiedad de Herodes, quien antes lo había profanado colocando en él un águila de oro, y mandó quemar a los jóvenes que intentaron expulsarla por causa de la religión. Cayo ordenó que el mismo templo y todas sus sinagogas fueran profanadas con sacrificios de gentiles, y llenadas de estatuas e imágenes, y mandó que se le adorara allí como a un dios. Estas cosas sobre la religión, pero sobre la deterioración del reino, hasta que pereció por completo, no hay fin de qué hablar.

Pero Saúl reconoció la voz de David, etc. Reconocida la voz de David por Saúl, y movido por su humildad, inocencia y justicia, confiesa que ha pecado, y promete que no pecará más contra él, y le ordena que regrese. Muchos de los príncipes de los judíos, reconociendo la voz de Cristo por la exhortación de los apóstoles, confesaron sus pecados, y con lágrimas y grandes súplicas imploran que él, por la gracia del perdón, regrese a sus corazones, que había abandonado por su perfidia.

Si el Señor te incita contra mí, etc. Si, dice, guiado por el Espíritu de Dios me persigues, es necesario que aplaco la piedad divina con sacrificios y oraciones; pero si no es por el mandato del Señor, sino que, contra su voluntad, engañado por la depravación de hombres malvados, pensaste que debías actuar contra un inocente; es cierto que ellos son dignos de maldición en el juicio divino, quienes me han expulsado con malas persuasiones de su tabernáculo y tierra santa, obligándome a vivir entre idólatras, a quienes detesto profundamente. Y si esta llama de persecución ha surgido de los hombres, como dije, es justo en todo sentido que no se derrame mi sangre por los impíos, que hasta ahora han buscado injustamente perseguirme. Según el entendimiento místico, es la voz de los miembros de Cristo, es decir, de sus fieles, que, corregidos por la persecución de los malvados, suelen examinar diligentemente sus corazones. Y si por sus pecados reconocen que el Señor les impone un castigo a través de tales personas, inmediatamente se esfuerzan por expiar estas cosas con los sacrificios de la debida compunción. Pero si ven que sufren injustamente injurias o muertes de los impíos, para ser apartados del camino de la verdad, entienden que aquellos que hacen estas cosas deben ser castigados con maldición eterna por el Señor; porque han querido apartar a los fieles de Cristo de la herencia de la fe católica hasta la idolatría de cualquier herejía o gentilidad. Pero si aquellos que sufren estas cosas inocentemente, se alegran de ser salvados por el Señor de toda muerte y corrupción, e incluso de recibir la palma de su paciencia. También podemos tomar esto de la persona de los apóstoles a los judíos perseguidores: Si el Señor os incita a perseguirnos, que su ira sea aplacada por nuestras oraciones; pero si, lo que es más cierto, los hijos de los hombres, son malditos ante el Señor, quienes nos han expulsado predicando lo divino, para que no habitemos en Judea y en Jerusalén; y han dicho, Retiraos; y porque creéis que Jesús es Dios, servid más bien a este entre las naciones, que suelen adorar a dioses ajenos.

Y dijo Saúl: He pecado, etc. Proponiendo David dos causas de su exilio, e inquiriendo cuál es la verdadera de Saúl, Saúl, consciente de su propio ánimo, respondió que no había sido incitado por el Señor, sino que, dictado por su propia necesidad, lo había perseguido; pero ahora le ruega que regrese a casa, asegurándole que no sufrirá más mal de él. Y muchos de los judíos, confesando sus crímenes, se esforzaron por llamar al Señor, a quien habían expulsado por su infidelidad, de regreso a sus corazones con fe.

Y respondiendo David dijo: He aquí la lanza del rey, que pase uno de los jóvenes, etc. Respondiendo el Señor por medio de sus doctores a los judíos penitentes, y convertidos del crimen de perseguir: He aquí, dice, está en mi poder el dominio de vuestro reino, que pase la unidad de los fieles a los corazones infieles de los soberbios, y que rápidamente reporte las armas espirituales del reino celestial prometido a vosotros en otro tiempo. Lo cual, en gran parte, se cumplió en los tiempos de los apóstoles, y queda por cumplirse más plenamente en los tiempos de Elías, predicando y volviendo el corazón de los padres a los hijos. Calla también sobre el vaso de agua que se ha de tomar; porque el Señor no enseña que la sombra de la ley deba ser guardada más. El título del salmo LIII menciona la traición de los zifeos, que sin embargo parece referirse más a la traición anterior, ya que allí, según el modo del título, se dice: ¿No está David escondido entre nosotros? Aquí, sin embargo, de otra manera. He aquí, David está escondido en la colina de Aquila.

CAPÍTULO VI David con sus seiscientos hombres viene a Aquis, y habiendo recibido una morada en Siclag, devasta a los habitantes vecinos del desierto.

(1 Samuel XXVII.) Y dijo David en su corazón: Algún día caeré en manos de Saúl, etc., hasta lo que dijo Aquis de David: Ha hecho mucho mal contra su pueblo Israel, etc. Esta lectura insinúa el estado presente de la Iglesia, que después de las largas luchas de los mártires, se regocija en la paz entre las naciones, tanto como es continua entre los hombres. Dijo David en su corazón: Algún día caeré en manos de Saúl; ¿no es mejor que huya y me salve en la tierra de los filisteos? y demás. Dijo el Señor en su sabiduría, en la cual hace y dispone todas las cosas: He aquí que la Iglesia de los santos, es decir, mis miembros, es perseguida por los judíos, y nunca saben mitigar la rabia de su furia una vez encendida; para que no subviertan su estado con un repentino ataque, y la quiten de en medio, es mejor que, habiendo obtenido siempre mi guía, se retire a salvar a las naciones; cuya amplitud, convertida en su fe y amor, desesperen los insensatos de poder destruir su constancia; y cesen también en Judea de perseguirla con amenazas y asesinatos, al verla resplandecer con la gracia celestial entre las naciones.

Y se levantó David, y se fue él mismo, etc. El Señor dejó la sede que solía tener antiguamente en el corazón de los judíos, y fue a adquirir a las naciones para su fe él mismo y los ministros de su palabra, insignes en el número de seiscientos, es decir, dedicados a la operación perfecta en el presente, y suspendidos en la mente con la esperanza indudable de las cosas celestiales en el futuro.

Y David habitó con Aquis en Gat, etc. Gat, que se traduce como lagar, insinúa las presiones y tribulaciones con las que en esta vida se prueba la fe de la Iglesia; lo cual también declaran los Salmos que se titulan "para los lagares". Aquis, que significa Hermano varón, representa al pueblo de los gentiles que, creyendo en Cristo, se alegra de ser su hermano por gracia y de actuar con valentía. Pues el padre de Maoc, que se traduce como emasculado, es decir, privado de acción viril, mente y virtud, demuestra a los gentiles de tiempos pasados, que sirviendo a los ídolos, permanecieron vacíos de la obra y recompensa de la virtud. Habitó, por

tanto, el Señor entre los gentiles primero en persecuciones y presiones muy grandes, hasta que ellos mismos supieran recibir su fe; él y sus apóstoles: cada pastor, con la Iglesia que le está sujeta y que gobierna y educa; Cristo mismo, uno de los pastores de las ovejas gemelas, tanto de aquellas que trajo de los gentiles, como de aquellas que, dispersas de los judíos en el día de la oscuridad y la nube, él mismo no cesa de guardar y pastorear entre los gentiles. También pueden entenderse las dos esposas de David como las almas castas de los fieles, que en la conversación de dos vidas, la activa y la contemplativa, se adhieren a Cristo. Ajinoam la jezeelita, es decir, el adorno de mi hermano, que tiene su origen en la semilla de Dios, sea aquella cuyos ojos de mente iluminada arden con todas sus fuerzas por ver al Rey en su belleza. Abigail, es decir, la exultación de mi Padre; esposa de Nabal el carmelita, es decir, del necio, blando, sea entendida como aquella sobre la cual, recientemente salvada de las lisonjas de un doctor necio por el arrepentimiento, el Padre en los cielos tiene así gozo con los ángeles, más que sobre noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.

Y Saúl no añadió más a buscarlo. Significa el tiempo presente de la Iglesia; cuando los judíos, viendo a esta glorificada entre los gentiles, y también protegida por el favor de los reyes seculares, aunque no cesan de odiarla, han perdido completamente toda esperanza e intención de superarla.

Pero David dijo a Aquis: Si he hallado gracia ante tus ojos, etc. Dijo el Señor a través de sus discípulos al pueblo de los gentiles: Si te agrada la doctrina de la verdad que predico, y la vida que prometo, sea dado a mis palabras un corazón humilde de los oyentes en la unidad firme de los fieles, donde habite por la gracia del Espíritu Santo.

Por lo tanto, Aquis le dio en aquel día Siclag, etc. Siclag se interpreta como la depuración de la voz traída; depurar la voz es investigar con discreción cuidadosa qué palabra huele a verdad y cuál a falsedad. Por lo tanto, los creyentes de entre los gentiles dieron para dedicar a Cristo su morada, que se entiende como la Iglesia, las multitudes de aquellas almas que, al venir a ellos las voces de los predicadores, sabían discernir con razón y separar la pureza de la voz apostólica de la escoria de la voz filosófica o pagana. Por esta razón, la congregación de tales almas, arrebatada de las ceremonias gentiles, fue hecha para siempre sujeta al derecho de los apóstoles. Este sentido, si no me equivoco, también lo apoya la historia de las Antigüedades de Josefo (Libro XVI, cap. 13), que dice: «A quien el rey dio una aldea llamada Siclag. A la cual aldea amó tanto, que cuando David reinó, él y sus siervos la honraron como posesión propia.»

Y fue el número de los días que David habitó en la región de los filisteos, etc. Fue, es, y será el tiempo de la morada de Cristo en la Iglesia de los gentiles, hasta que inunde con la luz de su gracia celestial las cuatro partes del mundo, hasta que infunda en los corazones creyentes de los gentiles el relámpago del Evangelio, que se contiene en la variedad unánime de los cuatro libros. Y nota que David, viniendo a los filisteos, comienza a habitar en Gat; pero pronto, con el permiso de Aquis, se desvía a Siclag: porque viniendo a los gentiles en los discípulos, Cristo, primero pisoteado en el lagar de las presiones por los infieles, finalmente, después de muchas uvas exprimidas de los mártires, se dirigió a aquellos que, entre la escoria y el vino de los taberneros intelectuales, es decir, de los que enseñan diversos sentidos, sabían discernir.

Y David y sus hombres subieron, etc. Sur, roca, Egipto suena a tinieblas. Por lo tanto, la Iglesia, con los discípulos de Cristo insistiendo, progresaba y arrebatava almas de los ritos paganos, que siguiendo los ejemplos no del hombre nuevo, sino del antiguo, se adherían a los deseos terrenales, yendo todos hacia la dureza del corazón, y llegando hasta la tierra

tenebrosa, y cubierta de la oscuridad de la muerte, tierra de miseria de tinieblas, donde habita la sombra de la muerte, y no hay orden, y el horror eterno habita.

Y David golpeaba toda la tierra, etc. El Señor golpea con la espada de su palabra todo lo que encuentra bajo e inferior entre los incrédulos; ni permite que ninguno de aquellos que verdaderamente perciben la fe, viva más en la conversación anterior, ni en espíritu ni en carne, sino que hace que todos con verdadera confesión digan con el Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. II).

Y tomando ovejas y bueyes, etc. Tomando para sí de entre los gentiles las almas de diversos modos, Cristo se apresura a congregarlas todas en la unidad de la Iglesia que le precede en él.

Y Aquis le decía: ¿Contra quién has irrumpido hoy? etc. Aunque parece engañar, literalmente, quien al levantarse contra los filisteos y devastar su provincia no muy lejana, decía haber irrumpido contra su propio pueblo: no obstante, no engaña la figura del discurso, porque mientras atrae a los gentiles a la fe, Cristo irrumpe contra la manifiesta y ferviente blasfemia de los judíos. Pues por su justo juicio, la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI): mientras, por tanto, atrae a los gentiles, irrumpe contra Judea, quien no pocos ramos de la buena oliva quebró por la soberbia, para que injertando el acebuche, lo hiciera partícipe de la buena raíz y de la gordura de la oliva. Y bien se dice irrumpir, porque Quien cayere sobre esta piedra, se quebrantará; y sobre quien cayere, lo desmenuzará (Luc. XX).

David no vivificaba hombre ni mujer, etc. Cristo prohíbe a todos los convertidos a él vivir en pecados. Según lo que primero mostró al maestro de su Iglesia, manda a las multitudes de corazones impuros, diciendo: Levántate, Pedro, mata y come (Hech. X). Y Pablo enseña, que no están muertos al pecado, sino vivos para Dios en Cristo Jesús (Efes. II). Pero tampoco en este tiempo manda a los creyentes sufrir martirios por su nombre de los impíos, ni a someterse a muertes.

Diciendo, No sea que hablen, etc. Por eso no vivificaba, para que no hablasen contra él. Pues el oyente da testimonio contra su maestro, quien menos perfectamente se prueba a sí mismo menos instruido, ya sea creyendo o actuando, menos extinto de la acción o pensamiento impropio.

Por lo tanto, Aquis creyó a David, etc. Toda la fraternidad de los gentiles cree en Cristo, diciendo que abandonó al pueblo en el que nació por causa de la infidelidad; y tantos ramos de la buena oliva derribó por la infidelidad, para que ella misma creyendo se injertara, y los arrojó al fuego para ser quemados. Será ciertamente para mí ya creyente, esperanzado, amante, deudor de la vida eterna; para que sin él no pueda hacer nada, y en el presente me ministre la prenda del Espíritu, y en el futuro la gracia eterna de su protección. De esta servidumbre perpetua a los fieles siervos otorgada por Dios el Señor, dice el mismo Señor: En verdad os digo, se ceñirá, y los hará sentarse a la mesa, y pasando les servirá (Luc. XII).

CAPÍTULO VII. Congregados los filisteos contra él, Saúl busca el oráculo de Samuel resucitado por una pitonisa en Endor y conoce lo que le será adverso a él y a los suyos.

(1 Sam. XXVIII.) Sucedió en aquellos días, etc., hasta lo que está escrito: Cuando hubieron comido, etc. Esta lectura significa que los judíos, debido al cumplimiento en Cristo del ministerio de toda la profecía, después de confirmada la fe de los gentiles, y contra la perfidia de ellos y de los herejes espiritualmente erigida, ya no frecuentan la Iglesia del Señor para ser

salvados, sino que perecen frecuentando la sinagoga de Satanás; ni esperan ni creen en la dispensación de Cristo en la carne, sino en el futuro reino del Anticristo. En la cual primero se debe notar, que no siempre las mismas cosas o personas mantienen el mismo significado; sino que a veces por los buenos se pueden figurar cosas malas, así como por los malos cosas buenas. Pues los filisteos, que casi siempre se acostumbran a poner en lo malo, en este lugar, porque tienen a David con ellos, significan a los creyentes de entre los gentiles. En cambio, el pueblo de Israel, porque expulsó a este persiguiéndolo, o bien denuncia figuradamente la perfidia de los judíos de este tiempo, o la maldad herética. Y al contrario, Israel se prepara para la guerra con los filisteos congregados en ejércitos, cuando con los concilios de los doctores congregados, los creyentes de entre los gentiles se proponen superar, ya sea la astucia de los herejes, o la perfidia de los judíos, para que o se corrijan por completo, o valgan menos disputando contra los buenos. Si a alguien le parece absurdo que los filisteos infieles deban figurar a los fieles, y piensa que solo pretenden el tipo de los gentiles; sepa que también los mismos gentiles, adoradores de muchos dioses, contra los judíos y los herejes, porque estos se glorían en el culto del único Dios verdadero, y aquellos en el nombre de Cristo, suelen luchar; entendiendo con toda certeza, que Aquis, que se interpreta como hermano varón, que recibe benignamente a David exiliado, que le da un lugar para habitar, que confía tanto en su virtud y amistad, que lo pide para salir con él a la batalla, señala a los fieles de entre los gentiles. Finalmente, sigue:

Y Aquis dijo a David: Sabiendo ahora, sabe, etc. Lo cual es claramente decir que los católicos, cuando proponen combatir a los errantes increpándolos, o razonando, o recordando las palabras de la Escritura, dicen al Señor: Dios, tú conoces nuestra insensatez y debilidad (Sal. LXVIII), porque sin ti nada podemos hacer, bríndanos tu ayuda mientras luchamos, que tus santos nos otorguen el auxilio de su intercesión; y cualquiera de ellos que haya compuesto las santas Escrituras por tu inspiración, nos proporcione los arcanos de la ciencia espiritual, con los cuales podamos vencer a los carnales.

Y David dijo a Aquis: Ahora sabrás, etc. Está claro según la letra, porque prometiendo David ayuda al rey, promete que él mismo será el guardián de su cabeza, ya sea en la contienda de la guerra, o después de la victoria. Pero según el sentido espiritual, la cabeza de los hermanos fuertes y que actúan virilmente es Cristo. A quienes, él mismo diciendo, Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII); ellos responden: Y nosotros hemos aprendido que no debemos tener otro guardián de la gracia que nos gobierna, por la cual permanezcas en nosotros, sino a ti mismo, no solo todos los días de este siglo, sino también en el futuro, donde mejor es un día en tus atrios que mil (Sal. LXXXIII).

Pero Samuel había muerto, etc. José narra que esto sucedió dos años antes de la muerte de Saúl, escribiendo así (Antiq. VI, 14): «Saúl reinó, mientras Samuel vivía, dieciocho años, y después de su muerte otros dos.» Y ciertamente anteriormente en el orden de la historia se describe la muerte y sepultura de Samuel con casi las mismas palabras; pero aquí se recapitula para que, al leer, se recuerde por qué necesidad Saúl pensó que debía buscar una pitonisa. Pero mística la muerte de Samuel indica la cesación, con el Señor padecido, de las figuras legales, junto con los profetas, que predecían su futura encarnación. El llanto de Israel, porque no sin un dolor muy grande, los carnales podían ser arrancados de las antiguas instituciones del Señor, lo denuncia. Creo que todo Israel, que pudo ver la desolación del templo de Jerusalén, y de la tierra de la promesa, que también se dio a los padres en tipo de la gracia celestial, no pudo en absoluto contener el llanto y las lágrimas. La sepultura, que se hizo después de la muerte y el llanto, significa aquel tiempo en que los judíos fieles cesaron completamente de la observancia de las sombras legales. Pues consta que durante no poco tiempo la Iglesia primitiva judaizó, hasta que, prevaleciendo gradualmente la doctrina

evangélica, ella misma se contuvo radicalmente de la observancia legal. Y bien Samuel es sepultado en Ramá, su ciudad, donde nació, que se interpreta como elevada: porque la misma Iglesia de Cristo, que una vez derramó los comienzos de la profecía incipiente, ella misma concluyó con devoción honorífica las figuras proféticas consumadas, como los miembros del muerto Samuel.

Y Saúl quitó a todos los magos, etc. Magos y adivinos, de los cuales los primeros, que vulgarmente se llaman hechiceros, usan sangre y víctimas, y a menudo tocan los cuerpos de los muertos, los siguientes (a quienes otras traducciones llaman encantadores) realizan la cosa con palabras, todos mística representan a los vates de los gentiles y las idolatrías, que el pueblo de los judíos, aunque más sabio en lo terrenal que en lo celestial, ha quitado completamente de sí en este tiempo. Pues nadie se atreve ahora a adorar a Baalim, o Astarot, o cualquier otro portento de los gentiles, aunque tampoco se someta al Señor con fe perfecta.

Y se congregaron los filisteos, etc. Los filisteos en este lugar en cuanto desean la ayuda de David y de sus hombres, representan a los fieles de entre los gentiles; en cuanto lo desprecian y rechazan, a los infieles que resisten a Cristo. Ambos, tanto a los judíos infieles, como a los herejes mal fieles, y a los cristianos católicos y paganos, ambos resisten. Por lo cual bien se dice que los filisteos acamparon en Sunam, que se interpreta como escarlata. Pues el escarlata tiene la apariencia de fuego. Y los fieles, fervientes en el amor de Cristo, y los paganos, furiosos en el fuego de la persecución, no dudan en atacar a sus adversarios. Luchan entre sí los buenos y los malos; luchan entre sí los malos y los malos; pero no pueden luchar entre sí los buenos y los buenos: por lo tanto, Israel, porque se reúne para la batalla no con David justo y reinante, sino con Saúl moribundo e impío, o bien designa la ceguera de su pueblo en este tiempo, o la maldad herética; y por eso se describe correctamente que se reunió en el monte de la caída, que significa Gelboe, y allí cayó.

Y Saúl dijo a sus siervos: Buscadme una mujer que tenga espíritu de pitón, etc. Negado el oráculo del Señor, Saúl buscó una mujer que tuviera espíritu inmundo, por la cual consultar; y cesando después de la pasión del Señor las figuras de los profetas y ceremonias antiguas, el pueblo de los judíos consulta y frecuenta la sinagoga de Satanás, cual significa la pitonisa, en la ceguera del corazón oscuro; con aquellos que, transgrediendo la unidad de la fe recta o de la caridad, no sabían llegar al conocimiento de la santa Trinidad. Pues el número dual a veces se pone en lo malo, como sabe quien entiende por qué en la creación del mundo solo la obra del segundo día no mereció la bendición de la visión divina, y los animales impuros entran en el arca bajo este número, y otras innumerables cosas de este tipo en las Escrituras.

Y sus siervos le dijeron a ella, etc. Correctamente se dice que la pitonisa, a quien algunos llaman ventrílocua, habitaba en Endor, que se interpreta como fuente u ojo de generación, para que el mismo lugar de su morada dé testimonio de la sinagoga ya perdida, que, engañada por la conversación serpentina, finge dar a sus oyentes la luz y la copa de la sabiduría.

Por lo tanto, cambió su hábito, etc. Cambiado el pueblo de los judíos en peor, ya sea el hábito de su reino terrenal, o de la fe y obras, con las cuales debía ser espiritualmente adornado y amado, viene a la audición de tal sinagoga, que la pitonisa significa, en la ceguera del corazón oscuro; con aquellos que, transgrediendo la unidad de la fe recta o de la caridad, no sabían llegar al conocimiento de la santa Trinidad. Pues el número dual a veces se pone en lo malo, como sabe quien entiende por qué en la creación del mundo solo la obra del segundo día no mereció la bendición de la visión divina, y los animales impuros entran en el arca bajo este número, y otras innumerables cosas de este tipo en las Escrituras.

Y la mujer le dijo: ¿A quién te suscitaré? etc. Y el pueblo de los judíos, entrando en su sinagoga, desea que las profecías, una vez recapituladas y completadas en Cristo, sean como resucitadas de entre los muertos para ellos, actuando, es decir, para que sirvan de nuevo a los sacrificios, al sábadó, a las neomenias, a la lepra de las casas y vestiduras, y a las demás sombras literales.

Y la mujer dijo a Saúl, etc. Viendo uno, lo llama en plural, según el uso más común de las Escrituras, donde también a menudo se designan muchos en singular, y singulares en plural. De hecho, hecho un becerro, dijo el pueblo: Estos son tus dioses, Israel (Éxodo XXXII). Y no una sola rana o mosca enviada sobre los impíos, se dijo: Envió sobre ellos mosca canina, y los comió; rana, y los exterminó (Sal. LXXVII); y otras innumerables cosas de este tipo.

Y Samuel dijo a Saúl: ¿Por qué me has inquietado? etc. Y los mismos libros del Antiguo Testamento, llenos de la gracia de la profecía, testifican claramente a los lectores, que no deben ser resucitados después de la pasión del Señor para la custodia figurada de la letra, sino que inquietan a los mismos ministros de la profecía, cuando ven que lo que escribieron se entiende de manera diferente a como ellos lo sintieron.

Y Saúl dijo: Estoy muy angustiado, etc. Los judíos, abandonados por Dios, sin merecer el don de la profecía, atacados por todas las naciones, siguen la sombra muerta, por así decirlo, de la ley y la profecía en la ciega noche. Esta, acosados por las desgracias, piensan que debe ser consultada. Pero las mismas ceremonias legales, ahora celebradas en vano y en rincones, significan lo mismo que antes, cuando se exhibían en público por mandato de Dios y con gratitud, es decir, que las cosas antiguas pasarán, y todas las cosas serán hechas nuevas, que el reino de los judíos será completamente destruido y el de los cristianos será extendido por todo el mundo, como Samuel muerto, pero resucitado por arte impía, predice lo mismo en todo sobre el cambio de reino, que antes predijo vivo. Si a alguien le preocupa cómo la mujer pudo inquietar y resucitar al profeta después de la muerte por arte demoníaca, sepa con certeza que el diablo mostró una falsa sombra a los que buscaban, o si realmente fue Samuel, que al diablo se le permite hacer tanto en estas cosas como el Señor le permite. No es de extrañar que por algunas causas más secretas se permita tal cosa al espíritu maligno, ya que colocó al Salvador en el pináculo del templo, y pidió y recibió a Job para ser tentado. Pero si creemos que fue más bien una fantasía del espíritu inmundo lo que apareció, tampoco debe perturbar cómo pudo narrar cosas verdaderas y proféticas. Sabemos que el diablo puede prever o predecir muchas cosas futuras que ha aprendido de los ángeles santos; pero cuanto menos se debe escuchar sus palabras, cuanto más todo lo que dice o hace entre los hombres, lo hace con el propósito de engañar. Pero lo que se dijo entre otras cosas:

Cras, sin embargo, tú y tus hijos estaréis conmigo, ya sea que lo haya dicho Samuel o un espíritu maligno, no se entiende de otra manera mejor que sin cuerpo, es decir, en otra vida. Porque de ninguna manera Saúl, siendo malo, pudo ser recibido allí después de la muerte, donde Jonatán, siendo bueno, pudo ser recibido; más bien, un gran abismo se ha confirmado entre ellos, de los cuales uno ha sido recibido en el seno de Abraham con Samuel, y el otro ha sido sepultado con el diablo en la llama del infierno. Ambos, sin embargo, han sido arrebatados de la conversación de esta vida, de la cual el diablo siempre careció. Tampoco hay nada que impida entender, si creemos que estas cosas fueron dichas y mostradas fantásticamente por el diablo, que el maligno quiso mezclar falsedades entre las verdades que decía; y diciendo bajo la persona de Samuel al impío: "Tú y tus hijos estaréis conmigo", persuadir secretamente a los pecadores de que, después de la muerte, incluso los mayores

pecados serán perdonados y que ellos también podrán vivir felizmente con aquellos que vivieron bien antes de la muerte.

Y Saúl cayó inmediatamente extendido en la tierra, etc. Leyendo las palabras de los profetas, celebrando sacrificios vanos, el pueblo de los judíos sufre terror, pero no tiene la fortaleza de la fe que lo beatifique, porque, brillando por el mundo durante tanto tiempo la gracia de la predicación evangélica, no supo comer el pan vivo que descendió del cielo.

Entró, pues, aquella mujer a Saúl, etc. Y ese pueblo pérfido, oprimido hoy por tantas calamidades entre las naciones, está turbado por todas partes, de modo que ni siquiera las palabras de la sagrada lectura, que sin embargo percibe en las tinieblas de la ignorancia, aunque su sinagoga lo obligue, le agrada percibir leyendo o escuchando.

Pero aquella mujer tenía un ternero pascual en casa, etc. El ternero tierno y óptimo, y los panes de flor de harina que Abraham y Sara preparan para refrescar al Señor en el ardor del mediodía (Gén. XVIII), insinúan la fe en la encarnación del Señor y la perfección de la devota humillación, con las cuales la santa Iglesia, resplandeciendo con la luz del amor y la sabiduría junto con sus maestros espirituales, aplaca al Señor. Pero, por el contrario, este ternero pascual y la harina que la mujer endemoniada coció de noche intempestiva para el moribundo Saúl y sus siervos, y les presentó para comer, expresan el nacimiento y reino del Anticristo, y la contrición del corazón de aquellos que le sirven con estúpida humildad: lo que la sinagoga de Satanás, envuelta en las tinieblas de la impiedad, sugiere a sus oyentes miserables y condenados a muerte eterna como creíble y esperable, como si los reconfortara con dulces manjares del temor de las miserias circundantes; por lo cual, alimentados sus corazones con este alimento, avanzan a peor, yendo oscuros solos bajo la noche por la sombra.

CAPÍTULO VIII. Los filisteos, a punto de luchar contra Israel, ordenan a David que regrese de los campamentos y vaya a casa.

(I Reg. XXIX.) Se reunieron, pues, todos los ejércitos de los filisteos en Afec, etc., hasta lo que se ha dicho: Pero los filisteos subieron a Jezrael. Esta lectura, en la que los príncipes de los filisteos expulsan a David de sus campamentos, señala sin duda aquel tiempo del que el Señor dijo: "Y porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos" (Mat. XXIV). Se reúnen, pues, los ejércitos de los filisteos en Afec, que se interpreta como furor nuevo; la perfidia de las naciones se enfurece contra los judíos, se enfurece contra los herejes. Porque en este lugar Israel significa a ambos, y con nuevas insidias siempre aumenta a los antiguos; contra estos, porque predicán a un solo Dios; contra aquellos, porque predicán a Cristo; contra ambos, porque ridiculizan a los ídolos, llevando a cabo terribles combates.

Pero también Israel acampó junto a la fuente, etc. La fuente que estaba en Jezrael, es decir, en la semilla de Dios, insinúa el lavacro del bautismo, por el cual los hijos de la Iglesia son regenerados por la gracia del Espíritu Santo. Si, por tanto, entiendes que los judíos infieles, o los herejes peores que los infieles, están figurados en el nombre de Israel, ambos ponen sus campamentos pérfidos sobre la fuente de la gracia renaciente; uno despreciando por soberbia, otro violando por herejía.

Y los sátrapas de los filisteos avanzaban en centuriones, etc. Entiende el último grupo ya sea por el mérito de la humildad o por el orden del tiempo. Porque las naciones gentiles, en todo tiempo del siglo, desde que esa nación fue fundada, han estado en batalla contra los judíos, y luchan por derrotarlos con mano o palabra; pero también contra los herejes, porque son parte

de la Iglesia, furiosos con similar mente por la envidia del nombre de Cristo, el Señor está presente en sus elegidos, humilde y despreciado por los seculares; porque los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz (Luc. XVI). Quien también, encarnado en su tiempo, y en la plenitud de los tiempos, apareció humilde al mundo, mostró a sus seguidores ejemplos de humildad, abyección y pobreza, pero les enseñó cuán deseable es dentro de ellos, cuán fuerte es en derrotar a los soberbios, cuán deseable es en beatificar a los sujetos.

Dijeron los príncipes de los filisteos: ¿Qué quieren estos hebreos? Los paganos desprecian la vida, la sociedad, la doctrina de los fieles de Cristo, que con razón son llamados hebreos, es decir, transeúntes; porque ahora saben pasar de los vicios a las virtudes, en el futuro, esperan el paso de la muerte a la vida, saben trascender los bajos deseos carnales, así como todas las adversidades del mundo, las cumbres de la mente elevada.

Y dijo Aquís a los príncipes de los filisteos, etc. Alabando Aquís la amistad de David, los príncipes de los filisteos, enojados, evitan su compañía en la batalla, cuya virtud luchadora temen por la fama que se difunde. De hecho, entre otras cosas dicen:

¿No es este David? etc. Alabando la Iglesia de las naciones la fe de Cristo, por la cual se merece la vida eterna, los filósofos y pontífices de los ídolos, enojados, temen creer en él, cuya palabra lamentan que haya destruido su culto y su sabiduría; cuyo triunfo sobre el antiguo enemigo, tal como nadie más pudo merecer, ven que se celebra en el coro unánime de la santa Iglesia, rehúsan unirse a sus miembros, someterse a su gobierno recibiendo la fe.

Llamó entonces Aquís a David, y le dijo, etc. Aquís confiesa que David es recto, inocente y bueno, como un ángel de Dios; pero para no ofender los ojos de los sátrapas de los filisteos, le ordena descender de la batalla, en paz de la ira. La multitud de fieles de las naciones alaba, ama y predica la justicia, misericordia y santidad de Cristo, como de aquel que fue enviado por Dios para la salvación de las naciones, pero ruega que no se confíe la palabra a los blasfemos y soberbios líderes de la idolatría, no sea que al escuchar y no creer tomen un juicio mayor; y como si exhortara al Señor a que, más bien, contento con descansar en el corazón pacífico y sereno de los creyentes, no se ofrezca predicando a los que no creen, para no dar ocasión de escándalos de persecuciones.

Sé que eres bueno a mis ojos, etc. Y la Iglesia, destacándose en las alabanzas del Señor, también ora así: Sé, de hecho, y con los ojos abiertos de la fe entiendo la bondad de tu gracia celestial, y que tú mismo eres de quien el profeta predijo: "Y su nombre será llamado ángel del gran consejo" (Isa. IX); es decir, mensajero de la voluntad paterna. Pero los príncipes de los dogmas y cultos de las naciones, despreciando la ayuda de tu protección, confían en que deben salvarse por su propia virtud e industria.

Pero los filisteos habían subido a Jezrael. Al irse David con los suyos, los filisteos subieron a Jezrael, es decir, a la semilla de Dios para luchar, donde, mientras David permanecía con ellos en Afec, es decir, en el nuevo furor, se habían reunido. Y los reprobos a menudo, expulsados de su vecindad los más fuertes doctores de la Iglesia, ejercen toda su fuerza en pervertir a los más frágiles, a quienes, por reverencia o temor a los mayores, antes, aunque furiosos en ánimo, no se atrevían a tocar e inquietar. No solo aquellos que llevan armas luchando o argumentos disputando contra los buenos, sino también aquellos que presentan ejemplos de depravación bajo el nombre de hermanos a la vista de los piadosos, subiendo a Jezrael, es decir, a la semilla de Dios, intentan infectarlo con las cizañas de esta semilla diabólica. Vemos y oímos que los misterios de esta lectura se cumplen hoy en muchos

lugares, con muchos expulsando al Señor de su corazón y oprimiendo a sus elegidos; pero, con el fin del mundo acercándose, con el aumento de las acumulaciones de los malos, temblamos con expectación temerosa de que se cumplan más y más.

CAPÍTULO IX. David, guiado por un joven egipcio, vence a los amalecitas que habían atacado Siceleg, recupera el botín y distribuye dones a sus amigos.

(I Reg. XXX.) Y cuando David y sus hombres llegaron a Siceleg, etc., hasta lo que está escrito: David envió del botín a aquellos que estaban en los lugares donde David mismo y sus hombres habían residido. En esta lectura se muestra típicamente que los seducidos por los herejes, mientras no pierdan el amor de la unidad, pueden ser fácilmente recibidos por la gracia de Cristo a través de los doctores de la verdad; y que ya sea los mismos doctores, o los más simples y contentos con su propia salvación, todos serán recompensados con el mismo denario de la vida eterna; pero también que los mismos herejes, en parte serán corregidos por el Señor, en parte serán castigados con perpetua venganza. Amalech se dice que es el pueblo del saltamontes, o el pueblo que lame; y los amalecitas atacan desde el sur a Siceleg, cuando los herejes, que suelen seducir con palabras suaves y bendiciones los corazones de los inocentes, y roer con lengua maledicente todos los frutos de la ciencia espiritual, tienden insidias a los simples con las mismas palabras de la sagrada Escritura, que, inspirados por el Espíritu Santo, hablaron y compusieron los santos hombres de Dios.

Y atacaron Siceleg, etc. Siceleg se interpreta como la purificación de la voz traída, que golpean y encienden, quienes confunden con el ariete de sus argumentaciones la discreción de la predicación escuchada, y derriban con el maligno fuego de su error la tranquilidad de la fe eclesiástica. A este fuego, sin duda, es muy similar aquel con el que el rey soberbio quemó los libros del profeta Jeremías; contrario, sin embargo, es aquel que el Señor envió a la tierra, y quiso que ardiera vehementemente.

Y no mataron a nadie, etc. Los herejes cautivan y no matan; que aunque no pueden arrebatarse la simplicidad de la fe a los menos instruidos, no pueden, sin embargo, quitarles el fervor de la caridad, que es la vida de las virtudes.

Cuando, pues, David y sus hombres llegaron a la ciudad, etc. Llegando el Señor en sus elegidos y doctores católicos, y viendo las torres y techos de la Iglesia, que una vez resplandecían, nivelados al suelo por la palabra herética, primero, como corresponde, golpea al Padre con lágrimas y oraciones para restaurarla, y luego inmediatamente también comienza a restaurar lo que ha comenzado. Lloran los doctores las Iglesias y almas que les fueron encomendadas, que habían engendrado y nutrido para Dios, corrompidas de la simplicidad de la fe por la palabra herética, con la ayuda de Cristo diferida por un tiempo; lo que es, con la ayuda de David diferida por un tiempo, que las esposas e hijos de sus hombres fueron llevados cautivos; porque si su gracia ayudadora estuviera presente, no podrían ser corrompidos en absoluto.

Porque también las dos esposas de David habían sido llevadas cautivas, etc. Que las esposas de David significan ambas vidas de la santa Iglesia, con las cuales en el presente se alegra de servir al verdadero rey, la activa y la contemplativa, ya se ha dicho antes. Pero tan grande es la tempestad que a menudo envuelve a la Iglesia por los herejes de las naciones, lo que se hizo claro en la gran sedición arriana, que no solo el decoro de la vida contemplativa, que según el nombre de Jezrael, el mismo autor de las gracias sembró en los corazones de los quietos y humildes en espíritu; sino también la constancia de la vida activa, que aquellos que

recientemente han escapado de las manos del antiguo enemigo suelen ejercer, parece perecer por la ira del perseguidor.

Y Abiatar aplicó el efod a David, etc. Lo que los santos de Dios hacen inspirados por el Señor, se dice que él mismo lo hace, quien ayuda para que lo hagan; como también se ha dicho del Espíritu Santo, quien tiene una sola virtud y operación con el Padre y el Hijo: Porque él mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables, porque a quienes ha llenado, los hace vacar en gemidos, y pedir al Señor por su salvación. David, pues, habiéndose aplicado la estola pontifical, consulta al Señor si debe perseguir a los ladrones; cuando los pastores de la Iglesia, enseñados interiormente por la gracia de su autor, a través de la lectura de la sagrada Escritura, con la cual los doctores siempre deben estar vestidos en el ministerio de la palabra, buscan el consejo de la voluntad suprema sobre cómo deben actuar con los errantes. Responde el Señor que los ladrones deben ser perseguidos por David, y que, una vez capturados, se les debe quitar el botín, cuando en la misma lectura ha enseñado que los doctores de la Iglesia deben perseguir a los herejes disputando, capturarlos superándolos, y quitarles el botín devolviendo a la Iglesia las almas de ellos, antes seducidas por su fraude.

Partió, pues, David él mismo, y los seiscientos hombres que estaban con él, etc. El torrente Besor, que se interpreta como anuncio, o carne, o sentido carnal de los herejes, es muy difícil de corregir, o la redundancia de la elocuencia secular, y ella misma igualmente rápida con un flujo violento, no fácilmente superable sino por algunos doctores perfectos. Partió, pues, nuestro deseable rey, verdaderamente fuerte en mano, a combatir con la palabra de verdad la obstinación de los errantes, él y sus elegidos probados por la integridad de la obra, así como por la certeza de la esperanza, lo que el número seis, con el que el Señor completó sus obras, y el centenario, que en el cómputo auricular primero busca la derecha, manifiestamente anuncian. De hecho, en el salmo centésimo se describe abiertamente el juicio del último día, en el que arde la esperanza de todos los que esperan rectamente, donde, cantando misericordia y juicio, se menciona que los fieles de la tierra, y los que caminan en el camino inmaculado, serán promovidos por misericordia al asiento de la perpetua bienaventuranza y al ministerio de su Redentor; pero todos los pecadores de la tierra serán destruidos por el justo juicio en la mañana de la acción declarada, que había estado oculta durante mucho tiempo, y serán dispersados de la ciudad de la paz suprema. Pero, acompañando al Señor en el camino de la verdad los santos suyos, cuando se llega al punto de disputar y vencer a los herejes, no pocos hombres grandes, no de la pureza de la fe, sino de la pericia de hablar, cansados, se detienen. Porque no todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como

un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una

simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el

arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto

filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio,

diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos

peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal

de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben

creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente

ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a

los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y

de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de los ilustres en el arte dialéctico, hasta que se levantó un obispo de admirable santidad, completamente ignorante de la locución sofística, pero muy claro en la sabiduría de la fe divina, y con una simple pero veraz prosecución anuló sus múltiples astucias. No, pues, todos los que saben creer rectamente, también saben vencer razonando a aquellos que sienten lo contrario a la fe recta. Porque a menudo se opone como un torrente de anuncio, o de carne, o de sentido carnal de aquellos que no saben captar lo espiritual, o el ímpetu de pronunciar lo carnal que sienten; que superar, y como Elías o Eliseo, romper y disipar con el poder de su discreción, los menos peritos no saben. Lo que se hizo evidente principalmente en el sínodo de Nicea, donde tantos

y tan grandes doctores reunidos de todo el orbe, no fácilmente al principio, excepto Atanasio, diácono de la Iglesia de Alejandría, se podía encontrar quien pudiera enfrentarse con Arrio, y de inmediato descubrir, exponer y vencer sus tergiversaciones y engaños. Donde un cierto filósofo gentil, armado con muchos argumentos aristotélicos, provocando frecuentemente a los cristianos, no podía ser superado por ninguno de los doctores, incluso de

Cuando lo llevó, he aquí que estaban reclinados, etc. Los herejes se reclinan sobre la faz de la tierra, comiendo y bebiendo; ya sea que lean las Escrituras oscuras o las claras (pues esto es lo que diferencia comer de beber), nunca buscan lo celestial a través de ellas, sino siempre lo terrenal, y no pueden decir con el Apóstol: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III). Y como si celebraran una fiesta, consideran el día como un festín por los despojos que han arrebatado de la tierra de los filisteos y de Judá, cuando a sus invenciones, con las que enseñaron a algunos paganos a errar peor bajo el pretexto del nombre de Cristo, o apartaron a algunos fieles del camino de la verdad, las consideran como la mejor luz del conocimiento, y dicen gozosos: "Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él" (Salmo CXVII).

Y David los hirió, etc. Cristo hiere a los herejes de dos maneras, ya sea castigándolos para que reciban la fe, o anatematizándolos para que sufran un castigo eterno. Ambas heridas se extienden desde la tarde hasta la tarde, porque van desde el reconocimiento del error que oscurece los corazones, hasta la penitencia temporalmente amarga de ese mismo error, o el castigo eterno. Los cuatrocientos hombres que, montados en camellos, escaparon del filo de la espada de David y de sus soldados, son aquellos que, despreciando la voz de los doctores católicos, no consienten en ser corregidos por ellos, ni temen ser condenados; sino que, confiando en la altura de sus virtudes, o más bien en la jactancia y arrogancia, como en la joroba de los camellos, se glorían de mantener el nombre y el número de la perfección evangélica, y esperan alcanzar las alegrías celestiales de la vida.

David recuperó todo, etc. Con los fundadores de las herejías vencidos ya sea por corrección, venganza o la revelación de su nefando dogma, el Señor rescata las almas que habían sido engañadas y las devuelve a la unidad de la paz católica.

David llegó a los doscientos hombres, etc. Con la victoria completa sobre los ladrones, David enriqueció igualmente con parte de los despojos a aquellos que, cansados, se habían quedado atrás, junto con los que habían luchado. "No se glorie el sabio en su sabiduría" (Jeremías IX). No todos podemos todo. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Tienen todos dones de curación? Sin embargo, todos trabajando en la misma viña del Señor en diferentes tiempos, recibirán el mismo denario de vida al contemplar la imagen del sumo rey.

Y envió dones del botín a los ancianos de Judá, etc. El Señor ama y aconseja a todos los miembros de su Iglesia, en diversas personas, condiciones y edades, que se alegren siempre de su victoria y del aumento perpetuo de su reino, y que cada vez que vean que las almas, antes corrompidas por la sedición diabólica, son restituidas a la Iglesia, glorifiquen y bendigan al Padre que está en los cielos. Se complace especialmente en aquellos que han mantenido su amor en un corazón puro, y que han conservado las palabras o ejemplos de los santos en la memoria diligente de una conciencia casta. Esto es verdaderamente David exultante, y sus hombres, ya sea hospedándolos o defendiéndolos en refugios. Pero también cualquier doctor católico, cuando investiga, expone y combate las espinas de los herejes, debe revelar esto a otros hermanos para que sepan cómo evitar y superar tales cosas, ya sea

conversando o incluso escribiendo. Y nota, no solo en creer en Dios, sino también en amar al prójimo, los herejes se distancian mucho de la perfección católica y cristiana de los gentiles. Los amalecitas dejan atrás a su compañero de viaje cansado y moribundo, y lo exponen como presa para las fieras y las aves. Pero David prepara a sus compañeros cansados en un lugar seguro para la batalla, y los enriquece con la paz y la bendición al regresar. El título del salmo cincuenta y tres también recuerda esta lección, que dice así: "Para el final, por Amalec, entendimiento de David"; lo que significa en Cristo, "que es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree" (Romanos X), el entendimiento figurativo de David, que en tolerar, perseguir y luchar contra los amalecitas, entendió lo que la ciudad del verdadero David sufrirá de los pérfidos, y lo que él mismo les retribuirá. Pero también el texto del salmo, fácil de entender, se regocija en los misterios de esta lección; porque comienza con los inicios de los malvados, "Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios" (Salmo LII); ya sea que no haya Dios que cuide de las cosas humanas, o que alguna persona de la santa Trinidad no sea el verdadero Dios, tratando con un corazón insensato; y termina con el triunfo del verdadero David, "Cuando el Señor restaure la suerte de su pueblo, se regocijará Jacob, y se alegrará Israel" (Salmo XIII).

CAPÍTULO X. En la batalla, Israel huye y cae ante los filisteos; y ya muertos Saúl y sus hijos, él mismo se arroja sobre su espada para morir: cuyos cadáveres, llevados por los filisteos, los habitantes de Jabes los sepultan con honor y piden al Señor alivio de sus males con ayunos.

(I Samuel XXXI). Los filisteos luchaban contra Israel, etc., hasta lo que está escrito: Y tomaron sus huesos, etc. En esta lectura se muestra figuradamente que, corrompidos los principales de los judíos por los ejemplos o palabras de las naciones, y descuidando las armas de su ciencia espiritual, que debían haber usado para protegerse contra el enemigo, también los menores dejaron los campamentos de buena acción a las naciones que los sucedieron en su lugar. De cuya caída los malos se regocijan, pero los buenos, si encuentran en ellos algún ejemplo útil, si encuentran entre ellos a algunos elegidos, deben recordar su memoria; y dejar el destino de los réprobos al juicio del juez supremo. Todo esto puede entenderse igualmente de los herejes y de los falsos católicos. Por lo tanto, en el tiempo inminente del reino davídico, los filisteos, como siempre, luchaban contra Israel. Al acercarse el tiempo de la nueva gracia, los gentiles, como solían hacer, atacaban la castidad de la fe israelita con ejemplos de depravación, ya sea mostrando obras perversas a los que perecerían, ya sea mostrando la adoración de la idolatría, según el ejemplo de Balaam, que enseñó a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer y fornicar (Números XXIV).

Y huyeron los hombres de Israel ante los filisteos, etc. Y fueron engañados, aquellos que parecían fuertes en contemplar la voluntad de Dios, que es lo que significa el nombre de Israel, cuando seguían imprudentemente las obras y la doctrina de los gentiles, y perecieron depravados en la soberbia lujuriosa, que el nombre del monte Gelboé, es decir, resbaladizo, designa. Pero también la perdición de los herejes fue ayudada no poco por la sabiduría secular. Por eso, uno de los nuestros dijo acertadamente: Los filósofos, patriarcas de los herejes, mancharon la pureza de la Iglesia con su doctrina perversa.

Y los filisteos arremetieron contra Saúl y sus hijos, etc. Las naciones circundantes arremetieron con toda su intención para destruir el reino de Judea y eliminar a los hijos de ese reino, y corrompieron con su corrupción a los sacerdotes, escribas y fariseos, es decir, a los hijos y doctores de ese reino. Pero también prohibieron a los herejes que predicaran o adoraran con un corazón simple la gracia del Espíritu Santo; lo que significa herir a Jonatán, es decir, el don de la paloma; prohibieron que alabaran con digna confesión al Padre, que nos

hizo hijos no por naturaleza, sino por adopción; lo que significa la muerte de Abinadab, es decir, de mi Padre espontáneo; prohibieron que creyeran en la salvación que vendría al mundo en el reino de Cristo; lo que indica la muerte de Melquisúa, que significa mi Rey es salvación, creo. El filósofo que sedujo a Arrio, como Melquisúa, lo mató; el que a Macedonio, Jonatán; el que a Maniqueo, Abinadab, porque enseñó al maestro de la corrupción a negar la omnipotencia del verdadero rey Cristo, a denigrar los dones del Espíritu Santo, a blasfemar la bondad del sumo Padre.

Y todo el peso de la batalla se volvió contra Saúl, etc. Las naciones se esforzaban con todas sus fuerzas para eliminar el reino de Judea. Y se acercaban a él hombres muy instruidos en los engaños de las decepciones, y los principales del reino de ese reino fueron seducidos y depravados por aquellos que, arrebatando la simplicidad de la verdad de sus corazones, les infligieron una herida múltiple de fraude y astucia. Porque así como la espada del enemigo representa la abierta persuasión de la idolatría y los crímenes más graves, así la flecha representa los argumentos más sutiles de las decepciones. Sin embargo, Saúl no murió por la espada de los filisteos, sino por las flechas; porque los líderes del reino judío no perecieron con el reino por crímenes abiertos, que nadie dudaría que fueran mortales, sino más bien por aquellos que, bajo el velo de la piedad, introducían el veneno más impío de la muerte. Por ejemplo, cuando Dios decía: "Honra a tu padre y a tu madre", ellos enseñaban a sus oyentes a decir a sus padres: "Cualquier cosa que sea de mí, te beneficiará", y así cesaban completamente de honrarlos. También decían: "El que jura por el templo, no es nada; el que jura por el oro del templo, debe", y otras cosas similares, que el Señor en el Evangelio les reprocha con múltiples increpaciones, especialmente aquello de que matan al mismo Señor de la ley y del Evangelio como transgresor de la ley. Todos estos argumentos de crímenes los imitan los gentiles, cuando inclinan su ingenio ejercitado en los estudios de la filosofía hacia las artes nefastas, cayendo heridos por las flechas de los arqueros filisteos. Sin embargo, nada impide que se entienda a los arqueros como espíritus inmundos, cuyos engaños los llevaron a la perdición.

Y Saúl dijo a su escudero: Desenvaina tu espada, etc. El escudero de Saúl significa a los doctores de la ley; porque así como las armas y las flechas de los filisteos son las decepciones de los malvados, así las armas de los israelitas no deben entenderse mística sino como las palabras espirituales de la doctrina, con las que el pueblo de Dios debía protegerse de todos los peligros. Pero Saúl, herido hasta la desesperación por los arqueros, prefirió morir por la espada de su escudero que por la de los incircuncisos, porque los príncipes del reino de los judíos, una vez que tomaron la decisión de morir en sus pecados, prefirieron ser destruidos por sus doctores, que rompían los mandamientos de la ley y así les enseñaban, que ser destruidos por la compañía de los gentiles, a quienes llamaban comunes e inmundos. De hecho, temían entrar en el pretorio de un gentil para no contaminarse, sino para comer la pascua (Juan XVIII). Sin embargo, esa pascua, habiendo convertido en su propia perdición la ley que habían recibido, no temían contaminarla con la sangre del inocente.

Y su escudero no quiso, etc. No hay duda de que entre los doctores de la ley reprobados hubo algunos que no quisieron pervertir el filo de la palabra para matar a sus oyentes con una interpretación siniestra, y sin embargo, esos mismos oyentes, lo que habían recibido correctamente dicho por los maestros, lo convirtieron en su propia perdición, ya sea despreciándolo o, lo que es peor, blasfemándolo, cuya muerte espiritual, es decir, la obstinación en pecar, y los mismos ministros de la palabra, deteriorados con el tiempo, hicieron que los testimonios de la ley, que temían interpretar mal, al ser despreciados, les causaran su ruina. Que esto suceda a menudo entre nosotros hoy, ojalá no lo supiéramos. Pero también los herejes, heridos por las flechas de sus pecados anteriores, cuando transforman las

palabras de los divinos oráculos en argumentos de su error, invierten sus propias armas contra su pecho para morir; y cualquier hermano, incluso permaneciendo en la unidad católica, cuando contamina con el contagio de la soberbia, la vanagloria, la avaricia o cualquier otro vicio, el arte que aprendió para el beneficio común de la Iglesia y de aquellos entre quienes vive, se apuñala miserablemente con su propia espada; porque lo que debía defenderse del enemigo, más bien ayudó al enemigo.

Y viendo los hombres de Israel, etc. Viendo los indoctos, y aquellos que ignoran los remedios de la verdadera humildad y el lavacro del bautismo salvador, en Judea, a los doctos y maestros en la batalla espiritual vencidos por el pecado triunfante, y también a no poca multitud del pueblo, antes cercana a su audiencia, perseguida por el adversario y expulsada de su antigua sede de constancia, y ellos mismos, inmediatamente turbados por la ruina de los mayores, perdieron todas las obras de virtudes y las defensas de la ciencia espiritual que tenían; y vinieron los pecados de los gentiles, y todas las mejores ocupaciones de los judíos incrédulos, cayeron por la perversa ocupación; vinieron los espíritus inmundos, y ocuparon los corazones que la constancia de la fe había abandonado; o ciertamente vinieron las naciones y las mejores ocupaciones de los judíos, creyendo, las hicieron suyas. Porque incluso antes, los divinos oráculos, que ellos ya habían dejado en no poca parte, los hicieron interpretar para ellos; y ahora, habiendo rechazado por ellos la fe de las Escrituras divinas con ellos, han recibido a Cristo y lo poseen como si lo habitaran. Ciertamente, lo que se dijo, más allá del valle y más allá del Jordán, para que se entienda más claramente mística, el mismo sitio del lugar debe ser explicado brevemente. Hay un gran valle alrededor del Jordán, y es llano, extendiéndose en una inmensa longitud, llamado en hebreo Elon o Aulon, que está rodeado por ambos lados por montañas que se suceden y se conectan entre sí, comenzando desde el Líbano y llegando más allá de él hasta el desierto de Parán; y en el mismo Aulon, es decir, en el valle llano, hay ciudades nobles, Escitópolis, Tiberíades, y un lago cerca de ella; pero también Jericó, el mar Muerto, y las regiones circundantes; a través de las cuales, como dijimos, el Jordán fluye en medio, naciendo de las fuentes de Paneas y muriendo en el mar Muerto. Porque el valle significa la humillación de la humildad, y el Jordán, en el que el Señor se dignó ser bautizado, significa el agua del bautismo, no es desconocido, el valle del Jordán está rodeado, para que nos advierta el mismo sitio del lugar a buscar humildemente la entrada del fuente salvadora, y humildemente vivir después de haber salido de él. Por lo tanto, cualquiera que no esté en el valle del Jordán, sino más allá del valle y más allá del Jordán, huye; porque quienes han descuidado recibir o mantener el remedio de la humildad y el bautismo, no pueden de ninguna manera prevalecer contra los espíritus malignos. Esto puede entenderse generalmente de los judíos y paganos, de los herejes y de los malos católicos.

Y cortaron la cabeza de Saúl, etc. Hasta tal punto los corruptores o demonios persiguieron a Judea con las armas de la impiedad, hasta que le quitaron completamente el mismo principal del reino, las defensas de la sagrada ley, con las que prevalecían contra todos los adversarios. Cuya caída, como señal de su propio triunfo, causa de su propia alegría, se apresuraron a difundir con fama entre sus cómplices en todas partes; y el aumento del crimen, la armadura de Dios, que el bienaventurado apóstol Pablo, y nosotros, que vamos a luchar contra las maldades espirituales en los lugares celestiales, nos ordena vestir (Efesios VI), y él mismo, vestido primero, "luchó la buena batalla, terminó la carrera, guardó la fe, recibiendo del Señor la corona de justicia" (II Timoteo IV); esta, digo, armadura de la milicia celestial, arrebatada a los judíos, los impíos engañados y engañadores intentaron introducirla en los infiernos, es decir, equiparar los divinos oráculos a las doctrinas de los demonios. Lo que hicieron y hacen de dos maneras; cuando interpretan perversamente las palabras espirituales

de manera carnal, o cuando manejan las mismas letras divinas, como si fueran comunes y sin ninguna autoridad suprema, como quieren. Pero también la misma nación de Judea, privada de la fortaleza del reino, como reducida a nada y entregada al poder de los enemigos, los engañadores la propusieron abiertamente como burla pública, lo que es figuradamente el cuerpo truncado de Saúl colgado en el muro de Betsán, es decir, de la casa del enemigo, para ser mostrado como espectáculo, suspendido por manos impías. Pero también los herejes, heridos por las flechas de sus pecados, cuando persuaden a seguir su propio sentido más que el de la Escritura, cortan la cabeza de Saúl, es decir, los espíritus inmundos. Despojan de armas, cuando pervierten los divinos oráculos a su propio, es decir, demoníaco sentido. Ponen las armas de Saúl en el templo de Astarot. Astarot, no solo porque es un ídolo, sino también porque significa la obra de los exploradores, significa la doctrina de los espíritus malignos, que rodean diariamente los rediles de los fieles, explorando si pueden devorar a alguno. Cuando cambian las mismas obras, con las que servían a Dios, a los servicios de su maldad, suspenden los miembros de la luz y de la vida en el muro de la casa del enemigo.

Cuando lo oyeron los habitantes de Jabes de Galaad, etc. Jabes, que se interpreta como seca, designa a la Iglesia, que el fervor de la justicia del Sol, es decir, la aspiración del amor divino, temple de todo flujo de concupiscencia carnal, de toda contaminación de carne y espíritu. Por lo tanto, se describe correctamente como situada en un monte. Y el mismo Galaad, es decir, montón de testimonio, se llama, para significar la vida más sutil de los santos, que no puede ser desviada al error, firmada con testimonios idóneos de las Escrituras. Ella misma es la ciudad que, en los comienzos de su reino, Saúl, cuando aún servía al Señor con humilde piedad, liberó del asedio de los enemigos. Cuando, por lo tanto, los habitantes de Jabes de Galaad oyeron todo lo que los filisteos hicieron a Saúl, se levantaron todos los hombres valientes.

Y caminaron toda la noche, etc. Cuando los habitantes de la ciudad de Cristo, situada sobre el monte, oyeron que Judea, de la cual recuerdan que les llegaron en los patriarcas, profetas y apóstoles, pregoneros y ministros de salvación, fue despreciada por las naciones y considerada como burla, se levantaron para la obra de la palabra todos gozosos de actuar virilmente; y caminando ellos mismos en medio de las tinieblas de los errantes, prohibieron que se alegraran públicamente de la caída de aquellos, cuya falta fue la salvación de las naciones, como pertenecientes a la casa del diablo. "Porque si la primicia es santa, también lo es la masa; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Y si algunos de las ramas fueron quebradas, y tú, siendo olivo silvestre, fuiste injertado en ellas, y hecho partícipe de la raíz y de la grosura del olivo, no te gloríes contra las ramas" (Romanos XI), y las demás cosas que el Apóstol a los Romanos expone con admirable y múltiple discurso.

Venerunt Jabes, et combusserunt ea ibi, etc. Los cadáveres, carnales o huesos carnales, designan a los más fuertes y las obras de virtud. Quemaron, por tanto, los cadáveres de Saúl y de sus hijos, quienes dejaron la debilidad de la caída de los judíos al juicio supremo, para que reconocieran que esto lo había hecho o permitido la profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios (Rom. XII), según el incomprensible consejo de su voluntad. Debemos entender la combustión en este lugar de acuerdo con lo que se ordena sobre la percepción y el escrutinio de los sacramentos de la pasión del Señor bajo el tipo del cordero que se ha de comer: Si queda algo, lo quemaréis en el fuego (Éxodo XII). Enterraron los huesos en el bosque de Jabes, cuando encontraron algo de virtud y firmeza en los débiles, no lo despreciaron como si fuera nada, sino que prefirieron añadirlo a las fructíferas obras de los santos; si conocieron a algunos entre los carnales y frágiles que se esforzaban en las virtudes del alma, se preocuparon de contarlos entre la compañía de los santos. Pues a través del

bosque se sabe expresar el fruto de las buenas obras, quien lee en el Génesis, lo que o qué tipo de bosque plantó Abraham en Beerseba, sabe entender correctamente. De otra manera, Saúl, muerto y burlado por sus pecados, es rescatado del oprobio público por los hombres de Jabes, a quienes salvó. El cadáver es quemado, y los huesos son enterrados en el bosque; porque es digno, en efecto, que si alguno de los fieles y grandes hombres ha incurrido en muerte espiritual por el pecado vencedor, sea ayudado especialmente por aquellos a quienes benefició en el bien, para que pueda revivir, y que sus cosas carnales sean descubiertas por las fervientes oraciones de compunción de estos, y las espirituales que realizó, sean encomendadas a su autor con digna piedad. Y ayunaron siete días. Correctamente y literalmente se ayuna por los muertos durante siete días, para que puedan llegar al descanso, que después de las seis edades de este siglo, en las que trabajamos en la carne, la séptima es en aquel siglo la edad del descanso de las almas despojadas de la carne, en la cual esperan aquel tiempo glorioso y bendito, cuando merezcan resucitar. La figura de este descanso y resurrección, y el séptimo día en la ley, y el séptimo o quincuagésimo año, en los cuales se daba descanso a las obras, lo prefiguraban típicamente. El mismo ejemplo de nuestra esperanza y fe en la dispensación lo mostró el Señor, quien crucificado el sexto día del sábado, descansando el séptimo en el cuerpo en el sepulcro, resucitó de entre los muertos el octavo día, que es el primer día del sábado. Pero en parte de la alegoría, cuando por la ceguera de los judíos que hasta ahora observan carnalmente el sábado, sus conciudadanos y fieles con razón retienen tristeza y continuo dolor en el corazón, como si ayunaran siete días; porque mientras sus hermanos y parientes estén aún establecidos en el error, de ninguna manera pueden tener plena alegría. Pero cuando también ellos conozcan perfectamente el misterio del octavo día, es decir, de la resurrección del Señor y la suya propia, ambos juntos, con la gracia de Cristo ayudando, se alegrarán en una festividad perpetua.